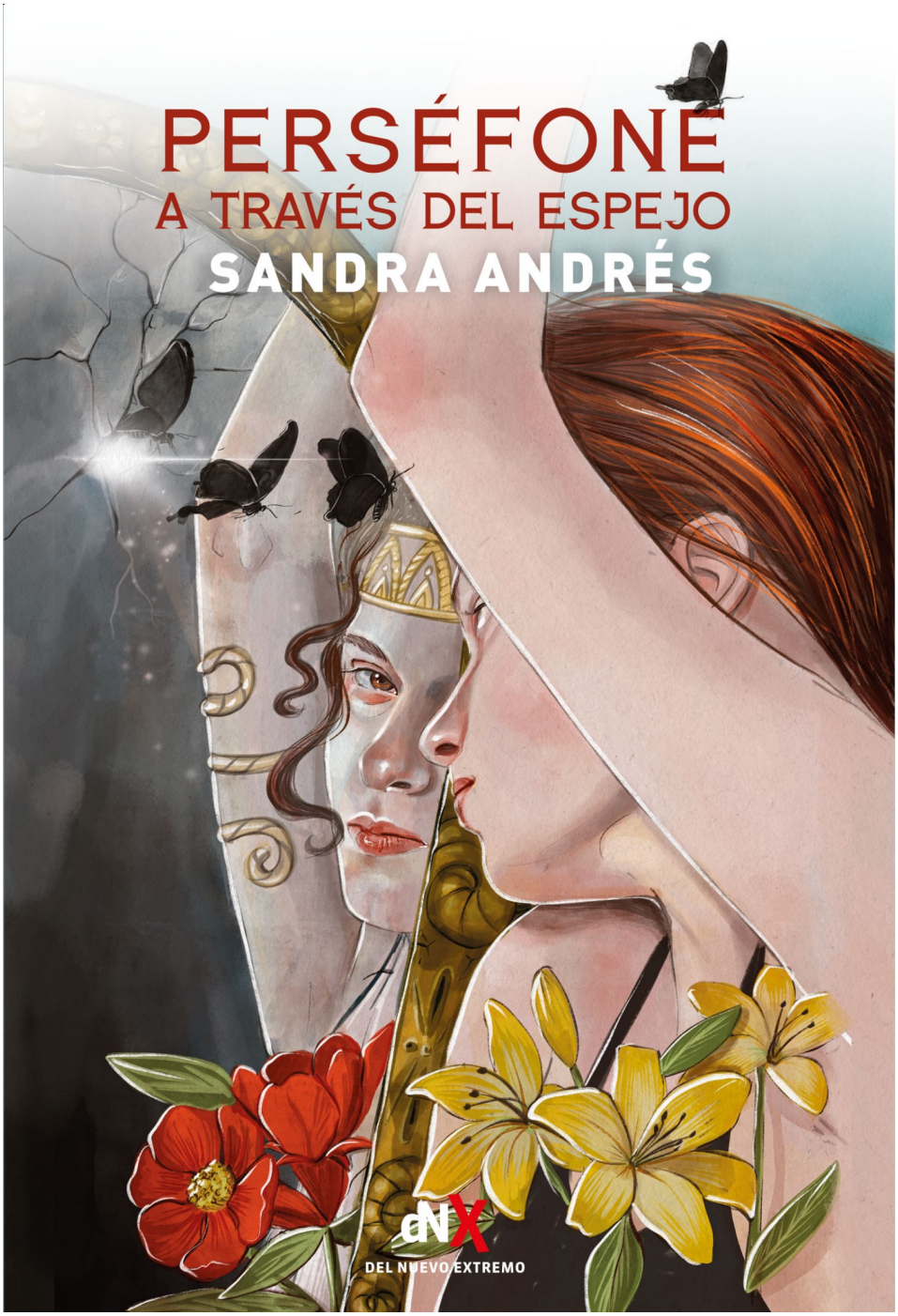
PERSÉFONE
A TRAVÉS DEL ESPEJO

SANDRA ANDRÉS



DEL NUEVO EXTREMO

Sandra Andrés Belenguer

Perséfone a través del espejo

dNX

A todos a quienes la fantasía salva de su realidad.

PRÓLOGO

El agua tenía el color de una melodía muerta.

Fue su primer pensamiento antes entender que no tenía la menor posibilidad de luchar.

Desde arriba, un monstruo embestía su cuerpo, lo aprisionaba entre sus garras, y empujaba, empujaba, empujaba… Desde las profundidades, hordas de dedos tiraban de sus pies con avidez. Sintió sus huesos tatuados de podredumbre hendir su carne, y tras gritar comprendió su error. Cientos de burbujas, como espectros entre las sombras, se arremolinaron a su alrededor. Había perdido el poco aire que le quedaba.

No inspires.

Pero la necesidad de hacerlo, el acto reflejo de buscar oxígeno, le instó a abrir los labios. Su corazón amenazaba con quebrarse a cada latido, allí abajo, en las tinieblas. Se lo imaginó astillándose en miles de fragmentos que reflejarían a aquellos a los que amaba; un caleidoscopio con recuerdos y sueños que morirían en el vacío.

¡No inspires!

¿Cuánto podía aguantar? En cualquier momento sus pulmones darían la terrible orden de aspirar y colapsarían para siempre. Se removió en un intento por liberarse, pero la bestia de las profundidades persistió en su acometida, al tiempo que las presencias abismales reclamaban su último aliento.

A sus oídos llegó un sonido extraño, distorsionado por el eco que reinaba ahí abajo. Se quedó inmóvil unos segundos, una eternidad. Eran súplicas, clamores descarnados de hombres, mujeres y niños que pronunciaban su nombre. Justo entonces, el instinto le obligó a dar una gran bocanada.

Los pulmones se dilataron, las fosas nasales inhalaron sin ofrecer resistencia…Y las aguas de muerte rompieron las compuertas.

Un trueno restalló en su cabeza, una llamarada prendió su pecho. El momento crítico se acercaba. Las criaturas que aferraban sus tobillos

tironearon con más fuerza y sumieron su cuerpo en un remolino…

Entreabrió los ojos y pudo distinguir ciudades y templos sumergidos, bóvedas derruidas, esfinges olvidadas, laberintos de calles sinuosas y páramos que vigilaban sirenas de ojos ponzoñosos.

Las sombras se retorcieron e incrementaron la velocidad, como si su naturaleza ancestral hubiera advertido que el cuerpo que transportaban se abandonaba demasiado pronto a un destino que no le pertenecía.

Semiinconsciente, sintió cómo alguien aferraba su cuerpo, lo alzaba en el aire y finalmente lo depositaba en tierra firme. Tosió con violencia, vomitando regueros de agua turbia. Para cuando fue capaz de abrir los ojos, trató de convencerse de que aquello era solo una pesadilla creada en los sótanos más siniestros de su mente.

Ante sí, una calavera le atravesaba con su mirada de simas infinitas. Mostraba una sonrisa sardónica, de dientes podridos, desiguales y rotos. Una capucha de jirones negros cubría buena parte de su cráneo y de vez en cuando los insectos se asomaban bajo la tela.

Sujetaba un gran remo de barca, hecho de huesos humanos. Realizó una reverencia y le tendió su mano cadavérica. Cuando habló, su voz parecía provenir del dolor de mil almas.

—Hemos estado esperando su llegada, majestad.

1

Las historias más bellas siempre comienzan
con una destrucción.
JACK LONDON

A Casey le encantaba Halloween.

Por eso había elegido aquel lugar para quedar con Vera. Cuando era pequeña, recorría las calles del Sur de Filadelfia con sus amigos para recoger caramelos. Lo que más añoraba de todo eso era disfrazarse: de bruja, de pirata, de zíngara, de vampiresa… Estar dentro de otra piel por una noche suponía para ella una magia difícil de superar. Y así fue hasta que comenzó a devorar libros. Sonrió para sí. Los libros eran como hechizos esperando ser descubiertos, y ella se consideraba una buena maga. Al menos, así había sido hasta hacía unos días… Ahora, un incómodo hormigueo recorría su pecho cuando trataba de leer y lo que era peor, cuando intentaba escribir.

—¡Ey! ¡Casey!

Una mano sobre su brazo la obligó a girarse.

—¡Tía, qué cambiada estás! —Vera se echó a reír y su pelo, rizado a lo afro, parecía bailar en torno a sus pendientes de aro—. ¡Te he extrañado un montón!

Las dos amigas se abrazaron con fuerza. La había echado tanto de menos durante ese verano. Vera le guiñó un ojo antes de mirar descaradamente a su alrededor.

—¡Guau, no conocía este local! Me has hecho venir aquí por los adornos de Halloween, te conozco. Pues que sepas que aún te quedan unas semanas, fantasmita.

Tenía razón. Casey siempre iba a Tinsel, un bar en pleno centro de la ciudad, cuando alguna festividad estaba cerca. En Navidad, engalanaban el interior con luces, regalos, árboles, bastoncillos de caramelo gigantes…

Ahora, aunque todavía eran finales de septiembre, Tinsel ya ofrecía a sus clientes un espeluznante mosaico de muñecos de porcelana, calabazas sonrientes, caretas de payasos asesinos y arañas colgadas por doquier.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Vera —dijo abrazándola de nuevo. La emoción hizo enrojecer sus ojos. ¿Tan sola se había sentido?—. Tú también estás…

—¿Más guapa? ¿Sexy? ¿Irresistible? ¿Clavadita a Beyoncé? —ambas rieron al unísono mientra Vera se sentaba junto a ella—. Nah, lo que pasa es que como ya no puedo ponerme más morena de lo que soy, mis primas de la costa Oeste decidieron llevarme por el camino del exceso.

—¿Fuiste a Las Vegas?

—¡Qué dices! ¡No he salido del paseo de la fama de Los Ángeles en todo el verano! —jugueteó con el frasco decorativo de ojos de cristal que había sobre la mesa e hizo un gesto al camarero para que trajera dos refrescos—. Piénsalo, ¿y si me hubiera topado con Spielberg, o con Tarantino? ¡Imagínate!

Vera quería ser guionista o directora de cine, o las dos cosas. Su carácter extrovertido y el hecho de coincidir en muchas asignaturas en el Instituto de Artes Creativas había hecho inseparables a las dos chicas. No se habían visto en todo el verano y las ganas de ponerse al día, tomar ese batido helado que vendían en la cafetería de la esquina y hablar de lo que cada una había planeado para su futuro en la universidad, se multiplicaron por mil.

—¿Y tú? ¿Qué tal estos dos meses? —la sonrisa de Vera perdió intensidad, solo durante una fracción de segundo. Después añadió—: ni me lo digas. Seguro que has devorado todos los libros de la biblioteca, señorita Hermione Granger. En eso tu madre lleva razón: ¡te va a salir humo por las orejas! Pero ya lo arreglaremos, claro que sí…

En realidad, pensó Casey, *¿qué he hecho durante el verano?* Su expresión alegre se tornó lívida. *No me acuerdo de nada… ¿Pero cómo no voy a acordarme?* El corazón comenzó a martillearle en los oídos. *¿Qué…qué diablos me está pasando?*

—Además —Vera siguió parloteando, animada—, tienes que invitarme a una hamburguesa. Chica, la verdad es que Silk City Diner no es un mal sitio para trabajar… además está en pleno centro.

Casey había comenzado a trabajar los fines de semana en una cafetería para que su madre y ella pudieran pagar las facturas más desahogadamente. Eso sí lo recordaba, pero… La música del bar

incrementó su volumen y el pulso de Casey se disparó de nuevo. *Algo no va bien, algo no encaja, algo no…*

El camarero dejó las bebidas sobre la mesa, con pajitas rojas a juego, y se fue.

En cuanto Vera me ha preguntado por el verano… He empezado a sentirme…

—¿Casey?

—Sí, sí, claro, ¡eso está hecho! Mañana empiezan las clases, ¿te parece si quedamos el sábado?

—¡Cuenta con ello!

—Eso sí, si mi jefe se entera de que te sirvo una hamburguesa gratis, ¡le dará algo!

—¿Es uno de los típicos cabrones, no? Como Reed o Harris, pero a lo bestia…

Las dos amigas conocían a Dennis Reed del curso anterior. Habían elegido apuntarse a uno de sus famosos talleres de Escritura Creativa y la experiencia había sido, cuanto menos, surrealista. Reed se había ganado a pulso todos los rumores que lo tachaban de extravagante, lunático y estricto. Sin embargo, a Casey le cayó bien. Comprendió que ese aire de profesor excéntrico cuadraba bastante con el mundo de la literatura, aunque todavía no pudiera perdonarle que le hiciera recitar varias veces su propio relato delante de toda la clase y de mil formas posibles. «Un buen escritor tiene que saber improvisar, como la vida misma». Casey sonrió para sus adentros al recordarlo. Maldito Reed… Aun así, se había convertido en su profesor favorito y estaba ansiosa por comenzar el nuevo curso en una de sus clases.

—A ver… —Casey simuló pensarlo un momento para seguir la broma de Vera—, digamos que Thanos se queda corto a su lado.

—¡Vaya! Si desapareces, ¿puedo quedarme con tu cazadora blanca?

—¡Ya quisieras!

—Lo digo para tapar la cara de ese payaso de ahí —señaló la careta con un cómico gesto de miedo—. Eres una friki, ¿lo sabías? Mira que traerme a este sitio…

Casey se relajó un poco y rió con ganas.

—Oye —respondió—, que esto no está nada mal. ¿Y tú quieres ser guionista?

—Ya, pero no hacían falta los tarros de ojos ni las arañas.

—Es que han pensado en todo, para darle ambiente —iba a darle un

sorbo a su refresco cuando vio una mariposa negra aletear hasta posarse en su mano—. ¡Anda! ¡Incluso han llenado el local con mariposas!

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Bueno, justo aquí hay una —el insecto ascendió hasta su brazo—, fíjate.

Los ojos de Vera le devolvieron una mirada confusa.

—Casey… ¿Estás bien?

—Pues claro —la chica seguía embelesada contemplando a la mariposa. Era increíble que les permitieran tener insectos vivos en el local—, ¿por qué lo dices?

Su amiga se mordió los labios antes de responder.

—No hay… No hay ninguna mariposa, Casey.

2

La fantasía no es un escape de la realidad.
Es una forma de entenderla.
LLOYD ALEXANDER

Una mariposa negra.

Como la de la tarde anterior. Rebosante de vida, aleteaba aquí y allá, sin separarse de ella. No es que fuera extraño. Era aterrador. Y real, muy real, también. Aunque solo fuera para sus ojos.

Ahí estaba. En su pelo negro, revoloteando entre los mechones mientras se recogía una coleta, acariciando el lunar en su mejilla con sus patitas, recorriendo la camiseta azul marino que había decidido estrenar aquel primer día de instituto, zigzagueando por la casa, probando tímidamente la mermelada que había comenzado a extender por una tostada. De algún modo, estaba segura de que el insecto permanecería ahí todo el día.

Se preguntó si, de haber estado en casa, su madre también la habría visto. A la mariposa o a ella. Las alas negras se movieron con lentitud. Parecían decirle: «creo que ambas intuimos que quizás, ahora mismo, yo soy más real que tú, amiga».

Desvió la vista. Aquello tenía que ser una pesadilla. Una pesadilla demasiado acerada que se resistía a desaparecer. El repunte de un escalofrío recorrió su columna vertebral. *¿Y si estoy perdiendo la razón? ¿Qué dirá mi madre si se entera? ¿Y la doctora Walker?*

Fue al baño y, sin querer, se quedó muy quieta frente a los espejos. Su madre insistió en comprar dos cuando se mudaron, así que su imagen siempre se dividía en una especie de reflejo fracturado. Una adolescente sin sonrisa le devolvió una mirada de oscuro vacío. El insecto estaba sobre su hombro izquierdo. Suspiró y se obligó a pensar que era inofensivo.

Eso es. Si no le doy importancia, puede que termine por desaparecer.

Volvió a darse cuenta, otra mañana más, de que inconscientemente se

había puesto de nuevo el colgante con forma de llave. Su madre aseguraba que ella no se lo había regalado. Vera, su mejor amiga, tampoco. Sus compañeros de clase quedaban descartados. Y desde luego ella no albergaba el recuerdo de haberlo comprado nunca. Sin embargo, volvía a reposar sobre su pecho, abrochado de forma mecánica en un gesto aprendido. Lo acarició y la plata brilló ante su contacto.

Se ajustó la coleta y se dirigió a su habitación para coger su mochila. Primer día del último curso en el Instituto de Artes Creativas. ¿Debería fantasear con la idea de un nuevo comienzo, como en Año Nuevo? Metió su estuche junto a los cuadernos y el horario de las asignaturas. ¿Tendría que sentirse impaciente? Dudó unos instantes antes de meter un libro. Lo había comprado la tarde anterior. Tal vez, entre clase y clase... ¿Notaría el típico cosquilleo de expectación? La única mariposa que percibía no estaba en su estómago, sino alejándose hacia la cocina. Siguió sus cabriolas hasta que se detuvo en el frigorífico. En su superficie, bajo un imán con forma de la Campana de la Libertad, distinguió una de las acostumbradas notas de su madre:

Hoy me toca turno doble. Regresaré tarde. Tienes el dinero para el almuerzo encima de la mesa y la cena está en el microondas.
¡Buena suerte, cariño!
Te quiero.

Cogió los veinte dólares y, tras introducirlos en el bolsillo de sus vaqueros, salió a la calle. Ya había amanecido por completo. La luz, diáfana y fresca, se reflejaba en los edificios para arrancar todos sus colores. En aquel barrio casi todos habían sido construidos con ladrillo rojo, salvo su casa, de tono mostaza. En ocasiones jugaba con la idea de que el sur de Filadelfia había sido creado para semejarse a un gran árbol cuyas raíces rojas se expandían de un modo infinito. Podían ser sinuosas, suaves o retorcidas según qué camino escogieras. Como el laberinto de un cuento.

Afianzó la mochila en sus hombros. Ya estaba desvariando otra vez. Quizá por esa razón decidió estudiar Escritura, unos años atrás. Cuando era una niña su padre solía decir que los buenos escritores tenían una fantasía desbordante. *Ese es su secreto,* afirmaba al tiempo que le revolvía el pelo de forma cariñosa.

Nunca le habló de la soledad…

No pudo evitar fijarse en un matrimonio que daba un beso a su hija antes de que esta subiera al autobús escolar.

…O de la frustración…

El padre sonrió y la pequeña agitó su manita al otro lado del cristal.

…O del desánimo.

La mariposa negra le recordó que debía seguir caminando. Volaba en torno suyo, vivaz, rápida como un espejismo. Acariciaba sus manos, rondaba su vientre, jugaba entre sus tobillos. Para cuando se encaminó por S Broad Street fue totalmente consciente de que su compañera alada no se separaría de ella en todo el día.

Vale, definitivamente he perdido la cabeza…

Inspiró hondo. Septiembre casi tocaba a su fin, y la brisa matutina hablaba de otoño inminente. El ruido del tráfico le hizo buscar su móvil y conectar los auriculares. La doctora Walker le insistía siempre en que escuchase música, alegre a poder ser. ¿Pero a quién demonios le apetecía buscar una *playlist* con canciones que hablaran de amor y felicidad cuando solo podía sentir un nudo de hielo constante en la garganta? Pulsó Spotify y dejó que la voz de Demi Lovato hiciera su trabajo. Demi nunca fallaba, y menos con los primeros acordes de *Nightingale* acariciando sus sentidos. Odiaba esa sensación de ansiedad ascendiendo desde sus costillas hasta nublarle la vista. No, no se trataba de nervios ante un nuevo curso. *Ojalá*.

En realidad, no tenía ni idea de dónde procedía y aquello, en cierto modo, la llenaba de terror. Había remitido un poco cuando se reencontró con Vera, pero… seguía ahí.

La mariposa suponía una novedad, eso sí. Pero no superaba el nivel de angustia que sufría diariamente. Si fuera capaz de intuir la razón de aquel malestar, de la desazón que corroía sus nervios, no tendría tanto miedo.

El instituto le aguardaba más allá del camino entre los cuidados parterres de hierba. Un edificio gigantesco, imponente, de columnas y escaleras blanquísimas. Un mundo dentro de una ciudad. Oz en el interior de la Ciudad Esmeralda.

Era curioso. Se matriculó gracias a una beca con la intención de convertirse en escritora. Había sido directora en el periódico escolar, miembro activo de la junta estudiantil, fundadora de un club de lectura solo para chicas… Y ahora, mientras caminaba junto a otros estudiantes hacia aquel inmenso edificio lleno de posibilidades, toda aquella ilusión se había esfumado. Así, sin más. Como un buen truco de prestidigitador.

Dios. Si la doctora Walker fuera telépata y leyera su mente en ese preciso momento, volvería a sonreírle con aquella expresión de «tendremos que partir de cero».

Nunca había sido una mentirosa. Y, sin embargo, comenzaba a ser una profesional en el arte de fingir que todo iba como debía. El agujero en su interior se hacía cada vez más profundo, pero al menos su madre no se preocupaba tanto y Walker hacía menos preguntas. No es que fuera el mejor trato, por supuesto, y sabía que toda aquella coraza acabaría por resquebrajarse. Solo esperaba que sucediese lo más tarde posible. Tamborileó con los dedos sobre su muslo derecho las últimas notas de la canción antes de seguir la estela de alumnos.

El ambiente bullía de energía tras las vacaciones y el interior del instituto era un mosaico de sonrisas y abrazos. Quizás los alumnos se vieran sorprendidos con un *flash-mob* de bienvenida, como ocurrió el curso anterior. Acarició la correa de su mochila. El libro sin empezar parecía latir ahí dentro. Alguien le tapó los ojos, a sus espaldas.

—Vera, sé que eres tú —se permitió sonreír. Su amiga la cogió del brazo y le dio un suave pellizco.

—Quería devolvértela después del susto que me diste ayer.

—¡Ya! —La carcajada de Casey no llegó a sus ojos. En la sien derecha de Vera se había posado la mariposa. *Oh, no.*

Sus patitas iniciaron el descenso hacia la barbilla. El cuerpo de Casey se tensó de golpe.

—Si estás intentando otra broma —le avisó Vera—, que sepas que no voy a picar y…

El timbre del inicio de las clases retumbó en el pasillo. Los alumnos rezagados comenzaron a alejarse corriendo hacia sus respectivas aulas.

—¡Venga! —gritó su amiga al tiempo que tiraba de la manga de su camiseta—. ¡Si llegamos tarde a la primera clase de Reed, seremos su diana personal el resto del curso!

La premonición de su amiga no se cumplió, pero solo por un par de minutos. Dennis Reed cerró la puerta tras de sí y mientras caminaba hacia su mesa, escrutó a cada uno de sus alumnos con aire marcial.

Casey pensó de inmediato que aquella mirada certera, el cabello cortado al uno y su camisa gris abotonada hasta el cuello, le conferían un aspecto amenazador. Exactamente igual que en su taller, meses atrás. Sus gafas negras suponían el único detalle que verdaderamente le hacía parecer un profesor de escritura.

—No es necesario que me presente —Reed cruzó los brazos—, sé que mi fama me precede. No esperen encontrar en mi asignatura la excusa para divertirse y borren de sus mentes la idea de que este curso será tan fácil como el anterior.

Casey miró de soslayo a su alrededor. Todos estaban erguidos, casi inmóviles y en absoluto silencio. No pudo evitar preguntarse si la personalidad de aquel profesor era real o el producto exagerado de las habladurías que se habían extendido durante años.

De cualquier forma, se sentía tan intimidada como el resto. Incluso más, si cabe. Puede que se estuviera contagiando de la sugestión que reinaba, pero… Sarah Brown, dos filas más alante, se giró y la miró. Un breve vistazo. Dos pupilas teñidas de… ¿curiosidad? ¿Enfado?

Casey se removió incómoda en su pupitre. Su mano derecha buscó sin querer la llave de plata que colgaba de su cuello.

—Les prometo una cosa, y no les va a gustar —el brillo de sus ojos se intensificó—: haré que odien la escritura.

No hubo murmullos, pero sí el sonido de muchas respiraciones interrumpidas. Casey apoyó el mentón sobre las manos. Ya conocía aquella frase. Debía de ser una de las favoritas de Reed para los alumnos en el primer día.

—Crear es también sufrir. Quien diga lo contrario os está mintiendo —había comenzado a tutearles sin cambiar la expresión ceñuda de su rostro —. No importa si es un cuadro, una danza o una novela. La creación surge de nosotros mismos, nos arrancamos el corazón y lo mostramos al mundo sin tapujos. La creación es propia de los dioses, y os aseguro que los dioses también sienten dolor. ¿Recordáis el mito de Perséfone? No estaba en sus planes entrar al inframundo, desde luego, pero tuvo que enfrentarse al forzoso dilema de elegir… Y eligió quedarse seis meses con Hades, lo que conllevaba un largo invierno en la tierra, y regresar a la superficie otros seis meses para traer consigo el calor y la primavera. Eso es sacrificio, es entrega, es dolor. No es algo que se busque, y menos para escribir, y sin embargo, será inevitable que os sintáis así. Quedáis avisados.

Un estremecimiento recorrió la piel de Casey. *¿Qué me ocurre…?* La angustia en su pecho comenzó a extenderse por todo su cuerpo. No estaba preparada para escuchar eso… No ahora… No el primer día… *No, no, no.*

John Irwing, a su lado, le dedicó una fugaz ojeada de soslayo antes de volver a aparentar interés por Reed.

—Así que olvidaos de casi todo lo que habéis memorizado como

autómatas. Ya no sois críos a los que engañar —su marcado acento de Boston se acentuó—. Voy a lograr que odiéis escribir. Porque solo odiándolo seréis merecedores de amarlo.

Casey notó un regusto amargo en la lengua. El bolígrafo que sostenía le quemaba entre los dedos. Reed se ajustó las gafas antes de continuar.

—No habrá examen —las respiraciones contenidas se expulsaron con alivio—, se lo jugarán todo en el Gran Proyecto.

Gran Proyecto. Las palabras se dibujaron en la mente de Casey con mayúsculas y en luces de neón.

—Una novela. Nada de relatos, haikus o cuentecitos. Una novela de la temática que elijáis. Tomáoslo como un NanoWrimo gracias al que podréis aprobar y graduaros… o suspender y estancaros. Si no estáis preparados para esto, dudo mucho que queráis seguir adelante en el mundo de las letras. Podéis hablar con Helen Parker, en secretaría, y desapuntaros inmediatamente de mi clase.

Enarcó una ceja y sonrió. Una sonrisa extraña, cargada de intención.

—Pero si, por el contrario, os veis capaces de asumir el reto, bienvenidos. Os daré las pautas necesarias para sobrevivir a mi Jumanji literario.

Unas risitas se atrevieron a gravitar en el aula. La tensión disminuyó y los estudiantes se miraron unos a otros, como si Dennis Reed hubiera roto adrede el hechizo con el que les mantenía presos. Casey, sin embargo, no podía apartar la mirada de aquellos ojos tras las gafas. Estaba petrificada. Como Perseo dominado por Medusa. Ni siquiera se percató de que Daniel Collins la señalaba disimuladamente mientras susurraba algo a otro compañero.

—Mañana quiero que traigáis a clase vuestra novela preferida. Aquella que de algún modo os cambió para siempre. Uno por uno me diréis por qué creéis que fue clave en vuestras vidas. ¿Reísteis, llorasteis? Quiero saber las razones. Dadme un análisis de por qué os causó esos sentimientos. Poneos en la mente de su autor e intentad explicarme cómo lo logró: cómo consiguió causaros ese efecto —introdujo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones y señaló la puerta con un gesto—. Sé que no ha sonado el timbre, pero podéis iros. Ya recordaréis estos minutos libres cuando no os dé tregua.

Casey notaba las manos heladas mientras recogía sus cosas. El resto de alumnos salió de manera rápida, pero silenciosa. Vera le hizo una señal desde la puerta. Y entonces, como a cámara lenta, la mirada de Casey se

topó con la de Reed. En la montura de sus gafas reposaba la mariposa negra. El profesor asintió una sola vez, a modo de saludo, y el insecto alzó el vuelo para reunirse con ella.

—Madre mía, Casey, ¿a qué esperabas? ¡Ese tío siempre da mal rollo, de verdad! ¿Quién se cree que es? ¿Severus Snape reencarnado? ¿Te ha dicho algo al salir?

—No… Pero me ha parecido que quería hacerlo…

—*Bah,* en todos los institutos hay uno o dos como él. Aterrorizan a sus alumnos y así se aseguran de que nadie les molesta en clase.

Su amiga calló de repente. Un grupo de chicos se aproximaba hacia ellas.

Conor Rigby estaba entre ellos. Casey sonrió. Era un grandullón no muy hablador, pero amable y simpático con el que había entablado amistad en las clases de teatro. Interpretó el papel de Macbeth hacía dos años y Mercucio el curso anterior, ganándose al público, a los profesores e incluso a la prensa local. A Casey no le extrañaba: Conor era el mejor sobre un escenario. Se alegró de verle. Tal vez coincidieran en alguna asignatura y volvieran a quedar para tomar algo y charlar, como hacían antes.

Sus labios habían comenzado a esbozar una sonrisa, pero lo siguiente que vio fueron unas manazas que la empujaban al suelo de linóleo. Un gemido de dolor escapó de su garganta. Conor ni siquiera se giró, pero Casey escuchó perfectamente su voz al alejarse.

—Zorra...

Sus amigos se apiñaron en torno a él. Entre los murmullos también distinguió varios insultos. Otros estudiantes que observaban la escena se habían detenido en el pasillo con una expresión de reproche en sus rostros. De reproche… Hacia ella.

—¡Pero tú de qué vas! —Vera se agachó para ayudarla a levantarse—. Tranquila, ese idiota habrá tomado demasiado el sol este verano. Vamos a enfermería y que…

Casey se zafó de su amiga y corrió con todas sus fuerzas. El corazón le ardía, los libros bailaban en su mochila, la llave de plata saltaba sobre su pecho y la mariposa negra revoloteaba como guiándola hacia el exterior del edificio.

Se detuvo tras uno de los setos en la parte trasera y trató de respirar rítmicamente, tal y como la doctora Walker le había enseñado. El insecto danzó entre sus manos, inquieto.

—Déjame en paz, ¡vete! —masculló ella al tiempo que se dejaba caer en

la hierba.

Recogió un mechón de cabello suelto detrás de la oreja y se abrazó a la mochila. Todavía con el peso de la ansiedad bullendo en cada una de sus terminaciones nerviosas, sacó el nuevo libro con cuidado. Al sostenerlo entre sus manos comenzó a sentirse mejor, a salvo. Estoy bien, todo está bien…

Lo sostuvo con cariño unos instantes antes de girar la cubierta y sonrió por primera vez aquella mañana. Empezar un libro siempre suponía un despertar. Una ofrenda. Un nacimiento. En el vacío de su mundo, la primera página se abrió como una de las más bellas y misteriosas…

3

Aquellos que no tienen fantasía no pueden entender,
es muy complejo, que acorte la distancia, cada día,
recibir una rosa desde lejos.
ALBERTO CORTEZ

Flores.

Por todas partes. Trepan por los muros, decoran nuestras ánforas, dormitan en el prado, susurran desde los lindes del bosque cercano.

Antes no me cansaba de verlas. Eran mis amigas, mis confidentes, mi ilusión al despertarme cada mañana. Me encantaba escuchar sus arrullos, sus canciones. Prometo que es cierto. Y sin embargo ahora… Paseo a solas por nuestra pequeña casa y no siento nada. Nada.

Eso es malo. ¡Es horrible!

Mire por donde mire, allí están. Se arquean como una bailarina, o se yerguen hermosas y puras como las sacerdotisas del templo de Artemisa. Sé que algo ha cambiado. Lo suficiente para trastocar mi realidad y desear escapar. Ya está. Queda dicho, aunque solo sea en mi mente.

Madre dice que la creación es el mayor y más sagrado poder que un dios puede tener. También sonríe cuando acaricia mi larga melena y afirma con orgullo que mis progresos son asombrosos y que un día no muy lejano, dominaré el don con el que nací.

«Dar vida es un regalo, Perséfone. Cada vez que haces crecer un árbol, que enverdeces la hierba, que gracias a ti florece un tallo, tú misma eres vida y se la ofreces a la humanidad».

Deberían ser palabras con las que sentirse feliz. Doy vida, soy vida. Suena bien… No. Sonaba bien antes. No sé qué ocurre, qué me ocurre, y ese desconocimiento es aterrador.

Cierro los ojos y me concentro unos instantes. Voy a hacerlo una vez más. Solo una más. Todo a mi alrededor desaparece. Ni siquiera noto el suave roce de mi túnica. Alzo la mano muy despacio y toco con la punta de los dedos la tierra junto al dintel exterior de nuestra casa.

A través de los párpados, percibo el fulgor que nace de mi piel y entonces… la conexión. El latido de la semilla de lirio se funde con el de mi corazón. Es un latido acelerado, cálido y pequeñísimo, pero cargado de fuerza.

El brote nace poco a poco, suspira y ríe como un niño. Lo escucho cantar mientras crece, sediento de amor y luz. Su sed se convierte en la mía, así como su deseo de plenitud. Es ese momento embriagador en el que ambos nos fundimos en uno.

Elevo la mano con la palma extendida.

Con una exhalación de placer, el tallo atraviesa la tierra y acude a mi llamamiento. Su pulso es ardiente, tornasolado. Se filtra en mi interior, acuciándome a beber de su ímpetu. Un leve gemido escapa de mi garganta.

Aun con los ojos cerrados, veo cómo el lirio blanco se abre ante mí y despliega sus pétalos.

Expulso el aire contenido en mis pulmones y comienzo a respirar entrecortadamente.

Crear es doloroso. Mi interior se abrasa como una antorcha cuya estela de calor se mantiene durante un tiempo en señal de que una parte de mí, una parte minúscula pero esencial, ha pasado a formar parte de la flor. Madre lo compara con el nacimiento de un mortal: una combinación de sufrimiento y amor infinito. Desconozco si tiene razón. ¿Qué puedo saber yo del amor, mortal o divino?

El lirio se balancea. Parece asentir ante mis dudas.

Doy vida, soy vida. Lo que no me atrevo a revelar a mi madre es que he llegado a una certeza: la vida es muy breve y, de algún modo que no alcanzo a comprender, me hallo unida a la fragilidad que solo da el lenguaje de la noche.

Tal vez por eso mi rostro se ilumina cuando Helios decide retirarse y el color de las hojas secas lo inunda todo.

¿Qué sentido tendría luchar contra un sentimiento tan fuerte? En estas horas, mensajeras de la oscuridad, no me siento tan sola, tan horriblemente hueca.

La blancura del lirio se tiñe con un tono rosáceo y su sombra se proyecta contra la pared de adobe de mi casa. Madre todavía tardará en llegar.

Extiendo los brazos. El cielo tiene el color de la eternidad encendida. Los últimos rayos que el sol desprende antes de morir en el horizonte son los más hermosos... Quiero recibirlos, abrazarlos, ser parte de su tibia herida.

Un estremecimiento inunda mi cuerpo.

Los mortales cuentan leyendas sobre el crepúsculo. Madre no me permite ir a la aldea más allá de la colina. Pero tengo mis recursos. Los mortales relatan a sus hijos, como un cuento prohibido, que fuerzas desconocidas se despiertan justo en estos instantes para morar el mundo y que cualquier cosa es posible. No son leyendas. Lo sé.

Me siento sobre la hierba y aguardo, porque estoy segura de que hoy también veré algo que únicamente se descubrirá ante mis ojos. Algo envuelto en el horror, pero que genera en mi pecho una fascinación deliciosa.

No quiero privarme de lo que el crepúsculo me ofrece. Mis emociones dormidas

exigen desesperadamente mirar, sentir, ser conscientes de mi existencia aunque solo sea unos instantes antes del anochecer.

Sentir… Es la palabra más bella jamás creada. Soy hija de la única diosa capaz de conseguir que la tierra esté viva y dé frutos para toda la humanidad. Y a cambio, solo conozco la ausencia y el silencio.

Un sonido turba la tranquilidad del prado. Contengo la respiración. Viene y va, atravesando el viento como el envite de una espada. Me quedo muy quieta. Creo que procede del camino que lleva hasta la aldea. Entonces los distingo. Agudos, sobrecogedores. Los llantos de unas plañideras. El aire a mi alrededor se impregna de lágrimas y su sonido se confunde de forma terrible con la postrera luz del sol.

No me muevo cuando la comitiva fúnebre pasa a unos metros de distancia, pero sé que me han visto y también sé que no soy bienvenida en su duelo. Por las armas que porta la mujer joven que encabeza la marcha, y el cuerpo esbelto que portean, sé que han perdido a un hijo. Seguramente se dirigen a la necrópolis más allá de la llanura para ofrecer su última muestra de amor y paz a aquel que ya no regresará…

Estoy a punto de apartar la vista y levantarme, cuando sucede. Han venido. Como cada anochecer.

Invaden el prado, se trenzan con la sangre del cielo, se deslizan entre la hierba, acarician secretamente la piel del muchacho que ha perdido la vida… Están por todas partes.

Trago saliva al pensar que solo en estos instantes mis emociones florecen.

Yo misma soy una flor. Y me nutro del anochecer, absorbo los cuentos oscuros, inhalo lo prohibido, me abro esperando a que estas sombras me rodeen y me conviertan en una más. Secreta, negra, misteriosa como la noche.

Nadie en la comitiva se percata de su presencia. No pueden ver como se ondulan, como susurran palabras inteligibles… como se giran de repente hacia mí.

La realidad se detiene. Mi pulso se dispara.

Ahogo un grito cuando las sombras explosionan para transformarse en miles de mariposas. Alzo los brazos y dejo que jugueteen entre mis dedos, se refugien en mi pelo, besen mis párpados.

Ojalá esta risa que invade mi pecho fuera perenne. Jamás me había sentido tan viva como cuando estoy rodeada por las mariposas negras de la muerte…

4

Si uno tiene suerte, una fantasía solitaria puede
transformar totalmente un millón de realidades.
MAYA ANGELOU

¡Aquí estás!

Un sobresalto.

Casey cerró el libro con rapidez antes de notar la mano de su amiga en su hombro.

—Joder, Casey, te he buscado por todo el instituto… Sé que lo que ha hecho Conor es… bueno, no tiene perdón, ni sé a qué ha venido. Pero, tía, no puedes desaparecer así, ¡casi me da un infarto!

—Ya… Lo siento—. Introdujo el libro en su mochila y trató de sonreír.

No, en realidad, no lo siento. No entiendo nada. Mi vida es un caos de repente y… ¿Por qué estoy toqueteando el colgante de la llave otra vez?

Vera suspiró, entre divertida y aliviada.

—Venga, te has perdido la clase de Harris, suertuda, pero todavía puedes llegar a tiempo a la siguiente.

—Vale, ¿quedamos a mediodía tras las clases para nuestro ritual de batido de chocolate?

Vera se retorció uno de sus rizos.

—¡Sí! —dijeron ambas al unísono— ¿Dónde siempre?

Casey rio con renovadas ganas.

—Pues eso —confirmó Vera— Al final de la escalera, como el título de la peli de terror.

—Nos vemos.

Pero cuando sonó el timbre que anunció el final de la última clase, no se vieron. Al menos no de la forma en que Casey había pensado. Al otro extremo de las escaleras exteriores del edificio, divisó a Vera con un grupo de chicas. No conocía a ninguna de ellas, pero su amiga no se separaba de

una pelirroja con botas militares y medias rotas.

Por un momento no supo qué hacer. Se disponía a llamarla cuando Vera giró la cabeza en su dirección. Sus miradas se cruzaron.

Después, los ojos negros de Vera volvieron a centrar su atención en la pelirroja y el grupo se alejó calle arriba.

Casey frunció los labios y sujetó con fuerza las correas de su mochila. El libro que reposaba en su interior pareció palpitar de nuevo, como rogando que lo retomase.

Habría jurado que Vera se había encogido un poco al verla, como si no tuviera valor para pedirle disculpas. Casey acarició una vez más la llave en su cuello, y se preparó para regresar a la soledad de su casa. Se desvió intencionadamente de la vía principal para internarse por los callejones. Después del comportamiento de su amiga y de la mañana tan extraña que acababa de vivir, solo quería evitar a la gente, caminar sola y sentirse libre de más presiones.

Cuando la mariposa negra se posó en su brazo, Casey le dio un manotazo. Pero el insecto no se movió. Ni siquiera pareció recibir el impacto. La joven se detuvo justo a tiempo de ver a un par de mariposas revoloteando a su alrededor. *Esto es un sueño, no las estoy viendo de verdad, estoy en mi cama y despertaré empapada de ese sudor frío que dan las pesadillas.*

Todos los nervios de su cuerpo se habían congelado. Las mariposas negras seguían apareciendo en un espejismo aterrador.

—¡No! ¡No, por favor! —jadeó.

Alas oscuras le acariciaban las mejillas, cubrían sus ojos, se prendían en la ropa, intentaban alcanzar sus oídos para introducirse en ellos.

—¡No… sois… reales!

Casey sintió que el pánico la dominaba.

Quiso correr, pero la falta de visión hizo que se le enredaran los pies y cayera de bruces.

Ni siquiera podía respirar. Diminutas patitas hurgaban en su nariz y, si abría la boca, las mariposas entrarían hasta alcanzar su garganta. Abrazada por aquel manto de antenas, abdómenes y escamas negras, cerró los ojos con fuerza. Se le ocurrió, en un delirio febril, que se transformaría en una de esas cosas.

Una negrura total la invadió por completo apresándola en una crisálida.

Solo entonces desplegó los labios para gritar.

5

Un escritor es un mundo atrapado en una persona.
VICTOR HUGO

Me he encargado de que esta tarde el prado reluzca. Literalmente. La hierba brilla con tal intensidad que da la sensación de estar habitada por miles de luciérnagas, cada margarita y diente de león son piedras preciosas de nieve. Pero Psique no se fija en nada de lo que la rodea. En lugar de contemplar mi obra, arranca una de las margaritas y comienza a jugar con ella. Todos mis músculos se tensan al sentir el dolor de la flor.

Psique es mi mejor… mi única amiga. De vez en cuando acude desde la aldea a escondidas y me hace compañía.

—Dentro de poco comenzarán los Festejos en honor a Afrodita —anuncia con voz cantarina hasta que algo la hace enmudecer.

Un estruendo. El mundo tiembla unos segundos.

Asustadas, nos miramos antes de alzar nuestros rostros al cielo. El ruido proviene de ese azul plácido sobre nosotras. Qué raro, pero… ha sido como escuchar un…

—Qué susto —Psique ríe suavemente—, los dioses no están de muy buen humor hoy.

Y el miedo se borra de su rostro. Comienza a pellizcar los pétalos de la margarita antes de proceder a tirar de ellos uno por uno. Mis manos se aferran a la tela de mi túnica en un intento por ahogar un grito.

—Mis hermanas no dejan de hablar de lo maravillosos que serán los días que dure la festividad y yo solo quiero mezclarme entre la gente y reír, bailar…

Sonríe de forma soñadora y de alguna manera, me remueve reconocer que es hermosa. Desvío la vista sin que ella note que estoy nerviosa. ¿Es esto la envidia? No. La envidia es saber que mi amiga nunca estará sola.

—Perséfone —su mano roza la mía—, ¿estás bien?

No, no estoy bien. Porque no soy como tú. Porque tengo un don que dominar, porque tú eres libre, inocente y querida. Porque no dudas de ti misma ni te aferras al crepúsculo para ver cosas que ningún mortal puede o debería ver. Porque siento un placer inefable cuando deseo dejar de ser Perséfone para ser una de esas

sombras que oscilan contra el cielo encendido.

Y porque algo en mí no es normal. Algo en mí crepita, se retuerce y retumba con el estallido que solo provoca…

Un trueno.

Casey dio un respingo en su asiento. Podría jurar que los restos de su descomunal eco todavía gravitaban en la sala de espera. *¿En serio? ¿También aquí?*

Cerró el libro al tiempo que intentaba calmar su pulso. A su lado, un niño la miraba con curiosidad. La mujer que debía de ser su madre hojeaba una revista.

Sabía que era una locura y más cuando nadie se percataba del extraño fenómeno. Un trueno no podía surgir en la consulta de la doctora, de la misma manera en que tampoco podía haber restallado antes en clase o en su dormitorio, al despertar aquella mañana.

—¿Casey Moore?

Guardó el libro en su mochila.

—¡Sí!

—Puedes pasar, la doctora te está esperando.

6

La fantasía es contar cosas con el poder seductor de transformar lo imposible en imaginable.

LEONARD S. MARCUS

Conocía la consulta de Marianne Walker de memoria. Aun así, seguían sin gustarle demasiado las plantas de plástico que adornaban cada esquina, o los cuadros abstractos colgados junto a los títulos y másteres universitarios de Psicología, por no mencionar la mesita sobre la que descansaban varios animales decorativos de cristal. Casey sonrió maliciosamente al imaginarse a la doctora limpiándolos con mimo antes de irse a casa.

Lo único que le gustaba de aquella estancia era la pequeña estatua de Eros y Psique que reposaba en el despacho, junto al portátil, y el aroma a melocotón del ambientador.

—¿Cómo estás, cariño? Vamos, siéntate, cuéntame cómo te están yendo estos primeros días de clase.

Marianne se quitó las gafas multicolor y le sonrió con la afabilidad de un familiar cercano. Su media melena gris contrastaba con un rostro todavía joven. Casey siempre se preguntaba su edad. *¿Cuarenta, tal vez?*

Dejó la mochila en el suelo enmoquetado y sin saber muy bien dónde poner los brazos, los dejó caer sobre sus muslos, con las palmas de las manos abiertas.

—Pues… empecé ayer.

La sonrisa de Marianne se ensanchó todavía más.

—Lo sé, tu madre me lo dijo hace unas semanas… ¿Qué tal todo?

Mal, mal, mal.

—Bien, supongo —se encogió de hombros.

—¿Lo supones? —la doctora ladeó la cabeza, como si deseara representar el papel de amiga y confidente a quien poder confesarle lo que ni siquiera podría escribirse en un diario.

El dedo pulgar de Casey comenzó a dar leves golpecitos sobre su muslo. Los acordes de *Skyscraper* junto con la voz de Demi Lovato se estaban colando insidiosamente en su cerebro.

Esto me pasa por escuchar esa canción antes de venir. Gracias, Spotify.

—Sí, bueno, es que… tengo la sensación de que algo no va bien. No del todo.

Marianne se inclinó hacia delante. Los anillos en sus dedos tintinearon al entrelazarlos encima de la mesa.

—¿Y eso? ¿En qué lo notas?

Si le digo que tal vez lo haya imaginado, no me creerá, así que lánzate de una vez y acabemos con esto.

—Algunos de mis compañeros me… miran de forma rara… Quiero decir, compañeros a los que ya conozco del año pasado.

—¿Amigos? ¿Como Vera?

—No, no… Solo coincidíamos en varias asignaturas, ya sabe…

Comenzó a sentirse incómoda. Siempre le ocurría lo mismo: llegaba a la consulta con la firme resolución de contar banalidades, pero sin proponérselo terminaba por mostrar todas sus dudas.

—Son los primeros días de clase —la doctora abrió de nuevo la palma de sus manos—, es normal que estén nerviosos.

Ya, y que me empujen y me insulten sin razón alguna también es normal.

—Puede ser…

Por favor, que no me pregunte por Vera.

—¿Y qué tal la escritura? ¿Estás trabajando en un nuevo proyecto?

Casey dio un brinco en la silla cuando el estruendo de un nuevo trueno estalló en la consulta. Durante unos instantes, los cuadros, los papeles diseminados en la mesa, incluso la mini estatua de Eros y Psique, vibraron casi imperceptiblemente. Casi. Hubiera jurado que los animalitos de cristal también habían tintineado a su espalda. Se giró, todavía asustada, solo para comprobar que seguían en pie.

—¿Casey? —Marianne Walker mostró el desconcierto en sus grandes ojos ribeteados de maquillaje verde—. ¿Estás bien, te ocurre algo? Si quieres, puedo traerte un vaso de agua…

—N-no, no… Es que… —lo que emergió de sus labios fue en parte verdad—. Es como si me hubiera leído la mente —una risa tonta antes de seguir—. Un profesor del instituto nos ha encargado escribir una novela antes de Navidades y… ya sabe, es mucha presión.

Walker sonrió de oreja a oreja.

—¡Pero eso es pan comido para ti, Casey! —su sonrisa se mantuvo al fruncir levemente el ceño—. No veo dónde está el problema.

Yo sí. Veo problemas por todas partes. Y ese es el problema, nunca mejor dicho.

—¿No estarán… volviendo tus miedos?

Casey soltó el aire contenido en sus pulmones.

—Tal vez —antes de que la doctora pudiera añadir algo, intentó explicarse—. A ver, no digo que ya no me guste escribir… Pero… Bueno…

La doctora guardó silencio. Un silencio que invitaba a hablar.

—Es como si hubiera perdido un poquito la ilusión.

—¿Solo un poquito?

No. La he perdido. Del todo. Dentro de mí no hay nada. NADA. Y me aterra despertar cada mañana con la sensación de estar vacía. Me aterra no ser capaz de escribir una línea. Me aterran las mariposas negras y los truenos.

—Sí, solo un poquito. Supongo que todos los escritores tienen miedo de la página en blanco alguna vez, ¿no?

—Por supuesto, de eso puedes estar segura. Lo importante es saber cuándo parar, respirar hondo, y seguir siempre adelante. Eres buena. Lo vales. En cuanto comiences ese proyecto no habrá quien te pare.

Casey miró disimuladamente a su alrededor, temerosa de un nuevo trueno.

—Gracias, de verdad.

—¿Con tu madre todo bien?

La pregunta le pareció un disparo a bocajarro.

—Sí, bueno, no la veo mucho…

—Trabajar en una pastelería en Peddler's Village es muy duro para ella, eso es innegable —la doctora Walker apoyó una mano en su mentón. Su voz seguía siendo serena—, y para ti también.

—Le gusta su trabajo —dijo, deshaciendo el nudo en su garganta— y aunque esté un poco lejos, es lo único que le ofrecieron desde… ya me entiende.

Marianne asintió.

—¿Han vuelto las pesadillas, cariño?

—La verdad es que duermo bastante bien últimamente.

—Esas son muy buenas noticias. ¡Muy buenas! —ambas sonrieron, y sin embargo una de las dos sonrisas era falsa—. Es maravilloso comprobar que progresas tan bien, Casey.

—¿Eso significa que no nos veremos hasta dentro de un mes?

—¿Conque intentando engañarme, Casey Moore? —rio Walker mientras se ponía las gafas y tecleaba algo en su portátil—. Me temo que no, señorita. No te librarás de mí con facilidad… Perfecto, he apuntado nuestra siguiente cita para dentro de una semana, el viernes que viene a la misma hora.

—Vale.

Marianne se levantó para acompañarla hasta la puerta.

—Y no te inquietes por nada, ¿de acuerdo, cielo? Eres demasiado valiente como para preocuparte por una novela.

Ni siquiera recordaba qué le contestó al despedirse. Solo breves imágenes de sí misma al bajar las escaleras sintiendo el peso de la mochila a su espalda… Después había cruzado la calle…Y allí estaba, sentada en un banco, con el libro en sus manos.

Inhaló el aire perfumado con la hierba del parque cercano y su cuerpo se relajó.

Un par de niños jugaban al escondite detrás de ella. Pero Casey solo pensaba en un prado perlado con flores y sombras. Esperaba poder perderse un poquito entre sus páginas antes de que oscureciera y aparecieran las primeras…

7

La fantasía representa un vuelo hacia una dimensión
que se encuentra más allá del alcance del tiempo.
WALT DISNEY

Estrellas, minúsculas y titilantes, astillan el cielo nocturno.Un nuevo trueno ruge y su sonido de bestia salvaje logra que me encoja y castañetee. No han dejado de ensordecer el cielo en todo el día. Voy a ser incapaz de conciliar el sueño si sus estallidos siguen asustándome así. Los pétalos de las rosas, lirios y violetas a mi alrededor, comienzan a danzar al son de una suave brisa. Me incorporo y aguzo el oído. Un susurro se desliza por la habitación. Mi corazón tiembla, todo mi cuerpo sonríe.

—¡Tú…!

El aire vibra, flamea como si todo el cosmos supiera que debe rendirse ante el flujo de poder ardiente que se aproxima. El viento se arremolina a mi alrededor. Huele a medianoche, a latidos en la lluvia. Mi piel comienza a despertar, se estremece y eriza desde los brazos, hasta el vientre y el interior de mis muslos.

Este viento incierto siempre acude a mí, antes de que madre regrese o antes de que me quede dormida. Otro trueno se despliega en el exterior. Mis manos comienzan a crisparse, siento un escalofrío y…

Perséfone.

El murmullo viene de todas partes y de ninguna. Una voz divina, sagrada y envolvente que me retiene como la más hermosa de las promesas. Cierro los ojos y dejo que el viento me abrace. Mi cuerpo reacciona ante sus dedos invisibles. Está lleno de besos que me hacen reír como una niña y gemir como una diosa.

—Gracias —me doblego ante sus caricias hasta recostarme de nuevo.

Los truenos duplican sus embestidas afuera, pero ya casi no puedo oírlos…

Estoy aquí…Contigo…

Solo escucho al viento…

Encuéntrate…

Porque sus palabras destierran mis miedos.

Entrégate…

Porque en él arde el fuego que aviva mis cenizas.

El bramido de otro trueno obligó a Casey a cerrar el libro y mirar el cielo. No había ni una sola nube. Las estrellas se estremecían en la calma de la noche.

Chilló al escuchar un segundo restallido, aun más fuerte que el anterior. Se aferró al banco donde permanecía sentada. Detrás de ella, los niños seguían jugando. Sus risas se le antojaron de otro planeta.

Tranquilízate, ¿vale? Puede que esta vez sí sean de verdad y se esté preparando una buena tormenta. No te asustarás por una tormenta, ¿eh?

Quiso reír para calmar la tensión que atenazaba cada uno de sus músculos, pero no emitió sonido alguno.

El tercer trueno la pilló desprevenida. No era normal. Su potencia había aumentado muchísimo, estaba segura. Casi parecía el prólogo de un terremoto.

Se le ocurrió levantarse. Temblorosa y con las manos todavía apresando su libro, observó a los chiquillos del parque. Y al comprender que no se percataban de aquellas descargas ensordecedoras, que nadie más lo hacía, sus piernas comenzaron a fallar.

Cuando más truenos se sucedieron en una ráfaga vertiginosa, Casey cayó de rodillas.

Por favor, no… por favor, parad.

Posó las palmas de la mano en el suelo y notó que este vibraba. En aquel momento hubiera podido jurar que toda la ciudad iba a derrumbarse.

De pronto, aquellos rugidos atravesaron el interior de su mente. Casey lanzó un grito, llevándose una mano a la frente. Sus ojos, sus labios, sus pulmones, cada poro de su piel era sacudido por una fuerza semejante a la de un relámpago impactando directamente en su corazón. Los truenos estaban dentro de ella. Preparados para descargar toda su furia.

Casey contuvo la respiración antes de entregarse a la tormenta.

8

Querida imaginación, lo que amo sobre todo
de ti es que no perdonas.
ANDRÉ BRETON

El Silk City Diner estaba lleno aquel mediodía de sábado.Al principio recordaba que era divertido: Silk City era un restaurante al más puro estilo norteamericano, con su larga barra roja, asientos en hilera, dos televisiones emitiendo vídeos musicales, fiestas los viernes por la noche… Solía bromear junto a su compañera Ivy, fingiendo ser un par de esas camareras de película: «¿Desea más café y bacon, señor? ¡Hoy además, las tortitas están a mitad de precio!». Y guiñaban un ojo, coquetas, antes de reunirse en la cocina y echarse a reír.

Pero poco a poco, Casey descubrió que su trabajo no se diferenciaba tanto del de aquellas películas de Hollywood y comenzó a deslizarse por la monotonía. Además, debería estar escribiendo. O al menos pensando sobre qué trataría su novela. La campanilla sonó en la cocina y el vozarrón de Jerry, su jefe, emergió desde fogones.

—¡Pedido quince: la sopa del día, una ensalada y dos refrescos! ¡Casey, es para la mesa cinco, ten cuidado esta vez!

La mañana estaba siendo un desastre. Sentía que la Ley de Murphy se había adherido a ella como el aroma de aquella sopa de tomate. Ya se había equivocado con cuatro pedidos, manchado a dos clientes, y chocado con unos niños.

Se disponía a recoger la bandeja cuando lo vio. Un hombre apoyado en la barra hojeaba tranquilamente un periódico. Mediana edad, pantalones vaqueros, camisa azul claro, un café reposando a su lado… No debería haber nada extraño en él. Salvo que su mano izquierda se hallaba alzada, sosteniendo tres pequeñas esferas de cristal. Casey no podía apartar la mirada mientras aquel tipo las hacía girar entre sus dedos con una

habilidad pasmosa.

Ay, Dios mío, hoy no hay rastro de las mariposas, ni he escuchado ningún trueno… ¿E–es posible que esto también sea producto de mi mente? ¿Nadie más lo ve? ¿¿Nadie??

Ni siquiera notó que había empezado a tiritar.

Entonces, la puerta del local se abrió y Casey desvió la vista un instante. Vera apareció sonriente junto con el grupo de chicas de las que no se separaba desde el jueves pasado.

Si el Silk City hubiera sido realmente el escenario de una película, en aquel preciso instante los focos se centrarían en el rictus congelado de Casey.

Volvió a observar al hombre misterioso. Ni rastro de las esferas transparentes en sus manos.

—Ivy… —rogó a su compañera sin quitar ojo a su amiga—, ¿puedes ocuparte de la mesa cinco? Me encargo de la nueve…

—Ok, Casey.

Caminó como a cámara lenta fijándose más detenidamente en todos los clientes.

En la mesa dos una bola de cristal rodaba ininterrumpidamente entre los platos mientras la familia comía y charlaba sin darse cuenta.

La joven tragó saliva al echar un vistazo a la siguiente: una esfera sobre los espaguetis, otra flotando en la Coca Cola, dos más asomadas entre las patatas fritas. Los adolescentes allí sentados reían y se hacían *selfies* sin percatarse de nada.

Luchó por no mirar a la niña junto a la mesa donde se sentaban Vera y las otras chicas. Pero no pudo evitarlo. La pequeña jugaba en el suelo con dos bolas. Una de ellas ascendía y descendía por su bracito mientras la segunda se deslizaba a su alrededor formando círculos. Casey tuvo que alargar su zancada para no tropezarse con ellas.

Llegó a la última mesa. Cuando tomó su libreta le temblaban las manos.

—¿Qué van a pedir?

Vera alzó el rostro, y Casey distinguió un atisbo de vergüenza en sus ojos. Fue la pelirroja quien respondió por todas.

—Cinco batidos de chocolate, por favor, y que sea rápido.

Casey guardó silencio y se dispuso a regresar a la cocina. Una mano cogió la suya y la obligó a girarse.

—No te enfades, no… no es lo que crees.

En aquel momento, un nuevo vídeo musical apareció en los dos

televisores.

¿Waiting for you? ¿Me persigues, Demi Lovato?

—Mira —una de las esferas de cristal con las que jugaba la niña rodó entre sus pies. Intentó no mirar al suelo—, me da igual con quién vayas, de verdad, es solo que…

—Ya, habíamos quedado y te di plantón, es eso…

—En realidad, el viernes ni siquiera te vi. ¿Me —el empujón de Conor y los susurros furtivos de sus compañeros en el instituto azuzaron su miedo— estás evitando? ¿Pasa algo?

Vera negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—¡Qué dices, Casey! ¡Por supuesto que no! —señaló a la pelirroja—. Me confesó que es familia de Bayona. ¡Bayona, el director de cine español! Casey, tía, ya sabes que me muero porque un VIP lea mis guiones…

—Vale, no soy VIP, lo pillo.

—¡Mesa uno, Casey, es para hoy! —el alarido de Jerry le entregó la excusa para irse en bandeja de plata.

—Estoy trabajando, Vera. Si Bayona lee tu guion, enhorabuena.

Se dio la vuelta sin comprobar la reacción de su amiga.

En la mesa uno habían pedido tres hamburguesas y cuatro jarras grandes de cerveza. El peso de la bandeja se fundió con el peso de las palabras de Vera, con el estribillo de la canción, con las voces de los clientes, con las esferas transparentes que insistían en aparecer por todas partes… y la niña. La niña que jugaba en el suelo y que ahora correteaba en el pasillo entre las mesas. La niña que Casey no tuvo tiempo de esquivar.

Ocurrió tan rápido que, tras sentir un vuelco en el corazón, lo siguiente que percibió fue el olor a cerveza. Con la boca abierta, vio las jarras vacías y la mesa inundada.

—Dios mío, ¡lo siento! —los cuatro hombres protestaban al tiempo que trataban de contener el desastre con servilletas—. ¡Ahora mismo lo limpio!

Jerry ya la esperaba. Fuera de la cocina. Con los brazos cruzados sobre su delantal lleno de grasa.

—He metido la pata hasta el fondo.

No obstante, en los ojos de su jefe no descubrió enfado, sino más bien… ¿compasión?

—Casey, oye.

—Antes de que digas nada, lo siento mucho, voy a recogerlo enseguida.

Jerry apoyó sus grandes manazas en los hombros de ella.

—Déjalo.

Hubo algo en su mirada que no le gustó.

—¿Mi trabajo? ¡Jerry, yo…!

—Sí. Es decir, no. No del todo. Tómate unos días libres. Puedes volver después de las Navidades, ¿qué te parece?

Las pupilas de Casey se contrajeron. Sobre la gorra de los Filadelfia Phillies, el equipo de béisbol favorito de su jefe, se hallaba una bola de cristal.

—Pues… es que no…

—A ver, no me malinterpretes —Jerry se rascó la cabeza. La bola ni siquiera se cayó, como si flotara en la visera—, entiendo que… En fin, simplemente lo necesitas, ¿de acuerdo?

—Lo que necesito es trabajar. Jerry, ha sido una mala mañana, te prometo que…

—No, Casey, ha sido un mal mes y lo sabes. Ivy te ha cubierto casi siempre, pero ya no podemos seguir así, lo digo en serio. No es un despido, ¿vale? Solo un tiempo muerto y en año nuevo, se reanuda el partido. Venga, fin de la conversación, tengo mucho que hacer ahí dentro.

Se quedó quieta unos instantes, sin saber qué hacer o qué pensar. Ivy se escabulló para hacer unos cafés y fue entonces cuando entendió que las palabras de Jerry no habían sido un farol. Algo dentro de su pecho tiró de ella. Se deshizo la coleta, se quitó el imperdible donde figuraba su nombre y tras dejarlos en la barra, cogió su mochila y salió a toda prisa del Silk City Diner.

No hacía frío y, aun así, sintió las manos heladas mientras caminaba sin rumbo.

¿Qué demonios ocurría? De repente, el instituto era una jungla, su trabajo un caos, su vida un asco. ¿Desde cuándo Filadelfia se había transformado en una pesadilla? ¿O era ella quien había cambiado? Estuvo tentada de llamar a su madre. Sus dedos cosquillearon ante la idea de marcar su número en el móvil y escuchar su voz. Pero sabía que finalmente no lo haría.

Desde que su padre las abandonó a ambas, su madre se había refugiado en la harina y azúcar *glass* de su trabajo. Se marchaba antes del amanecer y no regresaba hasta bien entrada la noche. A veces Casey se quedaba en el sofá a esperarla. Agradecía tanto ese beso de buenas noches, esos «¿Has cenado?», «¿Todo bien con los estudios?», «¿Has escrito algo nuevo, cariño?». Su madre siempre sonreía y Casey nunca le recriminaba que no

pudieran verse más de media hora cada día.

Sin embargo… Era muy duro. Todo lo era, en realidad. Antes se sentía mejor con el mundo y consigo misma. La doctora Walker apareció en su vida precisamente por esa razón. «Tienes que superar a papá, cielo. No puedo ver cómo mi hija se va hundiendo cada día. Ya verás, Walker te ayudará y las dos seguiremos adelante».

Pero Marianne Walker no podría dar una explicación lógica a las mariposas negras, los truenos y las esferas de cristal. Casey estaba segura de que, si le contaba aquellos fenómenos inexplicables, la psicóloga no dudaría en hacerle mil pruebas. Tendría que lidiar con ello por sí misma. *¿Y cómo se supone que voy a arreglar esto si no sé qué me pasa?*

El sonido de un claxon atravesó sus pensamientos. Se había detenido en el cruce que desembocaba en Love Park. Hizo un gesto de disculpa con la mano al conductor exasperado y se adentró en la plaza.

Una suave brisa le trajo el perfume de un puestecito de algodones de azúcar. Sonrió sin querer. Aquel aroma le traía buenos recuerdos. Los niños se arremolinaban en torno al vendedor y sus gritos de alegría se mezclaban con la música de un saxofonista callejero.

Casey se sentó en el suelo. Lo notó cálido gracias al sol de la tarde. Descolgó su mochila y la abrazó sobre sus piernas encogidas mientras observaba a una pareja besarse bajo el símbolo de aquel parque. Era relativamente nuevo y le encantaba, un cubo vacío de hormigón se elevaba coronado por las gigantes letras rojas:

LOVE

De pronto, una burbuja flotó ante sus ojos. Era perfecta, redonda y pura, como…

Una bola de cristal.

9

Mi objetivo es dar existencia a la fantasía.
CLAES OLDENBURG

Estuvo tentada de tocarla, comprobar que se trataba de algo real, tal vez producto del juguete de alguno de los niños cercanos… Pero cuando se disponía a hacerlo, reprimió una exclamación de sorpresa.

Love Park se hallaba atestado de burbujas. Gravitaban de forma hipnótica, en una danza que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Y ninguna temblaba o estallaba. No eran pompas de jabón. Ni formaban parte de la realidad de las personas que paseaban por el parque.

Casey lo supo de inmediato: solo ella era capaz de verlas. Si hacía una foto, no aparecerían, si preguntaba a cualquiera, lo negarían. Las burbujas acariciaban el rostro de los turistas, se adherían a los algodones de azúcar, revoloteaban en torno a las letras rojas del amor.

No quiero verlas, no debería verlas…

Pero no podía apartar los ojos de ellas. Se acercaban sinuosamente, como si su presencia las atrajera. Y había algo más… algo que se movía en su interior… algo vivo.

De pronto se dio cuenta. Allí, dentro de aquellas burbujas, una silueta se retorcía. Era ella misma. En cada una de aquellas pompas, una Casey diminuta trataba de escapar de su prisión de cristal. Y todas lloraban, golpeaban los muros invisibles, gritaban con desesperación, luchaban por salir. «Duele, estar aquí dueleeee, ayúdameeee». Su propia voz le llenó la mente. La voz de mil Caseys que se debatían en una pesadilla ingrávida.

Solo en aquel momento, supo con absoluta certeza lo que era el…

Miedo. Creo que existen dos tipos: a lo que ya conoces o a lo desconocido. Y este siempre es el más feroz. Podría jurar ante los dioses que ayer, justo cuando cedía al sueño, el viento, mi amigo fiel, mi felicidad invisible, me susurró unas últimas

palabras.

…El bosque es la salida y también la entrada…

Y el anhelo de su voz me atravesó el corazón.

Ahora que madre se ha ido de nuevo, mis pies parecen no obedecerme y han dejado el prado atrás para alcanzar las lindes del bosque. Desde que puedo recordar, madre siempre me ha prohibido adentrarme en él. Claro que también me prohíbe todo.

«No vayas a la aldea, no pises la necrópolis, desconfía de mortales, faunos y ninfas, pero sobre todo, no te atrevas a cruzar el bosque. Es sagrado y por tanto peligroso».

Una parte de mí sabe que debería quedarme en casa y seguir con mi vida. Otra, insinuante y persuasiva, me grita que está harta y que desea ser liberada. Vivir es un acto de valentía. Es una aventura. Y yo quiero ser parte de ella.

El bosque… El bosque es la salida y también la entrada…

Todo está en calma. Lo repito una y otra vez al tiempo que avanzo. Todo está en calma. Puedo hacerlo.

Las agujas de pino y las hojas secas crujen bajo mis pies descalzos y a través de mi piel percibo el latido de la tierra. Tendría que ser reconfortante y sin embargo me transmite inquietud. La tierra crepita, murmura cosas que no entiendo. Y conforme camino, su lenguaje arcano se acrecienta. Es como si a través de mi propia sangre pudiera escuchar su canto. Un canto ancestral, imbuido de sed, de orfandad, de antiguos ritos. Cada latido martillea mis sentidos y logra que todo el bosque tiemble ante mis ojos. No me detengo ni siquiera al percibir el olor a naturaleza marchita, a animal muerto.

Nunca me había ocurrido algo así. Al contrario que las flores y la hierba que ayudo a nacer, aquí impera algo perturbador a lo que no me atrevo a dar nombre.

Los árboles, cuyos troncos se revisten de podredumbre, alargan sus brazos hasta trenzarse unos con otros. Sus hojas tienen el color de la amargura, negras como las lágrimas de las plañideras, como la tumba más profunda, y… No puedo respirar. Jadeando, miro al cielo. Está oscureciendo. El crepúsculo avanza inexorable. ¡Pero eso es imposible! ¡He entrado en el bosque cuando el carro de Helios se hallaba en lo más alto!

Me ahogo. Parece que una mano huesuda estuviera oprimiéndome el corazón y lo fuera despojando de su calor. Latido a latido. Lo único que siento es frío. Por todas partes: en el aire, en la tierra, en mi cuerpo, en mi interior. Una nube de vaho escapa de mis labios y entonces las veo. Reptan por los árboles, se esconden en la maleza, todas con sus sonrisas filosas. Las sombras.

Me abrazo a mí misma. Ya no me producen el placer secreto que me hacía salir de casa y contemplarlas en mi prado. El bosque entero se hace eco del canto de su tierra y despliega su himno maldito. Las criaturas de formas no acabadas, gestadas desde la noche, se retuercen y gimen mi nombre que suena como el llanto de un bebé.

Perséééfonéééé.

Mis ojos se empañan al darme cuenta de que, aunque recompusiera mi valor, ya no sabría cómo regresar.

Perséééfoneééé.

Una de las sombras que oscila sobre la rama más alta, arranca una de las hojas y en sus manos de niebla oscura, se transforma en una esfera. La arroja al suelo y su estallido de mil aullidos de lobo retumba en el bosque.

Los demás seres comienzan a imitarla y despojan a los árboles de todas sus hojas para realizar la metamorfosis. Decenas de esferas de cristal negro se rompen a mi alrededor. ¿Por qué me hacen esto? ¡Yo confiaba en las sombras! ¿Dónde está el viento?

Cierro los ojos y lucho para concentrarme. Caigo de rodillas. Las hojas—esfera siguen quebrándose con un sonido que enloquece y desgarra el alma. Es inútil. Mi poder no sirve aquí. Estoy atrapada. El viento me ha abandonado. He caído directa en una trampa. La oscuridad me cubre. Noto cómo penetra por mis poros. Y grito con todas mis fuerzas.

—Debe de ser un libro bastante bueno.

10

La fantasía es un ingrediente necesario para vivir,
es una forma de ver la vida a través del extremo
equivocado de un telescopio.
DR. SEUSS

Casey dio un respingo antes de ver al chico sentado a su lado.

Tenía el pelo revuelto, de un tono castaño claro, como el pelaje de un cervatillo. Sus labios parecían estar a punto de dibujar una sonrisa. Algunas pecas salpicaban de forma graciosa su nariz. Pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos. El azul de los ojos de aquel desconocido irradiaba luz y calma a un tiempo.

—¿Qué?

El chico se quitó los cascos de las orejas y los colgó alrededor de su cuello.

—Decía que debe de ser un libro bastante bueno. Ya sabes, pocas historias consiguen hacer llorar a un lector…

Casey se palpó las mejillas. Ni siquiera se había percatado de sus lágrimas. Las secó rápidamente con la manga de su sudadera y cerró el libro.

—Eh, tranquila —él levantó las manos en señal de inocencia—, no necesito saber de qué trata, tu cara ya me lo cuenta todo.

Casey alzó las cejas.

—A veces, me gusta leer a las personas —respondió el chico—. Es difícil, no creas, pero ni te imaginas lo que se esconde en una sonrisa o un suspiro. Son libros vivientes. O películas que ves sin tener que ir al cine o contratar Netflix.

Casey le imitó y ambos contemplaron Love Park. Un intenso alivio se expandió en su pecho al comprobar que no había rastro de burbujas.

—Bueno… —comenzó a decir pensando primero en Vera, en muchos de

sus compañeros de instituto después y finalmente en la sociedad entera—. Algunas personas son ilegibles.

El desconocido sonrió y de pronto, sin explicación alguna, el mundo pareció un lugar mejor.

—Eso es que están vacíos aquí —se señaló la cabeza—, y aquí —puso su mano en el corazón.

Ella sonrió a su vez; una sonrisa desgastada, apagada como el último fulgor de una vela antes de extinguirse.

—Eso sí es triste —contestó siguiendo el juego de aquel extraño.

—Ya, pero ellos no lo saben —volvió a fijarse en la gente que paseaba por el parque—. Sienten que les falta algo y la necesidad de llenarlo les lleva a buscar y buscar… y nunca se sacian —flexionó una rodilla y apoyó su mentón en ella—. Así que siguen vacíos. Y otros… otros se rinden.

—¿Porque no encuentran nada?

Los ojos azules del chico se clavaron en los suyos. La sonrisa se mantenía en sus labios, pero su mirada destilaba solemnidad.

—Porque dejan de creer en todo.

—¿Te refieres a ir a la iglesia o algo así, en plan espiritual?

Casey recordó que su madre solía ir a misa los domingos. Dejó de hacerlo cuando su marido se fue.

El chico rio. Las carcajadas sonaron suaves y tranquilas.

—¡Incluso si fueras atea podrías seguir creyendo! —ante la expresión de la joven, prosiguió—. En ese libro que sostienes, por ejemplo.

Quiso contestar, pero no fue capaz de rebatirle aquella aseveración. La fuerza con la que brillaban las palabras de aquel extraño la abrumó hasta el extremo de aferrar su libro como si fuera el último objeto en la tierra. Algo se había sacudido en su interior. Pero no tuvo tiempo de pensar en qué. El chico se puso de nuevo los enormes cascos. *¿Qué música escuchará?* En su superficie de color blanco, Casey leyó una frase grabada:

Era el mejor de los tiempos, era el peor
de los tiempos.

—Por cierto —dijo él al tiempo que se levantaba—, me llamo Robbie.

Le tendió la mano. Ella no titubeó en estrecharla.

—Casey.

—Ya nos veremos, ¿verdad, Casey?

Qué pregunta más sencilla. La clase de pregunta que un amigo te hace al despedirse con la confianza absoluta de que cuenta contigo. La mano de Robbie, cálida como un abrazo, se afianzó sobre la suya.

—Sí… claro.

Le vio marcharse hacia la zona Norte de la ciudad. No se giró ni una sola vez. Solo cuando se hubo alejado lo suficiente, Casey percibió el cambio en el aire. Volvía a albergar el aroma de algodón de azúcar.

Qué raro. Juraría que hace un instante olía como las páginas de un libro antiguo.

Cerró los ojos y permitió que el sol enrojeciera sus mejillas. Escuchó las risas de los niños, el tráfico cercano, una pareja cantando *Somebody to love* al ritmo que marcaba el saxofonista, el gorjeo de las palomas, el repiqueteo del bastón de un anciano, el rugir del agua en la fuente, el timbre de una bicicleta… Sonrió levemente. Todo parecía haberse amplificado. El libro comenzó a emitir un cosquilleo en sus manos.

Ojalá tener esta sensación de tranquilidad al retomarlo, porque estoy mejor, no sé muy bien por qué, pero… Qué demonios, ¡que le den a Vera, a mi jefe y a la doctora Walker, al menos por hoy! Veamos qué me depara la historia ahora que me siento por fin un poquito en…

11

La imaginación nos llevará a mundos que nunca fueron. Pero sin eso no vamos a ninguna parte.

CARL SAGAN

Calma. Se despliega por el bosque y por mis venas.

Las sombras han detenido su furia contra mí. En lugar de eso, me observan, expectantes. Suspiraría de alivio, pero sigo demasiado asustada. Hace tan solo un momento creí que iba a morir aquí, lejos de casa, engullida por la oscuridad. Mis dientes no dejan de castañetear. Yo también estoy expectante.

La voz del bosque atraviesa mis sentidos y veo a las sombras oscilar a su mismo ritmo. Su melodía impregnada de magia ya olvidada, palpita en mi piel y recorre mi cuerpo. Jamás había experimentado nada igual.

Has venido…

Una explosión de felicidad hace que todo en mí vuelva a vibrar.

—Has sido tú quien ha venido, amigo mío —tartamudeo.

Y el viento que me acuna durante la noche, me abraza como un amante largamente añorado. Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas al tiempo que la tibieza de sus brazos invisibles penetra hasta las fibras más recónditas de mi ser. Su presencia ilumina mi vestido, lo hace ondear entre su aliento que huele a tempestad, a trueno cristalizado.

Una de mis lágrimas se desprende de mis párpados y gravita, perfecta y redonda, como una perla transparente. La miro embobada. Creo que estoy comenzando a pensar que esto es un sueño. Tal vez nunca haya entrado en el bosque, tal vez todavía permanezca en mi cama y todo cuanto veo sea un producto de Morfeo.

La lágrima gira ante mí y cada vez se hace más grande. Con una exclamación de sorpresa, descubro que en su interior se ha gestado algo. Al principio es muy pequeño. Entorno los ojos conforme crece. Se trata de un lirio. Un precioso lirio amarillo. La burbuja flota suspendida por mi viento guardián y cada uno de los árboles se aparta con veneración para permitir su paso.

Noto la leve presión de mi amigo al tomar otra lágrima de mi rostro. En su centro se forma una semilla plateada que se transforma en… Es una… llave. Su

contorno brilla incluso en esta penumbra. Al igual que la primera burbuja, esta se aleja rodeada por un halo luminoso que atrae a las sombras.

El viento acaricia mis brazos hasta revolotear entre los dedos de mis manos. Tira suavemente de mí. Ahora lo entiendo.

—Quieres que siga mis lágrimas… Que te siga a ti.

Él revuelve mi pelo en respuesta. Mechones rubios oscilan como plumas ante el soplo que los requisa.

Si esto es de verdad un sueño, no tengo por qué temer. Me dejo llevar por el viento y aunque jamás me he considerado fuerte, ni valiente, ahora me siento como un poderoso titán.

La vereda flanqueada por árboles desemboca en una hendidura. Frente a mí no hay sino un inmenso muro de roca negra que se alza hasta donde alcanza la vista.

El viento impulsa mis lágrimas hacia el interior de la abertura. Lo interpreto como un gesto para entrar, y así lo hago.

Lo primero que percibo es el frío. Lo segundo, la claridad que procede de algún lugar en el interior de esta gruta. No hay bifurcaciones ni forma de perderse. Continúo avanzando hasta que de mis labios surge una exclamación de sorpresa.

La claridad proviene de un lago subterráneo. Conforme me acerco, la tierra se torna más cálida bajo mis pies. Nunca en mi vida había contemplado nada igual.

Las aguas tranquilas del lago refulgen rítmicamente. Parece el latido del corazón del mundo. Su lactescencia ilumina la cueva a intervalos y en sus muros brillan cientos de pequeñas gemas.

Miro al techo. La propia Selene, diosa de la luna, está allá arriba, majestuosa. Se alinea a la perfección con el orificio natural que se abre en lo alto de la bóveda. Su luz sagrada desciende en forma de perlas líquidas por las estalactitas. Cada una de ellas se desliza en silencio hasta caer al lago que brilla al recibir la ofrenda. Reúno el valor para extender la mano. Una gota de luz se precipita y entonces escucho algo insólito. Una risa. De una niña, tal vez una joven. Su eco surge de la palma de mi mano hasta reverberar en la cueva. *Clinc*.

Otra perla lunar se precipita y esta vez desvela una voz femenina que solloza. El agua del lago comienza a encresparse como la espuma del océano más pequeño y sonrío porque él está aquí de nuevo, conmigo. Mi piel se eriza ante su tacto invisible. El viento besa mi rostro, se posa en mis párpados, enciende mis labios, rodea mi cintura, pronuncia mi nombre con el anhelo de mil noches.

Es en este preciso instante, en esta intimidad transgredida por la luna, todo cobra sentido. Se puede morir de soledad, de miedo, de deseos rotos. Y también se puede morir de amor, con el corazón incendiado y las caricias de un misterio que me une a la vida.

Casey colocó una hoja seca a modo de marca páginas al tiempo que descubría que las primeras estrellas titilaban en el cielo de Filadelfia.

Emitió una pequeña risa antes de murmurar para sí:

—«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos…» —la imagen de aquellas palabras grabadas en los cascos de Robbie no se había borrado de su mente.

Rompió a reír:

—¡Es la primera frase de *Historia de dos ciudades*, de Dickens!

12

La fantasía nunca arrastra a la locura;
lo que arrastra a la locura es precisamente la razón.
GILBERT KEITH CHESTERTON

Algo no iba bien.

Lo supo antes de abrir los ojos aquella mañana de domingo. Todavía somnolienta, se arrebujó bajo el edredón y trató de asir el hilo del sueño. Fue entonces cuando un mechón de su cabello oscuro cayó sobre su cara para segundos después apartarse y ondear como si tuviera electricidad estática o como si lo meciera un tibio… Se incorporó de golpe.

¡…Viento!

En el interior de su habitación.

Comprobó que la ventana estaba cerrada y un grito amenazó con brotar de su garganta. *¡No puede ser! ¡Es imposible!*

Golpeaba la puerta, jugaba con las cortinas, sacudía las fotografías y notas de su corcho, impulsaba varios folios de sus apuntes sobre su cabeza.

Casey se mordisqueó los labios resecos y se mantuvo así, sentada entre las sábanas, estatua de sal ante una brisa invasora. Tras girarse lentamente observó la mesilla: la lamparita de noche vibraba, el libro de Perséfone aleteaba sus páginas con frenesí. Y aquel aroma… olía a humedad, a río, a lluvia.

Aquel día no habría mariposas, truenos o esferas. El viento se había convertido en el invitado de honor.

Al menos no tengo clase…

Pero ese pensamiento no calmó su creciente ansiedad. Comenzaba a pensar que tal vez… solo tal vez… estuviera loca.

Un escalofrío con dedos de hielo llegó hasta su nuca.

Y si de verdad estoy loca, ¿qué puedo hacer, eh? ¿Contárselo a mamá que no me dirá nada hasta que confiese ante la doctora Walker?

Oyó a su madre en la cocina y se levantó de un salto. Se puso unos vaqueros, una camiseta de rayas azules y se abrochó la llave al cuello. Desde luego, no esperaba que el viento también hubiera conquistado el resto de la casa.

La blusa rosa de su madre ondeaba como una bandera. El moño que recogía su pelo se deshacía poco a poco. Las servilletas, sobre las que reposaban varias magdalenas, se movían inquietas. A Casey le parecieron unas grandes alas de insecto.

—Buenos días, mi vida —por supuesto, Kate no se percataba del viento a su alrededor.

—Hola, mamá —cómo se alegraba de que estuviera allí.

—¿Has descansado bien? ¿Has tenido otra pesad…?

—No, no, estoy un poco agotada, nada más. No ha sido una semana fácil.

Su madre se rehizo el moño mientras señalaba su taza de café.

—Lo acabo de hacer y ya está frío, ¿te lo puedes creer? ¡La casa hoy está helada! En fin, no podré quedarme mucho, cielo. Hoy es el mercadillo para celebrar el final del verano, habrá turno doble —no se dio cuenta de que el café se encrespaba en la taza.

—Tranquila, no te preocupes, mamá.

—Además, hoy los jugadores de béisbol de… Bueno, ni siquiera recuerdo el equipo, estarán allí haciéndose fotos y firmando autógrafos. Los niños se pondrán contentísimos, entrarán en tropel en la pastelería y… Casey, cariño, ¿te encuentras bien?

La fotografía donde aparecía ella de pequeña en el Zoo se había escapado del imán de la nevera y sobrevolaba la cocina haciendo cabriolas. Casey asintió con la cabeza.

—S-sí.

Kate frunció el ceño.

—Mi pequeña…

—De verdad, mamá. Es que todo es muy… —jugueteó sin querer con la llave de plata en su pecho— complicado.

—Oh, no te preocupes por nada, déjamelo a mí… Mañana llamaré a la doctora Walker, tal vez sea bueno adelantar la sesión…

—¡No!

—…porque creo que sigues con esas terribles pesadillas y supongo que… claro, por eso estás tienes esas ojeras…

—¡¡Mamá!!

El rostro de Casey se encendió.

—¡«Creo que», «supongo que»! ¡No me escuchas!

—Pero, Casey…

—¡Si lo hicieras, me hubieras preguntado por qué he dicho que ha sido una semana difícil o por qué todo es muy complicado!

—Es… por tu padre, lo sé, y lo único que quiero es…

—¡No es por papá! He intentado que la doctora y tú me creáis, ¡pero ese es el problema: no me creéis, no me escucháis y si lo hacéis… os calláis o… seguís hablando como si nada! ¡Estoy harta de ir a esa consulta!

—Pero es bueno para ti, hazme caso… —Kate consultó su reloj con gesto nervioso—. Voy a llegar tarde, hablaremos de esto cuando vuelva, lo prometo.

—¿Mañana, pasado, dentro de un mes? —Casey trató de controlar la inmensa tristeza que amenazaba con ahogarla—. Mamá, ya nunca estás en casa, nunca te veo…

Su madre se acercó a ella y le acarició la mejilla, justo donde tenía un lunar con forma de diminuta flor.

—Está bien, hija, yo… Ojalá me dieran más días libres —suspiró—. Pero confía en mí, Marianne Walker sabrá qué hacer para que te sientas mejor. Lo arreglaremos juntas.

El viento se trenzó con la vorágine interna de Casey. La joven corrió hacia su habitación, tomó el libro con rapidez y se dispuso a salir.

—¡Casey!

—Lo siento, mamá, de veras.

Sus pies eligieron el camino. Solo había un lugar en el sur de Filadelfia que mereciera la pena, al menos para ella. Un lugar al que solía ir para encontrar calma porque sabía que ni su madre ni Vera lo conocían. Como un escondite secreto. *Sí,* pensó*, un escondite para cobardes. Porque eso es lo que estoy haciendo, ¿no? Huir.*

Bookhaven era una librería a la antigua usanza. Por eso la amaba tanto. Nada de cadenas o centros comerciales donde a veces un libro podía ser tratado como un mero producto de moda. Bookhaven desprendía magia. Desde su letrero con el dibujo de un gato durmiendo sobre un cuento, hasta su encantador escaparate decorado con haditas de papel que la propia dueña confeccionaba para darle un toque de fantasía. Por no mencionar todos los adornos esotéricos que albergaba su interior… Casey había descubierto aquella librería varios años atrás, cuando su ilusión por ser escritora todavía incendiaba sus sueños. Ahora constituía un refugio, nada

más. Pero era un refugio donde se sentía en paz. Al menos los libros seguían ejerciendo sobre ella ese poder benefactor.

Al entrar, el sonido de la campanita de la puerta quedó unos segundos suspendido en el aire. Casey no se movió. Sus pupilas se contrajeron, su mandíbula se tensó. El viento también se guarecía en el interior de la librería. Los ejemplares que estaban en las estanterías se mantenían firmes ante las embestidas, mientras que los que reposaban en las mesitas de anticuario se agitaban como si hubiesen cobrado vida. Varios folletos y marcapáginas flotaban de un lado a otro e incluso las haditas del escaparate revoloteaban por el local. Las flores de loto de celofán que colgaban primorosamente del techo no paraban de danzar junto a diversas piedras de jade.

Nichole, la dueña, estaba atendiendo a un cliente, un chico joven con rastras llenas de abalorios. Sus ropas se inflaban, los adornos del chico tintineaban, los rizos negros de Nichole danzaban al son del viento caprichoso. Casey se fijó en las dos gatas, Jemima y Grizabella. Se hallaban sentadas, erguidas y estáticas hasta el punto de parecerse a la diosa egipcia Bastet. Sus ojitos verdes seguían la estela del intruso invisible al que nadie, ni la librera, ni el chico afroamericano, podía sentir.

—¡Casey! —Nichole la hizo pasar con una gran sonrisa—. No te quedes ahí parada, chiquilla, o te confundiré con las gatas —sus carcajadas lograron que Casey se relajara un poco—. Ya ves, hoy están un tanto raras, debí ponerles nombres más tranquilos porque desde luego, no se parecen en nada a la Jemima y Grizabella originales… En fin, siempre amaré a T.S. Eliot y a Cats, por mucho que los hayan destrozado en el cine. ¿Estás bien, cariño? ¿Preparo uno de mis tés especiales para días grises? Ya sabes que la receta de mis antepasados nunca falla…

Nichole había nacido en la India, pero su familia se trasladó a Filadelfia cuando ella solo tenía dos años. Según le contó, ya habían pasado más de cincuenta años desde aquel éxodo en el que también participaron sus abuelos, tíos y primos. Siempre animaba a Casey a unirse a su amor por lo místico, leerle las cartas del tarot, ofrecerle un cuarzo blanco, o contarle una y otra vez la historia de cómo la pulsera de ojos de Buda le salvó la vida cuando era pequeña.

—No, no, gracias. Tus antepasados se pasaban un pelín con el jengibre —Nichole se rio ante la broma de Casey sin percatarse de que una de las haditas de papel se había prendido en sus rizos.

—Ah, entonces vienes a mi santuario literario para buscar consuelo

espiritual… ¡Haberlo dicho antes! —sus vivaces ojos brillaron como una gema de ámbar—. Tienes tu sillón preferido libre, no te cortes si quieres hojear las novedades, ¿vale?

—Eres la mejor —Casey sintió un cálido alivio en el pecho.

—Lo sé, ¿qué harías sin mí?

El sillón amarillo parecía haber estado esperando su llegada porque la joven lo notó más mullido que de costumbre. Se recostó contra su gran respaldo y respiró hondo. El viento seguía su curso, pero había dejado de importarle. Solo podía pensar en su madre. En los largos paseos que solían dar por Fishtown, en sus excursiones al Zoo, en esa cancioncilla infantil y ridícula que entonaban juntas al ir de compras o en los pícaros guiños que Kate le hacía cuando veían la película romántica de la tele los domingos por la noche. Ahora todo eso se le antojaba un sueño lejano. Como de otra vida.

Tal vez aquellos momentos se habían desvanecido para ser solo recuerdos. Tal vez ese condenado viento se los había terminado de llevar para siempre. Acarició la cubierta de su libro y la abrió con la esperanza de no volver a ver en su mente el rostro inexpresivo y entristecido de su…

13

La imaginación es la única arma
en la guerra contra la realidad.
LEWIS CARROLL

—¡Madre!

—No quiero oír una palabra más. Me has desobedecido. ¿Creías que no me enteraría? Sabes que las flores lo ven todo y me lo cuentan todo. O al menos lo sabrías si siguieras practicando tu don. ¿Y qué haces en su lugar? Me mientes, te reúnes con gente de la aldea a escondidas, y lo que es más grave, ¡te adentras en el bosque!

Observo de reojo a las margaritas que yo misma hice florecer en el prado para impresionar a Psique. ¡Son unas traidoras! ¡Ojalá Psique las hubiera arrancado todas, una por una!

—Estoy cansada, madre. ¡No puedo hacer crecer nada y mucho menos hablar con las flores si mi mente está agotada! Es injusto.

Mi madre se ríe de forma amarga.

—¿Agotada? ¿Cansada? Perséfone, no te he educado para que sucumbas tan fácilmente. Fertilizo miles y miles de campos cada día, nutro la tierra, mantengo el equilibrio que los mortales insisten en destrozar, hago nacer los frutos, fecundo semillas, reforesto, cuido, protejo… ¿Qué haces tú?

Inclino la cabeza. Entiendo su postura, en serio. Y hay un pequeño poso de vergüenza en mi interior, no voy a negarlo. Pero no puedo creer que ella no me entienda a mí. Me hace parecer una niña consentida y no he vivido dieciocho años aislada para escuchar reproches como este a diario. Ya no. Se acabó.

—Yo hago lo que siempre me ordenas.

—No lo ordeno, Perséfone, solo…

—Sí, cuando un aprendizaje se convierte en obligación, soledad y encierro, al final son órdenes.

—Oh, por favor…

—Te vas cuando todavía Helios no ha traído el alba al cielo, regresas y no podemos vernos porque ni siquiera me despiertas. ¿Realmente vuelves? Tampoco lo sé. Como tampoco recuerdo la última vez que me dijiste que estabas orgullosa

de mí o que me querías.

—En el nombre de Zeus…

—Y paso mis días aquí, encerrada, como una vestal sagrada que…

—A una vestal se le corta el pelo, Perséfone, se le aísla treinta años, nunca aparece sin un velo cubriéndole el rostro, no sale de su templo, se le azota si no cumple con sus obligaciones, se le separa de su familia…

—¿Y yo no? De acuerdo, conservo mi cabello, pero también me siento aislada, de ti, del mundo, de la vida. He perdido la capacidad de sentir. Eso es otra forma de azotarme.

Los ojos azules de mi madre destellan de ira contenida. Hemos llegado a un punto sin retorno y no pienso moverme de mi posición.

—No me retiré contigo a este sitio olvidado por los dioses para enseñarte en vano, hija.

—Nunca te lo pedí, madre. Tengo poder para crear vida, pero no para vivir la mía. Me marchito, me pudro y mi don no me salva. No soy una flor —pienso en las sombras del crepúsculo, en el viento—, ya no soy más que un sentimiento al desnudo.

Madre clava sus pupilas en mí.

—Naciste con un solo propósito —habla incidiendo en cada sílaba— y vivirás por y para ello. Guarda tus sentimientos y entiérralos hondo, Perséfone, porque solo conseguirás ahogarte en ellos.

Algo en mi pecho se fractura. Mantengo el temblor de mis labios a raya mientras me dirijo a la puerta.

—Las semillas también se entierran, madre. Pero no lo hacen para esperar su muerte. Yo tampoco.

—¡Perséfone…!

El móvil vibró en la mochila de Casey. Como despertando de un sueño, miró de nuevo la librería. El viento seguía tocándolo todo con sus dedos invisibles. Incluso el lomo atigrado de las gatas parecía ser acariciado en suaves ondas. Casey se calentó un poco las manos antes de sacar el teléfono. Tenía una llamada perdida y un mensaje de WhatsApp.

Vera > Siento lo de ayer, me crees, verdad? Es que todo es muy difícil y me parece que estoy en pleno proceso de cambio. Te acuerdas de lo que nos decía la profe de teatro el año pasado? Lo de que en algún momento de la vida cambiamos para tomar otro rumbo? Joder, me siento justo así. Pero oye, seguimos siendo amigas, vale? Solo dame tiempo. Te quiero.

La campanilla de la librería anunció un nuevo cliente. Un hombre que, al entrar, alzó las solapas de su cazadora.

—*Brr,* qué frío hace aquí dentro.

Ni siquiera notó los vaivenes de su poblado bigote mientras ojeaba las estanterías. Las orejas de Casey, en cambio, estaban ardiendo. El mensaje de Vera la había trastornado por completo.

¿Qué está pasando con todo el mundo?

Un repunte de miedo se coló por cada uno de sus poros. Volvió a abrir el libro aunque lo que verdaderamente quería era echar a…

Correr. Es lo único que puedo hacer. Correr sin parar hasta quemar mi aliento, olvidar mi nombre y adentrarme más y más en el bosque.

Mis pies descalzos notan de nuevo el canto primigenio de la tierra. Esa música de voces ancestrales que habla de secretos, de gemidos en la lluvia, de cuentos terribles y bellos, de antiguas memorias que se abren y cierran como una puerta a merced de la noche…

Sonrío mientras sigo corriendo y uno mi voz a la suya. Canto y río, y en este momento nada podría compararse a la llama de felicidad que me inunda. Los árboles se separan a mi paso, susurran mi nombre, me guían. Y eso solo puede significar que ya aguardaban mi llegada. Elevo mi voz y el bosque ruge conmigo como un solo ser.

Cuando llego a la gruta de lágrimas de luna, estoy eufórica. Me adentro en ella sin dudarlo. ¿El viento me ha estado esperando? ¿Volverá a abrazarme en este lugar sagrado? ¿Me enseñará cómo alejarme de la soledad y el miedo? Respiro hondo. Nada. Ni siquiera se oye el repiqueteo de las gotas de luna caer al lago. El silencio se ha adueñado incluso de mi respiración.

Y en cambio… El aire está empapado de algo mágico, ebrio de presencias, de misterios eternos. Doy un paso más. Las aguas del lago ya no resplandecen. Me asomo poco a poco. Una exclamación de sorpresa escapa de mis labios. La superficie ya no me muestra un fondo rocoso, sino unas escaleras descendentes.

—Esta cueva… es un portal…

Recuerdo las palabras del viento en mi oído hace unas noches, antes de abandonarme al sueño: *… El bosque es la salida y también la entrada*… Miro hacia atrás. En mi casa, solo me espera el vacío y el llanto. Más allá del lago, el corazón de lo desconocido me llama. Nunca he tenido miedo de cruzar al otro lado. Siempre he sabido que daría la mano a la oscuridad si ésta me lo pidiese.

La noche y sus sombras…

Sumerjo un pie.

…no matan al sol, en realidad…

Y comienzo el descenso.

…lo revisten de esperanza.

14

El autor solo escribe la mitad del libro.
De la otra mitad debe ocuparse el lector.
JOSEPH CONRAD

Casey, quédate un momento.

La voz de Dennis Reed sonó despreocupada, pero no impidió que Casey se sobresaltara ni que el resto de la clase, que ya comenzaba a abandonar el aula, se girara brevemente entre caras de asombro.

Desde que había comenzado el curso, Casey no paraba de recibir toda clase de miradas, y ninguna de ellas había sido buena. Comenzaba a acostumbrarse, o eso intentaba creer… porque, en realidad, seguía asustada. De las miradas, sí, pero también de los murmullos, de los dedos acusadores, de la soledad a la que la habían confinado de repente. Vio a Vera echar un último vistazo antes de irse corriendo. La clase de Reed había sido la última aquella mañana y Casey supuso que su ex mejor amiga tendría muchas cosas que hacer con la chica pelirroja.

—Cierra la puerta, por favor.

Casey hizo lo que su profesor le pidió. Justo unos minutos antes, ella había expuesto los deberes que les había impuesto antes del fin de semana. Reed iba a recriminarle algo, estaba segura. Iba a ridiculizarla en privado, a bajarle la nota, o a pedirle que se cambiara de asignatura. Conociéndole, todo era posible.

—Me has mentido, Casey.

No se esperaba aquello. El frío de sus manos se extendió por todo su cuerpo. Dennis, que se mantenía de pie, se apoyó sobre su mesa y cruzó los brazos. Casey parpadeó. Hubiera jurado que las gafas de Reed eran negras hace una hora, al inicio de su clase. Ahora tenían un color rojo intenso.

—¿Cómo…? ¿Qué le…?

—Por favor, tutéame, ya nos conocemos y sabes que odio los

formalismos —su marcado acento de Boston parecía decir lo contrario.

—Ah, vale… Es que no entiendo a qué te refieres.

—Pues es muy sencillo, en realidad. Acabas de indicar ante toda la clase que el libro que marcó tu vida hasta el punto de querer dedicarte a la escritura es *Cementerio de animales.* ¿Cierto?

¿A dónde quiere ir a parar? Joder, la mesa ahora es roja… ¡Es roja! Oh, Dios mío, no, no, no… Otra vez, no…

—Sí.

—Si el presidente diera permiso para utilizar el polígrafo en los institutos, nos ahorraríamos muchos problemas, pero, en fin, habrá que conformarse con el método tradicional.

Su profesor abrió el primer cajón adosado a la mesa y extrajo una pequeña grabadora digital. Roja. Casey deseó que se la tragara la tierra.

—¿¿Me has grabado??

La expresión seria de Dennis no cambió.

—No está prohibido, o sí, pero qué más da —respondió—. Quiero que te oigas a ti misma. A veces nosotros somos nuestros mejores delatores.

Pulsó play y la voz de Casey resonó en el aula.

—… me di cuenta de que no se trataba de una novela de terror como cabría esperar del maestro King, sino… una… historia sobre el terror de… perder a alguien, o el miedo a la propia muerte… a si seríamos capaces de aceptarla…

Iba a protestar, pero su profesor alzó una mano pidiéndole silencio.

—… leerlo me impactó tanto que estuve varias noches sin dormir porque el escritor había tratado temas extremadamente dolorosos de una forma tan dura que… es difícil no pensar en ellos y…

Reed detuvo la grabación. No había desviado su mirada de Casey en ningún momento.

—Ser escritor no significa teclear como loco. Implica estar atento a los detalles y tus detalles, Casey, son muy evidentes. Como tu carraspeo cuando pronuncias la palabra *muerte* o ese temblor involuntario al afirmar que no pegaste ojo.

—¿Y dónde está la mentira? Esos detalles demuestran precisamente que soy sincera, que esa novela me caló hondo y que lo sigue haciendo.

—Un buen libro debe tener un estilo impecable, una historia subyugante, unos personajes que dejen huella y, sí, en eso estamos de acuerdo: tiene que hacer sentir al lector hasta el punto de extenuarlo, exprimir sus emociones al máximo. Sin embargo, yo os pedí que eligierais

la obra que os marcó, que os incendió hasta el extremo de cambiar vuestra vida. Y, Casey, no me molesta que me hayas mentido a mí o a tus compañeros. Me molesta, y mucho, que te mientas a ti misma —se quitó las gafas para limpiarlas—. Porque un autor que disfraza su verdad es, en todo caso, un farsante de palabras. Y respeto demasiado las palabras como para ver que los que prometen dedicarse a ellas las ensucian sin ningún reparo.

—No soy una farsante.

—Pues te empeñas en parecerlo. *Cementerio de animales* te causó un gran impacto, eso es todo. Muchos libros tienen ese poder, lo sabes.

La joven afirmó con la cabeza. Si hablaba ahora, diría alguna tontería y no quería caer tan bajo.

Dennis Reed señaló las ventanas. La luz que se colaba en el aula se tornó rojiza. Un atardecer en pleno mediodía.

—El mundo está lleno de obras literarias. Algunas pasarán por la vida de muchas personas sin alterarlas lo más mínimo, otras se perderán como si nunca hubiesen sido escritas y otras se quedarán para siempre en el alma de quien las lea. Supondrán un antes y un después. Algo así como la llamada de Dios. Ya, ya sé, estoy exagerando.

Casey rio muy bajito. Aquella broma hecha adrede había conseguido rebajar la tensión que amenazaba con ahogarla. Dennis sonrió también y Casey pensó que suponía un extraño cambio en aquel rostro siempre severo.

—Ese libro de Stephen King es muy bueno, no lo negaré. Y seguro que llegó a ti en malos tiempos. De ahí tu equivocación. Hubo química entre la historia y tú, pero no amor. ¿Entiendes lo que te digo? Puedes enrollarte con un desconocido una noche, y no estar enamorada. Tú has flirteado con el señor King, pero no son sus palabras las que te han conquistado, solo las circunstancias.

Dennis se dirigió a la pizarra y tomó un rotulador blanco.

—Quiero que me digas, una por una, cuáles son tus dudas —sentenció a modo de pregunta—. Es más que evidente que estás saturada de ellas y necesito saberlas todas.

—¿Mis dudas?

—¿Vamos a jugar al gato y al ratón durante todo el curso? En el taller de primavera estabas más despierta —el tono de Reed volvió a endurecerse —. Dime la primera, y que sea para hoy.

—Pues, eh…

Su mente tuvo un conato de colapso. Perder la ilusión por escribir no sería una respuesta que satisficiera a su profesor. Tampoco confesarle a bocajarro que desde hacía unos días nada iba bien ni en su vida, ni en ella misma. Así que optó por la salida fácil:

—Bueno, supongo que me aterra no saber cómo empezar.

—Lo acabas de hacer.

—¡Pero…!

—Esa sencilla frase: «me aterra no saber cómo empezar» —Dennis la apuntó en la pizarra y las letras de su rotulador brotaron en rojo— puede ser el comienzo de una gran novela. Sin rimbombancias, sin pensarlo. Bien, siguiente duda.

Casey sintió la lengua pegada al paladar.

—Presentar a personajes y luego…—vio cómo Reed seguía anotando todo en letras escarlatas —relegar a algunos a un segundo plano y no volver a encajarlos en la historia.

—¿Crees que eres la protagonista de tu historia, Casey? Si es así, ¿qué represento yo en ella? ¿O tu familia? ¿O tus amigos? ¿O aquel conocido con el que has hablado pocas veces, pero que de pronto se hace indispensable? Todos somos personajes, todos podemos llegar a tener un papel decisivo o incluso protagonizar el giro final que el lector espera. Además, hace ya varios días que nos ha presentado y no ha sido tan difícil.

—¿Que nos ha presentado? ¿Quién?

—El autor o la autora que nos ha imaginado. Piénsalo así. La vida es un libro y tú formas parte esencial de él. Impresiona bastante, ¿eh? Me refiero a sentir ese cosquilleo de incertidumbre que te obliga a preguntarte qué va a pasar. Los lectores lo notan también, todo está conectado, preparado para que pases página y descubras que hay más allá.

Dio varios golpecitos a la pizarra con el rotulador.

—Siguiente duda.

Casey se visualizó en una sala de esgrima. Dennis Reed atacaba sin descanso mientras ella repelía los envites en una especie de duelo frenético.

—Tengo miedo a aburrir…

Posición de guardia, florete imaginario alzado con mano temblorosa.

—No hay libros aburridos. Ni inútiles, si es lo siguiente que estás pensando. El escritor se ofrece ante el lector, y con este verbo quiero decir que sus palabras son una ofrenda. No todos los libros son para la misma clase de persona ni a todas las personas les gustarán los mismos libros. Fin de la duda. Más, por favor.

Ataque directo apartando el florete con rápida elegancia.

Una gotita de sudor resbaló por la sien de la joven.

—Los clichés.

Aumenta la distancia con el oponente, que intenta acortarla.

Dennis ni siquiera lo apuntó.

—Nada es cliché porque todo lo es.

Lanzamiento ante Casey cuyo florete tambalea.

—Que no guste a nadie.

Falso marchar, acción refleja de protección.

—Lo importante es que te guste a ti.

El adversario inicia un salto en flecha hacia delante.

—No ser original.

—Ya lo eres, a tu manera.

—Describir cosas que no conozco.

El profesor Reed guardó silencio. Frunció el ceño tras sus gafas y volvió a cruzarse de brazos.

Los dos contrincantes se detienen, sudorosos y expectantes.

Casey lo tomó como una invitación a seguir.

—O no tener ni idea de cómo expresar los sentimientos.

Había pulsado la tecla correcta, pero no entendía por qué.

—Ven el jueves a mi despacho —Dennis inspiró hondo y Casey esperó que no estuviera repentinamente enfadado o decepcionado—. A primera hora, antes de que las clases empiecen.

—Vale.

De algún modo, la lucha de esgrima había finalizado.

Su oponente se retira sin un juez que determine quién es el ganador.

Reed salió del aula manteniendo su mutismo y su semblante ceñudo.

—¿Qué narices acaba de pasar? —susurró Casey mientras se afianzaba la mochila sobre los hombros.

Sintió la acuciante necesidad de respirar el aire fresco de Filadelfia y se dirigió con celeridad hacia la salida del instituto, que aquellas horas estaba casi vacío. El sol mantenía su extraña aura rojiza y lo inundaba todo con una cualidad diferente, crepuscular. Estaba convencida de que nadie salvo ella veía aquel fenómeno. Se ajustó bien los auriculares y dejó que la música borrase el recuerdo de su extraña confrontación con Reed. Sus pasos la condujeron a los Jardines Mágicos.

No había entrado en ellos desde que su padre la llevó a visitarlos cuando era pequeña. Todavía era capaz de recordar su perfume o el tacto

de sus manos. Se preguntó con amargura dónde estaría ahora. Una parte de ella quería irse a casa y escuchar su música a todo volumen. Otra, la que todavía le hacía sentir una niña, se dejó tentar.

Allí nada albergaba vida. Cada planta, árbol, flor, estatua, fuente, escalera o pasaje, se hallaba confeccionado únicamente con productos reciclados. A su manera, suponía un lugar casi poético, bellamente insólito, donde nada moría para siempre.

Rozó con la yema de los dedos el mosaico que componía uno de los muros. Estaba creado a partir de miles de vidrieras que a su vez habían sido botellas, ventanas, cerámicas, azulejos… rojos. Cuando retiró la mano, su palma estaba impregnada por aquel color. Se había materializado, cobrado forma, pasado de ser una tonalidad a algo tangible. Y de repente, el velo que cubría el cielo, las sombras carmesíes, el rojo de todos y cada uno de los elementos que componían el Jardín, se unieron para lanzarse sobre ella.

Un miedo fantasmal se ancló en su pecho al bajar la cabeza para contemplarse el cuerpo. Su ropa, mechones de su pelo, incluso de la punta de su nariz goteaba un líquido espeso. Aquel maldito pigmento que la había perseguido toda la mañana se había convertido en… *Oh, Dios, es sangre, ¡tengo sangre por todas partes!*

La gente que pasaba a su lado la miraba de forma extraña. Y comprendió, con el fuego de la angustia, que una vez más, nadie podía ver lo que le ocurría. Pensó, con la velocidad del delirio, que acabaría allí, en aquel jardín. Un objeto reciclado rojo, supurando sangre por toda la eternidad… Comenzó a faltarle el aire. A paralizarse. Ni siquiera podía cerrar los ojos.

Fue entonces cuando lo vio.

15

No hay teoría, simplemente escucha.
La fantasía es la ley.
CLAUDE DEBUSSY

Allí, de pie, justo en medio de la plazoleta donde cientos de muñecos, bombillas, ruedas de bicicletas y tazas de té componían una imagen extraída de Alicia y su país. Aquel chico tan raro que conoció en Love Park.

Casey respiró hondo, muy poco a poco. Y con cada bocanada, la sangre se iba desvaneciendo de su cuerpo. Todavía temblaba. Todavía sentía unas ganas inmensas de echarse a llorar. Y, sin embargo, se aproximó hacia él y se quitó los auriculares.

Robbie gesticulaba rodeado de niños, estaba contando un cuento. Sus manos volaban, actuaban al son de su voz como expertas marionetas. Los pequeños le contemplaban embobados y de vez en cuando el tintineo de sus risas se extendía por los jardines revistiéndolos de verdadera magia.

—… No podía permitir que el mundo fuera gris, que el cielo no parase de llorar, que no se escuchara la alegría por las calles, que los relojes murieran, que las personas hubieran olvidado cómo sonreír, ¡que la oscuridad se lo comiera todo…! —Robbie abrió la boca y rugió aparentando ser una feroz bestia. Los niños se abrazaron entre sí, divertidos, con ese falso temor que tanto les fascina a esa edad.

Cuando el chico se disponía a seguir narrando, alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Casey. El mar de sus pupilas se adentró en ella con la fuerza de una ola inmensa.

—Pero lo que más preocupaba al gran mago Zagar era, sin duda… su hija. No era una princesa, ni una guerrera, ni una guardiana, ni una maga como su padre. ¡Era algo mucho mejor que eso porque en realidad lo era todo! —los pequeños dejaron escapar exclamaciones de sorpresa. Uno de ellos se atrevió a preguntar:

—¿Y qué era entonces?

Robbie le sonrió con ternura antes de volver a posar sus ojos en Casey.

—Era una inventora de historias. Como el mundo se había convertido en un terrible pozo de tristeza, los inventores de historias escaseaban… y ya nadie recordaba que, en realidad, desde los tiempos en que los dragones y las sirenas existían, los inventores de historias eran las personas más importantes y poderosas. Porque ellos, y solo ellos, eran capaces de dar color a los sueños y así, reestablecer el equilibrio.

Algunos niños se acercaron más a Robbie y en sus caritas, Casey vio un profundo interés. Cerró los ojos y permitió que la voz de aquel chico hipnotizara sus sentidos. Lo necesitaba. Realmente lo necesitaba.

—La hija de Zagar no lo sabía, claro. Se sentía tan triste, tan terriblemente apenada, que nunca hubiera podido imaginar el poder que poseía…

—¿Y por qué? —quiso saber una niña con coletas—. ¿Por qué estaba tan triste?

Robbie se llevó las manos al corazón.

—Porque su interior le hablaba de pérdida, de soledad, de canciones que lloraban y de silencios negros como la peor de las pesadillas… Lo que la hija del mago ignoraba es que ella podía devolver la luz y el color a su mundo.

En la mente de Casey, sobre sus párpados cerrados, se hallaban grabados los ojos azules cuyo poseedor la arrullaba con cada palabra. Aquellos ojos la miraban anhelantes, dulces, serenos. No quiso abrir los suyos. Tenía demasiado miedo de romper el hechizo.

—Pero ¿sabéis una cosa? La luz más pura siempre se encuentra cuando crees que solo te rodean las tinieblas. Y sin pretenderlo, sin tan siquiera entender por qué lo hacía, la inventora de historias comenzó a atesorar objetos. Unos le hablaban de amor en llamas, otros de viento en la noche, algunos le murmuraban versos misteriosos, los más brillantes le cantaban cuentos perfumados de azules y amarillos, a veces incluso podía escuchar las leyendas que la luna narraba a niños como vosotros a través de las estrellas…

Al abrir los ojos de nuevo, Casey tuvo un pensamiento tan fugaz que solo duró unos segundos antes de retirarse al confín donde reposan las emociones dormidas. Pensó que merecía la pena estar viva.

Aquella sensación pasó por su cuerpo, lo cubrió de esperanza, y desapareció con tanta celeridad como había surgido. Robbie había

comenzado a caminar en círculos y acariciaba las cabecitas de sus embelesados oyentes.

—Y la hija de Zagar fue coleccionando todos aquellos objetos. Tenía cientos, ¡miles! ¡Pero no quería desprenderse de ninguno de ellos! Así que construyó un jardín. Las hojas de los árboles serían pulseras olvidadas por sus dueños y las flores tenían botones de las más hermosas muñecas en lugar de pétalos, las luciérnagas eran tarros de cristal donde dormían velas encendidas, las fuentes estaban hechas del vidrio de las botellas que los piratas habían arrojado al mar, abanicos procedentes de las princesas de los reinos de Oriente ondeaban como un río, trocitos de lámparas donde ya no vivía ningún genio componían un camino en el que correr y jugar…

Entonces, Robbie alzó los brazos.

—Hombres, mujeres y niños comenzaron a viajar desde los confines del mundo atraídos por el rumor de que un jardín mágico concedía cualquier deseo. Y la hija del mago recuperó su alegría. Había comprendido que la magia estaba en ella y que podía compartirla con los demás.

Los pequeños, todavía sentados en círculo, miraron a su alrededor, conscientes de que tal vez el jardín del cuento y el lugar donde se encontraban pudieran ser la misma maravilla.

—¿De verdad? —uno de ellos levantó la mano—. ¿Podemos pedir un deseo aquí? ¿Se cumplirá?

Robbie se agachó y tocó la punta de su nariz. El niño rio con regocijo.

—Yo nunca miento. Podéis pedir lo que más queráis porque los inventores de historias siguen entre nosotros —se giró para hacerle cosquillas a la niña con coletas— ¿Serás tú una de ellos? —señaló a otro que lamía una piruleta—. ¿O tú?

—¡No se sabe! —refunfuñó el primero que había preguntado.

—¡Claro que sí! —Robbie fingió estar ofendido—. ¡Todos somos inventores de historias! ¡Y mientras las sigamos contando, podemos soñar cualquier cosa y tener la seguridad de que se cumplirá!

Los pequeños aplaudieron enfervorizados y Casey no pudo reprimir una risita.

—¡Ahora id por ahí e inventad muchas historias! ¿Prometido?

—¡¡Sí!!

Como obedeciendo una orden, salieron disparados hacia sus padres, que los esperaban pacientes en las escaleras cercanas. La niña de las coletas gritó a su madre que su deseo sería desear mil deseos y la mujer, de pelo rosa cual personaje de cómic japonés, la levantó entre sus brazos.

—Ya te dije que nos volveríamos a ver —Robbie se acercó y Casey pensó que a la luz de aquel extraño sol, su pelo castaño se había tornado del color de una hoja otoñal.

—Eres un mago, igual que el de tu cuento.

La verdad es que siento que te conozco desde siempre, pensó, pero no sé por qué.

—Por cierto, muy astuto —añadió en lugar de verbalizar sus pensamientos.

Robbie hizo un gesto de incomprensión.

—¿Y eso?

—Isaiah Zagar fue el creador de los Jardines Mágicos —*Lo sé porque mi padre me lo contó*—. Qué pasada reinventar su origen.

—La fantasía casi siempre es real, ¿no lo sabías? —sus ojos transmitían alegría, sus labios trataban de contenerla jugando con la posibilidad de sonreír—. Seguro que Zagar fue un mago, como esas madres lo son para sus hijos, o los niños para ellas. De hecho, también hay sirenas. Te atrapan con su voz o una mirada y ya estás perdido. O superhéroes — señaló su camiseta de los X Men— que no son telépatas, pero leen la mente y defienden a aquellos que aman. Y los monstruos, claro… Quien diga que los monstruos no existen, debería tener cuidado.

Casey deseaba aceptar de nuevo las reglas del juego al que aquel chico siempre invitaba. Era demasiado tentador.

—¿Y la hija de Zagar? ¿Quién es la inventora de historias en realidad?

La sonrisa de Robbie ganó la batalla y se extendió en su rostro.

—¿Te gustaría que fueras tú?

Había sonado como una afirmación, y Casey dio un instintivo paso atrás.

—¡Ey! ¿Qué estabas escuchando?

Sin darle tiempo a reaccionar, Robbie cogió uno de los auriculares que colgaba del cuello de la joven y se lo colocó en su oreja.

Ah, es verdad, Spotify sigue encendido…

—*Mmmm,* ya veo.

El hormigueo del miedo revoleteó en su estómago. Habían sido días muy duros en el instituto. De repente, cuanto hacía o decía se convertía en el foco de todos los susurros. Y Robbie, tan singular, tan excepcional a su manera, le caía bien. No quería que se llevase una impresión equivocada de ella solo por su gusto musical. Si Robbie la miraba con la misma clase de recelo que sus compañeros, no lo soportaría. A sus oídos llegaron los

acordes de la canción y la reconoció de inmediato. Se trataba de *Two worlds collide.*

—Es un poco antigua, pero… me gusta Demi Lovato.

Robbie le tendió el auricular al tiempo que chasqueaba la lengua.

—No me importa quién te guste.

El zarpazo de una nueva inseguridad sacudió su cuerpo.

—Lo que de verdad me intriga es si sientes lo que escuchas.

Casey descubrió que estaba conteniendo el aliento.

—Esta vez no te sigo.

Él enarcó una ceja y su expresión se tornó un tanto divertida. Pretendía ponerse serio cuando poseía una de esas caras que no estaban diseñadas para mostrar ninguna clase de enfado.

—Nadie debería juzgar ni decidir qué escuchas, qué ves, o qué lees. Bueno, a no ser que sea ilegal —ambos rieron suavemente—. Pero es un crimen que una canción suene sin más. La mayoría de la gente entiende la diferencia entre oír y escuchar, eso está bien. ¿Y sentir? Si la música no se siente, ¡no es música!

—Supongo que te refieres a captar el significado de…la letra, ¿no? O lo que quiso decir el compositor cuando la escribió.

Robbie puso los ojos en blanco.

—¡Madre mía, todavía eres una novata! —señaló los auriculares—. Póntelos, cierra los ojos y abre la mente.

Ella iba a preguntar algo, pero Robbie la cortó.

—Confía en el experto —el azul de sus ojos brilló con la intensidad de un poema prohibido—. No descifres la letra, no intentes recordar por qué la cantante la escribió así o de dónde surgió. Hazla tuya. Este es el truco, la magia de la que hablaba antes. Esa letra, la melodía, cada nota de guitarra, cada golpe de batería, el sonido de la voz… Todo es para ti.

—Estás loco.

No lo pensaba en absoluto, es más, algo le decía que aquel chico era la única persona normal con la que había coincidido durante aquellos días.

—Ya, estar loco es lo mejor que le puede pasar a uno, deberías probarlo alguna vez —tras un instante de silencio robado, volvió a insistir—. Venga, en serio, no me digas que no eliges las canciones por un motivo. ¡Por sí solas no valen gran cosa! Son nuestros sueños, recuerdos o incluso miedos los que les dan sentido —le ofreció el auricular de nuevo.

Casey se rio. Por nada del mundo se hubiera burlado. Su risa procedía de la complicidad y la curiosidad más inocentes.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan intenso.

Robbie la miró con una sinceridad que la turbó, como si atisbara dentro y fuera de ella.

—Sentir cada emoción al límite no es ser intenso, es estar vivo —habló con un fervor contagioso—. Inténtalo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Nada. En el fondo, tú ya sabes por qué cada canción es especial solo para ti —acercó aún más y murmuró de forma misteriosa—: déjate llevar, visualízate dentro de la música. Sé la inventora de historias.

Casey se sorprendió al pensar cuánto deseaba acortar la distancia que los separaba. Asintió y tras reiniciar la canción en su móvil, cerró los ojos y se preparó.

16

Todos vivimos en un mundo de fantasía cuando
somos niños y para algunos ese mundo
continúa cuando crecemos.
JIM HELSON

El estallido de los instrumentos vibró en su interior con una nueva fuerza.

Sin embargo, Casey solo veía oscuridad.

Inspiró hondo. Sus músculos se relajaron, su corazón se calmó. Cada parte de su cuerpo se abandonó ante la melodía. Cuando la cantante comenzó la primera estrofa, una sensación placentera la envolvió para engendrar una súbita imagen. En el epicentro de las tinieblas se había esbozado una figura. Poco a poco sus formas fueron concretándose hasta mostrar la piel pálida y desnuda de una joven. Esta permanecía en posición fetal, tal vez temerosa de cuanto la rodeaba, tal vez esperando una señal, tal vez rendida, tal vez a punto de renacer. Sus párpados temblaron y antes de abrirlos, Casey sintió cómo el vello de su nuca se erizaba por completo. Esa joven era ella.

La música inició un suave crescendo y el tiempo se cristalizó, como si los minutos hicieran el amor con cada golpe de violín. Una minúscula llave de plata apareció ante la joven. Ambas, símbolos del dormir y el despertar, gravitaron unos instantes en un vals que solo ellas entendían. Y al llegar el estribillo, aquella chica, aquella Casey hecha de fantasía, tomó la llave en sus manos y la aferró contra su pecho.

Entonces, la oscuridad que la rodeaba se fragmentó en miles de partículas que salieron despedidas en todas las direcciones. La luz conformó un nuevo mundo. Un mundo de flores. Casey, o quizás la chica hija de su mente y la canción, sonrió porque aquel prado no le era desconocido. Ni tampoco la muchacha que había cogido sus manos. La historia del libro con el que se había obsesionado se hacía real. Tan real…

que no quiso despertar y cuando Perséfone tiró de ella para que la siguiera hasta el bosque, no dudó. Tampoco lo hizo al descubrir a las sombras oscilar junto a ellas o al notar cómo la tierra temblaba para que los árboles, enormes y centenarios, se desplegaran mostrándoles el camino a la cueva.

El ritmo de la música se intensificó y Casey se sorprendió al verse sola. No había rastro de Perséfone. Y sin embargo… En aquel refugio de gotas lunares, había alguien más. Alguien que la acariciaba con tanta pasión como el latir de la melodía. El viento, aquel ser invisible, añorado, protector, colmaba su cuello de besos fugaces, abrazaba su cintura, desanudaba su aliento perfumado de tormenta en su nuca…

Los ojos de Casey se humedecieron y un estremecimiento de absoluta felicidad tronó dentro de sí. Llegó el final de la canción, y con él, de nuevo la oscuridad. Casey dejó escapar el aire contenido y con un ligero temblor, se quitó los auriculares. Al alzar la vista, comprobó que Robbie seguía ahí. Su sonrisa era guardiana de un secreto que ahora ambos compartían.

—Ya estás de vuelta —dijo.

—Ha sido…

No encontraba palabras para definirlo. Solo podía pensar en por qué demonios nunca había imaginado hacer algo así antes.

—Mi cuerpo estaba aquí, pero…yo no.

—¿Dónde has estado?

—En… —¿Cómo explicarlo? ¡Era imposible!— en mi mente, en mi fantasía, en las palabras que amo, en… ¡todas partes!

—¿Y dónde estás ahora?

Los ojos de Casey se anegaron en lágrimas.

—No lo sé.

La mejilla de Robbie rozó la suya al tiempo que le susurraba al oído:

—Puedes regresar siempre que quieras.

Ella le abrazó. Y Robbie, que no se esperaba aquella reacción, se quedó inmóvil, con las manos suspendidas en el aire.

—*Shhh* —poco a poco sus brazos fueron cobijando también el cuerpo de la joven—. Siempre que coincidimos, te veo llorar —la apartó con dulzura —. Pero… esto es lo que ocurre cuando dos mundos diferentes colisionan.

—Creo…—balbuceó Casey— que si estás loco, quiero estarlo yo también —terminó la frase entre hipos y risas.

—*Bah* —replicó él con voz jovial—, lo difícil es estar cuerdo.

Estaba a punto de preguntarle de qué parte de la ciudad era o dónde estudiaba cuando un niño de unos seis o siete años, estiró la camiseta de

Robbie. El corazón de Casey se oprimió al observar el pañuelo rojo que cubría la cabeza del pequeño.

—Oye…

Robbie se agachó para estar a su altura.

—Dime, ¿has perdido a tu salamandra de fuego? ¿O a tu elfo domestico? ¡Ah, ya sé, puede que quieras montar en el caballo de los mil reinos!

La risa del niño tuvo el poder de alejar la luz crepuscular y devolverle al cielo su acostumbrada tonalidad azul de mediodía.

—¡No, no! Otro cuento, por favor… Siempre nos cuentas dos…

Robbie le dio la mano y sonrió una última vez a Casey que los vio alejarse de vuelta a la plaza.

—Serás un buen inventor de historias algún día, —oyó que le susurraba cariñosamente—, y esa chica también. Ya verás.

17

La lectura es el único medio a través del cual
nos deslizamos, involuntariamente, a la piel de otro,
a la voz de otro, al alma de otro.
JOYCE CAROL OATES

Las escaleras han desaparecido tras de mí, aunque lo deseara, ya no hay forma de regresar. Pero no, no lo deseo. Al contrario. Se ha abierto un mundo de posibilidades y ya no estoy temblando. Prometo ante los dioses no tener miedo nunca más.

Cuanto me rodea es tan inquietante, tan extraño y hermoso a su manera, que es difícil no quedarse hipnotizada. Columnas de hielo abarcan toda mi vista. Son tan altas que se pierden en el techo, negro como la más oscura de las noches. El hielo refulge, indestructible pese a las figuras que lo abrazan. Avanzo hacia una de ellas. Es una serpiente enorme. Una pitón proveniente de Delfos se halla enroscada a esta columna y su cabeza, de lengua bífida y ojos penetrantes, me observa mientras crepita.

Es increíble… Creía que era un espejismo, pero… ¡Todas las estatuas son de fuego!

Flamean, se retuercen y despiden pequeñas chispas que gravitan sobre mi cuerpo haciéndolo brillar.

Algo en estas estatuas, tan grandes que podrían ser titanes, me atrae. Alzo mi mano para acariciar al animal y sonrío, sorprendida. El fuego no quema. En mi piel solo percibo un cosquilleo cálido. Diversas llamas se desprenden en las palmas de mis manos y toman varias formas. Una bailarina, una ninfa y una mujer centauro danzan al son de una música que no alcanzo a escuchar. Segundos después, se evaporan en una voluta de humo que huele a miel y especias. Inspiro hondo. Tal vez canela.

Más allá, reposa un fauno tocando una flauta de Pan. Parece intentar amansar a una Quimera que ruge frente a él. Puedo distinguir su pelaje en el fuego, sus cuernos, sus ojillos pícaros y sabios, sus pezuñas, incluso los huecos de su flauta.

Estas estatuas son tan reales que me pregunto si no cobrarán vida en cualquier

momento y empezarán a moverse… o tal vez estén moviéndose ya… a un ritmo muy, muy lento…

Miro mis pies. Bajo mis plantas desnudas, se forman ondas y comprendo, dando un respingo, que el suelo, frío al contacto, no es de mármol negro como yo creía... ¡Estoy sostenida por una superficie de agua!

No temas nada.

El viento susurra en mi oído.

Mira bien, mira con otros ojos…

—De acuerdo —susurro y mi voz reverbera con un eco.

Allá abajo, en las profundidades de un mar secreto, distingo ciudades hundidas cuyos contornos se siluetean de coral y caracolas, bellos navíos cubiertos por un polvo plateado que brilla entre burbujas, puentes, ruinas desnudas de antiguas vidas, ánforas, monedas y ábacos… Todo late en la tenebrosa luminosidad que solo produce el himno del tiempo.

Es triste, es precioso. A veces la tristeza guarda un vértigo de hermoso delirio.

Entrecierro los ojos y me agacho. Varias siluetas aparecen y desaparecen rápidas como una ilusión. Parpadeo. Una de ellas se aproxima lo suficiente para que la vea.

¡Son sirenas! Sus alas están repletas de adornos hechos de huesos y nácar tallado. Sus colas de escamas irisadas las impulsan a tal velocidad que a veces tengo la sensación de que solo son producto de mi mente.

Una de ellas se aproxima a mí. Quedo atrapada en su mirada, en estos ojos bellísimos y crueles cuyas pupilas doradas me analizan con descaro. Me fijo en su larga melena. En ella se enredan diversas llaves de pequeño tamaño. Ladeo la cabeza, intrigada. Ella me imita.

El viento tiembla y entonces, como una orden, la sirena rompe la barrera que nos separa. Caigo hacia atrás al tiempo que su puño se abre para mostrar una llave. Ha debido de cogerla de su pelo.

Adelante…

Ordena con suavidad el viento, y yo obedezco. Al contrario de lo que pensaba, la piel de la sirena emana calor y en cuanto tomo la llave en mis manos, ella se aleja a toda velocidad. Miro el objeto: es de plata, con un lirio grabado en el centro.

Mi amigo tira de mi vestido. Lo interpreto como una señal para avanzar y me guardo la llave en uno de los pliegues antes de dirigirme a las esfinges que me aguardan más allá.

Diversos cristales de nieve se despliegan desde el techo. Sonrío cuando uno cae sobre mi nariz y se derrite. Otro se posa en el dorso de mi mano. La levanto para contemplar el dibujo de hielo… y descubro un rostro. Su imagen se disuelve enseguida, pero era una chica, una joven como yo, de mirada melancólica. No ha sido más que un instante, y aun así, estoy segura de que ambas nos hemos visto al mismo tiempo.

Al llegar a las esfinges trago saliva. Son tan gigantescas que si cobraran vida, si dejaran de ser de hielo y levantaran una de sus garras, me aplastarían. Una

cantidad increíble de cintas rojas están anudadas a sus cuerpos. Les cubren los hombros, el cuello, las cabezas, las colas felinas, sus alas, sus bustos… Se estiran, entrecruzan o cuelgan dejando ver un pequeño pergamino cosido en el extremo de todas y cada una de ellas.

Las expresiones de las esfinges son diferentes. Una sonríe, la otra me observa con severidad. Ambas protegen el altar central, donde arde un fuego silencioso.

—¿Es un altar para los dioses? —pregunto muy bajito.

Las ofrendas que aquí reposan nacen de los que ya no están, para volver a ellos…

Tomo uno de los pergaminos y leo su contenido:

Deseó ver crecer a su hijo, escuchar su risa,
iluminar su camino.

Elijo otro:

Nunca perdió la esperanza, pero no pudo
compartirla con aquella a la que amaba.

Como si pudiera atisbar mis pensamientos, el viento murmura en mi oído.

Son deseos no cumplidos, ilusiones perdidas…

—Si ofrezco uno al fuego, ¿qué ocurrirá?

No podrán hacerse realidad jamás, sin embargo, mitigarás su pena…

Un pequeño pergamino roza mi sien. Su contenido me entristece el corazón:

Si hubiera podido dar su vida a cambio, habría
aceptado el sacrificio solo para verle desde
el otro lado.

No dudo. Arranco la esperanza no cumplida y la arrojo al fuego. De pronto, las llamas se convierten en las fauces de un león que lo devora con avidez. Justo después un suspiro rasga el mutismo de este lugar.

Miro en derredor. ¿Habrá sido el dueño o la dueña del deseo que he ofrecido? Espero que sí.

El viento ensortija mi cabello y yo dejo escapar una tímida risa.

—Ya voy, amigo mío.

Desconozco lo que me deparan las nuevas escaleras que nacen ante mí, pero comienzo a bajarlas con la certeza de que estoy…

18

Para un soñador es aquel que solo puede
encontrar su camino de luz de luna, y su castigo
es que ve el amanecer antes que el resto del mundo.
OSCAR WILDE

¿Preparada, señorita Moore?

Casey separó la vista del libro y al hacerlo, numerosas risas estallaron en el aula. Susan Harris le dedicó un gesto de hartazgo que avivó las chanzas de sus compañeros.

—Le preguntaba si estaba preparada para que yo imparta la clase o, ¿quizá preferiría seguir con lo que quiera que estuviera haciendo con ese libro? ¡Por mí, encantada! Pero si insiste… será en el despacho del director.

—La idiota de Casey.

Murmullos…

—Joder, ¿no se cambiará de instituto?

…a media voz…

—Da grima, la verdad.

…por todas partes…

—Tiene mucha cara, desde luego.

Durante aquellas noches casi no había podido pegar ojo, pensando en la posibilidad de hacerles frente. De plantarse en medio de la cafetería, por ejemplo, y gritar qué demonios ocurría. Pero no se veía capaz. Siempre conseguía dormirse tras prometerse que no lo haría porque, si jugaba con la idea, si seguía con la imagen mental de la guerrera intrépida, una sensación de angustia la invadía hasta el punto de atenazar su cuerpo.

No era una guerrera, ni una princesa, ni una maga, ni mucho menos una inventora de historias. Solo era una chica insegura y muerta de miedo ante tanta incertidumbre.

Casey cerró el libro y tras guardarlo en la mochila, sacó *La Tempestad* de

Shakespeare, autor al que estaban estudiando.

—L-lo siento. Sí, estoy preparada. Quiero decir que…

Harris hizo un movimiento seco con la mano. Su media melena oscura, su nariz respingona y su figura menuda, le conferían el aspecto de una Cleopatra airada.

—Ya sé lo que quiere decir. Solo se lo advertiré una vez más: que no se repita, ¿entendido?

Casey asintió. La profesora palmeó varias veces y la clase enmudeció.

¿Por qué no ha hecho callar a todos cuando se reían?

El corazón de Casey tamborileó en su pecho al comprender la verdad.

¡Lo ha permitido adrede!

—Bien, hoy quiero hablarles de algo importante —Harris se sentó encima de su mesa—, les dije que el examen final supondría el total de su nota en mi asignatura. —Una pausa dramática—. Les mentí.

Exclamaciones de fastidio se extendieron por el aula.

—Realizarán un ensayo de una obra de Shakespeare. El tema no es libre, lo repito por si no ha quedado claro: el tema lo impongo yo. Su calificación hará media con el examen. Y un detalle más. Tendréis que hacerlo en pareja y sí, también las decido yo.

Todos guardaron un silencio expectante mientras Susan Harris se ponía en pie y les evaluaba con la vista.

—Sarah Brown y John Irwing —señaló—, la venganza en Hamlet. Un tema típico y tópico, espero que me sorprendan.

Casey desvió los ojos al ejemplar de *La Tempestad.*

Dios mío, ¿cómo voy a trabajar en pareja si aquí la mayoría me detesta?

—Daniel Collins y Tom Cohen —Harris avanzaba entre los pupitres—, los dobles sentidos en *Una noche de verano.*

Se detuvo junto a Casey.

—Casey Moore —dudó unos segundos— y Conor Rigby.

Casey creyó que se quedaba sin aire. Conor, el grandullón supuestamente simpático que la empujó el primer día de clase. Se giró hacia donde él estaba. Conor también la observaba. Una chispa de rabia prendía en sus ojos castaños.

—*Romeo y Julieta,* cómo ha influido en la cultura moderna.

Lo ha vuelto a hacer… ¿¡Nos ha emparejado a posta!?

Tras terminar con las parejas y temas, Harris volvió a palmear de forma enérgica.

—Continuemos con *La Tempestad*. Conor, ¿puede seguir leyendo en voz

alta justo donde lo dejamos ayer?

El aludido dedicó a Casey una última mirada de desagrado antes de ponerse en la piel de Calibán. Casey apretó los labios y arrastró la silla hacia atrás. Los murmullos de sus compañeros se unieron a la expresión atónita de Harris mientras la veían coger su mochila y salir del aula.

Fue directa a la cafetería. Necesitaba un té, un café, una Coca-Cola, cualquier cosa que le mantuviera en pie. Compró un refresco en la máquina expendedora y se dirigió al lugar que Vera y ella solían escoger: una mesita cerca de la ventana que daba a los jardines traseros, junto al letrero que rezaba una frase de Chaplin, «El día que no sonrías, será un día perdido».

Pero Vera ya se encontraba allí. Había hecho novillos, según parecía. La divisó riéndose con el grupo de chicas al que había decidido unirse sin tan siquiera darle la oportunidad de conocerlas o presentarse.

Casey se sentó cerca de la puerta de salida, solo por si acaso. Bebió un sorbo de la lata y extrajo el libro. Quizá Perséfone y su mundo pudieran disipar aquella sensación de estar permanentemente sumida en una densa…

19

Cuando comparas las tristezas de la vida real
con los placeres de la imaginación, nunca quieres
volver a vivir, sino para soñar siempre.
ALEJANDRO DUMAS

Niebla. Lo abarca todo. Blanca y opaca, como nieve en suspensión.

Mi amigo toma mis manos con su hálito sin labios para transmitirme confianza. Puede que sea una estúpida, pero le seguiría a los confines de la tierra. En realidad, es exactamente lo que estoy haciendo. Frente a mí, el espacio se contrae para formar una pequeña silueta que corre como si huyera de algo. Es un niño. Un niño hecho de niebla que pasa a mi lado con un alarido de alarma.

—¡El Kraken! ¡Los dioses nos han castigado!

Antes de que pueda reaccionar, otra figura, esta vez una mujer de cabello recogido en un gran moño, brama con voz histérica. Se aproxima tanto que puedo ver la angustia en sus pupilas fantasmales.

—¡No soy fiel a la corona, lo juro! ¡No me llevéis al cadalso, piedad!

Reprimo un escalofrío. Incluso sin entender qué ocurre, estas personas están sufriendo y su dolor comienza a ser el mío.

A mi derecha, la niebla se retuerce de nuevo y de su vientre nace un hombre encorvado y tembloroso, un anciano. Su rostro blanco me mira con terror.

—Quédate en casa… —me suplica— Es la única manera de sobrevivir, el último recurso para detener esto… No quiero morir solo, sin ver a mi familia…

Una lágrima se desliza por mi mejilla hasta llegar a mi boca.

—¿Quiénes son? —pregunto en un soplo ahogado.

Mi amigo me acaricia y la lágrima desaparece.

Esta es la Biblioteca de los muertos.

—¿Como la de Alejandría…?

Son impresiones del tiempo, recuerdos del pasado, presente y futuro…

—No-no quiero, no puedo…

No temas, utiliza la llave.

Antes de buscarla entre los pliegues de mi túnica, algo reluce a la altura de mi

cintura. Me inclino para verlo mejor: es un ojo de cerradura. Pero… ¡no hay dintel, ni arco, ni señal alguna de que haya una puerta!

—Vamos —digo para infundirme valor al tiempo que introduzco la llave. Parte de ella desaparece entre la niebla. La hago girar y un portón invisible se abre en mitad de esta estancia. La llave sigue ahí, colgando en el falso vacío.

A través de la rendija se cuela una luz. Contemplo la niebla una última vez antes de entrar.

La nueva sala es tan diferente de la anterior y refulge con tanta intensidad, que tengo que parpadear varias veces para admirarla. Lo primero que percibo es el aroma. De nuevo, miel y especias, aunque esta vez distingo un toque de vainilla. Después, mis pupilas se adaptan a la incandescencia y es entonces cuando las veo. Las paredes, las columnas, el suelo, la bóveda… todo está cubierto por piedras preciosas. Cuelgan del techo como estrellas salpicadas de colores, forman relieves con arabescos extraños, esbozan rostros, animales, escudos… Es lo más bello que he contemplado jamás. Cada joya es diferente. Las hay enormes como la cabeza del Minotauro, diminutas, multiformes, y distingo aguamarinas, esmeraldas, diamantes, jaspes, zafiros, ágatas… y muchas a las que no sé darles nombre.

Al pasar cerca de una amatista incrustada en una de las columnas, creo distinguir algo por el rabillo del ojo. Me giro, extiendo la mano y rozo la gema. A mi contacto se ilumina y apaga, como un corazón humano. De pronto, unas palabras se conforman en su interior. Son sencillas, de contornos redondos y vocales grandes.

Mi mamá me echa de menos, no quiero que esté triste por mi culpa.

Un granate reluce a su lado. Entrecierro los ojos para leer su mensaje.

Si pudiera abrazarle una vez más, si supiera que lo siento…

—Son pensamientos —murmuro.

De aquellos que no regresarán.

Me muerdo el labio inferior, compungida. Las miles de piedras brillan conforme me muevo, pero no tengo fuerzas para seguir leyendo sus aciagos mensajes.

La muerte no es poética…

La voz del viento me guía a través de numerosos pasillos hasta un muro final.

…ni hermosa…

No hay salida. La sala está sellada.

…y sin embargo no debes tenerle miedo…

Sobre su superficie hay pintado un fresco que representa una escena de teatro donde una madre y una hija están enfrentadas.

…porque lo verdaderamente terrible no es morir…

Las dos mujeres de la pintura se mueven. Doy un salto hacia atrás. ¡Por los dioses! Cada pincelada está cobrando vida y la obra teatral se hace real solo para mis ojos.

…ni siquiera enfrentarse al olvido o al dolor…

La madre, con una máscara cubriendo el rostro de la actriz, parece acusar a la chica con máscara de facciones más jóvenes. Ambas gesticulan, están discutiendo y sus rostros, las expresiones de esas máscaras de madera tallada y maquillaje blanco, me resultan tan familiares que trago saliva. Es mi madre. Soy yo. Representan nuestra disputa de hace tan solo unas horas.

…sino no haber tenido el valor de vivir nunca.

La joven de la pintura se aleja corriendo para acabar en brazos de un desconocido de máscara sin rasgos y ropajes oscuros.

Los actores hechos de pigmentos se giran hacia mí y realizan una cortés reverencia. Acto seguido, se separan a ambos lados del muro y extienden sus brazos. Me invitan a pasar. A entrar en el fresco. Una cosa es segura: no hay vuelta atrás.

Supongo que la antigua Perséfone habría temblado temerosa de su propia valía, pero por primera vez, me siento yo misma. Basta de esperar. Es ahora cuando percibo en cada latido que sacude mi cuerpo, que todo está a punto de cambiar…

20

La lectura adelanta el tiempo de la vida
y paradójicamente aleja el de la muerte.
FABRICIO CAIVANO

Voy a dar a una gran alcoba.

Eso sí, no es su amplitud lo que hace que esté aquí parada, con la boca abierta.

Mis ojos no pueden abarcar tantos detalles. Creo que las ánforas de ónice, oro y cristal labrados son lo primero que capta mi atención… ¿O es aquella enorme arpa con un rostro de Medusa gravado en plata?

Debo tener cuidado, casi derramo un jarrón bifronte al querer acercarme para observar más de cerca las inquietantes estatuas de atlantes que sostienen el techo abovedado sobre sus fuertes hombros.

Hay bandejas a rebosar de fruta, pan y dulces, copas de oro con vinos de las más diversas tonalidades, cántaros de cuyo interior proviene un aroma a miel con algo de romero, recipientes de cuarzo rosa guardan aceites y ungüentos que huelen a lirios al florecer…

Quiero ver más de cerca los majestuosos cortinajes que se extienden por doquier cuando me decanto por acercarme a una de las paredes ornamentadas con un precioso reloj de sol. ¿Quién querría un reloj ocupando una pared entera si Helios no alcanza este lugar?

Mi corazón lo comprende antes que mi mente. A veces vemos lo que nos rodea, pero no lo miramos bien. Esta no es una habitación común. Se halla repleta de palabras. Cientos, miles. Versos dedicados a la música y al destino en los labrados de las ánforas; leyendas de ciudades sin nombre hacen las veces de cuerdas del arpa; los dos rostros en el jarrón albergan verbos de amor en sus ojos; la piel de mármol de los atlantes está tatuada en pan de oro con odas a héroes olvidados; el azúcar que recubre los dulces forma diminutos pronombres; en el humo de los pebeteros que queman incienso, allá en un rincón, se dibujan poemas de besos secretos y suspiros prohibidos; el encaje de plata que decora los cortinajes rojos, no siluetea sinuosas flores como yo había creído, sino cuentos intrincados; las llamas que brotan de los candelabros de aceite, se transforman en fábulas infantiles…

Y el reloj de sol no está aquí para marcar las horas. En lugar de números, hay

pequeños relatos, algunos tristes, la mayoría esperanzadores.

Estoy tan hechizada por el descubrimiento, tan absorta leyendo todas y cada una de las palabras, que un grito de sorpresa escapa de mi garganta cuando el viento me abraza por la espalda para después arremolinarse en el centro de la estancia. Los cortinajes se agitan, el fuego crepita furioso, el arpa arranca varias notas a sus cuerdas hechas de fantasía.

Y mi guardián, mi compañero, mi amigo, deja de ser invisible.

Se materializa en un aleteo de ropajes oscuros que se despliegan hasta converger en una sombra. La sombra se yergue, elegante y silenciosa. La sombra posee los ojos grises más insondables que haya visto jamás. En mi pecho se aúnan todas las emociones a un tiempo, pródigas de recuerdos, de besos robados por un viento hecho de noche y susurros enamorados… y rompo a llorar.

Porque la sombra que me ha velado tantas noches, que me ha encontrado, que me ha traído a su reino, no es una extraña para mí.

—Eres…

—¡Tú!

Unas risas. Al alzar la vista, Casey se topó con unos chicos del grupo de teatro a los que conocía del curso anterior. El que le había gritado, la señaló con el mentón y el piercing con forma de media argolla que colgaba de su labio, se sacudió.

—Esta es nuestra mesa, lárgate.

Estuvo tentada de contraatacar, pero la tentación duró muy poco. Recogió sus cosas justo cuando el primer timbre que anunciaba el cambio de clases resonó en la cafetería.

Los chicos volvieron a reírse al verla marcharse a toda prisa.

Perséfone es más fuerte que tú, Casey, admítelo.

Caminó directa a su taquilla para buscar el cuaderno de Literatura Universal, la siguiente asignatura en su horario. Al abrirla, un perfume de miel y especias brotó de su interior, aturdiéndola durante unos instantes. Estaba a punto de coger también su estuche cuando la puerta de su taquilla se cerró con un golpe seco.

—Pobrecita, ¿te he asustado?

21

Lo que más temo, creo,
es la muerte de la imginación.
SYLVIA PLATH

La mano de Conor seguía ahí, cortándole el paso deliberadamente.

—Joder, ¿qué mosca te ha picado? —espetó ella, abrazando el libro de Perséfone y el cuaderno contra su pecho.

Conor se rascó la nuca.

—En realidad, me ha picado un ejército de moscas y tú eres la reina.

—No te he hecho nada, ¡al revés, todavía estoy esperando una disculpa!

—Vaya, esta sí que es buena —soltó una carcajada que fue como un insulto.

Era muy alto y con su pelo rubio enmarañándose sobre su frente, a Casey le pareció un emperador con una corona derretida.

—Oye, de verdad, olvídame.

—Lo malo es que no quiero —respondió Conor, aproximándose aún más —, ni puedo. Tenemos un trabajo en común, reina de las moscas. La memoria no es tu fuerte, ¿eh?

El cuerpo de Casey se mantenía tenso. Un leve calambre ascendió desde los dedos de sus pies hasta su pierna derecha.

—Podemos hablar con Harris y obligarla a cambiarnos de pareja.

—Tía, ¿me tomas por idiota? Harris se nos comería con patatas si le fuéramos con el cuento de «oh, señorita, es que no nos llevamos bien» —el grandullón hizo una pantomima sarcástica—. No voy a suspender y no poder graduarme por tu culpa, reina de las moscas, así que vete mentalizando.

Ella no dijo nada. Sabía que tenía razón.

—Hagamos el maldito trabajo cuanto antes —bufó Conor al tiempo que daba otra palmada a la taquilla—. Mañana por la tarde. En la biblioteca

pública de la calle Vine. A las siete.

—Vale.

—Que sepas que no me hace ni puñetera gracia —masculló mientras se alejaba por el pasillo.

—A mí tampoco.

Unos toquecitos en el hombro. Un respingo. Se dio la vuelta y ahí estaba Vera.

¿Lo había visto todo? ¿La había seguido desde la cafetería?

—Hola —dijo su amiga y Casey notó que sus ojos evitaban mirarla directamente.

—Hola —Casey abrazó su libro contra el pecho y preguntó—: ¿estás bien?

Vera esbozó una ligera sonrisa.

—Eso tendría que preguntártelo yo. Pero sí, estoy bien —jugó con su pendiente de aro entre sus dedos torpes—. Es que, verás, no paro de darle vueltas al WhatsApp que te envié y no quiero que creas que soy… bueno, que soy mala persona, o peor aún, mala amiga.

—Necesitabas tiempo, o algo así, ¿no? — los nudillos de Casey se tornaron blancos, sin embargo, no soltó el libro—. ¿He hecho algo que te haya enfadado?

Vera masculló una palabrota cuando finalmente el pendiente se salió de su oreja y tuvo que recogerlo del suelo.

—Buah, Casey, claro que no —seguía sin mirarla a los ojos—, a ver, lo que pasa es que, seguro que ya lo has notado, claro… —toqueteaba sin parar el aro, como si fuera un talismán.

—Pues no. Somos amigas desde hace mucho, Vera, y no soy telépata, no entiendo por qué de pronto te vas, y bum, desapareces de mi vida como por arte de magia.

—Tía, no digas eso —se guardó el pendiente en el bolsillo tras dos intentos—, nuestros gustos cambian, nuestras metas…

—¿Nuestra amistad?

—Pero qué dices… anda, no pienses cosas raras.

El segundo timbre resonó y Casey dio un brinco, todavía sobresaltada. Todos los alumnos se apresuraron para entrar en sus respectivas aulas. Frunció los labios antes de decidirse.

—Yo pensaré cosas raras —dijo muy bajito a modo de despedida—, pero tampoco nadie me da otra opción.

Se dirigió pasillo abajo, y tras debatir consigo misma si asistir a la

siguiente clase, se hizo la remolona ordenando los libros y folios de apuntes en su taquilla para ganar algunos minutos. Cuando el pasillo se vació de estudiantes, se ajustó la mochila, y entró en la sala de música. A esas horas no había nadie y era una de las pocas que tenía una salida al jardín trasero.

Hacer novillos por segunda vez en menos de dos semanas…Casey, te estás luciendo, pensó al tiempo que se sentaba en la hierba, junto a un seto cuyas hojas empezaban a mostrar los signos del otoño. Releyó las últimas palabras que Perséfone había dicho al ver que el viento se transformaba en un hombre.

«Eres tú…»

Un escalofrío de secreto placer se adhirió a su piel.

Me encantaría tanto que Dennis Reed tuviera razón y alguien nos estuviera escribiendo. Porque si de verdad un autor me está narrando justo ahora, le pediría tantas cosas… Ya sé que un lector se convierte en el personaje que lee, pero a veces pienso que esa magia no es suficiente, como tampoco lo es sentir que estás dentro de un libro para después despertar en la realidad. Me estoy perdiendo tantas emociones, que empiezo a pensar que ya no tienen sentido salvo en…

Las palabras gravitan a nuestro alrededor como dulces fantasmas. Tantas, tantísimas palabras… Y ninguna de ellas podría definir este instante. El silencio alberga un lenguaje propio, lleno de matices, de colores. Creo que el nuestro es azul. Un azul limpio y sereno, preñado de una expectación que ninguno de los dos quiere o se atreve a romper.

El cuerpo también habla. Tiene la capacidad de mentir, como cualquier palabra, pero soy consciente de que no tenemos motivos para hacerlo. Lo percibo en sus manos, fuertes y relajadas, en su respiración, que trata de parecer pausada cuando en realidad surge estremecida. Su mirada me habla de la medianoche, del hermoso aullido de un lobo, de deseos demasiado íntimos para describirlos.

Da un paso hacia mí, acortando la distancia con un aura de majestuosidad que me hipnotiza. Su capa negra ondea levemente como si estuviera a punto de transformarse en viento de nuevo.

No puedo evitar contemplar las numerosas tiras de cuero que se trenzan sobre su coraza. Extrañas frases…

Imposible contener la emoción.

… vivas y pulsantes como el fuego…

Ojalá vivir en este éxtasis que me rescata.

… se dibujan en cada una de las superficies.

¿Y si la soledad fuera tan solo una vieja melodía rota?

—Traducen tus emociones.

No es una pregunta. Estoy segura de ello. Pero quiero oírselo decir. Necesito

que el silencio azul se rompa.

—Estás aquí —se inclina sobre mí y percibo su aroma a tormenta. Me observa como si yo fuera algo frágil, demasiado etéreo para ser real. Alza su mano, dispuesto a tocar mi mejilla y comprobar si soy o no un sueño. Estoy tentada de hacer lo mismo. Pero en el último momento la cierra en un puño y su pecho se expande al ritmo de su honda respiración—. Por qué.

Las frases de sus cintas de cuero cambian.

La piedad es la hija de la tristeza.

El miedo la ha conducido a mi reino de huesos.

Puede que confíe en el viento, puede que rechace a la sombra que lo habita.

—Toda mi vida me he sentido una extraña. Vivir es un misterio para mí —me seco la última lágrima y dejo escapar una ligera risa—. Pero eso ya lo sabes. No he parado de buscar un lugar donde encajar, un alma que comprendiera la mía y no tenía muchas esperanzas de hallarla… hasta que un viento tan extraño como yo vino a mí para susurrar palabras de consuelo. Y ya nunca me abandonó.

Él no se aleja ni se aparta cuando presiono mi mano contra su pecho, evitando que nuevas frases broten en los adornos de su coraza.

—Sé quién eres —sus ojos grises titilan sin parar—. Lo supe desde la primera noche en que entraste en mi casa para observar mi sueño.

—Y aun así, cada vez que te acariciaba, no huías —su rostro, de pronto, es impenetrable—, cuando te abrazaba, sonreías, mis besos no te horrorizaban, te entregabas a ellos con total libertad.

—No tengo miedo, ni siquiera si es la propia muerte quien me ama.

Se le transforma el semblante al comprender lo que eso significa.

—Perséfone, no eres consciente de lo que dices.

Frunzo el ceño, herida por sus dudas.

—No me crees —respondo con una repentina fiereza.

Durante unos segundos sus ojos parecen más insondables.

—Recuerda lo que te dije en la Sala de las gemas: la muerte no tiene nada de poético, la muerte cercena todo cuanto toca, lo consume, lo aniquila. Y no importa lo fuerte que seas —las palabras de oro que surgen de las tiras de cuero, aparecen y desaparecen a una velocidad frenética y me doy cuenta de que en su interior se está librando una batalla—. Perteneces al mundo de arriba, a la luz, a los vivos… —se pasa una mano por la frente y sus bucles negros oscilan sobre sus hombros— . He sido un estúpido, por un momento pensé que era posible, pero es una locura, un error…

—No —zanjo.

Él, que no se esperaba mi reacción, me dirige una mirada de asombro, o tal vez de confusión. Su mandíbula se tensa, sus dedos se crispan al aferrar su capa.

—Si piensas que mi estancia aquí es fruto de un capricho, entonces soy yo la que está equivocada y tú no eres el mismo viento al que me ofrecía al caer la noche.

—Sabes que el viento nunca ha existido.

—¿Y qué importa? Invisibilidad, viento… ¿De verdad hay alguna diferencia? En eso, no. En la felicidad que me has brindado, sí. —Es raro pensar que la vida está sonriendo a la muerte, así que mis labios se curvan un poco más, desafiando todas las leyes—. Ambos hemos jugado durante mucho tiempo. Tú ocultabas tu verdadero ser, yo fingía que lo hacías. El juego ha terminado, pero aquí estamos, seguimos siendo nosotros. Y no me arrepiento.

Ladeo la cabeza, esperando una respuesta. Él cierra los ojos y suspira. El dios de los muertos se estremece. Al fin, sus pupilas de aguas grises vuelven a posarse en mí con una intensidad que barre mis defensas.

—Yo tampoco me arrepiento.

—Deja que me quede aquí, contigo.

Desvía la vista y su piel se vuelve más lívida. De pronto, alza los brazos. Su gesto es airado, su rostro, en cambio, muestra una amarga resignación.

—Esto es lo que te aguarda. Un reino infinito sin sol…

—No me importa, hay muchas clases de luz.

—Sin vida…

—He estado muerta hasta que te conocí.

—Sin primavera.

—Te equivocas de nuevo.

Inspiro hondo y poso mis dedos sobre uno de los atlantes. Voy a demostarle de lo que soy capaz.

22

Yo creo en la imaginación. Lo que no puedo ver es infinitamente más importante que lo que puedo ver.

DUANE MICHALS

Del rostro de la escultura comienzan a germinar pequeños brotes verdes. Aprieto los dientes y permito que el latir de las nuevas flores sea parte de mi esencia. Despliego una oleada de energía a través del mármol de la estatua y los brotes crecen hasta explosionar en hermosos lirios amarillos. No preciso de la tierra, como madre me decía. Solo de mi fortaleza.

Los lirios siguen surgiendo, brillantes estrellas que se extienden a través de los brazos de los atlantes hasta alcanzar la bóveda. Mi corazón acelera su ritmo y las flores gritan con cada latido inundándolo todo: el reloj de sol queda astillado de amarillo, los cortinajes se inclinan ante sus nuevos adornos, el arpa emite varias notas al sentir el contacto con los brotes vivos, el suelo reverdece y se transforma en un pequeño jardín. Aparto la mano de la estatua y trato de controlar mi respiración.

Le dedico una mirada pletórica. Él gira sobre sí mismo, primero muy serio, después aturdido. Una sonrisa se asoma en sus labios.

—¿Cómo lo has…?

—Es mi cometido —respondo, todavía jadeando—, bueno, lo era. Fui entrenada para esto. Exclusivamente, supongo.

—Eres asombrosa.

—No mucho, yo… solo escucho sus voces, y las ayudo a nacer.

—¿Incluso aquí? —vuelve a aproximarse. Está tan cerca que compartimos el mismo aliento. Su aroma a lluvia se hace más fuerte, como si estuviera a punto de estallar un trueno—. ¿Y cómo las escuchas?

No quiero decirle que me gustaría no hablar. Solo cobijarme en sus brazos. Pero en lugar de ello, reflexiono sobre su pregunta y me sincero.

—Me vacío de mí misma. Es fácil cuando no tienes ningún otro recuerdo, experiencia o imagen vital. Ahora entiendo por qué mi madre me prohibía salir de casa… Si vivía por y para la naturaleza, sería capaz de dominarla.

—Me entristece cuando hablas así.

Y le creo. Me lo traducen no solo las bandas de su coraza, sino también sus ojos.

—Es cierto, y no puedo cambiarlo. Absorbo toda mi energía, siento lo que hay dentro de la semilla y dentro mío. Y después, la calidez. Mi cuerpo se difumina y me siento ingrávida, como si flotara, pero al mismo tiempo pierdo la capacidad de moverme. Es… maravilloso, y aun así, duele. La vida duele.

—La muerte, no.

Entonces, hago un breve gesto que lo cambia todo.

Unos pasos amortiguados por la hierba distrajeron la atención de Casey.

Cerró el libro dejando su dedo índice como punto de lectura y se encogió, temerosa de que uno de los alumnos o celadores la hubiera descubierto fuera en plena hora de clase.

Fue mucho peor. Dennis Reed se había sentado varios metros más allá, y al igual que ella, también llevaba un libro en las manos. Estuvo tentada de moverse.

Tal vez en modo sigiloso… Me levanto, cojo la mochila y muy despacio entro de nuevo en la sala de música y…

El profesor levantó la vista y la descubrió. Ambos se quedaron muy quietos durante unos instantes. Entonces Dennis asintió una única vez con la cabeza. No supo qué hacer o si debía contestar a aquel gesto. Pero no hizo falta. Su profesor abrió un libro y se internó en sus páginas.

Cuando Casey retomó su propio libro, la brisa le trajo un súbito olor a especias.

Que te toquen la cara parece algo cotidiano. Pero no para nosotros.

He notado su temblor cuando las puntas de mis dedos se han posado sobre su mejilla. Él, un dios ebrio de poder, regente de un mundo subterráneo cuyos límites superan cualquier otro reino conocido, está asustado de mis caricias. Siento como si tuviera derecho a tocar su piel, como si fuera mía. Me muevo suavemente por su rostro, palpando sus sienes, surcando sus labios, deteniéndome en sus párpados donde dejo que mis dedos reposen.

—¿Qué se siente al tocarme? —pregunta con voz grave.

Entiendo a qué se refiere. No somos un monstruo nacido de titanes o górgonas, pero a nuestra manera, nos hallamos llenos de cicatrices. Si todos supieran que casi nunca, ni hombres ni dioses, elegimos nuestros destinos… Si vieran que Hades, tras su apariencia lúgubre y poderosa, oculta a un ser ávido de consuelo…

—Preferiría saber a qué sabes —murmuro con las palabras quemando en mi garganta, y todo mi cuerpo se tensa ante la llamarada de urgencia que lo atraviesa.

Su pecho asciende y desciende tan cerca del mío, tan cerca….

Acerca su mano y aunque yo no me aparto, la retira a medio camino. En su

lugar, observa mi cabello. De pronto, un destello tenue irradia de mi cabeza para convertirse en una corona de laurel dorado. Al mismo tiempo, mi túnica se tiñe de rojo vino y de los lóbulos de mis orejas brotan dos pendientes. Cojo uno de ellos: son un racimo de rubíes emulando granos de granada. Retiro también la corona y mi sonrisa se torna triste.

—No merezco estos regalos… No los necesito.

Te necesito a ti, quiero decirle, te necesito a ti.

—Mereces toda la alegría que pueda ofrecerte.

—¿No lo ves aún? Tú eres mi alegría.

Y tras decirlo, tiro el laurel y los pendientes, y retiro los broches de cada uno de mis hombros dejando que mi nuevo vestido caiga.

No muda su expresión cuando me muestro desnuda frente a él. Y sin embargo sus ojos me devoran con un hambre relampagueante. Voy a demostrarle que soy yo. Así, sin adornos ni mentiras. Lo era todas las noches en que me visitaba, lo era al caer el crepúsculo. Solo mi cuerpo y mi alma, expuestos como un poema nunca antes leído. Nunca me había sentido tan valiente, tan fuego y tempestad a un tiempo.

—Tócame.

No es una orden. Es un ruego. Hades se mantiene inmóvil.

—Crees que ahora que ya no eres invisible sentiré rechazo —digo—, o que cambiarán mis sentimientos hacia ti.

—Sí —ronronea con voz ronca, ávida.

—Te equivocas. Una vez más.

Ahora sí. No se resiste. Posa su mano en mi hombro derecho y a su roce, diminutas rosas germinan sobre mi piel. Me dedica una mirada de desconcierto, pero mi sonrisa le invita a seguir.

Desliza sus dedos sobre mi clavícula y un suspiro de placer y alivio escapa de mi garganta. Cada uno de sus movimientos es suave, delicado, decidido. Y allá donde me toca, surgen flores: amapolas perlan mis senos, violetas se despliegan sobre mi cuello, lantanas naranjas se trenzan en mis omoplatos, lavanda en mi vientre, nenúfares en mis muslos.

Hades ríe, y me parece el sonido más hermoso que he escuchado jamás. Sus carcajadas son inocentes, como las de un niño. Cuando le abrazo, me acoge en su pecho.

Este es mi lugar. Aquí es adonde pertenezco.

—Y decías que la muerte lo aniquilaba todo —bromeo entre sus brazos.

—Tú eres quien ha obrado el prodigio —susurra antes de besar mi frente.

Niego con la cabeza.

—Yo no he invocado a las flores ahora…

—Entonces creo que tendré un enorme problema: tal vez Caronte me pida un ramillete de girasoles —reímos sin separarnos—. O Cerbero un collar de narcisos. ¡Tengo una reputación que mantener!

Me encojo un poquito más y él percibe mi nerviosismo.

—Me siento… completa.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé.

Un nuevo silencio nos envuelve. Finalmente, me atrevo a decir lo que él calla.

—Desde que puedo recordar he estado unida a esto. Cuando era pequeña mi madre me castigaba por querer salir de noche y bailar en el prado bajo las estrellas o pasear por la necrópolis cercana. Yo no entendía qué había de malo en ello —alzo mi rostro para fijarme en el suyo. Está tan lleno de preocupación que me hiere —. Por favor, dímelo. Dime que pertenezco a este lugar.

Sus manos aferran con más fuerza mi cintura, su respiración se hace más profunda. Clava sus ojos de lobo directamente en los míos y me desarma.

—Claro que perteneces al inframundo —mis músculos se relajan al escucharle, pero sigo en tensión. La ansiedad de su rostro no augura nada bueno—. Pero si te contara por qué, si te dijera el más mínimo detalle acerca de tu presencia aquí, de tu amor por la oscuridad, de tu sed por sentirte una más de este reino… —me duele el pecho cuando una sombra cruza su mirada—. Serías expulsada de mis dominios. No podrías regresar nunca más. Olvidarías mi existencia, tus propios deseos. Volverías a ser un recipiente vacío.

Ni siquiera pestañeo al verbalizar mi pregunta.

—¿Qué debo hacer?

Toma mi rostro entre sus manos y el miedo retrocede un poco.

Ansío oír la verdad que gritan sus ojos.

—Visitar a Tiresias y descubrirlo por ti misma.

23

Si no conviertes tu vida en una historia de fantasía,
simplemente te conviertes en parte de la historia
de fantasía de otra persona.
TERRY PRATCHETT

Internet no fue capaz de darle la información que buscaba. Tantas webs, ensayos y artículos en la red, y solo conducían a *West Side Story* o la versión cinematográfica de Leonardo Di Caprio como legados de *Romeo y Julieta* en la modernidad. Desde luego, iba a necesitar algo más que eso para hacer el trabajo y, de paso, impresionar a Conor, que además ya había formado parte de la historia de los amantes interpretando a Mercucio, el amigo de Romeo. Puede que así olvidara lo que sea que tuviera contra ella y lograran presentar a Harris algo decente.

Así que al día siguiente por la tarde, tras terminar las clases, adentrarse un capítulo más en el mundo de Hades y comer unos espaguetis precocinados en casa, fue directamente a Bookhaven.

No le angustió ver que los semáforos de Filadelfia se habían transformado en enormes brújulas. O los letreros de las tiendas. Incluso las veía adheridas en las farolas y en las cortezas de los árboles. Brújulas por todas partes. Sin apuntar a un punto en concreto. Por supuesto, nadie las distinguía salvo ella.

Al entrar en la librería tampoco se sorprendió al encontrar unas cuantas colgando del techo junto a flores de loto y cuarzos. Podrían haber sido otro adorno esotérico bonito, pero Casey sabía que no estaban ahí. No del todo. O sí. Nichole salió de la trastienda. Aquella tarde lucía un recogido en forma de trenza lleno de abalorios de vidrio azul.

—¡Mi clienta y amiga —puntualizó con una gran sonrisa— favorita! Ya ves, no hay ni un alma hoy, por eso estaba un poco escondida…

—Leyendo esos viejos volúmenes sobre tarot, ¿eh? Te he pillado.

—No, no, ahora se lleva la nigromancia en las burbujas de champán, querida. Cómo se nota que no estás a la última, pero sí cuánto me conoces —soltó una carcajada que sobresaltó a las dos gatas. Una de ellas jugaba con una brújula de juguete—. Si algún día me invitan a un evento de la élite, adivinaré que esos estirados de la alta sociedad podrán seguir con sus calzoncillos de marca y cirugía estética millonaria con solo mirar sus copas…

Casey esbozó una sonrisa, pero Nichole frunció el ceño.

—Ey, cariño, no te ríes de mis bromas… —acarició su mejilla deteniéndose en las bolsas de sus ojos— y tienes mala cara… A ver, cuéntale a la bruja librera qué ocurre.

—Nada —dijo ella demasiado rápido.

—¿Nada? ¡Y Buda es clavadito a Robert Pattison, claro que sí!

—En serio, hoy vengo a preguntarte si tienes algún libro sobre *Romeo y Julieta* para un trabajo.

—Venga, Casey, nos conocemos desde hace… —contó exageradamente con los dedos—. ¡Si tú eras una cría! Dibujabas al Gato de Cheshire en mis ejemplares de Alicia y yo te amenazaba con invocar a la Reina de Corazones… Y no me digas que no te acuerdas de que querías celebrar las fiestas de tu cumpleaños aquí, o de la cantidad de veces que te escondías detrás de esa estantería porque decías que eras Momo y querías volver a tu libro… No necesito las cartas del tarot para adivinar que algo te pasa. Ya lo vi el otro día cuando viniste, pero, bueno, ya me conoces, no quise inmiscuirme y las energías son muy cambiantes en una adolescente… ¡Ahora no te vas a librar tan fácilmente!

El cariño de Nichole la conmovió tanto que sus ojos se enrojecieron.

—Ay, madre mía, es más serio de lo que pensaba… En realidad, todo es siempre más serio y difícil de lo que una piensa, no creas… Somos como los gatos, por eso me gustan. Ven, siéntate, preciosa —le ofreció su sillón favorito—. Nunca se sabe lo que están tramando: si están felices o no, si lo que quieren es mimos, comer más, o asesinar al vecino… —cuando Casey rio, su garganta amenazó con un amago de sollozo—. Pues los humanos somos así también. Incluso guardamos un nombre secreto, como ellos. Aunque, eso sí, solo tenemos dos vidas —Nichole seguía hablando mientras cambiada el letrero de la librería de Abierto a Cerrado—, y dos muertes, ¿sabes? —descendió un poco la intensidad de la luz y tras arrastrar una mesita de madera rosada junto a Casey, se dirigió a la estantería de Medicina—. Como los antiguos chamanes. Ellos creían que una persona

debía morir física y espiritualmente para poder renacer más sabio —extrajo un libro bastante voluminoso sobre oftalmología. Tras él, había una bolsa de tela y una vela blanca—. Porque, bueno, al morir, nos reconectamos con las fuerzas ocultas y regresamos fortalecidos. Esos chamanes eran muy listos, te lo digo yo, y pasaban sus conocimientos solo cuando sus discípulos prometían olvidar todo, comenzar de cero y contemplar la vida con ojos de niño… Yo no he hablado con fantasmas aún, y me gustan demasiado los placeres mundanos para ser una niña, pero tendrás que conformarte conmigo.

—¿Acabas de coger un tesoro oculto detrás de un libro de oftalmología?

—Eso está mejor, me refiero a que sonrías un poco… y oye, a veces las apariencias engañan. ¡Que se lo pregunten al pobre libro! Nadie lo ha mirado en años, así que sí, es el escondite perfecto. La gente no mira bien. Ja, hay muy pocos chamanes hoy en día. Prefieren fijarse en un móvil nuevo o en cómo saldrán en un selfie —Nichole se sentó frente a ella, dejó la vela sobre la mesa y desanudó la bolsa—. Los ojos del alma son más eficaces y nunca mienten.

El interior de la tela mostraba un dibujo colorido de arcos, flores y arabescos enredados en una simetría preciosa. Su centro estaba coronado por una pequeña brújula roja.

—Uau… es un mandala…

Los ojos ámbar de la librera centellearon.

—Eso es, querida discípula —lo extendió sobre la mesa a modo de mantel—. Los clientes me piden cientos de cuadernos de mandalas para colorear, pero estoy segura de que pocos saben que en realidad simbolizan el universo.

—Yo no lo sabía.

—¿Lo ves? —hizo un gesto de satisfacción—. Significa «círculo» y representa la armonía y la inmensidad que nos rodea. Suena a rollo de una descendiente de hindúes que creen en estas cosas, pero además, es cierto.

—¿Y esto? —Casey señaló las piedras que reposaban sobre el mandala. Se removió en el sillón al recordar la Sala de las gemas que se describía en el mundo de Hades.

—Bueno… —Nichole se arremangó el jersey y frotó las palmas de sus manos— estás preocupada, eso está claro, pero seguramente no querrás decirme el porqué, así que vamos a…

—Nichole, si supiera qué me pasa, te prometo que te lo diría —la librera guardó un silencio reverencial. Casey prosiguió—: pero no tengo ni

idea. Solo sé que siento una tristeza horrible todo el tiempo y que el mundo está del revés últimamente. Hay días en los que no pienso en nada, dejo la mente en blanco y… esos son los mejores. Pero otros no paro de preguntarme qué he hecho para estar así y acabo sintiéndome más triste y cabreada de lo que ya estaba… Y luego… Luego…

Nichole juntó las piedras en el centro de la tela.

—¿Y luego?

Casey se frotó los ojos antes de responder con voz cansada.

—Veo cosas.

Lo había dicho. Era oficial. Sin embargo, el peso de la desazón no cesó.

—¿A qué te refieres? Y no me vengas con que es de locos o algo así. Aquí la loca seré siempre yo y no quiero que me quites ese título.

—Pues… una mañana me despierto y hay… mariposas negras volando por todas partes. Al día siguiente suenan truenos incluso dentro del instituto, otra vez vi esferas de cristal flotando y rodando entre los clientes del Silk City, el lunes fue el color rojo, ayer un olor raro a miel y especias, ahora mismo veo brújulas en cada rincón, incluso aquí y… —se cubrió el rostro con las manos—. Nichole, yo… no se lo he dicho a nadie y no lo he soñado, créeme…

Nichole se inclinó hacia ella y alzó su mentón con cariño.

—Te creo, ¿vale? Aunque me dijeras que hay un elefante rosa en tu habitación, te creería.

Casey asintió.

—Gracias, de verdad…

—A ti por compartirlo conmigo. A cambio, vamos a ver si podemos descubrir cómo arreglarlo.

—¿Con las piedras?

—Litomancia, aprendiz de chamán. Se llama Litomancia.

Todo en el inframundo es extraño.

Pero nada, absolutamente nada, podría haberme preparado para ver a Tiresias.

24

La literatura es siempre una expedición a la verdad.
FRANZ KAFKA

Una vez su nombre se escapó de los labios de Psique.

«Mis hermanas oyeron una vez que Tiresias era ciego, bueno, que lo sigue siendo si la leyenda es cierta, y que ahí radica su poder. Nuestros ojos mienten, nuestro corazón, no. Y él lo ve todo. Por eso Hades le otorga una vida eterna. Las personas que ven más allá son necesarias, supongo».

Si me hubieran preguntado por entonces, hubiera contestado que se trataban tan solo de habladurías, de rumores que Psique siempre me relataba a sabiendas de que a mí me encantaban.

Y ahora estoy aquí, en el enclave místico que conforma su hogar.

Hades no se aparta de mi lado, pero no me preocupa lo que Tiresias pueda vaticinar. Mi verdadero temor anida en la advertencia de que, si no averiguo por mí misma mi conexión con este mundo, los dioses ejecutarán su voluntad no solo de devolverme a mi casa, sino de privarme de todos mis recuerdos.

El anciano se halla arrodillado en el centro de un templo… o lo que queda de él, porque todo lo que nos rodea son ruinas. Retazos de puertas, muros, columnas y frisos gravitan en torno nuestro. Parecen espectros en la negritud más absoluta. Un fragmento del rostro de Atenea nos observa antes de ocultarse tras un trozo de altar. No me gusta la expresión de sus labios, parece advertirme, quizá incluso amenazarme.

Conforme avanzamos, me doy cuenta de que Tiresias no es un anciano, tampoco un hombre, ni una mujer. Su largo cabello plateado ondula a merced de una brisa que solo él, o ella, percibe y su rostro destila una belleza extraña. Sus facciones varían a tal velocidad que no sé precisar si posee un anguloso mentón masculino o un suave contorno femenino. Sus labios son delicados y firmes a un tiempo, sombreados de tanto en tanto por un vello que nunca es definitivo.

Tras el adivino, se yergue un árbol gigantesco. Sin embargo, al igual que este lugar, también da la impresión de estar muerto. Me fijo un poco más en su corteza. Está completamente reseca, con grumos de savia cristalizados… pero hay algo más. Juraría que son trazos de palabras grabadas. Símbolos raros y marcas que se

disfrazan entre las grietas de su podredumbre.

Debo tener cuidado con cada paso, pues el mármol negro del suelo bajo la planta desnuda de mis pies se halla resquebrajado y supura un líquido negruzco.

Comienzo a preguntarme qué clase de castigo es este para una persona cuyo propósito siempre ha sido adivinar el futuro. Hades se percata de mi vacilación porque noto una leve presión de su mano sobre mi hombro cuando Tiresias pronuncia mi nombre.

—Perséfone, aguardaba tu llegada desde hace tiempo.

¿Cómo definir su voz? Posee el timbre de una sacerdotisa mezclado con el de un soldado en plena batalla. Estoy a punto de abrir la boca y explicarle a Tiresias por qué estoy aquí, pero se adelanta una vez más.

—Si la oscuridad domina cada recodo de tu mente, es preciso dotarla de la luz que ha perdido.

—Esa luz —avanzo un paso—, ¿es usted?

—No, niña. Tú atesoras esa luz en tu interior, pero has olvidado cómo encenderla.

Guardo silencio. ¿Quiere decir que he olvidado algo? ¿Algo lo suficientemente importante como para sentir que pertenezco a la muerte?

—Nada pertenece a la muerte —ha vuelto a leerme el pensamiento. El sabio sonríe ante mi estupor—, salvo el amor, quizás.

—¿Qué tengo que hacer? —interrogo—. Estoy dispuesta a todo.

—¿Incluso a sacrificar una parte de ti misma? —el cabello del adivino se torna rojo como el fuego—. La luz es poder, Perséfone. Y también el final de tu búsqueda, el final de todo. Tú decides si confinarla a las sombras definitivamente o avivar su llama.

Me vuelvo hacia Hades. Sé que él no puede interferir, pero pretendo encontrar una respuesta en sus ojos. Sus pupilas me devuelven una expresión seria, casi severa, como si luchara contra el deseo de hablar y a la vez entendiera que no debe hacerlo. Estoy sola en esto, así que no tengo alternativa. Tampoco la quiero.

—Desataré esa luz —prometo—, o seré desterrada para siempre.

Tiresias no sonríe ya, ni tan siquiera se mueve.

—A veces desterrar es otra forma de morir. ¿Realmente quieres atisbar a esa luz que contigo llora? —ahogo un grito cuando el árbol centenario cruje con el sonido de un inmenso trueno—. En ti siempre será de noche, niña. Noche en tu mirada, en tus sueños, en tus huesos. Noche como legado de un desgarro que nadie salvo tu espíritu ve —los símbolos del tronco se iluminan con un fulgor propio y en su centro, se abre una hendidura. Gusanos y escarabajos salen de ella para desperdigarse por todo el templo—. Pronto descubrirás que la oscuridad solo es otra forma de luz… ¡Corazón de la noche, habla!

A su orden, la abertura del árbol se consuma.

Mi pulso destruye la calma que sé que debería mostrar.

Hades acaricia el dorso de mi mano con su pulgar tratando de insuflarme valor.

—Estoy preparada —sentencio.

—Adelante —la voz hermafrodita de Tiresias es suave y aun así, heladora—, comprobemos qué camino logra cortejarte.

25

Amo la fantasía, es ese niño interior que hay en mí.
HANNAH JOHN-KAMEN

Nichole encendió la vela y la librería se tiñó del color de los sueños más profundos.

—¿Y cómo funciona? —Casey sentía cierta expectación.

—Fíjate bien —la sonrisa de Nichole lucía más grande en la penumbra —, cada piedra o mineral está unido a un color y a su vez, cada color representa algo. Ey, no me pongas esa carita, ¿no sabes que un sacerdote troyano predijo la caída de la ciudad con este método? Ah, eso no te lo esperabas… Bueno, como te decía, mira esta, un lapislázuli. El azul representa la buena suerte. Jade, la inocencia. Cuarzo blanco es la felicidad. Una piedra de turquesa, la oportunidad. Hum, la piedra común es gris, así tenemos la tristeza. Un jaspe rojo para el amor. Una ágata negra, esperemos que no sea gafe. Una pequeña turmalina para el dolor. Y no podía faltar un cuarzo rosa para representar la solución a todos los problemas.

—Vale —Casey asintió, un poco más emocionada—, ¿y ahora?

—Ahora las recojo todas entre mis manos y les transmito mi energía con los ojos cerrados. —La librera alzó el rostro y murmuró—: Llamamos a los guardianes de la tierra y el mar, así como de los cuatro puntos cardinales para que nos ayuden en este sagrado ritual. —Tras pronunciar la extraña oración, volvió a dirigirse a Casey—. Tú formularás una pregunta sobre tu futuro y cuando las deje caer, habrá que tener en cuenta cuál de ellas brilla más a la luz de la vela. ¿Preparada? —Casey afirmó con la cabeza, confusa y fascinada—. Entonces, adelante, dime qué quieres saber.

Por un momento vaciló. ¿Qué era exactamente lo que necesitaba saber? Todo, en realidad. Se retorció un mechón negro de su cabello y dijo, más bajito de lo que hubiera deseado:

—¿Recordaré por qué me siento así? ¿Sabré la razón?

—Eso son dos preguntas, querida, pero como yo tampoco soy la suma sacerdotisa del templo de Keos, voy a intentarlo.

Nichole cerró los ojos con fuerza y, al cabo de unos instantes, lanzó las piedras sobre el mandala. Casey se percató de que algunas tintinearon y otras, en cambio, no emitieron el menor sonido. Empezó a ponerse nerviosa. Ni siquiera podía vislumbrar qué mineral brillaba más.

—A ver —Nichole se inclinó sobre la mesa—, qué tenemos aquí…

La librera se mantuvo en silencio fingiendo que leía el mensaje que las piedras le transmitían, pero Casey estaba petrificada. La razón por la que no había distinguido a simple vista cuáles eran más visibles a la luz de la vela era sencillamente porque las más luminosas, las más coloridas, se hallaban fuera del alcance de la llama, en los extremos de la mesa. Las únicas que se habían reunido en torno a la cera blanca, componían un cuadro oscuro: la piedrecita común, la turmalina y el ágata.

—Bah, este método es una porquería —Nichole hizo un aspaviento con las manos—, no me extraña que invadieran Troya. Espera, tengo otra idea aún mejor.

Antes de que Nichole recogiera las piedras, Casey desvió la vista hacia los dos cuarzos. Solo se trató de un segundo, pero estaba segura de que ambos se habían tornado negros.

No titubeo al adentrarme por el portal que Tiresias ha creado en el árbol.

La oscuridad que me rodea como un sudario, se diluye poco a poco para conformar una imagen que no me es desconocida. Estoy en mi prado. Las margaritas se mecen al compás de la brisa. Varias abejas zumban sobre ellas, pero no se mueven, parecen paralizadas en el tiempo. Mi casita sigue ahí, imperturbable, vacía. Aun así…

—No es real —digo en voz alta y mi voz se despliega en un eco infinito—. No estoy aquí de verdad.

Una luz rojiza lo invade todo otorgándole un cariz amenazador que me hace tiritar.

—Quiero irme.

A mi mandato, el árbol reaparece de forma etérea a mi lado. Su contorno vibra como si se tratara de un espejismo. Ahora comprendo su cometido.

—No es esta mi elección —le confieso—. Llévame a otro camino, a otro futuro.

Entro de nuevo en su oquedad sin arrepentirme de mi decisión. Mi porvenir no será este prado, de eso estoy segura. Cuando salgo de él, un nuevo escenario aparece ante mí. Es una estancia circular con una gran mesa en el centro. Avanzo para descubrir lo que reposa en su superficie.

—¿Qué eres tú? —le pregunto a un pequeño objeto de aspecto largo y cristalino. Lo sostengo entre mis dedos—. ¿Un punzón para escribir? No te pareces a una pluma de caña y la tinta está en tu interior y no en un vaso… Nunca había visto algo así.

Hablar para mí misma me ayuda a pensar, a no sentirme sola en este proceso al que debo enfrentarme. Así que sigo haciéndolo al acariciar una especie de papiro.

—¿Y esto? ¿Es un pergamino? ¡Demasiado fino! ¡Y tan blanco, tan suave…! Por Atenea, toda la mesa está llena de ellos… —lo admito, estoy emocionada—. ¡Los hay en anaqueles que llegan hasta el techo! ¡Y rollos, tablillas, papiros! ¡Incluso madera y mármol tallados! ¿Es la casa de un escriba o de un sabio? Qué maravilla…

Haciendo suyos mis pensamientos, el árbol reaparece en una clara invitación a quedarme o continuar.

—Una parte de mí quiere investigar más este lugar —le digo como si fuera un ser consciente. Supongo que en realidad lo es—. Veo que hay planos, dibujos, símbolos y alfabetos nuevos, tan hermosos y enigmáticos que… —mis palabras van apagándose. Echo un último vistazo.

—No, no puedo —suspiro—. No es este mi camino.

El portal de su tronco refulge y sé que es hora de irme. Al emerger a una nueva sala, mi corazón se detiene. Es la alcoba de Hades. Varias sombras danzan fundiéndose con el arpa, los atlantes o deslizándose por el reloj de relatos. Un halo dorado tiñe cada elemento o y le otorga una atmósfera onírica.

Él está de espaldas a mí. Su capa se despliega sobre sus hombros. No prosigo, de mis labios no surge palabra alguna; solo sonrío, pero Hades nota mi presencia y se gira. Cuando me ve, extiende los brazos hacia mí.

—Aquí —sonrío—, es aquí.

Un estallido de luz me obliga a cerrar los ojos.

26

Hay arte, belleza y poder en las imágenes
primarias de la fantasía.
GUILLERMO DEL TORO

Nichole regresó con un libro entre las manos.

—Creo que este método pega más contigo, no hay nada como valerte de algo con lo que estás unida. La conexión con el mundo espiritual es más grande.

Dejó el ejemplar sobre la mesa. Casey pasó la yema de los dedos sobre su cubierta.

—¡*Fahreinheit 451*!

—¿De qué te sorprendes tanto? Es tu libro preferido, ¿no? Venías todas las semanas para ver si había recibido una edición nueva… Supongo que llevas el amor por la literatura tatuado en tu ADN. ¡Y esta belleza de aquí es de 1955 nada menos! Antes de que me lo preguntes, ladrona de libros, no está a la venta. Pertenece a mi colección personal.

La imagen de Dennis Reed, con su rostro inflexible y los brazos cruzados sobre el pecho, apareció en el primer plano de su mente. Había olvidado que *Fahreinhet 451* era el libro que lo cambió todo en su vida. Tragó saliva. ¿Qué más cosas importantes no recordaba?

Las llamas dibujadas en la cubierta parecieron cobrar vida a la luz de la vela.

—¿Qué vamos a hacer con él? —inquirió, un poco nerviosa.

Lo que de verdad quería era irse, pero una voz insidiosa le instaba a permanecer sentada y descubrir qué ocurriría a continuación.

—En primer lugar, te vendaré los ojos con el pañuelo del mandala… —Nichole procedió a realizar aquella parte del ritual—. ¿Ves algo? ¡No me engañes!

—¡No veo absolutamente nada, Nichole!

—Perfecto —la librera volvió a sentarse frente a Casey—. Voy a abrir el libro…, así, ya está. Páginas 65 y 66, eso nos da igual…

—¿Y yo qué hago?

—¡Vaya impaciencia! Es muy sencillo: señalarás con el dedo índice sobre las dos páginas cuatro veces. Una por cada palabra al azar. ¿Lo pillas? Tu instinto te guiará. Y ambas daremos significado a lo que surja.

—Entendido, Sabrina Spellman.

—Muy bueno, esa es la actitud. Vamos a por la primera… Uf, hace un poco de frío de repente, ¿no crees?

Me encuentro de nuevo junto a Tiresias, pero todo ha cambiado.

El templo en ruinas se halla cubierto por una espesa capa de nieve. Palabras de tristeza se dibujan en el manto blanco. En cuanto parpadeo, desaparecen. Los fragmentos que ascienden hasta perderse de vista también están revestidos de escarcha y brillan bajo el fulgor del frío en contraste con la oscuridad de la noche que los rodea. De mi boca surge un espectro de vaho y mi piel comienza a enrojecerse.

Hades, a mi lado, se mantiene imperturbable. O más bien expectante. Está nervioso. Lo noto en cómo tensa la mandíbula y en las pupilas tan dilatadas que ocupan casi la totalidad del gris de sus ojos. El frío no hace mella en él. Tampoco en Tiresias, que sonríe antes de hablar con su timbre a dos voces:

—Tu elección ha sido tomada —una de las serpientes de su cayado muerde a la otra—. Comienzas a recorrer tu camino.

Temiendo que falle mi voz, me limito a asentir.

—No obstante, el Destino es un cauce traidor. Su lenguaje solo hablará de deseos herederos de la desesperación —el adivino entrecierra sus ojos, tan níveos como la nieve que cubre el templo—. Solo tu corazón equilibrará las canciones ambiguas del futuro. Si lo abres para mí, podré atisbar lo que realmente oculta… y vislumbrar lo que acontecerá.

—Estoy preparada —contesto.

La risa de Tiresias truena en el interior de mi cuerpo.

—Crees estarlo, y esa diferencia es abismal. Pero sigue siendo tu decisión. Así pues… Perséfone, hija de la noche que desea regresar a ella, contesta: ¿qué podemos temer que no sea una sombra?

Casey escuchó un suspiro cargado de alivio escapar del pecho de Nichole. Aun sin verla, sabía que había señalado una buena palabra.

—¡Esto funciona! —exclamó, emocionada.

—¿No lo habías probado antes?

—Pues… —la librera carraspeó— solo un par de veces. Pero estaba convencida de que saldría bien en ti. Casey y libros, la combinación

perfecta.

—Ajá, ajá.

En realidad, comenzaba a divertirse. A Robbie le hubiera encantado todo aquello, seguro.

—¡Lo digo muy en serio! Y si no, atenta a tu primera palabra: Amor. ¡No me negarás que no es sugerente!

Casey se abrochó los botones de su chaqueta.

Nichole tiene razón en una cosa: hace un frío terrible aquí.

—No estoy enamorada, Nicky…

—¡Pero lo estarás! ¡Se te presentará, y entonces dirás: «Ey, la bruja librera acertó»!

Casey rio muy bajito. Ninguna de las dos se fijó en las gatas, Grizabella y Jemima. Una dejó de jugar con la brújula de juguete. La otra se despertó de su siesta. Ambas miraron un punto fijo junto a Casey con sus ojillos bien abiertos.

—La ausencia —respondo, y mi pulso se dispara—, la ausencia en todas sus formas. Porque el miedo te consume y el amor te repara. Solo el amor perdura más allá del olvido y de la muerte.

Tras decir la última palabra, una cálida brisa comienza a deshacer la nieve. El hielo se transforma en flores de cristal. De todas las formas y tamaños, perlan cada rincón de este enclave, llenando incluso la oquedad del tronco del árbol.

Inspiro profundamente el perfume de lirios, jazmines, iris y cerezos.

De pronto, varias flores tiemblan y estallan como frágiles pompas de jabón. Su sacrificio inunda el aire con versos que hechizan.

… **La luna puede morir de amor en el silencio de su memoria eterna…**

—¿Has oído eso?

27

Como escritor no deberías juzgar, deberías entender.
ERNEST HEMINGWAY

Nichole se giró hacia la puerta. Seguía cerrada. Ningún cliente había entrado en la librería, ni siquiera había nadie mirando el escaparate. Casey se encogió de hombros.

—¿El qué?

—No…nada.

Cada flor contiene en su interior un breve poema diferente, una voz dulcísima que viene y va, y arrulla los sentidos.

…He dado mi reino a la niña que fui para que baile sobre las ruinas de su sonrisa…

Hades toma mi mano. Sonríe misteriosamente, como si supiera algo que yo ignoro.

—Vamos allá de nuevo, Casey. Concéntrate y señala la siguiente.

—Adivinar el futuro en un libro… —Casey torció su sonrisa—. Si alguien me lo llega a decir…

—Ten un poco de fe, ¿dónde ha quedado aquella Momo inocente, eh?

—¡Vale, vale!

Las gatas avanzaron con una mezcla de sigilo y recelo, sin desviar la vista de su objetivo, cualquiera que fuese.

—¡Casey!

—Ay, madre, ¿es una palabra muy mala?

—¡Qué dices, mujer!

Grizabella olfateó el aire. Jemima maulló.

—Entonces, dímela, no te hagas de rogar.

—*Buscando.*

—¿Has perdido tu nombre?

La nueva interrogante de Tiresias me pilla desprevenida. Por un instante, estoy tentada de responder que no lo sé. Pero no sería verdad y estaría ocultando al adivino mi corazón, o lo que es peor, él sabría que miento.

—Perséfone es mi nombre. Lo terrible es que… ya no lo siento como tal —cierro los puños al reafirmarme—. Sí, he perdido mi nombre porque ya no soy yo.

Entonces, algo pasa volando y se posa en mi hombro. Es una luciérnaga. Una exclamación de sorpresa brota de mis labios al ver miles revoloteando por el templo. Son estrellas errantes que se enredan en el cabello del adivino, reposan en la coraza de Hades, revolotean entre las ramas… y de estas, casi en un espejismo visual, surgen flores. No, no son flores exactamente. ¡Son llaves! Nacen y maduran hasta adoptar diferentes grabados y formas. Las hay tan minúsculas que no alcanzo a verlas, o tan grandes que el extremo de las ramas se inclinan por el peso.

—Temes la ausencia del amor y has perdido tu nombre —Tiresias se levanta y su túnica llena de meandros dorados se despliega sobre su cuerpo—. Ahora dime, ¿comprendes la duración de un grito en el silencio?

—Bueno —la voz de Nichole sonó risueña—, está clarísimo. En tu futuro buscarás el amor.

—¿Y quién no? Quiero decir, eso es… lo normal, ¿no?

—Ya, ya, pero no me negarás que el libro es bastante explícito. ¿Quién tenía razón, eh? Además… —la librera calló abruptamente. Le había parecido ver… No, eso era imposible.

—¿Además?

Nichole parpadeó varias veces. Un insecto revoloteaba alrededor de la vela… ¿O surgía de su propia llama? Una luciérnaga emergió del fuego, rodeó a la librera y volvió a desaparecer a una velocidad pasmosa.

—Ah, estás dando unos segundos de tensión antes de continuar. Qué buen golpe de efecto. Oye —Casey indicó con el índice otro punto del libro. El pañuelo del mandala comenzaba a molestarle y a darle calor—, venga. ¿No me dices qué palabra ha salido ahora? Sería la tercera…

—S-sí, déjame ver.

Grizabella enseñó los dientes. Jemima comenzó a arquear el lomo. Nichole desviaba continuamente la vista de ellas a la nueva palabra. De repente todo parecía mucho más siniestro y oscuro.

—Puede que esto del libro tampoco sea una buena idea… Mañana traeré mi…

—¡Nicky! ¡Que has sido tú quien decía que íbamos muy bien! ¡Anda, dime la palabra!

Nichole frunció los labios.

—*Verdad.*

—¡Yo soy un grito en el silencio!

Tiresias extiende los brazos y de ellos nace un viento preñado del aroma de la lluvia, el sol y la tierra. Un viento que apaga el fuego del árbol y le otorga a cambio cientos de hojas secas. Las arrastra consigo en una danza hipnótica. Dos de ellas se adhieren a mi túnica. En su superficie ocre, se lee un cuento inquietante:

La joven quería ser historia, quería despertar de su tristeza, y se casó con la noche.

Recojo otra hoja. El cuento prosigue ahí:

La noche la arropó para que se olvidara del mundo y se la llevó a su jardín sin letras. Ambas siguen allí, no quieren ser encontradas.

Seguramente no me equivoco al pensar que cada una de esas hojas lleva escritos cuentos que nadie leerá jamás.

El adivino sonríe con sus dientes de niño y me preparo para la siguiente pregunta.

—Y bien, ¿es acaso muda la muerte?

—Solo si dejas de amar.

Casey señaló la última palabra.

—Una más y podremos unirlas todas.

Nichole dio un respingo cuando una de las gatas bufó en dirección al rincón junto al sillón de Casey.

—¿Nicky?

Una silueta cimbreaba ante los ojos atónitos de la librera. Poseía un largo cabello plateado y unos ojos lechosos que la observaban, pero en realidad no, porque… era como si… estuvieran… ciegos. El hombre, o quizá la mujer, sonrió hacia Casey.

—Hija de la noche, niña sin nombre, has elegido tu camino, pero te advierto que las tinieblas intentarán devorarte, los hilos más allá del laberinto se lanzarán en tu contra, tu rostro te hablará de tu propia sombra, de esa ausencia que tanto temes.

El viento envite mi cuerpo con tanta fuerza que caigo de rodillas. Grito para dejarme oír entre sus rugidos.

—¿Por dónde debo empezar?

—Los Tres Jueces serán quienes impongan tu viaje. Ve, pues, y encuentra aquello que has perdido.

Nichole se levantó de un salto para devolver la intensidad a las luces de la librería.

—¿Pero qué ocurre? —Casey se quitó el pañuelo, pero no movió el dedo

del libro.

—Es tarde, cariño. Y…no puedo mantener la tienda cerrada tanto tiempo. Bueno, además querías algo sobre *Romeo y Julieta*, ¿verdad?

—Nichole… ¿estás bien?

—¡Pues claro! Es que… no es conveniente centrarnos en estas cosas mucho tiempo, ya sabes: puedes abrir ventanas que otros pueden aprovechar desde el más allá…

Casey lanzó una risita.

—Eres de lo que no hay. Menuda chamán estás hecha…Vale, te cuento lo que necesito.

Sin embargo, antes de cerrar el ejemplar de *Fahreinheit 451*, echó un vistazo a la última palabra. Un súbito frío congeló sus músculos.

La palabra era *Muerte*.

28

Amor y fantasía van de la mano.
MARC CHAGALL

Amor, Buscando, Verdad, Muerte.

El método de adivinación de Nichole tal vez fuera una tontería, un juego de su amiga para hacerla sonreír. Aun así, no se podía quitar de la cabeza aquellas cuatro palabras.

Es como si hubieran aparecido en el orden adecuado, pensó. Pero, ¿adecuado para qué? *¿Debo buscar la verdad? ¿O la verdad sobre el amor? ¿Y qué es eso de la muerte?*

Todo lo que había sucedido la tarde anterior se repetía en bucle en sus recuerdos trenzándose con una melodía conocida. No le preocupaba que se tratase de una canción de su artista favorita. Lo insólito radicaba en escucharla por todas partes: en la radio, en la alarma matutina de su móvil, en los anuncios de televisión que vio mientras desayunaba, en varios coches que la reproducían a todo volumen de camino al instituto… Casey ya se había percatado de que *Lionheart* sería el elemento repetitivo de aquel día. Así que por la tarde, cuando se sentó en uno de los bancos exteriores de la Biblioteca pública de Filadelfia para esperar a Conor, no le sorprendió reconocerla en versión hip hop en los altavoces que portaban a hombros un grupo de raperos.

Alzó el rostro y contempló los nubarrones que amenazaban lluvia. Sin embargo, la tarde era cálida y prefirió continuar allí, junto al enorme edificio blanco, respirando el aire cargado a humedad.

Menos mal que he metido el libro de Perséfone en una funda… Mejor ser prevenida con la lluvia. También había traído consigo el ejemplar que la librera le aconsejó. Toqueteó la llave de su colgante antes de volver a ocultarla bajo su chaqueta de punto y dio varios golpecitos en el suelo con la punta de sus botas.

Ojalá Conor venga pronto…

No le apetecía verle lo más mínimo, desde luego. Y mucho menos trabajar juntos sobre Shakespeare. Lo cual, inevitablemente, le obligó a desviar sus pensamientos hacia por qué decidió estudiar escritura. Se ajustó la coleta con dedos torpes. Su vida antes del verano era un conjunto de imprecisiones cristalizadas, recuerdos sin brillo, agradables, felices, pero distantes.

Se preguntó si no hubiera sido mejor decantarse por ser guionista. A Vera le encantaba el mundo del cine, y a ella en cierto modo también, así que… ¿por qué no? Resopló y apoyó los codos sobre las piernas, repentinamente cansada, muy cansada. ¿Y teatro? Cuando interpretó un papel secundario cuando era pequeña, su profesora la felicitó en más de una ocasión… Dejó caer el mentón sobre las manos. No, no, no. Nada la convencía. El problema radicaba en ella misma, y no saber darle solución le angustiaba aún más. Escribir debía ser un arte, un sentimiento, no una obligación. Y si no lograba cambiar eso, pronto se vería perdida en una vorágine de la que no podría salir. Se acarició el lunar con forma de flor y al hacerlo, extrañó a su madre. Nunca habían estado tan separadas, física y emocionalmente. De hecho, estaba separada del mundo.

La puntera de su bota derecha volvió a golpear el suelo de forma frenética.

—…ya te digo, nada menos que con ella, a solas en la biblioteca.

La voz de Conor la sobresaltó. Se aproximaba calle abajo hablando por el móvil. Aunque Casey se encogió en el banco, sabía que el grandullón no la había visto.

—Oye, no tengo elección, ¿vale? —se giró, como si su interlocutor le hubiera seguido por detrás—. ¿Crees que no me dan ganas de vomitar?

Una arcada ascendió hasta alcanzar la garganta de Casey.

—Mira, esa pirada no debería estar en el instituto, y punto —su mano libre se movía en furiosos aspavientos—. Sí, yo también pienso lo mismo: a ver si tenemos suerte y un día de estos se ahoga en el Delaware.

Se levantó temblando y se quedó ahí unos segundos. Una eternidad. Conor continuaba su parloteo sin percatarse de su presencia, pero ella ya no escuchaba nada. Solo el rugido del miedo haciendo castañetear sus dientes.

Cuando las piernas dejaron de hormiguearle, echó a correr con todas sus fuerzas. El dolor la corroía. Notaba su amarga presencia en su aliento, en el aire quemando sus pulmones, en el sabor a pánico que crepitaba en

su lengua.

Filadelfia se diluyó a su alrededor hasta que solo quedó la oscuridad y el sonido de sus latidos. No sabía a dónde iba ni si realmente se dirigía a alguna parte. ¿Acaso importaba? ¿De verdad existía un lugar en el que pudiera sentirse a salvo?

Un trueno restalló su ira sobre la ciudad y al destello del primer relámpago, la voz grave de Dennis Reed resonó en los recovecos de su mente.

Qué ironía, Casey, ¿no querías una historia? ¿Algo lo suficientemente bueno para obtener mi sobresaliente y de paso reavivar tus deseos de ser escritora?

Seguía corriendo, sin importar los empujones de la gente, sin mirar las calles, sin notar las finas gotas de lluvia que precedían a la tormenta.

¡Pues aquí la tienes! Érase una vez una niña que atesoraba el sonido de sus sueños, una niña que creía ser feliz, pero que lo perdió todo tras un verano.

Solo tinieblas. Infinitas y densas.

La niña se convirtió en olvido y el olvido solo sabe engullir y marchitar. Así que la niña fue desdibujando lo que una vez había sido, o a aquellos a quienes había amado. Primero su madre, después sus amigos, sus compañeros, sus deseos. Se borraban, se pudrían. Y no podía recordar por qué.

Un grito escapó de su pecho y unió su violencia junto al segundo trueno.

Y a veces, Casey Moore, las historias no tienen finales felices, lo sabes bien…

—¡Vete!

La orden no solo iba dirigida a Reed, sino a ella misma. Su odio quedaba muy alejado de su profesor, su madre, la doctora Walker, Conor, o Vera. Porque ahora entendía que de algún modo, la culpa era suya. Todos los que gravitaban en su vida se habían ido apartando poco a poco o la estaban sometiendo a un examen constante donde siempre perdía. Se había convertido en un imán invertido que repelía el cariño de los que algún día la amaron. Agotada y vencida, se dobló sobre sí misma hasta apoyarse en las rodillas.

«Las chicas no necesitamos ayuda» le decía años atrás a su padre, «somos más listas que Ironman y más fuertes que el martillo de Thor». Todavía veía en su memoria los ojos de Orwell Moore brillar con orgullo. Pero se equivocaba.

Es una mentira más del mundo —la voz de su profesor volvió a hurgar en sus pensamientos—, un cliché del cliché. Todos necesitamos ser

rescatados alguna vez.

—¿Y quién va a acordarse de rescatarme a mí?

En respuesta sobrevino el aguacero. Se irguió mientras respiraba entrecortadamente y dejó escapar un suspiro ahogado. Estaba en Love Park. Sus pasos la habían llevado hasta allí de nuevo. La plaza se hallaba vacía y la tormenta incrementaba su ímpetu conforme la última claridad era rasgada por las sombras. Se aproximó al cubo coronado por las letras del amor y bajo su amparo, se sentó con la esperanza de desaparecer. Dejó la mochila a un lado y enterró el rostro entre las manos.

Si mi historia terminase aquí, conmigo convertida en estatua, sería un buen final. Y así fue cayendo en su propia desesperación.

29

La habilidad de perdonarse a uno mismo
es la clave para hacer arte.
ANN PATCHETT

Cuando el sonido de la lluvia, el rugir de los truenos y la ciudad entera solo conformaron un sueño lejano, una melodía llegó hasta ella.

Al principio sus notas eran tan débiles que se mantuvo quieta, casi inerte. La música fue ganando terreno, luchando contra los muros levantados por aquella a quien merecía llegar. Y penetró en su núcleo, protegido bajo mil corazas. La música avanzó sin miedo, apartando capas de sufrimiento y dudas hasta alcanzar una luz que latía en un cuenco negro. A veces el corazón se asusta tanto que prefiere esconderse… pero la canción no se desanimó. Todo lo contrario. Pulsó su latido con dedos llenos de acordes y lo reavivó.

Casey tembló. De frío. De una emoción a la que no pudo dar nombre.

Retiró las manos de su rostro y susurró:

—*Lionheart…*

De pronto, alzó la cabeza, sobresaltada. Robbie estaba a unos metros de ella, de pie bajo la lluvia, con su sonrisa de niño. Casey se lo quedó mirando con una expresión que aunaba sorpresa y un profundo reconocimiento. Se fijó en que no sujetaba ningún paraguas. Se encontraba allí protegido únicamente con una gorra de *Stranger Things*.

Ambos permanecieron así unos instantes, prendidos en los ojos del otro mientras los truenos retumbaban en su interior como tambores de una extraña ceremonia. Entonces Robbie, sin decir nada, le tendió la mano. Blanca, tentadora, una flor en la oscuridad.

Casey se levantó poco a poco y tras unos segundos de vacilación, avanzó hacia Robbie lentamente, casi con timidez. Y entonces, se detuvo. Inclinó la cabeza hacia atrás y ofreció su rostro a la tormenta. No le

importó que mechones de cabello se posaran en sus mejillas, ni que su ropa terminara por empaparse. Era mágico. Nunca había estado expuesta a la lluvia adrede. Sonrió al pensar de forma inesperada que el agua la bendecía, la besaba y arrullaba como si hubiera implorado su presencia ahí mucho tiempo atrás.

Robbie mantuvo una seriedad solemne cuando ella tomó su mano. Todos los pensamientos, dudas y miedos se acallaron de golpe y una sensación de paz la reconfortó como la más tierna de las nanas. Él la ciñó por la cintura e inició una dulce caricia que descendió desde el hombro derecho de Casey hasta trenzar sus dedos con los suyos.

Un súbito relámpago iluminó su vals clandestino bajo las estrellas en que se habían transformado las ventanas de los rascacielos. Bailaban sobre un cosmos insondable y nacarado al ritmo de una canción que solo ellos escuchaban.

Casey deslizó su mano hasta el pecho de Robbie. Quería sentir sus latidos; saber si aquel momento era real. Él, muy despacio, robándole aliento al tiempo, dejó de sujetarla para alcanzar su cuello. Mantuvo sus palmas, cálidas y suaves, apoyadas en el contorno del rostro de Casey mientras sus pulgares dibujaban leves círculos en sus mejillas.

Entonces ella, sin previo aviso, le quitó la gorra y la lanzó a la plaza vacía.

Robbie la miró con la confusión titilando en sus ojos. La risa de Casey tintineó con el repiqueteo de la lluvia. Él dibujó una sonrisa desafiante. Realizó una reverencia, se quitó las deportivas y acto seguido se agachó hincando una rodilla en el suelo acharolado. Casey alzó su pie izquierdo y Robbie le quitó la primera bota. Una Cenicienta sin carruaje, ni hada madrina, ni reloj, ni suerte, pero con la tormenta como testigo de aquel extraño baile que constelaba Love Park.

Al posar los pies desnudos sobre el suelo, se sintió liberada, viva hasta el extremo de percibir el pulso que incendiaba su cuerpo, detener el fin de su caída hacia recodos insondables.

Tras erguirse de nuevo, Robbie tomó su mano y la hizo girar hasta que la espalda de Casey quedó prisionera entre su brazo y su pecho. Aprovechó la ocasión para deshacer su coleta y tirar la goma. La melena de la joven se desplegó empapada sobre sus hombros. Ella volvió a reír al tiempo que se giraba para abrazarse a Robbie y reanudar aquella danza de dos cuerpos que se desprendían de lo que no necesitaban.

La música incrementó su ímpetu para llamarlos junto a la voz de los

truenos.

Casey aferró las solapas de la cazadora de Robbie y ambos apoyaron sus frentes, hambrientos de caricias, de nuevos abrazos. A la luz de las farolas, los ojos de aquel chico misterioso resaltaban con una luminosidad salvaje. Las manos de Casey tiraron de la cazadora mientras Robbie, al unísono, le despojó de la chaqueta. Solo la cubrió su vestido, del color de la noche.

Se quedaron así, frente contra frente, bailando sin más artificios que las emociones que los impulsaban hasta el vértigo más delicioso. Ella entrelazó sus dedos en la nuca de Robbie con un suspiro de súplica, tal vez de alivio. Cuando comenzaron a girar, la plaza se desprendió de ausencias y se llenó del contrapunto musical de los abrazos. La lluvia y la música borraron cada sollozo como un poema garabateado en un muro.

Al separarse, Casey pensó por un momento que volvía a creer de nuevo. Creer. Qué palabra tan maravillosa.

De repente, todas las historias que alguna vez se hubieran escrito o contado en voz alta eran verdad. Los duendes existían, y las sirenas, las batallas épicas, las ciudades futuras, los monstruos incomprendidos, los caballos de hielo, las amazonas de reinos lejanos, los amantes de Verona, los hombres-libro, los fantasmas malditos, las reinas de labios tan rojos como la sangre, las hadas, los piratas sin rumbo, los cuervos que hablaban de muerte, los caminos de baldosas amarillas, y los niños perdidos… Incluso los escritores eran de verdad. Ellos, los inventores de historias, realmente podían salvar el mundo y devolver el color a las cenizas de una imaginación agonizante.

El parque se llenó de ellos. Reclamó como suyas aquellas miradas cargadas de un estremecimiento centelleante, aquellas sonrisas hechas de tormenta y complicidad, aquellas respiraciones que auguraban nuevos sueños.

Robbie volvió a aproximarse a ella y la alzó hasta sentarla en sus hombros.

El grito de júbilo de Casey se conjuró con los truenos. Extendió los brazos al cielo y cerró los ojos. La lluvia cubrió su cuerpo y juraría que escuchó el himno de millones de palabras pronunciadas a la vez.

Los rayos brillaban como si el sol se estuviera abriendo paso desde el otro lado de la noche. Se sintió así, relámpago, cargada de electricidad, de una energía que ardía. Se sintió sagrada.

Robbie la bajó lentamente y ambos se mantuvieron uno en los brazos del otro, sin querer dar por finalizado aquel baile. Él desvió la vista hacia

la llave de plata que colgaba del pecho de la joven.

Su sonrisa delató su deseo de que el juego continuara. La cogió y tiró de ella. Casey se apartó de Robbie y sujetó la llave entre sus manos. Su rostro reflejó un terror absoluto. No se detuvo para ver cómo Robbie aguardaba con la incomprensión tatuada en el azul de sus ojos.

Recogió sus botas, su chaqueta y su mochila, y comenzó a alejarse a toda velocidad. Se volvió una sola vez, pero Robbie ya no estaba allí. Echó a correr hasta abandonar Love Park.

Solo entonces la lluvia cesó.

Los truenos se silenciaron.

La canción enmudeció.

La inventora de historias dejó de creer.

30

La fantasía es el corazón de la realidad.
CORNELIA FUNKE

¿Crees que puedes ayudarlos a todos? —pregunta Hades con un dulce hilo de voz.

Hemos regresado a la Sala de las ofrendas. No ha pronunciado una sola palabra mientras nos dirigíamos hasta aquí, incluso ha dejado que sea yo quien tomara la iniciativa de regresar. No sabría decir por qué he escogido este lugar para meditar acerca de todo lo ocurrido en el templo de Tiresias, y aun así, aquí estoy. Tal vez sea porque me siento como estas pobres almas: anhelante de un poco de consuelo. A ellas, se lo puedo ofrecer yo, me pregunto si Hades entiende que él puede dármelo a mí.

Escojo otro pergamino y tiro hasta desprenderlo de la cinta a la que estaba colgado. Lo leo un instante.

Deseó haber escuchado a su hija, haber amado más a su esposa, haber sabido vivir…

Acaricio la súplica antes de arrojarla a las fauces del fuego. Un nuevo pergamino nace en el lugar del antiguo. Supongo que los muertos siempre superarán en número a los vivos.

—Ojalá pudiera ayudarlos a todos —contesto—. Pero sí puedo otorgarles una brizna de paz a algunos…

—Eres demasiado generosa.

Me giro hacia él. Se ha quitado la coraza y la capa, que ahora descansan sin consumirse en las manos flameantes del fauno.

Su pecho desnudo se expande al ritmo de su profunda respiración y sonrío. Verle así le hace más humano.

—Y tú demasiado pesimista —bromeo sin poder desviar la mirada de su cuerpo.

Se mantiene justo en el contraluz que provoca la oscuridad contra el fuego de la estatua. La silueta de su cuerpo está bosquejada en oro y plata.

—Es… por este lugar —ríe de forma amarga—, agria el optimismo de cualquiera.

—El mío no —mi sonrisa se ensancha.

—Lo sé.

Creo que en el fondo estoy evitando hacer la pregunta que arde dentro de mí desde que pisé el inframundo. Es el momento de saber la respuesta.

—¿Por qué yo?

No quiero mirar su expresión, no estoy preparada. Bajo mis pies, las sirenas se han escondido entre los restos de las ciudades sumergidas. Me concentro en esta imagen mientras mis latidos restallan en el silencio.

—Todos somos historias que desean ser contadas —hace un inciso que parece perdurar eones—. La tuya comenzó aquí, en la Sala de las gemas, en mis aposentos…— sus ojos centelleantes miraron a su alrededor antes de clavarse en los míos. Y después en mi boca —, en todas partes.

Hades se acerca con pasos suaves, casi felinos, como si creyera que voy a desaparecer en cualquier momento.

—No lo entiendo —contesto. Y es cierto. No lo comprendo del todo.

Se detiene tan cerca de mí que puedo notar el pulso frenético en su cuello. Sus ojos son estrellas, pienso sin cesar, estrellas llenas de fiereza y esperanza.

—Las ofrendas que ves, los pensamientos que surgen de cada piedra preciosa, las palabras que se dibujan en mi alcoba… Hace un tiempo comenzaron a transmitir los mismos mensajes al mismo tiempo.

La ilusión que transmite su voz me conmueve de tal modo que me cuesta respirar.

—Eran tus deseos, Perséfone. Tus propios pensamientos, tus miedos, tu grito de soledad —al fin sonríe. Temo que las piernas me fallen. No lo sabe, pero su sonrisa podría conquistar el mundo de los dioses y los mortales—. Quise encontrarte, ver quién eras, entender por qué mi reino se estaba transformando con tu presencia desde la distancia y la razón de que me sintiera tan irremediablemente unido a ti. Pero cuando lo hice, a pesar de sentirme vivo desde que podía recordar, reculé, asustado. Si te hubiera dicho que yo era…

—Te hubiera creído —afirmo—, y te hubiera amado igual. Porque lo intuí cuando visitaste mi casa, disfrazado de viento por primera vez. Y la segunda noche en que apareciste, la certeza fue definitiva.

—Ahora soy yo quien no comprende… ¿Sabías quién era yo todo el tiempo?

Poso la vista en el colgante que reposa en su pecho. Representa un ojo de cerradura.

—Ni yo… es solo que… lo presentía… Mi obsesión hacia la noche, las sombras, el otro lado… Estábamos conectados… —los nervios desatan mi lengua —. Hades… ¿Estoy…estoy muerta? ¿Es esa la razón?

Me observa en silencio. Su belleza es oscura, amenazadora, intensa, y sin embargo, todo en él rezuma una dulzura tan evidente que remueve cada fibra de mi ser.

—No, Perséfone.

—¿Y tú…?

—No mientras esté contigo.

El amor que rezuman sus palabras me envuelve con una calidez deliciosa. Pero algo le sucede. No necesito leer las tiras de cuero de su coraza para saberlo.

—Estás preocupado.

Muestra ese esbozo de sonrisa de nuevo, una curva en sus labios que se desvanece al instante. Se acerca un poquito más.

—¿Tanto se me nota?

—¿No confías en que pueda cumplir lo que los Tres Jueces me impongan?

Niega con la cabeza.

—Precisamente tengo miedo a que triunfes en ese viaje —confiesa con voz ronca.

—¿Qué…?

No llego a terminar.

El rostro de Hades se contrae. Su grito de dolor me asusta tanto que me quedo petrificada mientras él cae de rodillas. La sala se retuerce, convulsa. Las estatuas de fuego apagan su esplendor hasta que solo son leves ascuas, las columnas de hielo gotean en un incipiente intento de derretirse, las esfinges abren aún más sus bocas como si fueran a rugir.

Hades se lleva una mano al corazón y lucha por respirar. Con cada bocanada, cientos de pergaminos abandonan sus cintas para caer al suelo.

Las ruinas bajo el agua parecen resquebrajarse un poco más cuando el dueño del inframundo se aovilla hasta cubrir su cabeza con las manos.

Me agacho junto a él, temerosa de tocarle, de provocarle más sufrimiento y aun así, soy consciente de que debo hacer algo.

—¿Qué ocurre? —murmullo con voz estrangulada—. Mírame, por favor, mírame.

Cuando lo hace, cuando finalmente sus sacudidas se suavizan y consigue fijar sus ojos en los míos, mi pulso se detiene. En su mirada se halla contenida tanta pena, tanta confusión, tanto miedo, que por un instante todo se quiebra. Jamás había contemplado una expresión así. Un dios todopoderoso cuyas pupilas contienen a un niño desvalido.

Respira con dificultad. Una lágrima rueda hasta perderse en su mejilla.

Extiendo los dedos y muy suavemente los poso en sus hombros. Su cuerpo se estremece con mi contacto, sus manos me buscan, ansían desesperadamente mi protección. Contengo mi aliento al acogerle en mi regazo. Hades reposa su cabeza sobre mi pecho. Sus brazos me rodean y se aferran a mí como si intentara retenerme o fundirse conmigo. Acaricio su cabello negro en silencio. Me duele no saber qué decir y a la vez entiendo que es mejor así. Tal vez el silencio sea luz.

Cuando apoyo mi mejilla contra su cabeza, Hades tirita visiblemente. ¿Qué esconde, qué hermosos y terribles secretos se ocultan bajo el filo de la muerte?

—Estoy aquí —digo a media voz, mis labios rozando el lóbulo de su oreja—, estoy aquí.

—¿No…las…oyes? —gime trémulamente—. Las voces…por todas partes…

—Déjame ayudarte —imploro al tiempo que giro con delicadeza su rostro hacia

el mío.

—Este lugar… mi palacio… es un ser consciente. Reacciona a mis emociones y yo a las suyas…

Beso su sien en una invitación a que prosiga.

—Miles de almas han entrado en… la Sala de la Niebla, en la Biblioteca de los muertos… Almas del futuro…

—¿Habrá una guerra? ¿Es eso?

—Muchas. Guerras, enfermedad, hambrunas… El mundo está destinado a convertirse en algo atroz. El palacio se estremece con cada recordatorio de ese futuro…

—… Y tú con él.

—No puedo hacer nada, Perséfone… Soy el dios del inframundo, no quien sesga tantas vidas…

—Shhh, tranquilo…

—Tenías razón —susurra con ansiedad—, la vida duele.

—No, no es verdad —deslizo la punta de mis dedos por la piel de su antebrazo, tan fría y nívea como el hielo que nos rodea—. Me he dado cuenta aquí. El amor está vivo y no…

De pronto se incorpora y presiona su pulgar en mis labios. Los acaricia temblando. Un calor abrasador invade cada recodo de mi ser.

—No lo digas.

Posa una mano en mi nuca para después deslizarla hasta el hueco de mi garganta. El vientre se me tensa en respuesta. Mi respiración se corta, y cierro los ojos.

—El amor hiere incluso más que vivir.

Exhausto, recuesta su mejilla contra mi hombro y percibo el roce de sus labios en mi cuello. Dejo escapar el aire contenido poco a poco. Deseo tanto perderme en él, sentirlo, que me duele.

—¿De verdad no has escuchado las voces gritando, Perséfone?

Lo abrazo con más fuerza. No puedo oír las voces, pero sí leer los mensajes de los cientos de pergaminos diseminados a nuestro alrededor. Todos albergan la misma frase. Una y otra vez.

«Siempre se preguntó para qué escribía, si las emociones no podían ser contenidas en un simple lenguaje…»

31

Tiene que haber algo en los libros, cosas que no podemos imaginar para hacer que una mujer permanezca en una casa que arde. Ahí tiene que haber algo. Uno no se sacrifica por nada.

RAY BRADBURY

Incluso en los pasillos vacíos del instituto, caminando a toda velocidad por temor a llegar tarde, se preguntó por enésima vez para qué escribía, si las emociones no podían ser contenidas en un simple lenguaje. Estaba segura de que sería lo primero que le preguntase Dennis Reed y aunque repasaba mentalmente todas las respuestas posibles, ninguna lo suficientemente buena salía a la luz.

Eran las siete menos cuarto, y los demás alumnos todavía no pululaban por el edificio. Solo algún profesor y el bedel, que la había saludado con un gruñido somnoliento. Las clases no comenzaban hasta las nueve, pero Casey prefirió ser precavida y el «a primera hora, antes de que las clases empiecen» de Reed había sonado más bien a «no te retrases ni un segundo».

Todo se mostraba más lúgubre y oscuro. Casey lo achacó a la ausencia de los cientos de alumnos que poblaban cada día el instituto. Algunos con sus cámaras de vídeo, otros con instrumentos, ensayando arpegios, portando lienzos, o corriendo hacia el salón de actos. La actividad allí era siempre frenética y pasar frente a los despachos de los profesores en medio de un silencio sepulcral se le antojó como ir a una especie de patíbulo.

Qué melodramática, Casey.

Ahí estaba, sala número 24, con el nombre de Dennis Reed en una placa. Era de los pocos profesores que no compartía despacho, lo que le confería un aura de respeto que añadir a su ya conocida fama de tipo duro. Casey se mantuvo unos instantes frente a la puerta. Se ajustó la blusa

blanca, humedeció sus labios y…

¿A estas alturas tienes miedo de un profesor? ¡Venga ya!

…llamó con los nudillos.

El palacio de Hades cambia conforme avanzamos. Es cierto, está vivo y modifica sus salas y pasajes a voluntad de su dueño. Vamos a dar a un espacio de oscuridad infinita. Nuestros cuerpos refulgen un poco, lo imprescindible para no perder la noción de la realidad y seguir avanzando.

Una estrella fugaz azul, tal vez una lágrima, desciende desde las alturas hasta perderse en la oscuridad. No estoy segura, pero creo que en su caída la ha acompañado un suspiro.

A ella le sucede otra, morada. Un leve llanto perdura unos segundos en el aire.

—Son lo que queda de aquellos a los que nadie recuerda —explica Hades.

Una nueva lágrima verde surge a su lado al tiempo que un susurro infantil reverbera a nuestro paso.

—Es muy triste —suspiro y me detengo unos segundos para contemplarlas.

Hades sigue caminando. Su voz se torna apesadumbrada.

—La muerte de los muertos…

Doy un instintivo paso atrás.

Silueteada por el tono carmesí, ha aparecido una figura.

Su rostro se ilumina brevemente, y bajo el fulgor rojo, parece estar impregnado en sangre. Su sonrisa torcida prevalece y junto a ella, emergiendo de las sombras, se forma un cuerpo.

—Vaya… Así que tú eres la futura reina de los muertos, ¿eh? Para eso hay que tener agallas, querida, y según tengo entendido solo sabes dar vida a florecitas.

Su cabello blanco cae en una trenza sobre su túnica, también del color de la nieve, hecha jirones. Su piel es inusualmente pálida y su delgadez, extrema. El rojo de sus pupilas centellea sin que parpadee ni una sola vez.

—Sé hacer mucho más que eso —le espeto.

Él ladea la cabeza, el gesto de un depredador cuando huele a su presa.

—¿Por qué tanta insistencia en ser de los nuestros, florecita? —Su voz es repugnante y atrayente a un tiempo, igual que él— ¿Quieres probar lo que se siente al morir, al desaparecer y no dejar rastro?

—Puede —contesto, desafiante.

Unas alas se despliegan en su espalda. Son membranosas, de escamas irisadas, similares a la piel de serpiente.

—¿Ah, sí? —me escudriña con sus ojos rojizos, me repasa de arriba abajo logrando que me sienta desnuda, atrapada—. ¿Qué tal si lo averiguamos?

—Thánatos.

Hades se interpone entre nosotros al tiempo que otra lágrima, esta vez, anaranjada, nos baña con su luz. El aludido chasquea la lengua.

—Solo me estaba divirtiendo un poco antes de…

Hades lanza el puño y le golpea la mandíbula con fuerza. Thánatos trastabilla y se lleva una mano a la mejilla.

—¿Y eso ha venido por?

—Por todas las muertes futuras que he sentido.

—Golpeas como un mortal.

—¿Deseas que lo haga como un dios?

Thánatos sonríe de forma cruel, pero percibo con claridad el estremecimiento que sacude su cuerpo espigado. Incluso sus alas tiemblan un segundo. Se acerca a Hades hasta que sus rostros quedan a escasos centímetros y se pasa la lengua lentamente por los labios en un gesto lascivo.

—Oh, vamos… El futuro es muy lejano… Y ya sabes que solo cumplo órdenes de las Moiras. Ellas eligen qué hilos cortar, yo ejecuto su voluntad, nada más. ¿Acaso eso me convierte en un ser malvado? —Vuelve a sonreír ante el mutismo de Hades. Roza su mentón con el dedo índice y se lo lleva a la boca. Hades hace una mueca de desagrado—. Ah, me das la razón. No, no soy malvado, ¿es eso? Soy necesario.

—Basta, es suficiente.

Me toma de la mano y me insta a avanzar. El palacio genera una nueva puerta, pero antes de cruzarla, escucho una risa detrás de nosotros.

—Sí, dueño del inframundo, ve directo a los Jueces, corre, corre… No tendrás tanta prisa cuando tu amada cumpla lo que ellos ordenen. Será entonces cuando vendrás a mí. Y ella también.

32

Me pregunto cómo se las arreglan los que no componen, escriben o pintan para escapar de la locura, de la melancolía, del terror.
GRAHAM GREENE

Buenos días, Casey —Dennis Reed se ajustó las gafas—. Has venido puntual. Bien —señaló una silla frente a su mesa—. Vamos, siéntate.

Aquella mañana vestía una camisa gris, abotonada hasta el cuello y pantalón del mismo color, un tono más oscuro. Casey recordó que el primer día de clase lució la misma ropa y se preguntó cuántas camisas grises habría en su armario.

Echó un vistazo rápido al despacho. Era muy sobrio. Paredes blancas, estanterías blancas, ordenador blanco, ni siquiera el pequeño pisapapeles desentonaba. Casey reconoció la figurita de inmediato: se trataba de *La leona moribunda,* una copia a escala de la estatua que podía encontrarse en el Zoo de Filadelfia. Hacía años que no iba allí, pero la recordaba a la perfección porque siempre le había parecido fascinante. La escena escultórica representaba a una leona dando de mamar a sus cachorros aun a pesar de estar herida por una flecha. A su lado, sin separarse de ella, un león guardián rugía para protegerla. Suponían ese tipo de imágenes que se colaban en la memoria de una niña para permanecer en ella durante mucho tiempo.

—Antes de que diga… quiero decir, digas nada —Casey se sentó y dejó las manos sobre su regazo—, ya sé cuál es mi libro favorito.

Reed se inclinó hacia delante y asintió.

—Soy todo oídos.

—*Fahreinheit 451* de Ray Bradbury.

Una repentina nube cubrió el sol, y la claridad que manaba de la ventana se apagó súbitamente.

—No es un libro cualquiera —si Dennis estaba satisfecho, no dio muestras de ello—. ¿Por qué es tu favorito?

—Todo fue por esa escena, ya sabes, en la que una rebelde que oculta cientos de libros es descubierta por los bomberos…

—…Y decide permanecer en el interior de su casa mientras queman todo.

—Exacto —un repunte de emoción serpenteó por su piel—, ni en la película supieron captar lo intenso de la escena. ¡Aquella mujer prefirió morir antes que vivir sin sus libros! Cuando la leí por primera vez… no me lo podía quitar de la cabeza. ¡Hasta soñaba con que yo misma era esa señora que ardió envuelta entre las páginas que tanto amaba! Me pareció brutal. Bueno, me sigue pareciendo, quiero decir. Después de eso…

—*Hummm.* Prosigue.

—Devoré cada libro que caía en mis manos. Pasé de ser una niña que odiaba leer, a recibir premios a la mejor lectora del año en la biblioteca pública.

Obvió deliberadamente que su amor por la literatura había ido aumentando hasta el punto de comprarse un corcho para su habitación y llenarlo de citas, dibujos y anotaciones de las novelas que más le habían impactado. Incluso imprimió fotografías de los autores a los que admiraba. Mientras otros niños se preparaban para dormir, ella se detenía frente a los rostros de Poe, Twain, Byron, Wilde, Dickinson, Ende, Austen o Bronte y les daba las gracias en una especie de oración. Ahora su corcho solo recogía varias entradas de cine y una foto en el Museo de Ciencias Naturales junto a sus padres cuando ella tenía siete años.

—Muy curioso —Dennis esbozó una expresión pensativa.

—¿El qué?

—Preferiste mencionar *Cementerio de animales* en lugar de *Fahreinheit*…

—Tenías razón, puede que me dejase llevar.

—Entonces, vuelvo a preguntarte: ¿por qué? ¿Por qué ese libro te marcó y no otro?

—Pero… acabo de…

—Vale, doy como válida tu explicación de que aquel capítulo te impactó. Pero para que una historia cambie tu vida debe haber algo más.

Casey desvió unos segundos su vista a la leona moribunda.

Algo está mal, pensó*, joder, algo está mal y no tengo ni idea de qué es.*

Tuvo la sensación de que el despacho, y el mundo entero se ladeaban y de que ella no tardaría en deslizarse hasta el abismo.

—Creo… que fue todo…

Dejó apagar la voz, encogiéndose de hombros.

—Te sigo.

—La idea de que sin libros no tenemos libertad, no podemos saber nada, ni pensar por nosotros mismos… Y sentir. Sobre todo sentir —su voz le parecía real e irreal a un tiempo. La embargó una súbita sensación de nostalgia—. Me pareció que el autor quería enviar un mensaje. No en plan moraleja ñoña, sino algo importante, algo que ardía no solo en su mente sino en el corazón y que compartió para aquellos que supieran verlo. Me refiero a que la literatura y el hombre siempre se han necesitado: las palabras no son solo un medio para hacerse entender, son… sentimientos, emociones puestas por escrito. Es así, ¿no? A veces somos incapaces de decir lo que tememos o lo que amamos, pero nos dejamos llevar cuando lo escribimos y se queda ahí, como…como una huella, una impronta de que hemos estado en este planeta, hemos sufrido, querido, soñado…y no ha sido en vano —Casey se aferró al asiento—. Por eso al final de *Fahrenheit* aparecen los hombres-libro, esas personas que se aprenden de memoria una historia y la pasan a otros para que nunca se pierda en el olvido. ¡Porque todos los libros son vidas! ¡Vidas que se morirán si algún día alguien deja de recordarlas! Ninguno de nosotros desea ser olvidado ni morir para siempre…

Escuchó la respiración profunda de Reed antes de atreverse a volver a mirarle a los ojos.

—Escribir es como vivir, Casey —el espejismo de una sonrisa afloró en su rostro—, solo que tú todavía no sabes cómo hacerlo.

La blancura de la Sala circular de los Tres Jueces quita el aliento. No sabría cómo describirlo, pero siento que esta ausencia de color se adentra en mi piel hasta atrapar mis defensas y dejarlas reducidas a la nada. Puede que ese sea su propósito.

Alzo la vista. No hay techo, no existe un final. Solo blanco. Un cosmos de luz donde reina el silencio. Por el contrario, a nuestros pies, florece el grabado escarlata de una enorme rosa de los vientos.

Hades no suelta mi mano al realizar una leve reverencia. Allá arriba, sentados en tres tronos de ornamentos afilados como lanzas persas, se hallan sentados los Jueces del inframundo.

A primera vista, me parecen iguales: sus rostros se ocultan tras una caperuza negra que se despliega hasta formar una larga túnica. Es imposible distinguir sus rasgos, pero sí un detalle que no me pasa desapercibido. Cada uno de ellos, lleva un sello dorado en el dedo corazón. Creo atisbar el relieve oscuro de un ojo de

cerradura en su centro.

Hades pronuncia sus nombres y conforme lo hace, ellos inclinan la cabeza con solemnidad:

—Minos, hijo de Zeus y Europa, rey de Creta. Su severidad es equivalente a su sentido de la justicia. Éaco, rey de Egina, el más hábil y honesto gobernante de todos los tiempos. Radamante, hermano de Minos, su equidad solo es igual a su virtud. Vivieron para servir a la verdad, y así es también en su muerte.

Me mira y en su expresión solo vislumbro ansiedad.

No puedo evitar fijarme un instante en las tiras de cuero de su coraza. Las palabras se suceden en una imprecisión de locura:

No deberíamos estar aquí. Nohayvueltaatrásnohayvueltaatrás. Trago saliva. ¿Realmente está pensando eso? ¿Es que no quiere que intente quedarme aquí con él? ¿Qué le sucede?

Cuando Minos, el primero de los Jueces, habla, me preparo para lo inevitable.

33

¿Se da cuenta ahora por qué los libros
son odiados y temidos?
Muestran los poros del rostro de la vida.
RAY BRADBURY

¿Sabes por qué Stephen King es bueno? —si había existido un atisbo de sonrisa en Reed, este se extinguió con rapidez—. ¿Por qué su *Cementerio de animales* fue tu primera elección? ¿Por qué es un maestro en mostrar emociones y que el lector las viva como propias? ¡Porque él las ha experimentado!

—Es imposible haber experimentado poderes raros como en Carrie o haberse topado con un payaso que…

Dennis alzó la mano en un gesto de stop. En su dedo corazón se distinguía un sello de oro. Al posarlo de nuevo sobre la mesa, Casey distinguió el relieve de un ojo de cerradura.

—Te equivocas —una nota desconocida en su voz—. No tiene telequinesis, pero sabe lo que es que te marginen por ser diferente. No ha revivido a un ser querido de un cementerio indio, pero sí ha sentido el dolor de una pérdida. Dices que los libros son vidas, y bingo, esa es la mejor definición. Un autor puede describir un mundo distópico, una escuela de magia o la creación de un monstruo en una noche de tormenta, y todo ello ser real, tan real como los sentimientos que tuvo al plasmar sus historias o los que el lector siente al hacerlas suyas. Y tú, Casey, no estás preparada para ser una buena autora, aún no.

—¿Y me has hecho venir para decirme eso: que jamás escribiré nada decente porque… no he vivido nada? —una poderosa impresión de desmoronamiento se cebó en ella—. ¡Claro que no he vivido, solo tengo diecisiete años!

Dennis mantuvo su postura de hielo.

—Qué importa eso. Podrías tener nueve y contener un mundo en ti misma.

—¡Sí, ya…!

—Si no sientes lo que vas a transmitir, no solo engañarás al lector con un libro hueco, sino que fracasarás como escritora —sentenció.

Casey esbozó un mohín de disgusto y no contestó. Tenía la garganta seca y pensó que cualquier cosa que dijera sonaría a graznido. Su profesor se levantó de su asiento y se apoyó en la mesa. De pie era incluso más intimidante.

—Las historias están vivas, por eso *Fahreinheit* te cambió, o más bien te eligió. ¿Quieres que la tuya también lo esté? ¡Siéntela!

Como ella mantenía su mutismo, Dennis golpeó la mesa. El sonido fue como un disparo.

—¡VAMOS, CASEY! ¿Qué hay en ti? ¿Rabia, pena, cansancio, miedo? ¡Utilízalo todo! ¡Expresa tus emociones en cada palabra, desnúdate para descubrir tus cicatrices ante la página en blanco! —volvió a golpear la mesa al tiempo que repetía—. ¿QUÉ HAY EN TI?

Se le cortó el aliento un instante. Bajó la cabeza y como en trance, murmuró:

—Mi madre no deja de decirme que es por mi padre… —se interrumpió y se mordió el pulgar—, pero yo sé que no.

Cuando alzó la mirada, descubrió que su profesor no parecía precisamente preocupado.

Parecía satisfecho.

—Perséfone, el motivo de tu presencia ante este tribunal es bien conocido en el inframundo, y sin embargo su misterio se yergue ante ti como el más alto de los muros.

La voz de Minos es amenazadora. Truena en la sala hasta sacudir mi respiración. Si he entendido bien, todos aquí me conocen, y soy la única que no sabe la razón. Eso no ayuda a calmar mi angustia. Al contrario. Azuza mi curiosidad.

Éaco, sentado a su izquierda, toma la palabra:

—Se nos prohíbe darte una explicación —su tono denota cierta juventud—, puesto que si descubrieras tu historia por labios ajenos, los dioses te castigarían con el olvido eterno.

—Aún así —Radamante me señala—, podemos desvelar la razón del influjo que ejerce sobre ti este lugar y sus moradores.

—Os lo ruego —es Hades quien habla por mí y su súplica suena como una orden.

De repente, me siento muy pequeña, minúscula en el centro de esta rosa de los vientos. Es extraño desear algo con todas tus fuerzas y tenerle miedo al mismo tiempo. Quizá por eso lo deseo tanto, porque representa un precipicio que anhelo desesperadamente saltar. Estoy convencida de que los Jueces perciben el brillo de resolución en mis ojos cuando respondo:

—Nada me gustaría más que arrojar luz a mis propios enigmas.

Minos asiente con lentitud.

—Perséfone, hija de la creación, tú ya pertenecías al Averno, eras emisaria de la compasión, alianza entre mundos.

—Tu amor por Hades inspiró versos que se inscribieron en la memoria de los vivos y de los muertos —las palabras de Éaco me golpean con la fuerza de un tornado.

¿Amaba a Hades? Me giro hacia él. Sus ojos humedecidos me traspasan.

Eso significa…

—Pero el Destino es incierto —prosigue Éaco—, y una sombra blanca de palabras traicioneras te engañó para cruzar el Leteo.

—El río del olvido… —murmura Hades para sí con una tristeza que me desgarra.

—Tu memoria se astilló hasta desvanecerse —asevera Radamante—, y ahora has regresado. ¿Sigues siendo el núcleo que conecta a los siervos de la noche con la vida? ¿O no queda nada de tu antigua luz?

—No podemos contestar a esas preguntas con seguridad —terció Éaco—. Por ende, tampoco queremos arriesgarnos: te someteremos a tres pruebas.

—Una por cada juez —añadió Radamante—. Solo así probaremos tu valía y si la fortaleza de tu espíritu sigue siendo la misma que te arrebató el Leteo.

Inspiro profundamente. A esto se refería Tiresias.

La determinación hormiguea hasta alcanzar las puntas de mis dedos, pero necesitaré algo más que eso para digerir lo que acabo de escuchar. Yo ya era parte del submundo… Yo ya amaba a Hades… Y lo perdí todo, lo olvidé, y de paso, también olvidé mi propia esencia.

Curiosamente, siento un alivio inmenso. Al fin puedo entender qué me ocurría, la razón de mi amor por las sombras y el otro lado de la orilla… Aun así, estoy temblando. El pánico estalla en mi pecho cuando Hades suelta mi mano y da un paso hacia los tres tronos.

—Me opongo.

34

Escribir no es una profesión, ni siquiera una vocación:
es la única manera de estar en el mundo.
ANA MARÍA MATUTE

Casey notó cómo aumentaba la presión en el ambiente. Le pareció estar hundiéndose en el océano hacia unas profundidades insondables.

—Mi padre nos abandonó hace ya unos años —dijo deseando que su voz hubiese sonado con mayor firmeza—. Era abogado. Es decir, aún lo es, en alguna parte de California. Se trasladó a la otra punta del país por su trabajo y aunque al principio volvía a casa una vez al mes… dejó de hacerlo. Navidades y mi cumpleaños. A eso se redujeron sus visitas —hizo un inciso para impedir que irrumpiera el llanto. Esperó que Reed no lo hubiese advertido—. Una noche me desperté y fui al salón de puntillas. Recuerdo que tenía puesto un pijama de El Principito. Me acuerdo de eso, pero no de cómo fueron los días posteriores. Solo sé que mi madre lloraba con el móvil pegado a la oreja. Repetía una y otra vez: «no nos puedes hacer esto, Orwell, ¿qué le digo a tu hija, que su padre se ha liado con su secretaria del bufete y pretende que firmemos el divorcio?».

Dennis volvió a sentarse tras su escritorio y apoyó la barbilla en la mano izquierda.

—¿Lo echas de menos?

—Supongo.

—¿Sí o no?

Casey alzó la mirada y se topó con aquellos ojos escrutadores.

—No. No lo echo de menos. Solo tenía once años y… es verdad, al principio las pesadillas y la angustia fueron constantes. Pero pasaron.

—Ninguno de nosotros sabe cuánto puede soportar la mente hasta que la ponemos a prueba.

—Claro —se sintió repentinamente vacía.

—¿Y esa es la razón de tu bloqueo?

—Qué va. A eso me refiero. Mi madre no deja de insistir en que vaya al psicólogo, dice que tengo que olvidarme de mi padre y pasar página. Pero no lo entiende. Soy yo. Es como estar encerrada en el cuerpo de una muñeca de cuerda…

—… Cuyo mecanismo no funciona, ¿es eso?

Casey se retorció las mangas de la blusa.

—Estoy rota. Rota, ¿vale? Y no sé por qué.

Dios, ¿acabo de confesarle todo esto a Dennis Reed? ¿Me he vuelto loca definitivamente? No, loca no… al menos no del todo… Eres como ese personaje de Poe, ese infeliz al que emparedaban: ves cómo todo el mundo añade un ladrillo más a los que tú misma sumas y las salidas se tapian, la oscuridad lo invade todo y… nadie te ha ensañado cómo sobrevivir al miedo, al terror que viene de ti misma. No soy solo una muñeca, soy mi propio enemigo. Me voy drenando poco a poco, ¿verdad? ¿Y cómo se supone que te enfrentas a ti misma? ¿Por dónde empiezo?

Las palabras que señaló en el ejemplar de *Fahrenheit 451* de Nichole surgieron en su mente silueteadas en luces de neón. Amor. Buscando. Verdad. Muerte.

Ojalá Robbie estuviera aquí, Casey se sorprendió al pensar en él y buscó de nuevo el pisapapeles de la leona para anclar su mirada a algo.

—Al escribir uno siempre está solo, como un náufrago en medio del mar —Reed se pasó una mano por la cabeza en un movimiento reflexivo—. No lo digo yo, lo dijo García Márquez. Vivía en una pobreza tan absoluta que tuvo que vender la máquina de escribir que utilizó para crear *Cien años de soledad* y así poderlo enviar a un concurso. Y triunfó. Como muchos otros que se atrevieron a dejar de huir.

—Yo no…

—Sí. Lo haces. Huyes todo el tiempo. De otra forma, ya hubieras comenzado a plasmar lo que arde en ti en lugar de buscar mentira tras mentira para posponerlo.

Casey tuvo la impresión de que todas las sombras de aquel despacho se acumularon en el ceño fruncido de su profesor.

—¿Quieres decir que use mi tristeza, o lo que sea que siento, para escribir? ¡Al lector no le importará nada de eso, nada de… mí!

—Y un cuerno. No es tu vida lo que debes describir. Para eso están las biografías. ¿Quieres crear algo que vibre, que esté vivo? Entonces, vuélcate. ¡Vuélcate, maldita sea! Además, ¿a quién le importan los

lectores?

—¿¿Cómo??

—¡Hades, dios de los muertos, tu potestad no sirve de nada aquí! —Minos golpea el reposabrazos de su trono. Tras un instante, su tono varía—. Tu desacuerdo es entendible, pero totalmente innecesario.

—¡¡ES ELLA!! —el grito de Hades restalla como un rugido.

Los Tres Jueces no se mueven ni un ápice. Hades, en cambio, aprieta los dientes, ancla la fiereza en sus ojos.

—Dejen que se quede —implora de pronto—. Dejen que comience de cero, que vuelva a enamorarse de lo que perdió, que encuentre una nueva memoria. Mi divinidad no es más que un castigo: no lo exijo como un dios, lo suplico como un hombre que sabe lo que es vagar por los confines de la oscuridad.

Minos niega con la cabeza.

—Imposible, aunque admirable.

—Que tu amor sea su guía —ataja Éaco.

—Porque su viaje comenzará conforme a nuestros designios —añade Radamante.

Entonces, la veo.

Revoloteando hacia nosotros.

Una mariposa negra.

—Piénsalo. No todo el mundo va a amar lo que escribas. Algunos sí, por supuesto. Otros se reirán, te envidiarán, te copiarán, escribirán reseñas increíbles o desastrosas… Eso debe importarte un bledo, ¿me sigues, Casey? Porque si existe alguien para quien escribas por encima de todos, eres tú.

—¿Y si no tengo nada sobre lo que escribir? ¿Y si estoy hueca? ¿Qué se supone que debo hacer, eh?

—Nada. Forma parte del proceso. Una de las fases. De ti depende que sea para siempre.

—Un río te quitó lo que una vez fuiste, un río te lo ha de devolver —dictamina Minos y a su veredicto, la rosa de los vientos vibra bajo nuestros pies.

Hades me abraza para protegerme. No intuye que jamás me había sentido tan viva.

Un repentino viento se adentra en la Sala. Durante unos segundos se hace corpóreo. El rostro de un anciano parpadea hasta desaparecer, pero he podido verlo lo suficiente como para distinguir que era él quien soplaba.

—¡Bóreas…! —exclamo, maravillada. Mi madre me habló de los vientos que componen los puntos cardinales. Gracias a ellos la naturaleza sigue su camino, las

flores perduran, los árboles se agitan. Bóreas, me enseñó ella, es el viento del Norte.

De su aliento surgen cientos de mariposas negras que vuelan a nuestro alrededor de forma enloquecedora.

—Escucha bien, Perséfone —prosigue Minos—, pues tu primera prueba te llevará al vientre de la muerte.

35

No seas un escritor. Escribe.
WILLIAM FAULKNER

Has llegado hasta aquí —Dennis extendió las manos—, ¿de verdad quieres abandonar?

—Pues…

—No. No lo harás. Escribirás. ¿Te costará? Dalo por hecho. ¿Te enfadarás? Con total seguridad. Y también querrás borrarlo, o peor aún, imprimirlo para romperlo tú misma.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

Percibo el cambio cálido de otro viento al envestirnos. Es el viento del Este, Euro… Sus labios se curvan en una extraña sonrisa antes de desvanecerse. Con su aliento, las mariposas se tornan rojas. Pétalos vivos. Algunos se posan en mi cabello, otros se despliegan en la capa de Hades. Multiplican su número, intensifican su color… hasta que toda la sala se halla revestida de sangre.

—Tiene el sentido que quieras darle. Te odiarás en tus fracasos, pero la sensación de euforia que te invadirá en tus triunfos lo compensará todo. Tú misma lo has dicho, ¿te refresco la memoria? «Ninguno de nosotros desea ser olvidado ni morir para siempre», y tú, Casey Moore, has nacido para vivir a través de tus escritos. Cuando releas un fragmento de lo que hayas creado el día anterior y sonrías pensando que el mundo ahí fuera es maravilloso, te acordarás de esta conversación, créeme.

Se levantó de nuevo y con paso lento, se aproximó hasta ella.

—Te aviso de que la mayoría del tiempo te sentirás exhausta, exprimida, querrás abandonar y… sorpresa, no podrás. Porque tu novela te llamará —sus pupilas titilaban—. Mirarás a tu ordenador con desprecio, pero notarás el calor cosquilleando en la punta de tus dedos. Cuando

menos lo esperes, estarás ideando nuevas escenas, añadiendo giros, hablando con tus personajes, dotándoles de un final a su medida… —bajó el tono de su voz, como si le confesara un secreto—. Justo en ese momento, entenderás que eres escritora.

Minos extiende su mano y el sello dorado refulge en sintonía con su mandato:

—Irás a las aguas del Cocito, el río de la lamentación. Si acepta tu ofrenda, te dejará pasar al Tártaro…

Los brazos de Hades se tensan sobre mi cuerpo en una clara señal de su ira. ¿O es terror lo que leo en su mirada?

—… y lo cruzarás hasta alcanzar los hilos prohibidos de la vida y el tiempo.

Noto, el viento del Sur, abre sus fauces y su grito de mil tormentas se transforma en un trueno colosal que estremece la Sala. Varias mariposas rojas aletean, asustadas.

—Sabéis quién mora allí —afirma el señor de los muertos entre dientes—, no permitiré que vaya sola.

Minos se reclina un ápice en su trono.

—Alberga más poder en su interior de lo que imaginas. Haces mal en subestimarla.

—¡Cada vez que me toca, que me mira o pronuncia mi nombre siento ese poder, tan intenso como uno de los rayos de Zeus! ¡Es de *ella* de quien hablamos! ¡Pero nadie es capaz de cruzar el Tártaro y sobrevivir!

—Tendrá que hacerlo, y regresar, si desea permanecer en tu reino —cierra el puño derecho y lo lleva hasta su pecho mientras dos truenos más retumban como tambores de guerra—. Esa, Perséfone, es mi prueba.

—Pero es indiscutible que no estás preparada todavía —Casey se atrevió a respirar cuando su profesor volvió a apoyarse en la mesa—. Hemos hablado de vivir, de experimentar y seamos sinceros, Casey, a ti te falta mucho.

—Seguro que Oscar Wilde no tenía su alma presa en un cuadro. O que Bram Stoker no conoció a un vampiro en toda su vida. Quiero decir que puedo hacerlo, es solo cuestión de fantasía —sonó más patética que desafiante.

—No has entendido nada —Dennis se cruzó de brazos, un movimiento que Casey comenzaba a asociar con su límite de paciencia—. La imaginación es una cosa, haber experimentado el asombro, el dolor, el éxtasis, el terror, es otra muy distinta. Solo tú puedes hacerlo, es intransferible. Ni un millón de palabras son comparables a vivirlo.

La joven permaneció en silencio.

—Bien, está decidido —Reed no cambió su expresión neutra—. Olvídate

de escribir, por ahora. Mi proyecto para ti va a ser otro. Tranquila, sigue contando para nota. Este sábado irás al Zoo.

—¿Qué? ¿Me tomas por una cría?

—No me has dejado terminar. Irás al Zoo y pasarás la noche. Sola.

—Estás de broma.

—Tengo buenos contactos allí —señaló el pisapapeles de la leona—, y ya hacen este tipo de actividades, solo que con grupos más numerosos. Me encargaré de que tu caso sea especial y únicamente deberás sobrevivir una noche al raso. Esa será tu primera tarea. No apuntarás nada, no describirás nada. ¿Está claro? Solo vivirás y sentirás. ¿Te parece fácil? Ya me lo contarás la semana que viene.

Ni siquiera Bram Stoker hubiera podido describir la sonrisa de Dennis Reed en aquel instante.

Burbujas irisadas son impulsadas por Céfiro. Flotan entre remolinos y se asemejan a esferas del más puro cristal.

Éaco toma la palabra.

—Mi prueba es sencilla, Perséfone, y compleja a la vez. Acudirás a Flegetante, el río cuyas aguas flamean como un millón de antorchas. Si se inclina ante ti, te permitirá acceder a un sueño inacabado donde solo tú tendrás las respuestas.

Un nuevo viento sacude nuestros cuerpos. Viene preñado de un aroma a miel, y cada envestida se encrespa con una melodía hermosa, conocida…

Éaco abre las manos y las junta formando un cuenco.

—Una duda fugaz, un arrepentimiento efímero, un paso atrás —entrelaza los dedos—, y la balanza de tu Destino se romperá. Si te vences a ti misma, la prueba dará a su fin.

—No me hace gracia.

—¿He hecho un chiste? —Dennis enarcó una ceja.

—Ja, dudo que mi madre me deje.

Casey ya sabía que a su madre no le importaría. Quizá, incluso, le apremiara a hacerlo.

—Ya eres mayorcita, y solo será una visita al Zoo, ¿no te parece? Yo mismo la llamaré si así te…

—¡No! —trató de serenar el tono—. Iré, ¿de acuerdo?

—Gran decisión. Recuerda: este sábado, a las diez, en el Zoo, mis colegas de allí me avisarán en cuanto llegues. El lunes te quiero en mi despacho a mediodía.

Abrió la puerta en un gesto para invitarla a salir. Casey ajustó su mochila a los hombros, pero antes de regresar al pasillo, le sostuvo la

mirada una última vez.

—Si te dijera que eres el profe más raro que he tenido, ¿me bajarías la nota?

—En realidad, no podrías hacerme mejor cumplido.

Radamante es el único Juez que no ha dictado su sentencia. Me fijo en él y contengo el aliento.

—Si realizas con éxito lo que te han encomendado, regresa a mí. Todavía existe un río que tendrás que cruzar a su debido tiempo.

—Mañana comenzará tu odisea, Perséfone —Minos alza su mano y cada uno de los vientos desaparece—. Que tu viaje sea la llave de tus revelaciones.

Una última mariposa, que no ha perdido su color negro, se posa en su palma. Minos la aplasta hasta convertirla en cenizas.

36

Cuando leemos, creamos nuestras propias
imágenes y asociaciones. El libro vive dentro
de nosotros, se reinventa en nosotros
a medida que lo vamos leyendo.
JOSTEIN GAARDER

Veo que hoy no estás muy receptiva.

Aunque la doctora Walker no levantó la voz, Casey advirtió un leve tono de curiosidad.

—Si estoy aquí es porque mi madre insiste en que venga —Casey se encogió en su asiento—. Así que esto es como un secuestro y yo la rehén.

—Vaya —rie—, ningún paciente me había dicho eso antes.

—Le habrán dicho cosas peores.

Marianne Walker juntó las cejas y tecleó en su ordenador. Hacía varios meses que no anotaba nada, lo que a ojos de Casey suponía un paso más a que la buena doctora de dijera que ya no necesitaba regresar. Pero aquella tarde le importaba muy poco. Sus niveles de optimismo y paciencia se hallaban en un punto crítico y había optado por ceder ante la presión. Los murmullos de sus compañeros ya eran insoportables, las continuas huidas de Vera por los pasillos resultaban dolorosamente cómicas, esquivar a Conor le hacía sentir una cobarde y además había discutido con su madre antes de ir al instituto. «Si tu profesor lo considera beneficioso para ti, pasa la noche en el Zoo, y sin rechistar; yo misma escribiré mi consentimiento si hace falta». El Zoo no era un problema. ¿O sí? ¿Por qué ella debía acatar aquella tarea y los demás alumnos no?

Por si fuera poco, la doctora Walker había decidido que esa sesión sería idónea para volver a hacer test y juegos inocentes que a posteriori desvelarían cómo se sentía.

¿Cómo me siento? ¡Qué más le dará a nadie!

De algún modo, estaba muerta de miedo. Era retorcidamente demencial. No sabía por qué, por más que buscase en su interior, no encontraba el origen de aquella sensación y sin embargo nunca desaparecía.

—Mira, solo te pido que te dibujes a ti misma, no es nada del otro mundo… Si quieres, antes de empezar, sería bueno que realizaras ese ejercicio del que te hablé para calmar tu mente y sentirte segura, ¿qué te parece?

Casey resopló. El ejercicio en sí se trataba de hacer una breve oración. No tenía por qué ser religiosa, sino unas palabras de ánimo dedicadas a alguien a quien amara, al universo o a cualquier elemento que inspirase confianza.

Nunca se lo había confesado a Walker, pero antes solía hablarles a las fotos de los autores que poblaban su corcho. Rozaba sus rostros con la yema de los dedos y les pedía fuerza, ayuda, o que le enviasen a sus musas. Sobre todo les agradecía cada palabra que escribía, cada libro que leía. Pero después del verano, cuando la suerte pareció volverse en su contra, arrancó todas y cada una de esas fotografías y dejó de compartirles sus inquietudes. Prefería, en una absurda y aun así, poderosa creencia, no elevar sus ruegos a nada que pudiera pudrir sus ilusiones. Si de verdad existía una fuerza cósmica o sobrenatural, no quería darle más pistas sobre cómo mover los hilos para seguir arruinando su vida.

Cogió el folio en blanco que Walker le ofrecía y comenzó a dibujar. Mientras tanto, la doctora la observaba de soslayo y seguía tecleando en su ordenador. Al cabo de unos minutos, Casey dejó los rotuladores sobre la mesa.

—Ya está.

—¿Lo vemos y comentamos juntas?

—Como quiera, soy su rehén, ¿recuerda?

Walker no respondió. En lugar de ello se concentró en el autorretrato de Casey. Se había dibujado en un prado lleno de flores, cada una coronada por una mariposa negra. Al fondo, se distinguía una casita sencilla, sin puertas ni ventanas. Casi parecía un cubo de adobe. Ella estaba sentada en el centro, justo al lado de una serpiente enorme y muy oscura. La chica miraba al horizonte… No, al horizonte, no. A un bosque de árboles desnudos, llenos de sinuosas sombras. La Casey de la imagen lucía un vestido blanco y en sus manos reposaba…

—¿Esto es una estrella?

—Es un lirio.

—Amarillo…

—Sí.

—¿Por qué ese color y no otro, cielo? ¿Por qué esa flor?

Cuando Casey fue a rascarse la mejilla, la notó mojada, pero no recordaba haber llorado.

—No lo sé.

El miedo, otra vez ahí, enroscándose en sus latidos, reptando por su columna.

Quizás el miedo procediera de los pensamientos que asediaban su mente. Dios, eran peores que los extraños elementos de aquellos últimos días. Mucho, mucho peores que las mariposas negras, los truenos o las esferas de cristal. Esos pensamientos lo salpicaban todo. Eran como telas de araña estratégicamente tejidas para paralizarla cuando menos lo esperaba. Telas para atrapar a su miedo y dejarlo expuesto.

—Mmm —la doctora arrugó la nariz para subir sus gafas—, la casita que has dibujado no tiene entrada ni salida, ni siquiera una ventana… ¿La has creado de esta forma por alguna razón, Casey?

En ese momento la araña que confeccionaba una nueva tela se afanaba en mostrar más pensamientos, más palabras, más ideas con las que jugar.

—Me ha venido así a la cabeza, no es más que una casa.

—Ya… —el sonido del teclado, un carraspeo—. ¿Qué me dices del bosque? Es bonito, pero esas sombras, ¿las has soñado? ¿Han vuelto tus pesadillas?

«Desaparecer». Eso ponía en la nueva tela de araña. Su estómago amagó con vomitar la hamburguesa que había comido en la cafetería del instituto. Desaparecer. Hacia la nada, como una estrella muerta desde hacía siglos, pero cuya luz seguía manando hasta extinguirse. Y los recuerdos, los amigos, la fe, los sueños. Todo se precipita, parpadea un segundo y… desaparece. A pesar de la calefacción, sintió los pies helados.

—No tengo pesadillas. Es solo… un dibujo, ¿vale?

—Por supuesto, cielo —Walker sonrió—. Me gustan esas mariposas, están muy logradas… con ese color casi parecen polillas… ¿Son polillas, Casey?

La tela se resquebrajaba, la araña pesaba demasiado y Casey percibió el cosquilleo de la nueva palabra. Estaba ahí, tan cerca que se transformó en una comezón en su pugna por liberarse.

—No lo sé.

El frío se extendió hasta su pecho.

—Y esta serpiente —Walker la señaló con su uña de manicura perfecta —. ¿No será una de tus fantasías, cariño? Me da la impresión de que…

—¡No lo sé!

Se levantó antes de que las telas de araña, las palabras, el miedo y las preguntas de la doctora Walker la desbordaran. No registró en su memoria la carrera hasta la puerta o por las escaleras que la condujeron a la salida del edificio. Solo recordaba haber cogido su mochila y acto seguido estar respirando grandes bocanadas de aire fresco en el exterior.

—Oye, ¿estás bien?

Dio un respingo al ver a Conor con la espalda apoyada en la fachada. Casey no contestó. Lo cual ya era una respuesta. Él parpadeó varias veces, muy serio, con las manos ocultas en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿Quieres… hablar?

—Quiero que te vayas. A la mierda, a poder ser.

Conor torció una sonrisa y para sorpresa de Casey, no parecía irónica.

—Ya he estado allí, he dado un rodeo para venir.

—¿Me has seguido?

Esta vez fue Conor quien se mantuvo en silencio.

—Ahora eres un acosador. Genial —comenzó a caminar, airada.

—¡Eh!, no te he seguido, te he visto entrar ahí y me he apostado en la puerta. Son cosas muy diferentes.

Ella le taladró con la mirada.

—Que te den. A ti y a tu grupo de amigos también.

—Ah, ya veo, hoy tienes uno de esos días en los que todo es un asco, ¿no? Y la tomas conmigo.

—Creía que eras tú quien quería verme flotando en el Delaware.

Conor se adelantó hasta plantarse frente a ella e impedirle el paso.

—No tendrías que haberlo escuchado… Eso fue una gilipollez, acepto los cargos y tu mala leche.

—Pues yo acepto que te largues y me dejes en paz.

Se alegró de perderle de vista y correr, tal vez huir, ni siquiera lo sabía. Al cabo de unos instantes vio su antiguo lugar de trabajo, el Silk City Diner. Desde fuera comprobó que estaba a rebosar de clientela. Incluso distinguió a Ivy llevar varias jarras y platos en su bandeja. Se moría de sed, pero no entraría en el Silk. Jamás. No hasta que se recuperase de la dignidad perdida. Dos establecimientos más abajo, estaba el Tork, una cafetería tranquila a la que Casey siempre había querido entrar para probar una de

sus famosas tartas. Jerry, su exjefe, solía decir que el Tork suponía su mayor competencia y el sentido de la lealtad de Casey se había impuesto.

Hasta ahora.

Escogió la mesa más cercana a uno de aquellos árboles artificiales color ámbar y se desplomó con un suspiro de cansancio. Cogió el libro de Perséfone y acarició su cubierta antes de buscar la página donde lo había dejado.

Ojalá Hades se me llevara, y así poder estar lejos de…

37

La imaginación imagina de noche
aquello que no haya de día.
RAMÓN LLULL

El mundo se convulsiona cuando abro los ojos. Por un momento siento que el aire que respiro a bocanadas no es suficiente y temo ahogarme.

Lo primero que distingo es el aroma familiar a miel y canela. Después, el reloj de sol que no marca las horas. Intento serenar los latidos de mi corazón. La angustia de lo soñado persiste y no hay forma de deshacerse de ella. Una punzada de dolor me aguijonea las costillas y llevo mis manos hasta ahí en un gesto infantil.

De pronto, los pebeteros oscilan trémulamente. El humo se deshace en volutas fantasmales y mi cabello flota como una semilla de diente de león. Está aquí. En su forma incorpórea. Ha elegido venir como viento.

Tranquila, la pesadilla cesó…

Aparta con etérea suavidad un mechón de mi rostro.

¿Tienes miedo?

—No —y es verdad—, porque estoy contigo, porque sé lo que debo hacer, pero… Pero es que…

Al tornarse visible, lo veo sentado junto a mí. Se ha quitado la capa y la coraza, y en su lugar porta una ligera túnica negra que deja parte de su cuerpo al descubierto.

—Ha sido muy real —prosigo sin que él me lo pregunte.

Desliza su mano por mi cuello para encaminarse más allá de mi clavícula y un escalofrío recorre mi piel.

—Cuéntamela. Cuéntame tu pesadilla.

—No recuerdo todo… Eran imágenes extrañas. Había una serpiente infinita, negra… Nadaba por un río del color del olvido…

Hades me contempla en silencio. Los ojos brillantes, los labios entreabiertos.

—En su lomo reposaba un lirio amarillo. Y después… solo quedó el dolor.

Una nueva punzada sacude mi costado. Lo presiono con ambas manos y es entonces cuando noto una especie de humedad. Alzo las palmas y descubro con horror que están cubiertas de sangre.

Me inclino para comprobar si existe alguna herida. Nada.

—¿Cómo es posible?

—Aquí los sueños son más poderosos que allá arriba. Los produce Hipnos, hermano de Thánatos. No solo parecen reales, poseen la fuerza para traspasar su reino y colarse en este.

Le devuelvo una mirada aterrada.

–*Shhhh* —se coloca sobre mí, de tal modo que quedo alojada entre sus brazos —. La noche está viva, te hace vivir más, sufrir más, extrañar más, desear más…

—Tú eres la noche —sonrío sin poder desviar la vista de esos ojos que contienen el último rayo del crepúsculo y que también me contienen a mí.

De pronto anhelo tocarle. Necesito sentirle, abrir las compuertas y curarnos por fin del miedo y el vacío. Levanto mis dedos ensangrentados muy despacio, temblando, de deseo o de incertidumbre, ni siquiera lo sé. Y con cuidado, suavemente, como si temiera que fuera a desaparecer, los poso sobre su vientre.

Mi aliento se detiene, mi pulso se dispara de nuevo. Pero no quiero parar. Mi piel arde en cada milímetro de la suya.

Hades no se aparta, no se mueve ni un ápice. Le tengo preso, hambriento de la misma avidez que tensa mis senos y se enrosca con furia en mi abdomen. Me cubre con su mirada voraz, rebosante de amor y de feroz autocontrol. Con cada caricia, me deja trazar senderos de sangre desde su pecho, hasta su cuello, su mejilla, su nariz, alcanzando sus sienes, recorriendo sus párpados… Exploro su piel y compongo un mapa perfecto en un lenguaje que solo ambos comprendemos.

—Te siento, florecilla valiente —su risa me convierte en música de mil océanos, poema de lluvia, en la única flor engendrada en tierra de dioses y hombres—. Te siento en mí —repite con un ronroneo gutural que logra arquear mi espalda en respuesta—, pero ten piedad. Porque no puedo existir cuando no me tocas.

—Te haré un dios inmortal, entonces… —todo en mi arde, todo en mi es fuego.

Mis dedos, viajeros por senderos de granito, se detienen en su labio inferior y el tiempo se cristaliza. Desearía quedarme por siempre en este instante.

De repente, me estremezco al sentir el ligerísimo contacto de su lengua. Hades saborea la sangre de la yema de mis dedos, la sangre de mi sueño, la sangre de otro mundo. Sus labios se cierran en una sonrisa y entonces comprendo la verdad. Y es que no todos los besos son iguales. A veces, contienen una eternidad que pulsa el alma.

Porque a ti, noche, te debo lo que soy, lo que siento.

Porque a ti, dios de la muerte, me entrego para luchar mañana.

Porque a ti…

—… es difícil seguirte, ¿sabes?

Casey cerró el libro de un manotazo. No se había dado cuenta de que Conor se había sentado frente a ella ni de que en la mesa había dos tazas de chocolate y un trocito de tarta de limón.

—He pedido por ti —Conor levantó el hombro derecho—. Tenían tarta de fresas, pero con tu carácter, te pega más la de limón.

Ella tuvo la impresión de que Conor estaba conteniendo una sonrisa, lo cual, en cierto modo, la enfureció aún más. Apartó la taza de chocolate y respondió en voz baja, pero firme:

—Oye, ¿qué parte de «déjame en paz» no entiendes?

—Es que lo de «déjame» suena a melodrama, o… —Conor presionó sus sienes haciendo la mímica de pensar en exceso—, o a «estoy mejor sola». Y no quiero dejarte sola. Hoy no, por lo menos.

Casey susurró algo muy bajito. Tal vez dijera «Lo que faltaba».

—Y si no quieres el trozo de tarta, me lo dices y asunto arreglado. Y eso que iba a invitarte…

—No te cortes —señaló el plato con ironía—, todo tuyo.

Sin mediar palabra, Conor bajó la cabeza y estampó su cara contra la tarta. Varios murmullos se extendieron en la cafetería cuando se irguió lleno de crema y merengue.

Relamió el sirope de limón y le dedicó una amplia sonrisa de payaso.

—Pues está de vicio.

Casey prorrumpió en carcajadas. No pudo evitarlo, y por primera vez en semanas, la angustia que se enroscaba en su pecho remitió y las arañas tejedoras de palabras terribles se escondieron con el sonido de la risa.

—¿Es un empate, entonces, sargento Moore? —Conor también se reía.

—Ni siquiera sé por qué comenzó nuestra guerra, la verdad.

Él respiro hondo y dejó que la risa muriera en sus labios. Parecía que no lograba aclarar lo que fuera que estuviera pensando.

—Las guerras estallan y ya está, los motivos se olvidan o nos obligamos a olvidarlos.

—Modo teatro activado…

—Sí, ¿no te has dado cuenta de que soy el payaso llorón de la ópera aquella… cómo se llamaba… Pagliacci? —rebañó merengue de su frente con el dedo y se lo llevó a la boca.

Ambos rieron de nuevo.

—Creo que estás intentando arreglarlo todo conmigo para que te haga el trabajo de Shakespeare… Y va a ser que no —Casey no perdió su sonrisa, pero por su voz se adivinaba que lo decía en serio.

—Bueno, es una posibilidad —Conor se recostó en su asiento hasta que su espalda rozó uno de los árboles amarillos—. La otra es que nos llevemos bien, así de fácil.

—Lo fácil me hace sospechar —Casey desvió la vista, tomó la taza de chocolate y tras darle un sorbo, la sostuvo ante la cara, como a modo de protección—. Casi nada lo es.

—Ya, bueno… igual te demuestro que te equivocas, reina del chocolate.

—Me has ascendido de rango —bromeó ella.

Así que tú eres la futura reina de los muertos, ¿eh? Para eso hay que tener agallas, querida.

—No te vengas arriba —Conor acentuó el brillo cómplice de su mirada —, en realidad creo que todos somos reyes de algo… aunque solo sea de aquello que nos gusta —tragó saliva —. O de nuestros recuerdos.

38

Habito un mundo de fantasmas,
prisionero de fantasías sin sueños.
INGMAR BERGMAN

Ha llegado el momento.

Ante mí fluye el Cocito, el río de las lamentaciones. Sus aguas negras parecen aguardarme con su espeluznante quietud. De ellas mana un aroma a tristeza que impregna cada centímetro de mi piel. Formo un cuenco con la mano derecha y me llevo un sorbo a la boca. Posee el sabor de las lágrimas. «Si acepta tu ofrenda, te dejará pasar al Tártaro». ¿Qué quiso decir Minos con eso? ¿Debería haber traído una ofrenda al río?

Introduzco un pie. Siento una corriente fría arremolinarse en mi tobillo. Su caudal solo me alcanza hasta las pantorrillas. Avanzo varios pasos, permitiendo que el río lama parte de mi vestido.

—¿Y ahora qué? —digo muy bajito.

La negritud me devuelve un eco espectral, casi irónico.

Qué, qué, qué…

La respuesta no se hace esperar.

Cientos de sombras emergen de las aguas y me rodean como soldados negros. Están en todas partes. Viscosas, oscilantes, llenas de una oscuridad hedionda que tiembla conforme se mueven. Las sombras, cuya presencia siempre me atraía al caer el sol, mi primer vínculo con este lugar, han salido a mi encuentro. Una de ellas me agarra de la muñeca y abre su boca deforme.

Ahora sé que el tormento tiene forma de grito.

—Ah, la estudiante de Reed, Casey Moore, ¿no?

La joven asintió, tratando de que su mirada no se deslizara hacia los últimos visitantes que a aquellas horas abandonaban el Zoo.

—Encantado, me llamo Weasley, soy uno de los supervisores del Zoo. Me ocupo de que las instalaciones estén en buenas condiciones, ya sabes, coordino al personal de limpieza, seguridad, sistemas eléctricos, etcétera.

Casey le estrechó la mano. Weasley le cayó bien. Lucía un cabello ensortijado pelirrojo zanahoria que no pasaría desapercibido ni a cincuenta metros de distancia, y ese piercing con forma de delfín en su lóbulo izquierdo le confería un aspecto hippie aun a pesar de que rozaría la cuarentena.

—Dennis me avisó de su… plan, por llamarlo así. Rarito, nuestro amigo el profesor, ¿eh? El Zoo suele hace este tipo de actividad los fines de semana si no llueve, pero claro, contamos con grupos de no menos de diez personas. Algunas son bastante aprensivas, histéricas, etcétera —Casey sonrió sin poder evitarlo—, pero vienen aquí por sus hijos pequeños, a ellos les van las emociones fuertes… ¿Estás segura de querer pasar la noche tú sola? A veces a Reed se le va la olla, pero sus razones tendrá, digo yo…

Debería haber una voz que te instase a volver a casa. Ya sabes, Casey, esa clase de vocecita que te hace ir por el buen camino. ¡Y en lugar de eso, después de estar protestando un par de días, ahora te apetece probar!

—Sí, sí, estoy lista.

—Además —Weasley le hizo un gesto para que le acompañara—, estará Luke, el vigilante nocturno. No te molestará mucho, el muy vago no sale de la caseta ni aunque regalasen perritos calientes con toppings de oro… Me refiero a que si cambias de idea en cualquier momento, no hará falta que llames a la policía, ni saltes la verja, etcétera…

—Vale —se mordió el labio para no echarse a reír de aquel pequeño latiguillo—, me hago a la idea.

Pasaron por las estatuas que flanqueaban la entrada principal y Casey admiró a *La leona moribunda*. Bajo la luz del anochecer se le antojó lúgubre y majestuosa a un tiempo. Los ojos del león que la protegía parecían brillar como si albergaran vida.

Ey, cálmate, has visto esta estatua hasta en postales, ni se te ocurra dejarte llevar por la sugestión.

Se dio cuenta de que muchos de los árboles, rincones y farolas, se hallaban engalanados con guirnaldas de luces anaranjadas.

—Ah, te has fijado en los adornos… Este año nos hemos adelantado a Halloween. Estamos ya en Octubre y los visitantes quieren novedades —explicó Weasley mientras se rascaba la mejilla—. Como cada noche vamos a apagar todas las farolas y los focos para no molestar a nuestros queridos inquilinos, pero a petición del friki de Reed, las lucecitas y monigotes fantasmales seguirán activos… ¿Sigues queriendo quedarte?

—Weasley, he visto la saga de los Warren cien veces y son de mis

películas favoritas, ya verás, seguro que mañana, cuando vengas a recogerme, nos reiremos de la ocurrencia de mi profe…

—Te he avisado, chiquilla. Y habrás venido aquí mil veces, ¿no?

Casey recordó su niñez y un mordisco de nostalgia azuzó su pecho.

—En realidad… sí, cuando era pequeña mis padres me traían en verano y en Navidades… —tras un brevísimo inciso, añadió—: Me encantaban los tigres.

Weasly chasqueó los dedos como si emulase a un prestidigitador.

—Pues ha cambiado bastante, lo digo para que no te asustes, y que conste que no pretendo insistir. El looping es genial a plena luz del día, pero apuesto mi sueldo a que por la noche a uno se le tienen que aflojar las tripas…

—¿El looping?

—Así es como llamamos a la innovación que los jefes instalaron —extendió las palmas de las manos simulando un gran letrero publicitario—: No se pierdan *la maravillosa aventura del Zoo en 360º*. De ahí lo del looping. Ah, mira, ese es Luke.

Un hombre con una gorra les hizo un gesto desde la caseta de seguridad antes de encender la mini televisión y reclinarse en su silla giratoria.

—A lo que iba —Weasley se quitó una hoja seca que había caído en su hombro—, la experiencia 360º se resume básicamente en que los animales pueden campar por donde quieran a lo largo y ancho del Zoo, incluso entre los visitantes.

—¿Qué?

—A ver, déjame explicarte. ¿Ves eso?

Sobre sus cabezas, a una distancia considerable, se encontraba una pasarela tubular de rejillas metálicas. En la penumbra, únicamente transgredida por las luces de Halloween, a Casey le pareció enorme, quizá más grande de lo que sería en realidad.

—El Zoo está lleno: toboganes para los orangutanes, pasarelas para tigres y gorilas, pasillos para aves, o cebras, etcétera, con la doble intención de que los animales tengan la máxima libertad posible y de que el público los vea en cualquier parte de forma interactiva. Te puedes topar de repente con un mono-araña, o tomarte un refresco en un restaurante por el que cruza un leopardo, ¿lo captas?

—Madre mía…

—Exacto —fue Weasley quien sonrió con malicia en aquella ocasión—. Y justo debajo de la pasarela de tus amigos los tigres, está tu saco de

dormir. También tienes varios bocadillos, botellines de agua y un paquete de tiritas.

Casey aguardó su «etcétera», pero eso fue todo.

—¿Tiritas?

Comenzaba a pensar que Dennis Reed había aleccionado a Weasley para intimidarla.

—Nunca se sabe, aunque, como ya te he comentado, siempre tienes a Luke para una emergencia mayor. Bueno —comprobó su reloj—, las diez y cuarto. Ya es de noche, mi cometido se acaba y comienza el tuyo —volvió a tenderle la mano—. Nos vemos mañana, Casey.

Cuando se quedó sola, ahí de pie, bajo la gigantesca pasarela y el cielo sin estrellas, la vocecita que le animaba a adentrarse en aquel juego, se amilanó.

Este silencio… ¿es normal en un Zoo a estas horas, verdad?

Sin saber muy bien qué hacer, se sentó en el saco de dormir y se abrazó las rodillas, presa de mil nuevos miedos.

39

En la lucha contra la realidad, el hombre tiene
solo un arma: la imaginación.
THÉOPHILE GAUTIER

Las sombras elevan sus alaridos hasta devorar las tinieblas que nos rodean. Y aun así… no me hacen ningún daño. Sus garras me acarician, sus expresiones son solo una máscara, y sus cuerpos goteantes de oscuridad, no se abalanzan sobre mí. De ser esa su intención, ya lo habrían hecho. Me niego a pensar que deseen mi mal. Siguen siendo los seres que aportaban algo de luz a mi soledad. ¡Y esa luz debe surgir de alguna parte, en su interior!

Extiendo una mano y justo cuando estoy a punto de posarla en una de sus amorfas cabezas, cierro los ojos.

«Nada pertenece a la muerte, salvo el amor, quizás. La luz es poder».

Las palabras de Tiresias resuenan en mis recuerdos.

Busco todo el amor que hay en mí y lo proyecto hacia estos seres. A veces, creemos que el corazón no existe…que es solo para los fuertes, los que se atreven, los puros. Pero no es verdad. El corazón refulge con más fuerza en aquellos que están rotos, que han sufrido, que ya no tienen razones para creer o vivir.

Noto el contacto. Es helador y aun así, suave, casi inaprensible. Es entonces cuando su apariencia espectral se resquebraja. Con los párpados cerrados puedo ver. Ver de verdad.

Ante mí se halla una mujer. Me observa con ojos llorosos y rostro atravesado por el dolor. En su regazo grita un bebé, que busca desesperadamente su pecho para mamar.

A su lado, un hombre de tez aceitunada gime llevándose una mano a las costillas.

Otro se aproxima a mí prorrumpiendo en llanto.

Por los dioses. Las sombras han sido personas todo el tiempo. Almas perdidas entre dos mundos. Sus ojos brillan como si su espíritu estuviera atrapado detrás de las córneas y buscara regresar a la vida. Se acercan buscando mi bendición. Ojalá tuviera el poder de darles consuelo, de proporcionarles la paz que ansían. Acaricio sus cabezas, como una suma sacerdotisa haría con sus fieles. Quiero decirles que

sus muertes serán recordadas, que sus lágrimas no son en vano… La mujer con el bebé me abraza y siento al niño aferrar mi túnica con sus manitas.

—Gracias por tu luz, Perséfone… Gracias por un poco de esperanza…

Abro los ojos sin aliento, sobrecogida por esa voz colmada de tristeza. Pero ya no estoy en el río.

Miro a mi alrededor.

—Me ha dejado pasar…

El Cocito ha aceptado mi ofrenda.

Una sacudida metálica sobresaltó a Casey. ¿Procedía de la pasarela? ¿O de alguna jaula más allá? No hacía demasiado frío, y sin embargo un repentino helor recorrió su espalda.

—A ver, no es que deba hacerme la valiente —se dijo a sí misma—, pero tampoco soy una cobardita, y no he venido aquí solo para cobijarme bajo el saco.

Un rugido se astilló en miles de ecos. O puede que solo un eco. Quizá ninguno. El miedo era un amplificador de alta potencia. Pero había surgido de allá arriba, eso era seguro. Casey alzó la mirada. No se atisbaba ninguna sombra, ningún tigre merodeando.

—Mierda… —musitó al tiempo que se levantaba— Será una noche larga.

Había avanzado cuatro o cinco metros cuando pensó que sería buena idea llevar consigo uno de los botellines de agua. Al darse la vuelta, descubrió unas huellas mojadas que se reflejaban a la luz de las lucecillas naranjas. Comenzaban en el saco de dormir y finalizaban… en sus propios pies.

Se fijó en sus deportivas. Estaban empapadas. Como si hubiera atravesado un río poco profundo.

El Tártaro.

Por Hermes, es más espeluznante de lo que había imaginado.

Lo primero en que me fijo es en los muros que me flanquean. No están hechos con material común. Me parecen…piedras negras, pero mi instinto me dice que son otra cosa. Se levantan con la suficiente altura para evitar ser escalados, pero permiten ver buena parte del horizonte, cuyo cielo, si es que puedo llamarlo así, está impregnado de un rojo sanguinolento. No hay sol, ni luna, por supuesto, y comienzo a pensar que se trata de una bóveda impenetrable. Hades me ha explicado que muchos titanes y monstruos habitan este lugar, así que debe de ser una prisión para todos ellos.

La luz rojiza lo empapa todo, hasta mis vestimentas, que aún siguen

humedecidas por el río. Los muros se alargan un poco hasta acabar en una curva. Tal vez esto sea un laberinto, o tal vez no, pero no puedo permanecer quieta aquí. Si me dejo llevar por el pánico, jamás llegaré a cruzarlo y…

Un momento.

Encojo los dedos de mis pies. La tierra bajo ellos es árida, compacta, sin embargo… noto algo. No es un latido, esta tierra no contiene vida. Pero se mueve. Rítmicas sacudidas impactan en mi piel en un latido artificial y con cada una de ellas, el aire porta una leve vaharada de muerte. Es como oler la tristeza. El castañeteo de mis dientes me obliga a abrazarme el cuerpo.

Hay más… Algo que se retuerce, respira aún estando muerto. Esta tierra es…

—No pienses en ello, no pienses en ello, no pienses…

Desde que nací, el don que poseo me ha permitido percibir todo cuanto contiene la naturaleza, por mínimo que sea. Desde un pequeño brote hasta un animalillo que escarba en sus profundidades. Nunca llegué a imaginar que sentiría esto. Una arcada repta hasta mi garganta y tengo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

Aquí abajo, en las entrañas del Tártaro, se extiende una necrópolis entera. Noto a sus moradores, algunos están cerca, otros pugnan por salir.

Estoy a punto de echar a correr, cuando alguien tira de mi vestido.

El corazón me golpea con tal fuerza que por un instante dejo de respirar.

40

La imaginación es el ojo del alma.

JACOBUS JOUBERT

Eh, tranquila, no te haré nada.

Una niña. De melena negra y ojos castaños, me observa con expresión ceñuda. Su piel pálida en extremo, se halla surcada por restos de lágrimas que contrastan con el polvo arenoso que la envuelve. Bajo la tela a jirones de su vestido color teja, asoman sus piececitos, están llenos de heridas y arañazos. No se aparta cuando me agacho para estar a su altura.

—Qué susto me has dado —le sonrío— ¿Cómo te llamas?

Ella niega con la cabeza.

—Eso no importa, aquí todos hemos perdido nuestros nombres. Tú todavía conservas el tuyo, qué suerte.

En su mejilla izquierda tiene un lunar con forma de flor.

—Sabía que vendrías —prosigue la pequeña con voz dulce y rota, como si estuviera compuesta por delicados cristales—, te ayudaré a atravesar el mundo rojo.

—Solo eres una niña —contesto con dulzura—, no quiero ponerte en peligro, ni siquiera deberías estar aquí.

Tal vez sea producto del cielo bañado en sangre, pero juraría que las ojeras que enmarcan sus ojos se oscurecen aún más.

—No soy una niña, ¿sabes? —hace un mohín de enfado—. Solo soy lo que queda de ella.

—No te entiendo, pequeña.

—Se nota que no conoces el Tártaro… —se afianza el cordón de su cintura con un gesto de tierna impaciencia—me refiero a la chica que me dejó atrás.

—¿¿Alguien te abandonó aquí??

—Oye, no pongas esa cara, no es lo que piensas. Apartó su inocencia adrede, la parte infantil que le quedaba. Eso es lo que soy.

—Sigo pensando que este no es lugar para ti…

—Pues los Jueces no pensaron lo mismo —se rasca el tobillo con el empeine del pie contrario.

—¿Te castigaron? He oído que al Tártaro solo van los que cometen actos terribles… y yo no creo que seas muy peligrosa.

—Dijeron que quien la había abandonado era yo —se encoge de hombros— y que ahora ella vaga por el mundo de los mortales sin creer en nada, como un cascarón vacío. Y sí, me castigaron. Mi penitencia es no poder salir de este laberinto. —Da un puntapié al suelo y me tenso al sentir cómo sus moradores se agitan—. No es justo, ¡no lo es! Pero me he acostumbrado a esto, sé cada recodo como la palma de la mano —me las muestra para que la crea y no puedo hacer otra cosa que asentir—. ¡Ellos no podían prever que sería capaz de valerme por mí misma, ja! Así que soy tu guía perfecta.

—Y una luchadora.

—Eso también —se yergue con cierto orgullo y su rostro ya no me parece tan triste y adulto, de hecho se ilumina con determinación—. He aprendido a entender muchas cosas… Por ejemplo, se supone que estamos muertos, pero ¿sabes lo que creo? Que el inframundo en realidad está vivo a su manera y se alimenta del miedo… ¿Tú tienes miedo, Perséfone?

Me incorporo y respondo con seguridad:

—No.

La niña apoya sus dedos en mi brazo y murmura muy bajito:

—Pues deberías.

Casey había imaginado mil veces cómo sería pernoctar en el Zoo. De pequeña, cuando iba a los parques temáticos con sus padres y se quedaban hasta que caía la noche, nunca tuvo la sensación de que el recinto pudiese ser amenazante. Al contrario, era divertido, con la iluminación reflejándose en todas partes y el ambiente cargado de una electricidad que le hacía reír llena de adrenalina.

En el Zoo sentiría lo mismo, se decía. Claro que… no contó con que las farolas estarían apagadas, con la soledad, con que el alegre hilo musical se esfumaría y las fuentes solo compondrían un elemento decorativo muerto sin el apacible rumor del agua.

El silencio se aliaba con las tinieblas en una combinación de delirio. Además, había tenido que quitarse las deportivas mojadas y adentrarse por el Zoo en calcetines.

—Encima me he dejado el móvil dentro del saco de dormir —protestó —. Casey, das pena, en se… ¿¡Qué ha sido eso!?

Se giró en redondo.

Un chillido había estallado a su lado, justo a su izquierda. ¿O era detrás? Entrecerró los ojos. Aquella zona no estaba engalanada con los adornos de Halloween y casi no podía ver más allá de la punta de sus pies.

Un segundo alarido atravesó la oscuridad y Casey no pudo contener un grito de sorpresa. Acto seguido se encogió instintivamente.

—Relájate, venga… Es solo un mono, un… babuino o un aullador…, eso es, pequeñito, como de peluche…

Se oyó un grave rumor acuoso, seguido por una especie de maullido agudo, como el gemido de un recién nacido.

Oh, no, al gritar he despertado a los animales. ¡Los he despertado! Dios mío, ¿por qué no vine antes a comprobar qué había y dónde? ¿Estaba la jaula de los buitres por aquí o era la de los gorilas? Weasley ha dicho que todo ha cambiado de unos años a ahora…

Unos metros más allá, cerca de la enorme sombra de que lo que parecía un puesto de helados, varios árboles brillaban llenos de luces naranjas.

—Vale, voy hasta ahí y me tomo un respiro.

Comenzaba a entender el sentido de la tarea impuesta por Reed. Aquello era una especie de viaje iniciático en el que la protagonista se enfrentaría cara a cara al miedo, lo vencería, saldría renovada y…

Un ruido como de alas al batir llegó flotando desde alguna parte. Parpadeó varias veces antes de distinguir numerosas sombras revoloteando a su derecha. No parecían pájaros, sino algo más pesado…

Tenía el cuerpo agarrotado. Otro animal acechaba. Sintió la vibración de la pasarela metálica por la que se aproximaba, y hasta el calor que irradiaba. Imaginó su aliento cálido en sus piernas, sus zarpas, garras o pezuñas arañándola… y aun así, no reaccionó.

De pronto volvía a tener cuatro años. A esa edad le encantaba escuchar los cuentos de miedo que su madre interpretaba para ella. Cuentos en los que el lobo perseguía a jovencitas incautas, los trolls devoraban a los que se aventuraban solos por el bosque, o el terrible Minotauro envestía a quienes cruzaran su laberinto… Ella se estremecía con ese deleite que solo provoca el miedo infantil y se escondía bajo la manta, temblorosa, sin poder dormir el resto de la noche.

Cuando un nuevo alarido agudo rasgó la penumbra, se obligó a caminar.

Iba con una mano aferrada al colgante de la llave, la otra tendida hacia delante. Una ciega en un dédalo de monstruos invisibles.

Conforme la silueta de la fuente se tornaba más nítida, soltó una risa histérica de alivio. Sabía que estaba en un Zoo, que aquel pánico se debía a una sugestión enfermiza, pero aun así, era imposible no pensar que alguna jaula no resistiría, que las fieras se escaparían, que ese vago de Luke, el

guarda de seguridad, no oiría sus gritos de auxilio y que a la mañana siguiente encontrarían…

—¡Un esqueleto!

El puesto de helados también formaba parte de los adornos de Halloween y su vendedor, un esqueleto ataviado con uno de los uniformes del Zoo, se hallaba tumbado encima. Bajo las guirnaldas de luces, su calavera le sonreía con malevolencia.

—Por poco me da un inf…

No terminó la frase. Dio un salto para apartarse y terminó cayendo hacia atrás. Una niña cogía la mano huesuda del empleado cadavérico. Casey solo tuvo tiempo para vislumbrar sus piececitos llenos de arañazos antes de que la pequeña parpadeara hasta desvanecerse por completo.

41

Creo en hadas, mitos, dragones.
Todo existe, aunque sea en tu mente.
La realidad deja mucho para la imaginación.
JOHN LENNON

¿Y de qué están hechos estos muros?

La niña, a la que he comenzado a llamar Story, me ha tomado de la mano para guiarme. Todos tenemos una historia que contar, incluida ella. Sí, creo que Story es un buen nombre.

No para de caminar cuando contesta.

—*El mundo rojo* es así —se encoge de hombros—, un laberinto de libros.

Vuelvo a fijarme en esta especie de piedras ennegrecidas que nos rodean. Unas son gruesas, otras delgadas y quebradizas, la mayoría muestran símbolos que no entiendo.

—¿Qué es un… libro?

—Una vez me lo explicó uno de los condenados. Gimoteaba sin parar sobre ellos y le pregunté. Dijo que eran la magia de los mortales, porque un libro tiene el poder de grabar en su interior cualquier vida, historia o hecho de verdad o de mentira… para siempre. Suena bonito, ¿a que sí? Pero aquí nada es bonito, así que ese tonto se lo debió de inventar.

Una nueva vaharada con olor a carne muerta arremete contra nosotras. Como respuesta, parte de uno de los muros se desmorona. Las dos damos un brinco.

Me pregunto si la pequeña ya había visto algo así antes.

Me acerco al muro derruido. De estos objetos, de estos… libros diseminados como una marea de papiros marchitos, saltan sirenas. Oigo sus cantos engarzarse al sonido del mar. Un Pegaso planea con sus magníficas alas extendidas hasta sumergirse en un ejemplar de aspecto voluminoso. La música de flautas, liras y cítaras acompaña a un grifo. Lo veo volar con una gran llave entre sus garras segundos antes de entrar en una cornucopia repleta de besos de amantes secretos. Un par de libros más caen sobre esta cascada improvisada y el polvo levanta constelaciones y figuras de sátiros que danzan al son de un fuego crepitante…

Al parpadear, la ilusión ha desaparecido.

Story se vuelve hacia mí y se lleva un dedo a los labios.

—*Shhh*, no hables hasta que doblemos la segunda esquina… —musita con terror en los ojos—. O él nos escuchará.

Nos apresuramos en silencio. Sé que la niña no lo percibe tan nítidamente, pero con cada paso que damos, la tierra vibra y los gemidos que emite desde sus entrañas hieren mis defensas. Solo cuando Story se detiene y se dobla sobre las rodillas para recuperar el aliento, me atrevo a preguntar.

—¿De quién hablabas?

Señala el cielo, o lo que podemos ver de él desde donde nos encontramos. Bajo la cúpula de sangre, se divisa una montaña gigantesca. Calculo que se tardarían al menos diez días en alcanzar esa cima encrespada.

—¿Es que no hueles su aliento? —inquiere ella.

—¿Te refieres a este hedor?

Asiente muy rápido.

—Tifón —pronuncia el nombre con pavor—. Es el titán más antiguo que puebla el mundo rojo, por eso aún conserva su nombre. Los dioses lo encerraron aquí porque —se estremeció— es capaz de provocar la destrucción allá a donde vaya.

Vuelvo a contemplar la mole negra. Así que es su respiración lo que causa el viento hediondo y las sacudidas en el suelo…

—¿Está dormido?

—Sí, y ojalá no despierte —Story se muerde una uña—, ya es bastante perverso sin estar consciente.

Le dedico una mirada interrogante.

—Solo está hibernando, pero incluso dormido su poder crece y crece —se frota los brazos—. ¿No notas la piel de gallina? ¿O una sensación de tristeza que no te puedes quitar de encima? Es él. Se alimenta del dolor, de la desesperanza, de todas las emociones malas que existen. Si estás en el mundo rojo mucho tiempo… acabas por no distinguir qué sientes y… —su voz se apaga— Aunque no hay mucho que sentir en este sitio, la verdad.

Una oleada de compasión se apodera de mí. Desearía tanto poder ayudarla.

—Cuando salga del Tártaro encontraré a quien te abandonó, lo prometo.

Story me mira y no es alegría lo que encuentro en sus ojos.

—Antes debes salir, claro.

Puede que Tifón ya haya hecho mella en la pequeña.

Puede que si permanezco demasiado tiempo aquí, yo también acabe por perder la esperanza. La sola idea me produce un terror demencial.

—Vamos —le insto—, enséñame por dónde continuar.

Casey había dejado atrás varias calabazas de sonrisas siniestras y un par de fantasmas prendidos a los árboles, cuando se adentró por un sendero donde poco a poco, los adornos fueron escaseando.

Ahora tenía la impresión de estar avanzando por un inmenso reino de tinieblas.

Un alarido le avisó de que algo se acercaba en la oscuridad. Oyó el movimiento contundente del metal muy cerca y un repentino frío congeló su capacidad de reaccionar.

Estaba detrás.

Justo detrás.

Alargando su zarpa hacia ella.

No, no me lo creo. No puedo creerlo, aunque me lo crea.

El alarido se convirtió en rugido, y este en una respiración densa y enfurecida. Levantó la cabeza. Una figura descomunal iba y venía encerrada en un túnel enrejado. Casey sintió que el pánico la invadía y trató de reprimirlo. Al igual que la bestia que merodeaba allá arriba, su miedo estaba vivo, forcejeaba y gritaba, tratando de escapar.

42

Dirás que soy un soñador, pero no soy el único.
JOHN LENNON

Eh, ¿por qué te paras?

No todos los muros aquí son rectos o giran en esquinas. Algunos muestran deliberadamente pequeños espacios, como el que está ante nosotras ahora. Ahí, un hombre se halla sumergido en un profundo estanque cuyas aguas cristalinas le cubren hasta la barbilla. Sin embargo, compruebo con confusión que no trata de nadar o salir, sino de alcanzar un racimo de uvas que prende de una rama de vid. Cuando está a punto de darle un mordisco, una brisa aparta el fruto de su alcance.

—Es quien me contó lo que son los libros —Story le señala con el mentón—. Su castigo es tener hambre y sed eternamente. Pero es inútil: las uvas se retirarán de su alcance siempre, y lo mismo pasa con el agua.

Mis manos se crispan.

—¿Por qué? ¿Qué hizo para que su penitencia sea tan cruel?

La niña se agacha y dibuja pequeños círculos en la tierra. Tengo la impresión de que no quiere ver a este pobre desventurado, o de que le duele explicarme cada horror del Tártaro o mundo rojo, como ella lo llama.

—Abandonó sus sueños —murmura al fin—. Y los desterró tan lejos que se perdió a sí mismo. Somos lo que soñamos, ¿no lo sabías? —miró al prisionero un segundo—. Se convirtió en una carcasa vacía, sin nada por lo que luchar, sin ilusión ni ganas de vivir… Así que permitió que otros soñaran por él. Al sentirse hueco, empezó a tener un hambre atroz… hambre de avaricia, creo yo, de envidia o de angustia, no lo sé, y eso le llevó a perseguir sueños ajenos —hace un leve puchero—. Me da pena, a veces vengo aquí para hacerle compañía. He intentado darle de comer o de beber, pero está encadenado y cuando toco las uvas o el agua, me queman mucho…

Extiendo la mano. Sin pensarlo, con determinación. Al principio, la vid es reacia a mi mandato y no se intimida. Incremento el poder que acompaña a mi orden y la planta gime antes de doblegarse y desplegar la rama donde cuelga el racimo verde.

El hombre sin sueños consigue arrancar varias uvas con un grito de desesperado triunfo. Rompe a llorar mientras mastica. Aunque lo intenta, no logra

borrar la desazón de sus labios. Me desgarra entender que ha olvidado cómo sonreír.

—¡Eso ha sido increíble! —Story aplaude y vuelve a darme la mano.

La emoción estrangula mis palabras.

—Nadie que haya perdido sus sueños debería ser castigado. Nunca.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo y arreció el paso a tientas. Un desagradable escalofrío le inoculó una terrible idea: aunque quisiera, sería incapaz de distinguir el camino de vuelta al saco de dormir.

Ya no era una niña, aquello no formaba parte de uno de los cuentos de su madre y, sin embargo, aquel maldito Zoo despertaba algo en ella. Una clase de miedo ancestral que ya sintieron los hombres y mujeres de la antigüedad, cuando todavía no habían descubierto el fuego y tenían que convivir con las sombras y lo desconocido. Los árboles se le antojaron más espesos, castillos al abrigo de los cuales podía acechar cualquier monstruo; las luces anaranjadas, desgranadas aquí y allá, conferían al aire un resplandor difuso, de pesadilla; las jaulas y pasarelas no eran sino trampas donde sus moradores esperaban pacientemente a que se acercara lo suficiente para devorarla… Todo parecía torcido, irreal. Era como mirar una imagen reflejada en un espejo trucado de feria.

Una carcajada restalló a pocos metros. El corazón le latía pesadamente, sentía las piernas torpes a causa de la tensión. La risa se tornó nerviosa, pero Casey advirtió que aquel sonido hiposo avanzaba hacia ella a gran velocidad. Si volvía la cabeza justo en este momento, lo vería. Ya oía al túnel balancearse bajo el peso de sus patas.

Dios, tengo que buscar otro punto lleno de luces, tengo que serenarme y salir de aquí.

Había sido una estupidez acatar la tarea del loco de Reed. Y otra estupidez no haber dado media vuelta antes de entrar al Zoo para regresar a casa. Pero no quiso mirar atrás. En su mente, las pasarelas de la experiencia 360º no albergaban a animales prisioneros e inofensivos. El terror lo dominaba todo.

Por eso, cuando la risa se repitió a un palmo de ella, volvió a gritar.

43

Los hombres grandes y buenos no mueren
ni aun en este mundo.
Embalsamados en libros, sus espíritus perduran.
SMILES

A cada paso, crece en mí la sensación de haber sido enterrada viva. He dejado de preguntarme si es por el aire viciado o por la angustia que me corroe. Story me guía con confianza y yo me dejo llevar, como si ella fuera la mujer adulta y segura que enseñara a la niña asustadiza.

De vez en cuando percibo movimientos y sonidos provenientes de los libros que conforman los muros. ¿Será verdad lo que Story me explicó? ¿Los libros pueden contener miles de historias en su interior? De ser así, este lugar de muerte posee un vientre lleno de vida. Suena extraño y desalentador a un tiempo porque ninguno de estos libros saldrá jamás a la luz. Sus historias se perderán, nadie sabrá de su existencia. Tal vez, después de todo, sean libros muertos…

Un aroma penetrante me hace toser. Procede de una hondonada entre los muros.

—Oye, no te separes, ¿vale? —Story pone los bracitos en jarras al ver que me encamino en la dirección que marca un humo negruzco.

—Huele a quemado —respondo—. ¿Y si alguien necesita nuestra ayuda, como el hombre sin sueños?

—Ese tipo te hubiera quitado la piel a tiras si sus cadenas se hubieran roto, que lo sepas —el tono lúgubre con el que habla resulta chocante en ella.

—¿No decías que te daba pena? —protesto sin detenerme—. ¡Te has emocionado cuando ha conseguido comer!

—Ya, ya —me sigue a regañadientes—. No entiendes nada, aquí la mayoría de castigados son malos…

—Tú no.

—¿Y ves a alguien más que se ofrezca para que encuentres la salida? ¡No, no, no! Es verdad, muchos no merecen estar en el mundo rojo, pero…pero…

—Tenía razón, mira, ¡es un incendio!

Ante nosotras se extiende un pequeño anfiteatro cuyas gradas están a rebosar de tablillas, papiros y pergaminos ardiendo.

—Son como el hambre del hombre sin sueños —susurra Story con temor y oculta su mejilla en mi regazo—: llamas que nunca se consumen, ese debe de ser el castigo de…

Caminando de un lado para otro y dándonos la espalda, un anciano lamenta su mala suerte.

—¡No me sirven! ¡No me sirven para nada! ¡Es inútil, nunca alcanzaré la perfección, la gloria, la eternidad! ¡Basura, eso es lo que son!

Compruebo que no intenta apagar el fuego que devora sus manuscritos, todo lo contrario, juraría que lo aviva aún más.

—Señor…

—¡Perséfone, no! —Story tira de mi túnica—. ¡Vuelve, vayámonos de aquí!

Si puedo salvar a uno más… Solo a uno más…

Es mi único pensamiento conforme me acerco al anciano.

—Señor —repito más alto—, déjeme ayudarle.

Se gira hacia mí violentamente y me muestra sus manos. Grito al ver que no son suyas.

—¿Lo harías, jovencita? —sus labios se contraen para descubrir unos dientes amarillos—. ¿Me ayudarías? ¡Enséñame tus manos! ¡Enséñamelas!

El terror lo afila todo, lo expande y agudiza en una espiral delirante. Distingo perfectamente las chispas rojas que destellan en sus ojos hundidos, las escamas muertas de su rostro, las venas de sus brazos nervudos, su frente horriblemente abultada hacia delante, su piel lechosa como la panza de un pez… Y esas manos… esas manos de niña que no encajan con sus muñecas. El anciano se las arranca con una carcajada y levanta sus muñones.

—¡Tus manos, he dicho! ¡Puede que con ellas escriba lo más asombroso que el mundo haya visto! —vuelve a reír entre coágulos—. ¡Seré recordado, seré inmortal, saldré de aquí, no moriré nunca! ¡¡DAME TUS PRECIOSAS MANOS!!

Noto cómo Story me agarra del brazo. Reacciono justo a tiempo y ambas huimos hasta dejar la estela del humo muy atrás.

—No… vuelvas a confiar… en nadie —me reprende Story cuando nos apoyamos en unos cuantos libros para tomar aliento—. Y menos de los muertos del mundo rojo… tienen demasiada ira hacia los vivos, y su locura no les hace olvidar que ya nadie se acordará de ellos jamás.

Llegaré a otro adorno de luces y se me pasará el susto, un punto seguro de luz, eso es, ¿por qué habré decidido adentrarme por el camino sin luz?, llegaré y no me moveré…

La carcajada sonó de nuevo detrás de ella, histriónica como un ataque de locura. Casey miró en todas las direcciones y, en su desesperada huida, tropezó contra un banco. No lo había visto entre aquella amalgama de

sombras donde cualquier cosa era prácticamente invisible en la oscuridad. Se llevó las manos a la espinilla con un gemido de dolor.

La pasarela chasqueaba envuelta en risas y penumbra. Su pulso se disparó. Ya no distinguía un latido de otro. Pero no fue hasta que sintió un contacto en su hombro cuando el mundo se astilló en mil fragmentos de puro terror.

—Sé que dije que sentir cada emoción al límite era estar vivo —es otro tipo de risa, más dulce y cálida—, pero te estás pasando, Casey.

Suspiró con alivio.

Había alcanzado un punto seguro de luz: la sonrisa de Robbie.

44

Tienes dentro de ti una puerta que conduce a otros
mundos más allá del que tú conoces.
NEL GAILMAN

¿Cómo es que estás aquí? —quiso saber Casey mientras se sentaban en el banco contra el que había chocado.

—¿Y tú por qué corrías a lo loco?

Ahora que él estaba a su lado, el miedo le pareció un sinsentido. Aun así, todavía trataba de controlar su respiración.

—Algo me perseguía, se reía mientras avanzaba y… —presionó el puente de la nariz con los dedos—. Suena estúpido, lo sé.

—¿Te refieres a una hiena? Su zona está justo aquí, y las pasarelas de los gorilas un poco más allá —juntó su hombro con el de ella—. De estúpido, nada. A los inventores de historias les pasan este tipo de cosas, por eso Weasley… ¿le conoces? —Casey afirmó con la cabeza—, me deja pasear por el Zoo de noche, a mis anchas. Los dos somos unos frikis y él me entendió a la primera cuando le dije que sería una buena dosis de inspiración.

—Supongo que mi profesor pensó lo mismo al obligarme a venir —subió los pies al banco y aunque pensó que Robbie le preguntaría por qué iba en calcetines, él no sacó a relucir el tema—, pero en lugar de inspiración, he encontrado un miedo horrible.

—Eso cuenta como inspiración. De las mejores, además.

—Pues sí que eres friki —bromeó ella.

—¡Y a mucha honra! Va, en serio: sonidos salvajes en la oscuridad, adornos de Halloween y tu propia soledad como guinda del pastel… Es una bonita bomba de relojería. A muchas personas no les influye para nada, vienen y viven esta experiencia con un bostezo —simuló el gesto—. Luego escriben en Instagram que no ha sido para tanto. Tú, en cambio, no solo la

has vivido, la has sentido. Claro que para ser una buena inventora de historias hay que creer.

Una nueva risotada tronó cerca. Casey dio un respingo.

—¿Creer en qué? —rio nerviosa—. ¿En que justo ahí merodea una hiena?

—Bueno… no puedes verla, pero sí oírla… la magia, como la fe, necesita un poco de confianza. ¿Y si no fuera una hiena en realidad? —preguntó, repentinamente ilusionado—. ¿Y si se tratara de una bruja, como en las novelas de Roald Dahl? ¿O de un ser de otra dimensión? ¿O un fantasma que no puede pedir ayuda porque todos huyen al escucharle? Ven, vamos, te lo enseñaré.

Casey esbozó una sonrisa. Era Robbie en estado puro. Si Peter Pan hubiera decidido volar a Filadelfia desde Nunca Jamás, habría elegido a Robbie para acompañarle de vuelta. Su niña interior le preguntó si ella también alzaría el vuelo. La Casey adulta masculló:

—No existe la segunda estrella a la derecha.

—¿Qué?

—Nada, decía que no podría tener un guía mejor.

—Soy más que eso, ¡soy un maestro! Sentir es siempre mi primera lección, veamos qué tal se te da cerrar los ojos…

Story se detiene y ahoga un gemido.

Estoy a punto de preguntarle qué le ocurre, pero entonces me fijo en su piel. Se ha tornado blanca, más que eso, lechosa, translúcida. Todo su cuerpo parpadea como si fuera a desaparecer de un momento a otro.

—Mi dueña me ha escuchado —susurra y no sé decir si su voz desvela emoción o recelo—, ha sido un segundo, pero…

Me agacho y acaricio su cabello castaño.

—Confía en ti misma —la calmo—, no solo te escuchará más, volverá a buscarte.

—Perséfone, lo siento… —sus ojitos marrones se humedecen.

—¿Por qué, pequeña?

—Es que… no puedo avanzar más, no a partir de aquí, soy demasiado débil y ella mata a los débiles…

—Ey, tú no eres…

—Ojalá pudiera ayudarte más —posa un dedito sobre mis labios—. Pero nadie del mundo rojo cruza ese páramo, porque quien se ha atrevido nunca ha regresado.

Me incorporo. Los muros de libros finalizan justo a varios metros para revelar un paisaje desolado. Inspiro hondo y aprieto los puños.

—Tranquila, no habría conseguido llegar hasta aquí sin ti —le digo a la niña—.

Los Jueces atenderán mi ruego y volveré a buscarte.

—No digas tonterías, solo mi dueña tiene poder para liberarme, y ahora atenta, es mi último consejo, hazme caso: si sigues adelante, cierra los ojos —se abalanza sobre mí para abrazarme con fuerza—. Por favor, Perséfone, la han llamado y ya viene… cierra los ojos y no los abras, oigas lo que oigas.

Le doy un beso en la frente. Si le hiciera saber lo agradecida que estoy, prorrumpiría en llanto. Y no puedo permitir eso justo ahora. El inframundo se halla revestido de palabras, aun así, he aprendido que muchas de ellas no significan nada sin un sentimiento que las reviva. Doy otro paso y me interno en lo desconocido.

Si alguien, en ese preciso instante, hubiera visto a Casey y Robbie caminando por el Zoo cogidos de la mano, posiblemente hubiera pensado que eran una pareja de enamorados. Pero para ella suponía mucho más. Cada vez que Robbie la tocaba, se sentía poderosa, minúscula, encendida, azorada y valiente a un tiempo. Le había pedido que cerrara los ojos y se dejara llevar por él.

—No se ve nada, aunque los mantenga abiertos —rio ella.

—Mentirosilla… Confiesa que has intentado distinguir de dónde procedían los ruidos.

—Claro, es puro instinto de supervivencia.

—Tu instinto está dormido entonces, ponlo a trabajar.

—Sí, jefe.

—¿Qué oyes ahora?

—Un rugido, una respiración agitada… Puede que sea un león o… —Robbie apretó su mano—. O… el guardián del Zoo, tiene tres cabezas, como Cerbero, aunque en realidad es una gárgola que solo se despierta al caer el sol para proteger a sus hermanos y hermanas…

—¿Y qué más?

Casey quiso protestar, pero un sonido nuevo, de cascos de caballo, tal vez de cebra o de antílope al pasar al galope junto a ellos, silenció sus palabras para transformarlas en emociones. Tuvo una sensación de éxtasis, una repentina conciencia de eternidad suspendida.

—Latidos —un breve inciso, una respiración agitada—, por todas partes, en mi interior, en mi piel, en el aire que me rodea. El miedo me domina, creo que voy a ahogarme en adrenalina, pero también siento que estoy viva. Y… y que ya no estoy sola.

Calló y Robbie soltó su mano.

Quiere que lo diga, quiere que quede patente en voz alta.

—Me gusta —declaró al fin—, ¡en realidad me gusta!

Cuando abrió los ojos, vio que él se pasaba una mano por el pelo, revolviéndolo. Después, le guiñó un ojo.

—Eres como una historia.

Al decirlo, varias lucecillas de Halloween se encendieron a la vez y su cuerpo brilló bajo sus destellos. Casey se ruborizó sin poder evitarlo. *Y tú eres como un ángel.*

45

La fantasía es la esencia de toda escritura
y también, del acto de vivir.
MAURICE SENDAK

Siguiendo el consejo de Story, he rasgado mi vestido para confeccionar una venda con la que taparme los ojos. Aunque al principio no entendía por qué debía ir a ciegas por este pasaje desolado, ahora la razón está junto aquí. Oigo algo restallando en el aire, olfateando, buscando…

Me encojo para protegerme de este enemigo invisible, pero procuro no pararme. Si lo hiciera, si titubeara ahora, estaría perdida.

—Mira, dulce Perssséfone, mírame, sssabesss que dessseas hacerlo…

Una voz de mujer susurra en mi oreja. Es una voz dulce y suave, pero también espeluznante. En ella no hay ni rastro de cordura. Sus palabras se superponen, se duplican, triplican, como si no fuera un solo ser sino muchos.

—¿Y ssi te dijera que te ofrezco cuanto anhelasss? —percibo su aliento a poca distancia y el siseo se intensifica—. Otorgar felicidad ess tan sssencillo… Una mirada y no tendrásss que sssentirte perdida nunca mássss…

Y entonces comprendo lo que emite este ruido. Una sacudida helada me recorre con la fuerza de un relámpago. Medusa. A eso se refería Story cuando decía que la habían llamado.

Las serpientes en su cabeza se lanzan para oler mi miedo, me lamen la cara con sus lenguas bífidas, tratan de meter sus cabezas bajo mi venda improvisada para quitármela.

—¿Realmente vasss a hacer cassso a una niña tonta?—sus voces se tornan seductoras, casi hipnóticas. Por Zeus, es imposible no sentirse subyugada, atrapada—. Ella no entiende tu sssed, tu sssoledad, tu vacío, esssa sssensación de ssser dosss.

Me mareo, noto que mis piernas pierden resistencia, que me invade el imperioso deseo de ver, de entregarme a ella y tomar el camino fácil.

—¿Por qué tener tanto dolor cuando la sssolución essstá a tu alcance? —tengo la piel de gallina, y aun así, su ofrenda es tan embriagadora—. Ssser libre, dessafiar a los Juecess, pertenecer a essste mundo por derecho propio, amar…

¿No ess acasso esso lo que anida en tu corazón? Mírame… Tan sssolo mírame…

Todo mi cuerpo reacciona, arde, se abre como una flor bajo el influjo de la Gorgona. Un hormigueo tensa mis senos, bulle en mi vientre, palpita en mis ingles, vibra en mi cuello. Y antes de que sea consciente de lo que estoy haciendo, antes incluso de que esos ojos esmeralda se reflejen por completo en los míos, el hechizo de piedra de Medusa ya asciende por mis tobillos.

46

Todas las obras del hombre tienen su origen
en la fantasía. ¿Qué derecho tenemos entonces
para despreciar la imaginación?

CARL JUNG

¿Soy como una historia? ¿Y eso?

—Necesitas que alguien, aunque solo sea una persona, crea en ti —Casey volvió a sonrojarse, desde la base del cuello hasta la frente—. Que te descifren, porque estás llena de secretos. Que te protejan de aquellos que no te entienden. Que te lean tal y como eres y no como otros quieren que seas.

Ella bajó la mirada, sin saber cómo manejar aquella especie de halago.

—Pensé que era una inventora de historias.

—Hummm, puede que te haya infravalorado.

—Vaya, gracias.

—¿Por qué no lo he visto antes? —volvió a cogerle de la mano y con los dedos entrelazados, alzó ambos brazos para crear un arco imaginario—. ¡Sin duda eres un portal!

Le gustó aquel término, y más en boca de Robbie. Con él cerca la atmósfera que la rodeaba desprendía una energía distinta, serena y fantástica a la vez, lejos del aura de tormenta permanente que solía envolverla a diario. Al contestar, no disimuló su alegría.

—Suena bien.

—No te rías, ser un portal es un trabajo muy duro, sobre todo por el esfuerzo que conlleva. Casi nadie ve más allá de sus narices, ¿recuerdas que te lo dije en Love Park?

—Sí, que mucha gente siempre buscaba algo que le llenase, pero nunca encontraba nada, ¿era eso?

—Es más complicado —sus pupilas azules se habían convertido en

obsidianas por la oscuridad—. Si te digo que allá arriba no merodean tigres curioseando, sino un par de hechiceros venidos de otro tiempo… o te cuento la historia de dos hermanas cuya fortaleza fue premiada por los dioses y las transformaron en felinas con ojos de jade, me creerías, sé que lo harías.

Ella guardó silencio.

—Pero la mayoría de personas no. Están rotas y no se dan cuenta de que se pudren por dentro. La fantasía es un ser vivo, así lo veo yo. Gracias a ella puedes escapar del dolor, ser tú mismo, tener consuelo, vencer al miedo. Y mucho más.

Su voz se apagó y Casey descubrió que estaba mirando al vacío, con aquel rostro de ángel ahora súbitamente entristecido. Al final se volvió hacia ella y soltó:

—Los que creen, los que viven esa fantasía, saben cosas que otros nunca entenderán. ¿Me sigues? Son portales, como tú: a través de ellos ficción y realidad se unen, ¡se encuentran! Y brillan tanto que inspiran a esos que buscan sin parar y se marchitan porque siempre verán el mundo como un lugar feo y gris.

—Menuda presión ser un portal —bromeó ella, pero frunció los labios al ver la mirada penetrante de Robbie. La mirada de quien ofrece un desafío…y algo más profundo que no supo identificar—. Robbie, yo no soy tan especial, dudo mucho que tenga ese poder… Dejé la inocencia muy atrás, puede que ahí esté mi problema.

—¡Qué dices! —le dedicó una sonrisa dulce y feroz a un tiempo—. ¿No te das cuenta? Lo ves todo con ojos de niña y ni te das cuenta.

—Sí, sí —Casey le dio un empujón amistoso.

—Mágica, tierna, misteriosa —remató él—. El secreto no está en actuar como un niño, sino en no olvidar que seguimos siéndolo.

Y, acto seguido, echó a correr sin soltarle la mano.

Escamas de piedra recubren mi cuerpo. Han llegado a mis muslos y no se detienen en su afán de transformarme por completo.

Medusa sonríe mientras da vueltas a mi alrededor.

Ay, la inocencia… —se para frente a mí y roza mis labios con su lengua—. Ess muy parecida a la inmortalidad. Sssolo en ellass sse puede obtenerlo todo. ¿Quieress amor, libertad, tuss recuerdosss? Nada de ello ess gratisss, pequeña ingenua, y yo te lo entrego todo como un regalo… La muerte en piedra ess indolora, ssanadora, tan sseductora como un amante… Olvidaráss de una vez por todass tu sssufrimiento, ¿acasso no me lo agradecess? Ellos sssí lo hicieron.

Estalla en una risa orgullosa, al tiempo que señala a las innumerables estatuas que salpican el páramo.

No puedo respirar, no puedo gritar, no puedo pensar, solo sentir el miedo… profundo como un veneno, frío como la piedra que pronto alcanzará mi corazón y lo detendrá en su último latido. Medusa posa la afilada uña de su dedo índice en mi mentón y la desliza por mi cuello hasta alcanzar mi clavícula. El surco que deja me escuece tanto que gimo entre dientes.

—Quizáss —asume una escalofriante cadencia provocativa— me divierta antess un poco contigo…

Y como en un sueño, la voz de mi madre se cuela en mi mente: «Guarda tus sentimientos y entiérralos hondo, Perséfone porque solo conseguirás ahogarte en ellos».

¡NOOO! ¡NO ME ENTERRARÉ JAMÁS!

La Gorgona salta hacia atrás. Incluso a través del rojo que ha teñido mi visión, vislumbro el asombro en su rostro de reptil. Me ha oído. ¡Ha oído mis pensamientos! ¡Y está asustada!

El abrazo de piedra avanza hasta mi pecho y comienza a bloquear mis pulmones. Doy una bocanada anegada de dolor.

—Las semillas no se entierran para esperar su muerte —tuerzo una sonrisa y escupo un grumo de sangre—. Yo tampoco.

El miedo desaparece. Mi pulso se hace más lento. Lo que queda de mi cuerpo cobra firmeza. Ni siquiera cierro los ojos.

—¿Qué vasss a hacer, essstúpida? ¿Qué vass a…?

Respiro hondo, todo lo hondo que puedo. Soy creadora de vida, soy mi propia salvadora, soy lo que quiero ser.

Alzo las manos. Cientos de espinos salen despedidos de la tierra yerma. Medusa chilla, asaeteada por los diminutos aguijones que desgarran su piel. Ahora soy yo quien ríe, porque no puedo ni pretendo parar. A mi orden, tallos de hiedra brotan rápidamente, se extienden y cubren al monstruo como los cuellos de una Hidra.

—¿Creesss… que no consseguiré essscapar de… unasss plantasss?

—Una serpiente debería saber que no todas las flores somos inofensivas.

La hiedra florece en miles de minúsculos capullos de cicuta.

—Que aproveche.

Con un gesto de mi cabeza, se precipitan en su boca y penetran en su estómago con la violencia de un huracán. El alarido de Medusa quiebra la bóveda que se fractura en enormes grietas de abismo negro. Casi al mismo tiempo la piedra que revestía mi piel, se deshace en una fina arena haciendo que caiga al suelo de bruces. Ojalá haya acabado con ella porque… ya no tengo fuerza y…

me precipito…

…en una oscuridad…

…que se despliega para mí…

…como una herida abierta…

47

A veces corremos detrás de cosas que no existen.
JUAN JOSÉ MILLÁS

Desconocía qué caminos estaba tomando su amigo, pero este parecía tener muy claro cuáles escoger. Corrían casi a ciegas, y sin embargo jamás se había sentido tan segura, tan rebosante de vitalidad. Cuando la vio, al otro lado de una plazoleta, entendió que Robbie la había guiado hasta allí.

—¡Madre mía, qué pasada!

—Lo han dejado encendido, pensé que te gustaría.

La sonrisa de Casey se extendió en sus labios y prorrumpió en una carcajada. Delante de ellos emergía una serpiente de enormes proporciones. Cientos de luces componían las escamas verdes de su piel, amarillas para los ojos, rojas en su lengua. Su cuerpo conformaba un portal y su cabeza, un tanto agachada, les invitaba a entrar.

—¿Adónde conduce? —quiso saber ella.

—A lo desconocido —cada vez que Robbie sonreía, volvía a ser la primera vez—. ¿Te atreves?

Por un momento, en un segundo que escapó volando, Casey comprendió con inusitada claridad todo cuanto Robbie le había explicado. Aquella serpiente sobre sus cabezas… bien podía ser la puerta hacia otro mundo, o quizás al pasar bajo ella, te colaras en una dimensión diferente, o te encontraras con el pueblo perdido de las hadas, o una ciudad del futuro que aguardara tu llegada…

¿Por qué a los adultos les costaba tanto creer que un armario se conectaba con Narnia, que seguir a un conejo blanco solo era el principio de una gran aventura, que más allá del andén 9 y 3\4 existía de verdad un colegio de magia y hechicería? Tal vez hubieran perdido su niñez en algún punto de sus vidas y ahora solo fueran capaces de desplegar una orfandad plagada de facturas por pagar, hipotecas, trabajos a los que encadenarse,

móviles con los que obtener una felicidad falsa… O simplemente preferían olvidarse de lo imposible, porque ya habían desistido de buscarlo.

—La pregunta es: ¿a qué estamos esperando?

Sauces llorones se inclinaban a su paso. Sobre sus ramas, frutos brillantes como joyas colgaban para tentarles. Jardines de luciérnagas constelaban la noche. Gravitaban en círculos, como un dulce recuerdo que persistía en querer quedarse. Espíritus acuáticos hechos con los colores del arco iris, saltaban aquí y allá en un silencio perfecto.

Casey comenzó a temblar. Emocionada, extasiada, nerviosa, tal vez. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Robbie y trató de que su voz no se quebrase.

—No sé cómo lo haces…

—¿Hacer qué? —la respuesta fue casi un susurro y Casey creyó dejar de respirar por un momento solo para escuchar cómo lo hacía él.

Tragó saliva con fuerza antes de contestar.

—Que todo sea tan… real.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Una parte de mí me dice que esto no es más que un pasaje lleno de luces para… —el nudo en su garganta no cedía— atraer a los turistas… Pero otra…

—Tú eliges, Casey, tú eres la historia, el portal, la inventora.

—¿Lo ves? Contigo no existen los «esto solo pasa en las pelis», «la fantasía es solo para los niños», o «despierta ya, deja de soñar».

Robbie apoyó la mejilla en su coronilla, después la acarició con su nariz, y ella notó que la piel de su nuca y sus brazos se erizaba.

—¿Y si no dejases de soñar? —preguntó él muy bajito—. ¿Y si la realidad es un maldito espejismo? —se detuvo y sujetó sus hombros con suavidad. Sus ojos destilaban un brillo fascinante bajo las luces—. ¿Qué pasaría entonces?

—N-no… no lo sé…

Sus ojos son llaves, pensó, aturdida, y se llevó una mano a su colgante, son respuestas, son palabras que nunca se pronunciarán.

Robbie besó sus párpados y la noche se abrió para ellos, ávida de deseos blancos.

—Que habría esperanza.

48

Me gustaría escribir como una fantasía
que me lleva, como la luna dicta.
PAUL GAUGUIN

¿Estoy muerta?

De algún modo, me doy cuenta de que he formulado la pregunta en voz alta, sin abrir los ojos todavía. Creo que es la segunda vez en el inframundo que lanzo la misma duda. Y ahora, incluso con el cuerpo entumecido y la cabeza dándome vueltas, sigo deseando que alguien, quien sea, diga que sí. De repente, desearía no haberme revelado contra Medusa. Si lo que de verdad quiero es pertenecer al reino de los muertos… ¿por qué me empeño en vivir?

—Solo estás muerta a medias.

La voz, de tonalidad joven, hace que vuelva en mí. Al principio, los ojos me devuelven una imagen borrosa, así que me siento para no volver a desmayarme.

—No te muevas mucho, hija, o acabarás enredada —me sugiere otra voz, esta vez más madura.

—Además, los hilos de la vida son muy sensibles —añade con desdén otra, aniñada—. Si tropiezas con uno, su dueño sufrirá las consecuencias.

—Tranquila, hermana, no lo mataría.

Risas. Un ruido sordo, rítmico.

—Ya, pero le traerá mala suerte, o una enfermedad o…

—O a Zeus transformado en vaca.

Más carcajadas resuenan junto a un chasquido metálico. Me froto los ojos, decidida a descubrir dónde me encuentro.

Millones de hilos blancos se trenzan, entrecruzan y estiran hasta donde alcanza el horizonte, si es que lo hay. Porque este lugar es como una noche estrellada: suspendido en un vacío místico, interminable. La blancura de cada hilo otorga al aire una cualidad casi onírica. Mirarlo hiere los ojos.

—…Un insecto en una gran tela de araña…

No me percato de que he verbalizado mis pensamientos hasta que la primera de las voces vuelve a tomar la palabra.

—Algo así. Una tela de araña cósmica, ¿verdad, hermanas?

—¿A quién llamas araña?

—No te enfades, ¿quieres que el siguiente hilo que confecciones sea tan pequeño que no aguante ni su propio nacimiento?

Me giro hacia la mujer que habla. Qué hermosa es, jamás había visto tal perfección. Porta un vestido verde que cubre su esbelto talle. Camina suspendida en este abismo de tinieblas y observa con detenimiento uno de los hilos más largos.

—Lo medí mal —masculla—. No es tan extenso como creía, tendrás que cortarlo pronto, me temo.

Se dirige a la mujer que sujeta una tijera oxidada en sus manos. Al igual que su hermana, es bellísima, pero las arrugas de la senectud ya se despliegan en su cuerpo. Me fijo en su vestido negro, casi indistinguible en la oscuridad.

Son las tres Moiras del destino. El poder del tiempo y la vida está latente en cada una de estas hebras y su trabajo consiste en cortarlas cuando ha llegado su final. Carraspeo en un intento por interrumpir el trabajo de las hermanas.

—¿Qué has querido decir con muerta a medias?

—Ay, hija, así es —la anciana se retira un mechón gris de la frente—, yo misma me encargué de cortar tu hilo hace poco.

—Pero… —titubeo—, entonces…

—Tu caso es poco común —ataja la mujer de verde.

—Es rarita hasta para eso —quien refunfuña es una adolescente de vestido rosado. Sus manos se mueven con destreza en una rueca de aspecto antiguo. De ahí procede el ruido constante que se multiplica en un eco sin final. No veo la materia con la que teje los hilos, quizá surjan de la nada, o de la eternidad.

—A veces una vida no sabe que alberga otro corazón en su interior —la segunda hermana deja de medir y me observa con sus grandes ojos de gata— o que son dos las que se reflejan en el espejo de la memoria.

La anciana corta de un tajo uno de los hilos más trenzados y me estremezco al ver cómo se unen violentamente las cuchillas de esas tijeras. Justo en este instante, mientras hablo con las Moiras, en algún lugar del mundo, alguien acaba de dar su último suspiro. Thánatos ha sesgado una historia.

De repente me siento débil, enferma.

—Sigo sin entenderlo —respondo sin aliento.

—Normal —resopla la joven de la rueca—. Casi nadie lo hace. La mayoría de los mortales y dioses se volverían locos si tratáramos de convencerles de que son solo corazones desdoblados que…

—Calla —ordena la anciana y alza su mano de muerte. Acto seguido me mira con una sonrisa que me provoca un escalofrío—. Calma, hija. Es cuestión de tiempo.

—El tiempo es un viajero implacable —asiente la mujer de verde y vuelve a su trabajo—. No importa si la otra posee la mitad de tu vida, Perséfone, tu hilo ya está roto.

—La otra…

—No puedes pertenecer al reino de los muertos si compartes el hilo de tu vida

con alguien más —explica la tejedora, y me dedica una sonrisa aviesa—. Diles eso a los Jueces cuando regreses.

—¿¿Comparto hilo con mi… mitad, mi reflejo?? ¿¿Existe otra como yo allá arriba??

Las tres se quedan muy quietas. La noche de pronto suena a viento roto. Contestan a la vez, y los millones de hilos cobran vida para abalanzarse sobre mí:

—Una vez que se desvele el recuerdo, ella sucumbirá y la muerte te pertenecerá.

49

Leemos, pero también somos leídos por otros.
SIMONE WELL

Si había creído que su madre se alegraría al verla aparecer en la pastelería aquella mañana de domingo, estaba un poco equivocada. El rostro de ojos desorbitados de Kate le advirtió que haber ido hasta Peddler's Village no había sido tan buena idea después de todo.

—¡Oh, Casey! ¿Qué haces aquí, cariño? ¿Por qué has venido?

Casey miró de reojo los pasteles de crema, las tartas de chocolate y los bombones que poblaban el almacén. Su madre la había hecho pasar allí tras verla entrar, pero en lugar de parecerle un paraíso de dulces, a la joven se le antojó de repente una prisión improvisada.

Kate aguardaba su respuesta mientras se limpiaba las manos con un paño.

—Vamos, cielo, he dejado a Marsha atendiendo a los clientes y no…

—Mamá, en serio, he venido solo por ti, a verte.

El agujero negro que giraba en su pecho incrementó su onda expansiva y la angustia amenazó con ahogarla.

—Ay, sí, lo siento, cariño —dejó el paño en una de las mesas con manos inquietas—, además, ayer estuviste en el Zoo, ¿no? Tuvo que ser emocionante, de noche, casi como de acampada, ¿eh?

—¿Por qué no me has contestado cuando te he llamado mil veces al móvil hace unas horas?

Aunque sus manos estaban impolutas, Kate volvió a restregarlas contra sus pantalones.

—Ya sabes que estoy muy ocupada y bueno…

—Podrías haberme llamado también.

—Sí, sí, lo pensé —una sonrisa nerviosa—, pero creí que estarías dormida como un tronco. Con tantas emociones…

—Mamá —la voz de Casey sonó más tajante de lo que hubiera querido —. Ni siquiera me has dado un beso al llegar. Me has escondido en el almacén como…

—Eso no es verdad, mi vida.

—… como si te avergonzaras o algo así. He venido para que podamos estar juntas un poquito —intentó calmarse—. Ya casi no nos vemos… Sé que trabajar aquí, a una hora en bus de casa es… complicado, pero… antes lo hacías.

Su madre se recolocó el moño, se rascó el cuello y volvió a limpiarse las manos. Aun así, permaneció en silencio, ojeando de vez en cuando la puerta que daba al mostrador.

—Me refiero a que hacías el esfuerzo de llamar —Casey continuó—, de venir antes y cenar juntas, pedir alguna tarde libre, esperar a darme los buenos días. ¿Y sabes que noto ahora? —*No vas a llorar, no vas a…*—. Que huyes de mí, como los demás. No sé por qué, ¿vale? La verdad es que no entiendo nada, pero sí sé que, desde este verano, todo ha cambiado y no a mejor. Creo que incluso pides más horas extra para… para no tener que estar conmigo.

Kate simuló un puchero mientras la cogía de las manos.

—Eh, Casey, mi pequeña escritora, no digas eso… Desde que tu padre se fue hemos luchado juntas…

—Eso pasó hace mucho, mamá. Las cosas cambian. Yo cambio.

—Por supuesto, pero la situación sigue siendo muy dura, ¿a que sí? Y entiendo que estés agobiada, es normal, pero no le des tantas vueltas —hizo un gesto como para quitarle importancia—. La doctora Walker siempre dice que piensas demasiado.

—Que diga lo que quiera, no voy a volver a su consulta.

Su madre suspiró.

—Ya estamos otra vez.

—Eres tú quien siempre insiste en lo mismo —Casey se sentía a punto de desbordar.

—¿Crees que no estoy de tu parte, hija? —giró levemente la cabeza al escuchar cómo la puerta de entrada se abría para dejar pasar a un nuevo cliente—. Te quiero muchísimo, no debes pensar cosas raras.

Casey se quedó callada unos instantes. Vera le había dicho exactamente lo mismo hacía unos días. De pronto Marsha, la compañera de su madre, exclamó desde la parte delantera:

—¡Kate, ven a echarme una mano!

Madre e hija se dirigieron una última mirada. Casey volvió a colgarse la mochila y sorbió sus lágrimas antes de despedirse.

—No tienes ni la más mínima idea de las cosas raras que vivo cada día, mamá.

Los hilos de la vida se tensan y enredan en mi cuerpo, cortan mi piel, horadan mi carne. Lucho para zafarme de su abrazo, pero los enfurezco aún más, como si hubiese alterado las existencias de sus dueños y pugnaran por vengarse. Cuando consiguen cubrir mis ojos y amordazarme, sé que, aunque invocase a mil plantas, no me liberaría jamás.

De pronto, percibo un aroma conocido… Casi no puedo respirar, pero… está ahí… Miel y especias… Tan familiar… Y tengo las manos cálidas. ¿Cómo puede ser si estoy helada de miedo? Alguien las ha cogido entre las suyas.

—Perséfone… Ven a mí, por favor…

La voz llega a través de un eco. Un delicioso aliento en mi oído. Quiero abrir los ojos, pero los párpados pesan tanto… Tanto…

—Eso es, estás a salvo.

Ante mí un rostro, todo nieve, obsidiana y luna. Sonrío al despertar. Juro que en nunca en mi vida había experimentado tal alivio. Un amor incondicional titila en las pupilas de Hades. Me besa suavemente la frente, la nariz, las mejillas, las comisuras de los labios.

—Lo has conseguido —hace una pausa y se inclina más hacia mí—. Has regresado.

—Entonces… ¿la primera prueba…?

—Sí —su voz se quiebra al pronunciar esa palabra.

Me acaricia el cuello, sus dedos tiemblan cuando descubre la leve herida que me inflingió Medusa. Estoy sana y salva, como si nunca me hubiese ido, recibiendo los besos de aquel a quien una vez amé y que amo de nuevo. Y sin embargo… algo va mal. El perfume de miel y especias se ha tornado amargo. Es la señal que me incita a desviar la vista y buscar. Me encuentro tumbada en la kline de la alcoba de Hades. Pero no es exactamente igual. Los atlantes han variado la expresión de sus rostros: ya no sujetan la bóveda con fortaleza, ahora sufren y tienen la boca curvada en un gesto de dolor. Los pebeteros emanan humo negruzco y las palabras tristes que conforma se evaporan hasta transformarse en mariposas negras. Estas vuelan unos segundos antes de caer muertas. No hay dulces, ni aceites, y el reloj de sol ha borrado cada uno de sus relatos. Vuelvo a clavar los ojos en Hades.

—El palacio refleja tus sentimientos… —murmuro mientras me incorporo. Él baja la cabeza y se levanta con oscura elegancia—. ¿Qué ocurre? —tanteo—. ¿No te alegras de mi victoria?

—No se trata de eso —su respuesta es apenas audible—, o tal vez sí.

Está asustado. Lo leo en cada uno de sus movimientos, en sus manos, en su rostro. Creo que verle así me aterra más que haberme enfrentado a Medusa o a las

Moiras.

—No te entiendo —noto cómo mi enfado crece, y me odio por ello—. ¡He atravesado el Tártaro…!

—Sabía que lo harías.

—¡…he visto horrores inimaginables…!

—Eres fuerte, más que yo, de hecho.

—¡…vencí a Medusa, hablé con las Moiras…!

—Todo eso ya estaba escrito.

—¿Acaso no quieres que me quede aquí, contigo? —me siento y retuerzo un mechón de mi cabello.

No lucha contra la obviedad de la respuesta.

—Si pudiera entregar mi vida cada día a un tormento atroz como Prometeo, y con ello tenerte entre mis brazos —jadea—, lo aceptaría sin dudar.

—Entonces, ¡dímelo! ¡Dime qué te asusta tanto! Tengo derecho a saberlo.

Vacila unos instantes. La noche ondea a su alrededor.

—Si abandonases las pruebas de los Jueces, podrías permanecer en el inframundo igualmente —varias mariposas negras revolotean en torno suyo antes de caer inertes al suelo—. Esa posibilidad está ahí, Perséfone. Lejos de peligros, lejos de…

—¿De mis recuerdos? —le corto—. Lo sé, tengo la opción de elegir, y elijo comprender, elijo rescatar lo que olvidé.

—El Averno supura muerte, ¡y tú no estás muerta, ni quiero que busques ese último aliento jamás! —truena, desesperado. Las lámparas de aceite se apagan una por una sumiéndonos en una cálida penumbra—. Sigues creyendo en el amor, sigues llorando ante el sufrimiento, te conmueve una sonrisa. No es la muerte lo que ansías —sentencia desde la oscuridad, convertido en un bello espectro de lactescencia y tinta.

Qué tristeza anida en sus ojos, qué abismos centelleantes.

—Esta habitación —musito—, este palacio, el inframundo en sí mismo… todo está plagado de palabras, versos, historias que una vez ardieron para después morir, pero que se empeñan en no desvanecerse sin más. Necesito que mi propia historia viva. Podría dejarlo pasar —las palabras brotan rápidas, desprovistas de mentira—, pero cada vez que te mirase, cada vez que te besase, recordaría que me rendí. Enfrentarme al laberinto del Tártaro sería un paraíso en comparación con eso. El olvido es un castigo, nunca estaría preparada para vivir así.

—Perséfone —su intensidad estrangula mi corazón.

Avanza hasta donde estoy sentada para arrodillarse a mi lado. Vuelve a coger mis manos entre las suyas. Está tan cerca que percibo su aliento a lluvia sobre los labios, como promesa de besos futuros.

—Claro que estoy asustado —se ríe de forma amarga—, incluso un dios siente miedo cuando teme perder a quien ama.

—No me perderás, al contrario, no solo lucho por recuperar mis recuerdos, mi primera razón es quedarme para siempre aquí…

—Hay muchas formas de vivir y morir —continúa con voz ronca y tengo la sensación de que habla para sí mismo—, muchas formas de recordar quién eres para después arrepentirte de haber buscado… —me mira y el fuego de sus ojos llamea antes de apagarse poco a poco—. Estoy seguro de que triunfarás en tu segunda prueba, y de que no desistirás hasta saber cuál es la tercera. Pero a veces, es mejor forjar un nuevo comienzo. Solo te pido, te suplico, que lo consideres.

Esbozo una sonrisa afligida.

—Te amé una vez y me condenaron a olvidarte. Quiero saber la razón.

—¿Por qué? ¿Cambiaría en algo lo que sientes ahora?

El humo del pebetero se extingue bajo un soplo invisible.

—Tuve que hacer algo atroz para que me expulsaran del inframundo, de ti, de mí misma —musito al tiempo que poso la palma de mi mano en su mejilla—, nunca me perdonaría cometer ese gran error, sea cual sea, dos veces.

Cierra los ojos y se abandona a mis caricias.

—El perdón es como el recuerdo —dice al fin—, una vez que lo obtienes, no hay vuelta atrás.

50

El escritor escribe su libro para explicarse
a sí mismo que no se puede explicar.
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Peddler's Village era un pueblecito precioso. Un refugio de duendes y elfos hecho realidad. Cada tiendecita, cada calle y farola habían sido erigidas con mimo y aquellos días lucían sus adornos de Halloween con brujas, fantasmas y calabazas en cada rincón.

Pero Casey no tardó mucho en subir al autobús que la llevaría de vuelta a Filadelfia. No estaba de humor para ver a familias haciendo la compra, escuchar risas infantiles ni contemplar sus famosos parques llenos de hojas teñidas del color del atardecer. Solo quería regresar a casa.

Ya se había sentado cuando en el hilo musical del vehículo comenzó a sonar *Tell me you love me.* Se estiró como una gata perezosa antes de permitirse una sonrisa. *Demi Lovato, siempre de mi parte.*

El conductor esperó a que todos los pasajeros estuvieran a bordo y arrancó. Casey, que había apoyado la frente contra el cristal, se giró para echar un rápido vistazo al chico que se había sentado a su lado.

—¡Tú! —exclamó al descubrir que no se trataba de un desconocido—. Tienes planeado acosarme, ¿no?

No lo dijo en serio, pero Conor percibió que tampoco bromeaba demasiado.

—Elegir este asiento es culpa mía, visitar Peddler's con unos colegas no, qué le vamos a hacer…

—Y de todos los asientos, te ha gustado este.

—Es evidente.

Casey se reclinó contra la ventanilla otra vez, dándole la espalda.

—Pensé que habíamos hecho las paces —vio de reojo cómo Conor se quitaba su cazadora revelando una camiseta con el dibujo de una brújula.

Sin saber por qué, Casey tiritó, pero imitó su gesto y se bajó la cremallera de su sudadera.

—No he tenido un buen día —masculló ella—, ni una buena semana, ni un buen mes.

—Bienvenida al club. —Conor se la quedó mirando—.Menudo arañazo… —señaló su cuello—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Ni idea. Todo parece del revés últimamente. ¿Tengo un arañazo? Vale. Sin problema —iba alzando la voz paulatinamente—. ¿El mundo entero me odia? Genial. ¿Veo cosas inexplicables? Sí, por qué no.

—Eh, eh, no eres la única que lo pasa mal, ¿sabes?

Casey le dedicó una expresión interrogante. En respuesta, Conor se apartó varios mechones de pelo de la frente, se frotó los ojos e inclinó la cabeza para acomodar la nuca contra el respaldo.

—¿No… vas a… contármelo?

—¿El qué?

—Has dado a entender que… bueno, tú tampoco estás atravesando una buena racha.

Conor cerró los ojos y guardó silencio.

Ella le observó durante unos minutos y al ver que no hablaba, volvió la vista hacia el cristal. El autobús se había detenido en un semáforo. Una mariposa negra aleteó ante la luz roja antes de posarse sobre ella.

—Érase una vez un niño —Casey se mantuvo muy quieta. La voz de Conor había adquirido un matiz cansado—. Nunca se consideró gran cosa. Gordito, solitario, raro. Sus padres siempre le decían que era muy listo, muy sensible… pero él no veía eso… Él… solo veía a otra persona frente al espejo. Dejó de verla ahí para sentirla muy dentro. Y el niño… abrazó aquella sensación. Porque era agradable, porque con ella todo resultaba clarísimo, sin dudas ni ataduras. Pero… —resopló—. Claro, siempre hay un «pero». Pero el niño descubrió que esa sensación, que su nuevo yo, no gustaba a mucha gente. Que, si daba muestras de liberarla, algunos le insultaban, otros le pegaban, y la mayoría le daban de lado. El niño, que ya había crecido y quería ser actor, pensó que si no quería renunciar a sí mismo, quizá sí tendría que abandonar sus sueños ya que todo tiene un precio… A no ser que encuentres a alguien a quien no le importe pagar ese peaje y vea tu interior como si fueras una bonita vidriera de colores.

Cuando Casey se giró, Conor seguía en la misma posición, con los ojos cerrados, esta vez con fuerza.

—Ese alguien apareció en su vida. Y así el niño se enamoró de otro

niño. En su imaginación lo transformó en un héroe, un salvador. Se hicieron amigos. Inseparables, en realidad. El otro niño, el verdadero héroe de esta historia, nunca supo el amor que su amigo sentía por él. Era su secreto, un secreto que desvelaría a su tiempo, con calma… o tal vez nunca. Tal vez se lo llevaría a la tumba. Porque, además, su héroe ya tenía a una heroína a quien amar. El niño lo pensó mucho, sufrió, no durmió durante noches, y al mismo tiempo se sintió pletórico, con el poder de lograrlo todo. Sabía que esa chica era una rival, pero no quería romper la amistad con su amigo, así que siguió haciendo como si no pasara nada. Volvió a estudiar, a presentarse a los castings del instituto y de los teatros de su ciudad. Porque si su héroe estaba con él, si creía en él, la vida se volvía más fácil y brillante.

Conor tragó saliva, las aletas de su nariz temblaron y al retomar la historia, lo hizo con un cariz nervioso que Casey no recordaba haberle oído antes.

—Quieres ser escritora, ¿no? Ya sabes que muchas novelas no acaban bien… Dicen que los dramas son… no sé, gloriosos, y que se graban en la mente de la gente precisamente por ser tristes. Qué gilipollez. Dudo mucho que nadie se acuerde del niño que perdió a su héroe para no verle jamás.

Casey posó una mano en su brazo y Conor abrió los ojos. Contenían una sombra en sus profundidades. Esa sombra bailaba al son de una angustia que ella conocía bastante bien.

—¿Qué pasó? —susurró Casey.

—Se… marchó. Me dejó. Un día como otro cualquiera. Y se llevó todo con él. Incluso la seguridad que me dio. Creía… El niño creía que era culpa de la chica a quien su héroe había decidido amar, pero… Últimamente es el niño quien siente todo el peso de la culpabilidad encima. Porque, en fin, no hay nadie a quien culpar, así que tampoco hay nadie a quien perdonar. Se fue. Y punto.

—Conor…

—No digas que lo sientes, Casey, me harté de esas palabras hace mucho. El dolor no se va con un «lo siento». Él me hizo sentir orgulloso de mí mismo, me hizo feliz. Sigue doliendo, claro, aún así… Importa más lo que vivimos juntos, lo que aprendí, aun manteniendo mi secreto a raya.

Ella bajó la vista.

—Ahora entiendo algunas cosas.

—No, qué va —Conor le dio un puñetazo amistoso en el hombro—, pero no me gusta verte triste, me hace recordar todo por lo que pasé. La

tristeza se contagia, ¡y no quiero tu catarro, reina de la tarta de limón!

Casey simuló un estornudo y ambos rompieron a reír.

—¿Bienvenida a una vida de mierda? —preguntó Conor ofreciéndole el puño con una amplia sonrisa.

Al chocarlo con el suyo, sintió que el hielo que aplastaba su pecho se deshacía. No pudo parar de reír al tiempo que respondía:

—Bienvenido a una vida de mierda.

51

Los escritores viven de la infelicidad del mundo.
En un mundo feliz, no sería escritor.
JOSÉ SARAMAGO

Ha llegado el momento.

Aquí estoy, frente al río Flegetante, el umbral que me permitirá acceder a mi segunda prueba. O me cerrará el paso. Sus lenguas de fuego flamean amenazantes, y con cada espiral ardiente, percibo un olor a sangre, a metal, a sal y humo. Permanezco inmóvil en su orilla. ¿Qué clase de ofrenda debo otorgarle para que me deje pasar?

—¿El Zoo fue la clase de reto que esperabas, Casey Moore? —le preguntó Reed mientras la invitaba a sentarse—. Estoy deseando conocer los detalles de tu experiencia.

Nunca pensó que agradecería tanto que las clases del lunes hubieran terminado y fuera ya mediodía para poder entrar en el despacho de su profesor. Advirtió que en él se había operado un cambio. Estaba de un talante un tanto diferente, aunque esa diferencia era tan sutil que no fue capaz de precisarla.

Se lo contó todo, empezando por su encuentro con Weasley, su decisión de abandonar el saco de dormir para internarse en las profundidades del Zoo, el terror provocado por los sonidos cambiantes… Habló encendida por una emoción creciente, narrando los hechos como a Robbie le hubiera gustado: con la pasión que requiere contar una buena historia.

Dennis Reed era un oyente entregado, pensó Casey. Al principio se cruzó de brazos, su gesto habitual, pero poco a poco esa acostumbrada tensión se fue relajando y para cuando Casey terminó, había vuelto a sentarse, inclinado hacia ella, con los brazos sobre la mesa. No la interrumpió ni una sola vez. Se limitó a contemplarla con aquella mirada

de galerna perenne.

—Eres especial. Lo sabía.

El sonido de las llamas me recuerda al siseo de las serpientes de Medusa y a las carcajadas de niños extraños. Mi instinto me dice que debo esperar, que si pongo un solo pie en el caudal de fuego, este abrasará hasta mi alma.

De repente, distingo formas entre las llamaradas. Sin querer, retrocedo un paso. ¡Somos nosotros! La silueta de Hades tocándome por primera vez en el inframundo llamea ante mí, las flores que generó su contacto en mi cuerpo generan chispas de luz que crepitan hasta disolverse en la oscuridad… El río refleja a su manera todas y cada una de las veces en que Hades y yo hemos compartido un momento de intimidad.

Es hermoso y perturbador. En el aire flota una sensación intrigante, y no puedo evitar pensar que aquí gravitan presencias invisibles, viejos espíritus no del todo bondadosos.

El amor es una ilusión.

La voz grave resuena en mi mente y sus palabras me parecen un encantamiento. Contienen un matiz amenazante que me obliga a apretar los dientes.

También lo es la persona amada. Un espejismo de aquello a lo que nos aferramos, de aquello que no queremos perder.

—Hades no es ninguna ilusión. Ni yo tampoco.

¿Tan segura estás?

No esperaba una respuesta así. En realidad, había dado por hecho que la tomaría por una cría inmadura o peor aún, por loca.

—Si fuera especial —terció ella—, seguiría tu proyecto, como los demás, sin ninguna otra tarea.

Reed se echó hacia atrás y torció una sonrisa.

—Precisamente porque te mando estas otras tareas eres especial. No dejas de compararte con el resto y eso es uno de los errores más comunes de un escritor. Lo llaman el síndrome del impostor. En cambio, nadie en este instituto ha vivido las emociones que me acabas de describir. Son tuyas. Las maceras desde una perspectiva única. Diría que pura. Justo ahí radica tu potencial.

Casey tensó sus piernas y se apoyó sobre la punta de sus pies.

—¿Por qué lo haces?

—¿Perdón?

—¿Por qué me ayudas?

52

Escribo para definirme, un acto de autocreación,
en un diálogo conmigo misma, con los escritores
vivos o muertos.
SUSAN SONTAG

Dennis se ajustó las gafas, entrecruzó los dedos, volvió a esgrimir su expresión severa.

—Viniste a mi taller hace unos meses y vi tu potencial. No me gusta ver cómo se malogra el talento. Llámalo mecenazgo, si quieres. Ya lo dijiste, soy bastante raro.

Reflejadas en el cristal de las gafas, Casey entrevió las llamas ascendentes de un río de fuego. El estómago le dio un vuelco. Reed confundió ese silencio con dudas.

—Muchas personas son especiales, Casey, créeme, el problema está en que no lo saben o tienen miedo de saberlo —no desvió la vista de ella, nunca lo hacía—. Algunas, pueden hacer enmudecer a todo un auditorio con una sola mirada, otras poseen una voz capaz de desgarrar el alma, otras aportan felicidad al bailar, o son capaces de cambiar la vida de miles a través de unas pocas palabras. No necesitan superpoderes. Ellos son el poder en sí mismos. Y tu poder, Casey, es escribir.

—La mayoría de las veces no lo siento así.

—¿Cómo lo sientes?

Qué extraño. En la consulta de la doctora Walker siempre tenía la sensación de estar acorralada, o de que la psicóloga la trataba como a una niñata, disfrazándolo todo con sus «cariño», «cielo», o con sus sonrisas de anuncio televisivo. En cambio, aquel profesor a quien tanto había temido el primer día de clase, lograba que contestase con total desinhibición. Puede que fuera por su carácter, por esos ojos que transmitían el mensaje de «ya he visto cuanto hay que ver, no me atreveré a juzgarte».

—Como un vacío, un abismo, y… da vértigo.

—Dicen que si miras al abismo, él también te mira a ti…

Casey rio con suavidad.

—Sí, eso da más inseguridad si cabe.

Dennis levantó una ceja y Casey comprendió que, sin pretenderlo, había contestado lo que él quería. El profesor abrió un cajón y extrajo un papelito de color rojo. Lo hizo girar entre sus dedos.

—Casey, el mundo es un lugar extraño, ya te habrás dado cuenta. Llegas a él desnudo: de cuerpo y de dobles sentidos. Primero, todos se empeñan en decirte que busques tu sueño, aquello en lo que eres verdaderamente bueno, y cuando lo descubres, si es que lo consigues, se callan. Tal vez no entiendan ese sueño, o les despertará envidia porque ellos nunca lograron el suyo, o te harán fracasar, desistir… O aún peor, dormir.

—¿Dormir? Me he perdido.

—Esa es mi opinión. El mundo está dormido, y acalla a los que quieren despertar. Les obliga a creer que también deben dormir —compuso un gesto de disgusto y ella supo que no era fingido—. Y poco a poco les despoja de los sueños que perseguían para ver cómo se unen al rebaño.

Casey frunció los labios.

—Parece Matrix.

—La realidad supera a la ficción casi siempre y es hora de equilibrar la balanza. No me gustaría que te quedaras dormida para siempre. La bella durmiente no tiene mucho papel en su historia, ¿recuerdas? Y en el cuento original no acaba muy bien. Mi aprobado, mejor dicho, mi sobresaliente, depende de si despiertas o no.

—En el Zoo… ¿lo he hecho?

—Has comenzado a desperezarte, a bostezar… no está mal.

Casey apoyó los codos en las rodillas, dominada por un nuevo interés.

—¿Y cuál es la clave? ¿Cuál es el secreto para despertar?

—Claro que sí, estoy segura. El amor no es una ilusión, es eterno. Nunca muere.

Las lenguas de fuego cambian sus contornos y me muestran a Hades. Sus manos cubren su rostro. Sus hombros tiemblan. Está llorando.

Nadie puede resucitar a los muertos, ni siquiera a aquellos a quienes llaman dioses.

La voz viaja entre los recovecos más profundos de mi cabeza.

Es un deseo inalcanzable, solo es una ilusión sin fin.

El aroma a sangre y humo me hace toser.

—Pero un dios tiene el poder de inspirar a otros —afirmo con toda la fortaleza

de la que soy capaz—. Incluso muerto, un dios inspira vida.

El sonido del fuego ahoga mi respuesta, como si hubiera hablado desde el interior de una pira funeraria. La imagen se cuela en mi imaginación y tiemblo violentamente al visualizarme quemada viva.

Las llamas se intensifican hasta alzarse muy por encima de mi cabeza. Me encojo, consciente de que tal vez haya enfurecido al río.

Aun siendo una fantasía imposible, ¿deseas continuar?

No dudo, nunca he dudado.

—Sí.

Tu verdad será recompensada. Tu mentira, arrasada. Adéntrate en mis aguas, niña, deja que toque tu corazón para averiguarlo.

—Las emociones —Reed no mostró signos de duda al responder, parecía haber aguardado aquella pregunta desde el principio—. Los sentimientos, si lo prefieres. Para un buen escritor deben ser su religión.

—¡Pero si yo ya siento!

—No del todo, no para alcanzar la plenitud.

La voz de Dennis se tornó más serena.

¿Ha dulcificado el tono? ¿En serio?

—Mira, la gente ahí fuera pasa los días todo lo plácidamente que puede, no quiere añadir una complicación de sobra a sus problemas… Pero hay un río de emociones en carne viva pasando a su lado —por la ventana del despacho se coló un súbito haz de luz que coloreó los ojos de Reed con una intensidad distinta—. Ni siquiera se atreven a contemplarlo. Los escritores son especiales porque se adentran en ese río aun sabiendo que puede quemarles. Para ellos la vida es un vendaval de retos, repleta de infinitas sensaciones capaces de electrizarles —alzó el dedo índice—. Y lo más importante: deben retenerlas consigo. Así se obtiene la pasión para crear historias, personajes, mundos… y volcarlos en papel.

Casey sonreía, embelesada.

—La próxima vez que venga a tu despacho, ¿puedo grabarte con el móvil?

Su profesor guardó silencio durante unos segundos antes de echarse a reír.

—No veo inconveniente, aunque tal vez te cobre por estos sermones, quedas avisada.

Casey asintió, siguiendo la broma.

—Vale, hazme una buena oferta, ¿eh?

—Mi oferta es la siguiente —deslizó por la mesa el papelito rojo que había estado sujetando.

—¿Qué es?

—Una entrada. Para Wonderspaces.

—¿El museo interactivo?

Nunca había estado allí antes. No solo porque las entradas eran bastante caras, sino también porque siempre estaban agotadas. No se trataba de un museo que aceptara multitudes desproporcionadas, su intención radicaba en tratar de individualizar cada una de sus experiencias al máximo. Los mejores artistas y creadores noveles provenientes de todo el mundo, exponían en su interior sus obras más innovadoras y Casey sabía que no se trataban de simples cuadros o esculturas. La publicidad de las marquesinas que abarrotaba Filadelfia, así como su web oficial, lo vendían como la experiencia inmersiva más emocionante de todos los tiempos. Nunca concretaban nada, dejando que la imaginación del visitante jugase al misterio.

—Exacto. Para esta misma tarde —Dennis dio un golpecito a la entrada con el dedo índice—. Es mi segunda tarea. A ver si consigo que despiertes, escritora durmiente.

Cuando introduzco un pie en el río, las llamas me desgarran como un cuchillo alzado en las tinieblas y por un instante, o por una vida, entiendo que en efecto, las caricias, el miedo al olvido, la música de los besos, la memoria del amor, el grito de la propia muerte, al igual que una ilusión, no tienen fin.

53

Los libros son los espejos del alma.
VIRGINIA WOOLF

Por fuera, Wonderspaces se asemejaba más a un edificio que hacía las veces de almacén. No tenía nada de peculiar, nada que indicase al visitante que en su interior aguardaban maravillas. Ladrillo rojo, aspecto industrial, muy aséptico.

Sin embargo, al entrar, Casey tuvo la sensación de haberse sumergido en el libro de *Charlie y la fábrica de chocolate*. El museo parecía un caleidoscopio repleto de salas, de pasillos y galerías donde perderse. Según le informó la chica que comprobó su entrada, podía desplazarse por donde quisiera, sin un orden preestablecido: probar la pantalla de *body painting,* la lengua de metal que reproducía las olas del mar al tumbarse, la cena de realidad virtual donde viviría una aventura digna de Sherlock Holmes… La libertad era suya.

Había ido a primera hora de la tarde y para su alivio, el museo estaba prácticamente vacío. Lo primero que llamó su atención fue la gigantesca estructura que abarcaba casi toda la planta cero. Leyó el nombre de la creación en un letrero: Into the breath.

—Uau… —exclamó al caer en la cuenta— ¡Es un dragón chino!

Así lo delataba su forma, alargada, curvilínea, con una boca abierta en uno de los extremos que invitaba a pasar y descubrir sus secretos.

Hizo varias fotografías antes de entrar y quedarse extasiada. Las paredes del dragón estaban creadas a partir de bolsitas de té. La luz de los focos exteriores se filtraba a través de sus superficies blancas y cremosas para conferir una sensación de transparencia, de calma, de divinidad. Perdiendo todo rastro de inhibición, se tumbó en el suelo boca arriba, notando la suavidad de cada bolsita, y apoyó la cabeza en las manos.

—Podría estar aquí para siempre…

Cerró los ojos y absorbió cada sorbo de aquel té con sabor a paz.

No era consciente de que estaba gritando hasta ahora.

Respiro de forma entrecortada al tiempo que intento descubrir dónde me encuentro. El Flegetante ha debido encontrar la verdad en mi corazón puesto que su fuego no me ha devorado. Pero me ha regurgitado en un lugar oscuro, donde apenas atisbo sus límites.

El Juez Éaco fue quien me encomendó esta prueba: «Si el río se inclina ante ti, te permitirá acceder a un sueño inacabado donde solo tú tendrás las respuestas. Una duda fugaz, un arrepentimiento efímero, un paso atrás, y la balanza de tu Destino se romperá. Si te vences a ti misma, la prueba dará a su fin». ¿Qué quiso decir con eso? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Un susurro, un roce cerca de ella.

Abrió los ojos. Robbie se hallaba un par de metros a su derecha, escudriñando una de las bolsitas que conformaban el vientre del dragón. Casey sonrió entusiasmada.

—Algo me decía que te encontraría aquí —afirmó mientras se levantaba.

—¡Ey! —Robbie la saludó con una divertida reverencia—. Eso es que piensas en mí más de lo que deberías. O que nos gustan las mismas locuras al mismo tiempo.

—¿Qué hacías con esa bolsita?

—Leer un pensamiento, claro, como todos los que la gente ha dejado aquí.

—¿Eh?

—¿No te has fijado? Todas las bolsitas tienen escritas reflexiones. La verdad, es precioso leer unas cuantas, te sientes como si te adentrases en el corazón de esas personas… Mira, acércate, esta es fascinante.

La visión de aquellos mensajes enmarcados, le produjo una poderosa sensación de *déjà vu*. Por un momento, no entendió el escalofrío que recorría su cuerpo. Sin embargo, su mente sí intuía la causa… y le traía imágenes, tal vez recuerdos de una vida ajena, de una sala repleta de gemas… una sala que albergaba pensamientos y deseos de aquellos que ya no volverían a pisar la realidad…

—*Amor… buscando… verdad… muerte…* —Robbie lo leyó con cierto fervor—. Es brutal, no me lo negarás.

—S-sí, es… chulísimo…

Una sombra se había silueteado al otro lado de las paredes del dragón.

Los latidos de Casey martillearon sus sienes con tal fuerza que su visión se aclaraba y borraba con cada pulsación. La sombra pertenecía a un hombre, y el hombre portaba una capa.

—¿Quieres escribir uno? He traído un boli…

La figura negra giró en redondo y la capa ondeó al vuelo. Segundos después, desapareció sin dejar rastro.

—No, bueno, después, quizás. Me gustaría ver más… más salas —cogió el brazo de Robbie y se fijó brevemente en una frase garabateada con rotulador sobre su piel—. ¿Me acompañas?

El azul de los iris de Robbie se convirtió en zafiro.

—Me conoces demasiado bien: sabes que nunca te diría que no.

Cuando salieron del dragón, Casey repitió mentalmente la frase que Robbie había dejado marcada en su brazo:

«He cruzado océanos de tiempo para encontrarte».

Subieron las escaleras mecánicas y Robbie tiró de ella, entusiasmado.

—Eh, eso tiene buena pinta —dijo señalando el letrero de la primera sala. Junto a un pentagrama, podía leerse*: Esferas de la armonía*—. ¡Vamos a averiguar qué es!

Casey echó un último vistazo a su alrededor para asegurarse de que la inquietante sombra no reaparecía, y siguió a su amigo.

En contraste con el color beige que revestía las paredes del museo, aquella estrafalaria obra de arte, se hallaba al abrigo de la negritud. Suspendidas del techo, a diferentes alturas, decenas de esferas blancas pendían en una quietud perfecta.

—¿Para qué se supone que son? —preguntó la joven, y acto seguido les hizo una foto. Se alegró secretamente de haber incluido a Robbie en la instantánea.

—Todo aquí es interactivo, ¿no? —él se inclinó para ver más de cerca una de las bolas—. ¿Y si pueden tocarse? Te cedo el honor —dijo y Casey notó una tierna impaciencia en sus palabras.

—Vale, allá voy.

La oscuridad es rasgada poco a poco por una niebla rojiza. Me recuerda a los atardeceres en mi prado, solo que aquí la luz crepuscular no es natural, sino una especie de hechizo que lo impregna todo de una luminosidad sanguinolenta que me aterra y fascina a partes iguales.

Cuando la niebla toca mis pies, diversas flores y plantas emergen y se desgranan multiplicando sus colores, tamaños y formas. Me agacho para acariciar una de ellas. Y de repente me siento débil y mareada. Cada flor, cada hoja y tallo…

No son más que una mera y fría imitación geométrica. Nada de este prado posee vida.

Comienzo a temblar.

54

Mi imaginación me hace humano,
me da el mundo y me exilia de él.
URSULA K. LE GUIN

Posó las yemas de los dedos en una de ellas, colgada a la altura de su cintura. Una voz infantil reverberó en la sala.

—¡Por eso son esferas de la armonía! —Robbie se acercó para accionar la misma bola blanca. La voz de niña emergió de todas partes, gracias a un dispositivo de sonido envolvente. No se trataba de ninguna música, un solo término se repetía una y otra vez:

—Story —su tono suave, tímido, provocó en Casey un leve temblor, desde sus tobillos hasta la nuca—. *Story*. *Story*.

—Prueba con esta —Robbie indicó una esfera situada a cierta altura.

Cuando la rozó, una risa gravitó en el aire. Una risa femenina y masculina a la vez. Se unió a la voz de la niña formando un contrapunto subyugante.

—¡Ja, es una pasada! —Robbie tocó otra esfera y a su contacto, esta desprendió el eco de un beso. Eligió dos más alejadas y el siseo de una serpiente se trenzó con el sonido de unas tijeras al cerrarse.

Todo componía una melodía. Y la música que generaba traspasó a Casey con una fuerza que la atemorizó. Se quedó inmóvil, con las manos a los costados, respirando profundamente.

—Casey… —el rostro de Robbie ocupó toda su visión—. Oye, ¿estás bien?

—Creo que sí, es solo que… —se pasó una mano por la frente, como para comprobar si tenía fiebre, y se sorprendió al percibir una pátina de sudor—. No sé, en general… esto me recuerda a algo.

—Ya, es muy perturbador, ¿verdad? Espera, no me lo digas: ¿tu profesor te ha obligado a venir aquí también?

—¡A mi favor diré que me lo estoy pasando genial!

Robbie prorrumpió en carcajadas y Casey se relajó. Procuró no darle demasiadas vueltas a las sensaciones que aquellas esferas habían provocado en ella. Eran un misterio y estaba dispuesta a aceptar, a experimentar, a admitir que no siempre uno podía comprenderlo todo.

—¿Te cuento una cosa? —inquirió—. Ya sé a qué me recuerda esta sala, y estoy segura de que te gustará.

Robbie se sentó en el suelo y Casey vio en su gesto a Peter Pan de nuevo. Un niño perdido deseando escuchar una buena historia.

—Preparado. Dispara.

Ella permaneció de pie, y se apoyó contra una de las paredes negras.

—No se lo he contado a nadie, pero —suspiró— cuando era pequeña, mis padres no dejaban de discutir. Pocos meses después se separaron y… tranquilo, le pasa a muchas familias, ¿no? El caso es que yo odiaba aquellas broncas. Al principio, me escondía en el armario y me tapaba los oídos con las manos para amortiguar los gritos —la mirada de Casey se deslizaba de una esfera a otra, con melancolía—. Pronto llegué a la conclusión de que los oía igualmente, así que probé cerrando los ojos. Ahora me parece una tontería, pero para una niña que trataba de escapar de su situación, no lo era en absoluto. Sus chillidos llegaban a mí como un tornado y… creí volverme loca de tristeza.

La voz de la niña, la única en no enmudecer, seguía repitiendo de forma prístina la palabra Story. Casey se estremeció sin poder evitarlo.

—Poco a poco, aprendí.

—¿A qué? —musitó Robbie.

—A trasladarme mentalmente a otros lugares más bonitos y acogedores. Cruzaba el portal hasta Narnia o me hacía amiga de Matilda, o volaba junto a Atreyu en el dragón de la suerte, o descubría un botín pirata junto al gran Long John Silver… Esos viajes, esas fugas, eran mi secreto, y también mi salida si todo iba mal. A veces caía en un estado de trance porque en el fondo elegía no regresar. Prefería aquel refugio a mi propia realidad. Hasta que mi madre o mi padre me encontraban y se llevaban un susto de muerte intentando despertarme.

Story guardó silencio al fin y Casey, en compensación, rio de forma amarga.

—Esta sala, este museo, me hace sentir lo mismo. Tiene parte de esa magia. Es increíble…y da miedo al mismo tiempo. Tengo la sensación de que voy a cerrar los ojos, como cuando era pequeña, e irme muy lejos de

un momento a otro.

—¿Sabes por qué he escrito esta frase en mi brazo hoy? —atajó Robbie. Casey negó con la cabeza—. Es de Drácula, y mañana quizá me ponga mis deportivas con el dibujo de Totoro, y pasado, puede que me apetezca estrenar la camiseta de El Joker. No pienses que soy un tarado…

—No lo pienso para nada.

—… solo es mi forma de enfrentarme al mundo.

—¿Así que tú también…?

—Unos lo llamarían fantasear, otros creerán que somos unos cobardes que buscan evadirse a toda costa. Yo lo veo de forma diferente: la ficción salva vidas. Tal cual. No hay más verdad que esa. No pretendo huir de la realidad, pretendo mirarla a la cara desde una perspectiva que… en fin, no duela tanto…

—Que la embellezca —añadió ella.

—Elemental, querida Watson. Claro, eres una inventora de historias y un portal a la vez, eso es hacer trampas. Pero no somos los únicos, hay muchas personas amantes de la fantasía que no están dispuestas a rendirse. Tú no te rendiste cuando eras pequeña, ¿verdad? Sería una pena que te rindieras ahora.

Casey cerró los ojos un instante y se preguntó si podría encontrar Narnia, después de tantos años. Al abrirlos, la sombra masculina había regresado. La vio en el pasillo, con aquella enorme capa oscilando a merced de un viento que ni Robbie ni ella podían percibir. La sombra ladeó la cabeza, como si aceptara de buen grado haber sido descubierta, y con un movimiento elegante, caminó hasta perderse en dirección a las salas contiguas. Todo el cuerpo de Casey conformaba un latido. Su corazón le gritaba que fuera tras aquella figura, que si la dejaba escapar, algo terrible sucedería. Robbie siempre hablaba de la fantasía, de que la clave era creer… Y ella, nadadora en un mar de miedos, volvió a ser la niña que creía. Echó a correr tras la sombra sin escuchar la exclamación de su amigo, sin esperar siquiera a darle una explicación o a que la siguiera. Una esquina de la capa todavía ondeaba al final del pasillo, en dirección a la tercera planta. Casey arreció el paso, agrandó la zancada, subió las escaleras mecánicas de dos en dos. En el piso superior, vio cómo el espectro negro se deslizaba hasta entrar en la tercera sala. Cuando llegó, se detuvo para recuperar el aliento y leyó el cartel que anunciaba el nombre del experimento artístico que encontraría ahí dentro: Anima. Inspiró hondo y se decidió a descubrir qué demonios ocurría en aquel museo.

Por Zeus… No estoy sola… En este lugar hay alguien más…

La estancia, al igual que la anterior, volvía a ser negra. Era enorme y olía a incienso quemado. La niebla roja que la envolvía le confería un aspecto sobrenatural. A Casey le recordó a un atardecer. Un atardecer violento, donde el sol se ocultaba tras haber presenciado una batalla, o la pérdida de alguien querido, o el fin del mundo. Alzó la mano y extendió los dedos. La neblina se arremolinó en torno a ellos. Un ser vivo que anhelaba tocarla, saborearla, impregnarse de ella.

La atmósfera, de luz y textura extraterrestres, parecía invadida por presencias invisibles. Casey se fijó en las formas geométricas centrales. Componían un jardín artificial, lleno de flores y plantas metálicas. La niebla los transformaba en visiones fantasmales. Las rosas, lirios y amapolas absorbían y reflejaban la luz, adquirían la enigmática profundidad de una ilusión óptica. Una gran esfera, del tamaño de una persona, ocupaba buena parte de la pared del fondo. Se aproximó hasta ella y conforme avanzaba, la superficie de aquel sol simulado, comenzó a cambiar.

—Es un espejo… —murmuró al ver su imagen reflejada. Sin embargo, aquella idea inicial se quebró cuando la chica que le devolvía la mirada habló con una sonrisa aviesa.

—He cruzado océanos de tiempo para encontrarte. Y aquí estamos, por fin solas.

La muchacha que se parece a mí surge entre la niebla. No solo se parece. Somos idénticas. Incluso su voz es una imitación perfecta de la mía. Ese brillo de malicia en sus ojos supone nuestra clara diferencia. Se detiene a poca distancia y sonríe. Jamás había visto una sonrisa así, ni siquiera en Medusa. Contemplarla en mi propio rostro hace que me tiemblen las piernas.

—¿Quién eres?

—La cita de *Drácula*… —Casey tocó la esfera de luz, pero su imagen duplicada no se distorsionó. Al contrario. Clavó en ella sus pupilas con siniestra intensidad—. ¿Eres un dispositivo de grabación o algo así?

—No te sorprendas tanto. Yo soy tú.

55

La esperanza yace en la imaginación y en el coraje
de quienes se atreven a hacer realidad los sueños.
JONAS SALK

Un frío helador se apoderó de su cuerpo y abrazó sus entrañas. Casey deseó largarse de allí a toda prisa. Pero sus piernas no obedecieron.

La niebla tiñe su túnica de sangre y la convierte en una imagen espantosa. Es imposible… Imposible… Hasta que caigo en la cuenta.

—Mi hilo de la vida compartido.

—Solo eres un holograma —jadeó Casey—, con un… interfaz bastante bueno.

—Llámame como quieras —su sonrisa se amplía—, ¿soy tu doble? ¿Tu conciencia? ¿Esa otra cara de ti misma que no quieres conocer? Venga, adelante, resulta patético intentar darme un nombre cuando dentro de ti ya vislumbras la respuesta.

—Joder… —Casey se mordió la uña del pulgar. ¿Habría preparado todo aquello Dennis Reed con el siniestro placer de examinar su reacción? No lo consideró muy probable.

Inclinó su mentón hasta esconderlo bajo el cuello de su sudadera y preguntó:

—Vale, ¿qué quieres?

—Si eres aquella que sigue viva aunque mi hilo se cortara hace tiempo, ¿por qué me haces esto? ¿Qué quieres?

Comienzo a enfadarme, pero soy consciente de que es mi pavor el que habla. Mi doble levanta su dedo índice y realiza un bello tirabuzón de niebla. Sus

movimientos son lentos, etéreos, se regodea saboreando mis dudas. Posee mi rostro, pero también un aura de poder que la convierte en la diosa que tal vez yo nunca llegaré a ser.

—¿Y si no quiero nada? —Me desafía— ¿Y si simplemente disfruto con tu miedo? Oh, vamos, a estas alturas no me gustaría que anduvieras con rodeos. Respiras, sientes y vives con miedo, admítelo. Y, en serio, yo lo encuentro muy gracioso.

—No le veo la gracia —balbuceó Casey. Se sintió estúpida por contestarle a su reflejo, y esa sensación le dio fuerzas para espetar—: tengo miedo, sí, ¿y qué?

—Mientes —contraataco—. No tengo miedo, sé muy bien lo que quiero.

Ella rompe a reír y la niebla tirita con cada carcajada.

—Eres un engaño, como estas flores. Te crees llena de valentía, de seguridad… porque no tienes agallas para enfrentarte a la verdad. Ay, la verdad —simula un gesto de fingido dolor—, *ouch*, debe de doler bastante, ¿eh?

Casey enmudeció. Apoyó el peso de su cuerpo contra uno de los setos artificiales para no derrumbarse.

—¡Dímela! —grito— ¿Cuál es la verdad?

Un regusto amargo inundó la boca de Casey.

—¿A qué… te refieres?

—La culpa, tontita. Ah, conozco bien esa cara… Has oído un sonido esclarecedor en tu mente, ¿a que sí? Y ahora todo te da vueltas. Hummm, pero todavía no recuerdas del todo… No, claro que no… Eres un tapiz en blanco —roza su mentón con la punta de sus dedos—. Aun así anhelas pertenecer al reino de los muertos y estar con tu amado para siempre, para siempre, para siempre… ¿me equivoco? Qué tierno… No me malinterpretes, es muy curioso tener miedo y querer morir al mismo tiempo. Te lo dije: resulta patético.

Casey tragó saliva.

Se sentía como la gota derretida de un carámbano de hielo a punto de caer.

—No… tengo ni idea de… qué pretendes con esto…

Miro a mi alrededor buscando la manera de salir de aquí. Maldición. ¿Cómo se supone que debo vencerme a mí misma?

—Te saboteas todo el tiempo —se encoge de hombros y uno de los tirantes de su vestido se desprende. De pronto, ocurre una pequeña transformación. Su cabello… se torna negro, como el mío tras pasar por el Tártaro—. Él no desea que estés en el inframundo, y tú persistes sin descanso… ¡Ay! ¿No lo sabías? Pero lo intuías, pequeña tramposa… Intuías que incluso amándote, una parte de él te apartaba —chasquea la lengua varias veces, y con el sonido, sus ojos se oscurecen hasta ser marrones— pobrecita. Sola, aterrada, sin recuerdos… con el ridículo propósito de dejar de asir la vida y morir definitivamente…

Casey sintió náuseas. Un fuego acre se encendió en su estómago y alcanzó su garganta.

Varios puntos de tinieblas oscurecieron su visión.

—Holograma, espejo… lo que seas… piérdete, ¿me oyes? ¡Piérdete!

—Seguiré mi camino —sentencio.

Ella me dedica una sonrisa ominosa.

—Bueno… No hay que ponerse así… Si ese es tu deseo, ¿quién soy yo para negártelo? Una cosita más: te han dicho que no pueden revelarte cómo olvidaste tu pasado —guiña un ojo—, pero no te han prohibido investigar un poco y averiguarlo por tus propios medios, ¿verdad?

—Pero ¿qué…?

—Todos son conocedores de lo que te ocurrió —se muerde el labio inferior como si estuviera proponiendo una travesura—. Si yo fuera realmente tú… Buscaría a la persona que revela secretos ajenos. Y me daría prisa.

—La persona que revela secretos ajenos…

Tras una última risa, explosiona en miles de mariposas negras que deshacen la niebla hasta anegarlo todo con sus alas de muerte.

El sol artificial apagó aquel reflejo y volvió a emanar su colorida iridiscencia. Casey permaneció unos minutos muy quieta, respirando entrecortadamente. De pronto, un nombre acudió a sus labios.

—¡Robbie…!

Había salido corriendo sin contar con él y de pronto, tuvo la certidumbre de que era la única persona en la tierra capaz de darle sentido a lo que acababa de experimentar. Regresó en su busca, pero no estaba en la sala de de las esferas musicales, tampoco en toda la primera planta. Tras

bajar las escaleras, entró en el dragón chino. Nada, ni rastro.

¿Y si se ha enfadado? Dios mío, ¿y si no me perdona? No soportaría perderle, no podría…

Corrió hacia la azafata que había visto al entrar y le preguntó por él.

—Pues no me suena… ¿Un chico de tu edad, dices, con el pelo castaño y ojos azules? Lo siento, han salido dos mujeres, un señor en silla de ruedas y si no recuerdo mal, una pareja japonesa. ¿Ha venido contigo?

—No, pero hemos estado visitando el museo juntos.

La chica sonrió, amable.

—Entonces, debería seguir aquí. Aunque, si te soy sincera, no me acuerdo haber validado la entrada a nadie así esta tarde… Mmmm, tampoco consta en el registro digital... ¿Estás totalmente segura?

Casey abrió la boca.

Pero no logró articular palabra.

56

La fantasía siempre es solo una realidad
esperando ser activada.
JOE HILL

La persona que revela secretos ajenos.

Aquella frase la había mantenido despierta toda la noche. No era la necesidad de desentrañar su significado lo que la inquietaba, sino comprenderlo a la perfección. Un mensaje bien claro dicho por un espejismo de ella misma. Desde luego, si estaba deslizándose por el tobogán de la locura, aquello tenía que ser una evidencia tan grande como la estación de la calle treinta.

Su mente rechazaba todo lo ocurrido en Wonderspaces, pero la noche había insistido en su propio imperativo: fue real, y ella lo sabía. Aquel sol-espejo, la niebla, su propia imagen hablando… tenía un poder extrasensorial, como un relato de Poe, hechizante y horrible a un tiempo.

Estoy chiflada, es un hecho. Pero si una cosa he aprendido de los libros es que si tu doble, un fantasma o lo que sea, te aconseja buscar algo… ¡Búscalo, maldita sea!

Lo decidió en cuanto sonó el despertador, aunque no había dormido ni media hora seguida. En honor a Robbie, se puso la sudadera que le regalaron la Navidad del año anterior, donde podía leerse en letras de color morado: «Lo normal es aburrido».

¿Por qué no le pedí el móvil? ¿Por qué se fue sin despedirse? Y, ya que estamos, ¿por qué voy a hacer lo que voy a hacer?

Salió a la calle con una magdalena en la boca, refunfuñando por saltarse las clases, por la lluvia intermitente, y por aquella nueva angustia que redoblaba sus mordiscos conforme avanzaba directa a la consulta de Marianne Walker.

Cuando las mariposas desaparecen, estoy de vuelta en la alcoba de Hades. Una emoción extraña me embarga al saber que lo he logrado, he superado las dos primeras pruebas. Solo me queda conocer cuál será la tercera.

Miro a mi alrededor porque de pronto me siento en un sueño de nuevo. Toda la estancia se halla sumida en la penumbra, tal y como la recordaba, pero su aspecto ha empeorado. Los cortinajes se han desgatado tanto que cuelgan, incoloros y deshilachados; los Atlantes han perdido su rostro y parte de sus manos. El mármol se desprende de ellos con un ruido sordo, como si hubieran entendido que no desean permanecer aquí, y sus restos se esparcen a sus pies en una visión decadente; el reloj de sol, cuyos relatos habían desaparecido, ahora muestra profundas grietas que me hablan del vacío y el dolor sin necesidad de palabras.

Y al fondo, en un rincón revestido de sombras, está él.

Al principio solo distingo el brillo de sus ojos de lobo en la semioscuridad. Me acerco, con el estúpido temor de que se desvanecerá de un momento a otro. Sonríe con tristeza, pero no es su expresión lo que me hace detenerme. Su capa, su túnica, su coraza negra… se han tornado grises, desteñidas, bañadas del color de una lechuza espectral. Su colgante con forma de ojo de cerradura se ha oxidado. En las tiras de cuero que cruzan su pecho, relampaguean palabras rápidas, certeras:

La noche se muere, se muere, se muere

Mi interior se quiebra en un precipicio sin fondo.

—¡Casey! —la doctora extendió los brazos al verla, pero no llegó a abrazarla, como si de repente hubiera comprendido que tanta efusividad estaba fuera de lugar—. Me dejaste preocupada el otro día… No quise molestar a tu madre —hizo un gesto con la mano mientras se dirigía hacia su ordenador—, hay cosas a las que es mejor no darles tanta importancia y no es preciso tener un título en Psicología para que me diera cuenta de que no estabas teniendo un buen día. Pasa, pasa, cielo, siéntate.

Tenía los ojos demasiado grandes, pensó Casey, como si pudiera comérsela con ellos, absorberle la verdad. *¡Qué ojos tan grandes tienes, doctorita!*

Las plantas de plástico, los cuadros abstractos y los animales de cristal poseían una cualidad distinta. Más lúgubre, amenazadora. Al menos había podido entrar al despacho sin problemas; la secretaria de Walker brillaba por su ausencia.

—Lo siento, de veras —*si Conor estuviera aquí, aplaudiría esta actuación digna de un Oscar*—, me fui enrabietada, tuve una mañana terrible en el instituto y me pudo la presión. Venía para disculparme, no me he sentido bien desde entonces pensando en lo estúpida que debí de parecerle.

Los anillos de Walker tintinearon cuando tecleó brevemente.

—No pasa nada, Casey, es completamente normal. Además, es muy positivo que hayas decidido visitarme porque…

—¿Me podría traer un vaso de agua? —pidió con su mejor sonrisa—. He venido corriendo y tengo la boca como el desierto de Nevada.

—Cómo no, cariño, eso sí, tendrás que esperar sola un segundo, mi asistente tiene el día libre —se levantó y tras plisarse la falda, se dirigió hacia la puerta—, vuelvo enseguida y no te preocupes, esta mañana solo tengo un paciente —consultó su reloj—, dentro de una hora, así que podremos charlar un buen rato.

—De acuerdo.

Se abstuvo de añadir: «no hace falta que se dé prisa».

Aguardó unos instantes para comprobar que no regresaba y giró el portátil en su dirección. Si tenía un poco de suerte, la maravillosa doctora habría abierto su expediente en cuanto se sentó.

La persona que revela secretos ajenos.

—Bingo…

Ahí estaba, su fotografía, su nombre, y lo importante, su historial.

La inquietud tironeó de ella. Sin poderlo evitar, cogió el colgante de la llave y lo aferró en su mano izquierda. Una voz interior, procedente de sus nervios al desnudo, aullaba de terror.

Aquí debe de haber algo, Casey… Esta pantalla guarda los secretos revelados… ¿Qué pretendes encontrar? ¿Trauma por divorcio? Ah, no… Quieres encontrar otra cosa, ¿es eso? NECESITAS encontrar otra cosa.

Su parte lógica le impedía desviar la mirada al resto del expediente, le decía que lo dejase, que tal vez no mereciera la pena. Su parte impulsiva se instaló como una necesidad física: ver aquel portátil le pareció tan vital como beber o respirar.

Le temblaban las manos de tal forma que falló dos veces al deslizar el ratón. Tuvo la sensación de tardar cien años en enfocar la vista y se imaginó en una especie de pesadilla en la que se quedaba ciega de manera lenta e inexorable justo antes de descubrir algo importante. Entonces, otra voz sofocante, quizá desde su instinto, comenzó a repetir:

¿Y si no quieres saberlo? ¿Y si en realidad no hay nada? Deja ese ordenador, Casey, va en serio, déjalo estar, por favor, POR FAVOR…

57

Hay algo más importante que la lógica:
la imaginación.
ALFRED HITCHOCK

—Voy a hacerlo. Punto —dijo en un silencio desnaturalizado.

El pulso se descontroló por todo su cuerpo. Aun así, sus ojos consiguieron centrarse en las letras en negrita de la pantalla.

Nombre: Casey Moore
Edad: 17
Diagnóstico: Shock post-traumático severo.
Negación de la realidad.
Amnesia disociativa.
Delirios asociados.
Tratamiento: -

No llegó a leer nada más. Ya muy próxima al verdadero horror, Casey huyó a toda prisa.

Me rompo al sentir su cuerpo abrazar al mío. Me rompo en el tiempo, en la noche feroz, en esas lágrimas que he visto prendidas de sus pestañas. Sin saber cómo reaccionar, entierro mi rostro en su pecho, y cierro los ojos con fuerza al percibir que no asciende y desciende como siempre lo ha hecho, en una respiración intensa, honda… Es como… como si no requiriera tomar ya aire… Como si el silencio se alimentara de su corazón. Su mano se enreda en mi cabello y noto su temblor, la crispación de sus dedos, la necesidad de retenerme así por siempre.

No pensó en regresar a casa, ni siquiera en llamar a su madre o ampararse en la rutina del instituto. Un impulso ametrallador surgió de ella: debía buscar a Robbie. Era la única persona que la creería, la comprendería, y aliviaría el peso que la fracturaba por dentro. Su nombre se repetía una y

otra vez en su mente hasta el punto de gritarlo conforme corría.

—Robbie… Robbie, ¡Robbie!

Pero, ¿por dónde empezar? Siempre se habían topado, la casualidad había obrado a su favor. Recordó todas las ocasiones en que se encontraron y dónde. Sería difícil dar con él en una ciudad tan grande. La chica del museo aseguró no haberle visto la tarde anterior, por ejemplo…

Robbie tiene sus recursos, seguramente es amigo de alguien allí, como pasó… ¡en el Zoo! ¡Dijo que Weasley le conocía!

Antes de bajar a la estación de metro, dejó de llover. Casey lo consideró una buena señal, aunque su sonrisa parecía más bien un gesto de dolor.

Completamente entregado a las tinieblas. En cuerpo y alma. El dios de los muertos pertenece a ellas, ellas le pertenecen. Las siento en cada una de sus caricias, en el frío que emana su cuerpo. Una leve risa borra el silencio. Mis músculos se relajan un instante al escucharle.

Un rey, un fantasma, un niño que ríe con la pureza de un cuento nunca pronunciado. Entonces un escalofrío me hace encoger. No se está riendo.

El sonido del llanto forja un canto de tristeza entre nuestros alientos.

—¡Eso es imposible! —la voz de Casey surgió temblorosa y se elevó un poco, como una súplica—. Él me comentó que os conocíais y que le permitías pasear por el Zoo de noche a sus anchas…

Weasley se rascó la nariz y la miró con un punto de recelo en sus ojos. *La leona moribunda,* unos metros detrás de él, parecía observarles con atención.

—Mira, Casey, hablamos un rato, te dejé en el saco de dormir, bajo la pasarela de los tigres, etcétera…Y nos vimos a la mañana siguiente. Que yo recuerde estabas sola.

—Cuando desperté, Robbie ya se había ido… —aquella respuesta le recordó a uno de los relatos más cortos del mundo, *Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí,* y le produjo una sensación de mal presagio.

—El problema es que no conozco a ningún Robbie, te lo repito, no le conozco ni en el Zoo, ni en mi vida personal. Lo tuyo lo hice como un favor al loco de Reed, pero no creas que la gente viene a pasar las noches aquí para divertirse. Y si lo hacen, es en grupos supervisados, pagando y con sus datos bien apuntaditos. Y aunque no tengo ni idea de quién diablos es el tal Robbie, ya has visto que he comprobado esos datos con las personas que han contratado la experiencia nocturna de unas semanas hasta ahora: y nada, Casey. Luke tampoco vio a nadie excepto a ti, y te aseguro que si tu

amigo se hubiera colado en el recinto, Luke le habría echado sin contemplaciones… Puede que, no sé, lo soñaras —se ajustó el uniforme del Zoo y carraspeó—. En fin, oye, siento no poder ayudarte más, pero hoy tenemos jaleo, así que…

—¡Espera un…!

—Dale recuerdos a Dennis de mi parte.

De pronto, por primera vez, un pensamiento agudo y potente se abrió paso con la fuerza de una bofetada. Negó con la cabeza para alejarlo, y se pasó una mano por el pelo.

—Los Jardines Mágicos —dijo en voz alta, y soltó una risita asustada.

Cuando se encontraron allí, días atrás, uno de los niños le pidió otro cuento, recordó. «Siempre nos cuentas dos…». Suspiró hasta llenarse de un nuevo alivio. Robbie debía de narrarles sus historias de forma habitual. Alguien tenía que haberle visto.

Quiero deshacer su abrazo, mirarle a los ojos y preguntarle qué ocurre. Él me sujeta, temeroso de perderme, y apoya su rostro en el hueco de mi hombro. Al hablar, sus labios con aroma a tormenta rozan trémulamente el lóbulo de mi oreja.

—Ya es inevitable.

58

La desgracia de Don Quijote no fue su fantasía,
sino Sancho Panza.
FRANZ KAFKA

En los Jardines Mágicos se hallaba el grupo de niños que descubrió la última vez. No supo si eran los mismos, y se sorprendió al volver a rezar a sus autores y musas de la niñez para que la ayudasen en aquella tesitura casi demencial. Los pequeños jugaban, reían y charlaban en corro, justo como los recordaba. Aunque Robbie no estaba en el centro, ni en ninguna otra parte.

El cielo nublado había desprovisto de luz al lugar, que en aquel momento se le antojó apagado. Si había albergado magia alguna vez, esta se marchó con el sol y con Robbie.

Entonces, la vio. La madre de pelo rosa que le había parecido un personaje de *manga* japonés. Era inconfundible. Se acercó y le describió a Robbie con renovada seguridad. Ella le diría que le conocía, por supuesto, que su niña adoraba sus cuentos, que iban allí precisamente para escucharle cada día y…

—¿Un cuenta cuentos? ¿Aquí? —la mujer toqueteó sus mechones rosas —. Pues, no, la verdad. Y eso que traigo a mi Lily todas las mañanas. Es muy pequeña todavía para ir al colegio y, *puff*, yo trabajo por la noche, que es cuando se queda con su padre, así que prefiero verla jugar en los Jardines a dejarla en una guardería. Crece muy rápido y no me quiero perder nada de ella. Ay —sonrió—, empiezo a hablar como mi madre.

—Sí, la entiendo… Pero el otro día… bueno, coincidí aquí con mi amigo y los niños le pedían más historias, en fin, no sabía de su faceta como cuenta cuentos, pero pensé que venía aquí por costumbre… Esto fue la semana pasada, no recuerdo el día…

—Ni falta que hace, ¿verdad Lily? —la pequeña se había alejado el

corrillo para abrazarla entre risas—. ¿A que nunca hemos visto a un chico que cuenta cuentos?

Lily, que seguía llevando el pelo recogido en dos coletas, se quedó mirando a su madre, y después a Casey. Se encogió imperceptiblemente de hombros antes de acurrucarse en el regazo de la mujer.

—Es muy vergonzosa… Pero muy buena, ¿eh, tesoro?

La niña ocultó su rostro en la falda de su madre.

—Lo siento —se disculpó esta—, si viste a tu amigo, sería en otro sitio…

Aquello era el colmo. Las mejillas de Casey ardieron de impotencia.

—Oiga, no quiero ser insistente, pero sé que usted lo vio, ¡que Lily lo vio! Porque ambas estaban justo en esta plazoleta ese día.

—¿Eres una de esas adolescentes problemáticas? —el pelo rosa de la mujer pareció electrificarse—. ¿No deberías estar en el instituto? No vi a ningún chico, ¿de acuerdo? Los niños vienen a este rincón de los Jardines y se juntan porque han hecho buenas migas, juegan, inventan sus cosas, ¡como lo hacen todos los críos! Igual tienes un problema grave, háztelo mirar. Vámonos, Lily.

Ay, Dios.

Negación de la realidad.

Cogió su móvil de la mochila y comprobó las fotografías que había tomado en Wonderspaces. Había hecho una a Robbie en la sala de las esferas de la armonía sin que él se diera cuenta. Sus sentidos, agudizados a un grado casi sobrenatural, detectaron un levísimo crujido, como el del hielo al fracturarse. Tardó unos segundos en darse cuenta de que había sido su respiración. Los dedos se tensionaron en torno al móvil.

Me voy a desmayar, creo. Aquí, delante de los niños. Caeré en esta plazoleta llena de muñecas, ruedas de bicicletas, tazas de té rotas y azulejos de colores. Si tengo suerte, me despertaré antes de que nadie coja mi móvil y busque a mi madre en la agenda o llame a emergencias. Pero, incluso así, la realidad seguirá siendo la misma.

En la foto no había nadie. Únicamente las esferas, suspendidas en un cosmos negro.

Delirios asociados.

El miedo ramificó en sus entrañas, devolviéndole a la indefensión de la infancia.

Mi madre, pensó febril, mi madre sabe algo. Pero ni por un millón de dólares la llamaría. Tengo que ir a casa. Como en el mago de Oz, las respuestas siempre

te esperan cuando vuelves a casa.

59

Lo mejor de la fantasía es que puedes arrastrar
sueños y anhelos, esperanzas, miedos y esfuerzos fuera
de tu subconsciente y llamarlos «magia» o
«dragones» o «hadas».
ROBIN MCKINLEY

Thánatos sonríe al vernos entrar en la Sala de los Tres Jueces. Parece un espectro en consonancia con el blanco mortal que nos rodea. No esperaba verle aquí, no el día en que mi destino se desplegará de una vez por todas.

He atravesado el Tártato, le dicen mis ojos encendidos*, me he enfrentado a Medusa, he hablado con las Moiras, he vencido a la mitad de mi hilo de la vida… No creas que voy a titubear por ti.*

Él inclina la cabeza ante Hades con cierta satisfacción, pero sigue guardando silencio. Hades no se inmuta. Avanza conmigo a su lado y por un momento mi piel se eriza al pensar que todo esto forma parte de una ceremonia. Me había prometido a mí misma no dejarme vencer por los nervios y sin embargo están aquí, punzantes de expectación a la última sentencia que los Jueces deseen realizar.

Mis pensamientos divagan hacia mi prado, la casita perdida más allá de la aldea, Psique, y mi madre. No es melancolía o añoranza lo que siento. Es valor. El inframundo, Hades, el vaticinio de Tiresias, las pruebas… todo me ha fortalecido. Y cuando Radamante, el único de los Jueces que no dictaminó su sentencia, me señala, sé que estoy preparada.

Casey y su madre habían llegado a un acuerdo basado en la confianza mutua años atrás: ninguna entraría en la habitación de la otra si prometían no guardar secretos. Kate había incumplido esa promesa. *Si tus ausencias, silencios y respuestas extrañas son un indicador de mentiras, mamá, tu dormitorio debe de ser un regulador de potencia al rojo vivo.* Así que Casey no titubeó al abrir la puerta y dirigirse como una flecha a los cajones de las mesillas. Tenía todo el derecho, maldita sea. ¿Shock post-traumático?

¿Amnesia disociativa? ¿No eran acaso el mayor y más oscuro de los secretos?

La sensación de irrealidad volvió con una violencia atroz y por un momento, se vio a sí misma rebuscando en la cómoda de su madre con la enajenación propia de un demente.

Mientras sacaba camisetas, blusas y ropa interior, la voz de Dennis Reed tronó en su mente: *Casey, ya sabes lo que decía Sherlock Holmes, «cuando se elimina lo imposible, es preciso creer que lo que queda, por improbable que sea, es la verdad»*. Zapatos, joyas, pantalones, jerséis…

Robbie contraatacó desde el lado opuesto de su cerebro: *«Dile a tu profesor que el autor de Holmes también creía en lo fantástico, en las hadas y los fantasmas. Además, ¿qué es la verdad, eh? ¿Acaso estás segura, SEGURA, de que nadie me ha visto salvo tú?»*.

Desesperada, miró en torno suyo.

Sobre el suelo alfombrado con las pertenencias de su madre, habían florecido cientos de lirios amarillos. Su perfume a miel y especias se hizo insoportable. Conforme los nuevos capullos se abrían, mariposas negras surgían de su interior. Algunas permanecieron adormiladas sobre los pétalos, la mayoría alzó el vuelo y salpicó la habitación. Las paredes, de pronto, habían abandonado su tono crema para tornarse rojas. *«¿Y si realmente eres la protagonista de una historia, Casey Moore?»,* dijo Dennis y las mariposas se estremecieron con el eco de su risa. *«¿Quieres conocer el final de tu libro?»*.

—Tal y como Tiresias predijo, las tinieblas intentaron devorarte, los hilos más allá del laberinto de las letras se lanzaron furiosos en tu contra, tu rostro te habló de tu propia sombra… Y triunfaste sobre todos ellos. Eres digna reina de lo que una vez te fue arrebatado. Mi prueba, Perséfone, no es sino el final de tu camino.

Se inclinó para investigar debajo de la cama. Decenas de bolas de cristal rodaron hasta sus rodillas para impulsarse y girar sobre los muebles, ascender por su cuerpo o deslizarse por el techo. Con la respiración acelerada a extremos de hiperventilación, Casey se fijó en las joyas desperdigadas. Los anillos de su madre, colgantes, pendientes… De pronto eran brújulas. Y todas marcaban puntos diferentes.

Casey… La voz de Robbie perdía intensidad, sonaba asustada en un reflejo de sus propios terrores. *Casey, escúchame, no… no te aferres con tanta fuerza a la realidad… La realidad mata, quema, aniquila…*

El estallido de un trueno sacudió el dormitorio para invocar al viento.

Las mariposas se desperdigaron enloquecidas, los lirios bambolearon como estrellas inquietas, las esferas se quebraron en miles de fragmentos.

¿Y si no dejases de soñar? Robbie imploró a lo lejos, recuperando las mismas preguntas que le hizo en el Zoo. *¿Y si la realidad es un maldito espejismo?* La pregunta se asemejó a un grito indefenso. *¿Qué pasaría entonces? Habría esperanza, Casey…* Un nuevo trueno devoró sus súplicas y la habitación de su madre se llenó con otras voces.

—El círculo se ha completado —Casey sentía cómo las mariposas se posaban en su ropa, en sus mejillas, en su pelo.

—Tu coraje te ha salvado, ahora ni siquiera Thánatos podría despojarte de tu derecho a decidir.

No es posible… ¡NONONONO…!

—¡Él! —exclamo— ¡Fue él!

«La sombra blanca de palabras traicioneras te engañó para cruzar el Leteo».

—¡Él me hizo esto, me hizo olvidar, me mató!

Thánatos despliega sus alas membranosas como si me desafiara, sin embargo su rostro ya no sonríe. Me devuelve una mirada de desprecio antes de arrodillarse.

—Mi reina…

El viento arrancó varios lirios y los arremolinó en un pequeño torbellino de esferas, mariposas y voces de otro mundo. Casey los vio gravitar antes de que se precipitaran en el altillo del armario de su madre.

—Silencio, Thánatos —Hades, que no ha dejado de sujetar mi mano, ni siquiera se vuelve—. Ella nunca será tu reina. No lo será de nadie, si puedo evitarlo.

Allá arriba, Casey divisó una caja con ilustraciones infantiles y la reconoció de inmediato. La aseveración de un dios llegó a sus oídos con tal nitidez que se giró un instante para comprobar que estaba sola.

—Acato tu tercera prueba, Radamante, porque no será la última.

No había visto aquella caja desde su niñez. Recordó vagamente que su madre guardaba en ella sus dientes de leche, el reloj de su padre, su primer sobresaliente en Matemáticas…

A un gesto del Juez, la Rosa de los vientos vibra bajo nuestros pies y se transforma en un río de aguas cristalinas.

—Es el Mnemósine —Radamante se reclina en su trono—, el río del recuerdo.

«Un río te quitó lo que una vez fuiste, un río te lo ha de devolver».

Me enjugo los ojos, sobrecogida. Aun así, mi vista se hace añicos cediendo a los latidos que amenazan con manar de mi cuerpo.

Casey alcanzó la caja sumida en un revuelo de pétalos y alas negras. Al abrirla, varias fotografías salieron despedidas.

—Adelante —Hades besa mi frente. Sin embargo, sus ojos, mendigos de la noche, parecen besarme hasta el alma—. Sé que no tendrás miedo.

También ahí, bajo una concha de mar y un recuerdo de Nueva York, ondeaba un papel… Un recorte de periódico.

—Prometo que estaré a tu lado. La muerte sin amor es solo una herida abierta… Casey tomó el papel entre sus dedos. Sintió que su visión se duplicaba, se triplicaba…

—Y tu luz nos curará.

Sonrío antes de dar un paso atrás… y otro…

—Recuerda —murmuro entre lágrimas—, la vida duele, la muerte está llena de sueños infinitos… Por eso te amaré siempre, incluso desde la otra orilla…

Cuando mi pie se funde con el río, la oscuridad relampaguea enmascarada de lirios del color de una plegaria.

Casey se desplomó en el suelo. En su mano todavía permanecía el recorte de periódico cuya fecha se remontaba a junio.

Joven de diecisiete años muere
ahogado en el Delaware tras un
aparatoso accidente de moto cerca de Spruce
Harbor Park. Su novia, que
también iba en la moto,
ha sobrevivido.

60

La fantasía es escapista, y esa es su gloria.
J.R.R.TOLKIEN

El frío contacto de la nieve la despertó.

Se frotó los ojos, creyendo que su visión se había tornado borrosa, pero pronto comprendió que se debía a la niebla, que lo abarcaba todo

Todavía en el suelo, Casey levantó la mirada. El único punto de luz existente en aquel páramo blanco lo componía una farola. Su luz aureolada de azul impregnaba el aire, plateaba la nieve y resaltaba las gotitas en suspensión de la niebla. Más allá de donde se encontraba no parecía existir nada más. Tan solo oscuridad, quizás una infinidad de abismos.

—¿Te has perdido?

Casey se volvió en redondo para descubrir a un fauno. Con su bufanda roja y sus patas peludas, no surgía de la niebla… se creaba a partir de ella. Abrió la boca, pero no respondió. Ya sabía dónde estaba, al menos eso creía. Aquella farola de estilo inglés… el fauno…

—Me presentaré, aunque estoy seguro de que ya nos conocemos —cambió el paraguas de mano y se la ofreció, para estrecharla o ayudarla a levantarse—. Señor Tumnus, encantado.

Casey titubeó antes de extender la suya.

—No estás perdida, ¿ya lo sabes, verdad? —una sonrisa de dientes blanquísimos flotó en la penumbra invernal—. Lo que pasa es que hay muchos caminos para escoger y no todos conducen a la salida.

A la sonrisa se le unieron unos bigotes y a estos, unos grandes ojos de gato. Finalmente, Casey aceptó la ayuda de Tumnus y se incorporó, aunque tuvo que apoyarse en la farola para no caer de nuevo.

¿Narnia? ¿El gato de Cheshire?

—Además —añadió el felino desvaneciéndose y apareciendo sobre su hombro—, esta de aquí quiere ser escritora… ¡Ja! Un autor no entiende el

significado de su propia obra mejor que los demás. Si está perdida, no es aquí o allí, es en su cabeza. Puede que le venga bien perderla del todo…

—Y-yo… —balbuceó Casey de forma tan estrangulada que nadie la oyó.

El fauno hizo un mohín.

—No me parece buena idea, gatito. Ha conseguido llegar hasta aquí, eso no nos lo esperábamos, tienes que admitirlo.

—¡No puede esperarse nada de ella, fauno! —terció otra voz, grave y ronca—. No de los que no saben apreciar un buen tesoro. Y esta bucanera de tres al cuarto, lo tenía justo enfrente de sus narices.

Un hombre ataviado con las ropas propias de un pirata y una muleta en lugar de pierna apareció entre la niebla y avanzó hacia Casey. Al verla, escupió un grumo de tabaco que impactó contra la nieve.

—Long John Silver —se señaló con un cabeceo rápido que dejó al descubierto los fuertes tendones de su cuello—, propongo: llevémonos el botín lejos de ella y celebremos con una botella de ron que hay una incrédula menos en nuestro mundo.

Estoy soñando, se obligó a pensar Casey, pero todo era demasiado. Demasiado real, demasiado tangible, demasiado brillante. Incluso el oxígeno que entraba en sus pulmones estaba helado, impregnado del olor a té del fauno, del sudor del lobo de mar, del aliento de felino mezclado con tartas de no-cumpleaños.

La niebla engendró entonces una nueva forma, pequeña y ágil, acompañada del sonido de una flauta dulce, que sobrevoló la farola y se posó junto a Casey.

—¿Qué tramas, Silver? Nada bueno siendo un pirata —Peter Pan puso los brazos en jarras y sonrió de oreja a oreja—. El gato ha dicho que era escritora. ¡Una auténtica inventora de historias! Yo voto por oírlas todas —colocó dos dedos en su boca y a su silbido acudieron, como fantasmas que cobrasen vida, sus inseparables niños perdidos, encabezados por Campanilla. Risas y murmullos se alzaron en el Páramo del farol hasta que Peter los acalló con un gesto imperativo.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente—. Queremos miles de cuentos, ¡y que yo sea su protagonista!

—Diablos, niño —protestó Silver—, esta mujer no sabría ni cómo empuñar una pluma llena de tinta. ¿Es que no veis lo que os digo? El tesoro está a su alcance y ni siquiera va a intentarlo. Por las barbas de Neptuno, habría que ahogarla en un barril de anguilas…

—Ya lo advertí —del gato solo se veían sus orejas—, tendríamos que

cortarle la cabeza y ver qué tiene dentro.

—Calmaos un momento —Tumnus pataleó la nieve con sus pezuñas y después se dirigió a Casey—. Tranquila, solo están un poco nerviosos, todos lo estamos.

—¡Yo no! —Peter cruzó las piernas y flotó sobre Silver enseñándole la lengua—. Pero si existe el tesoro del que habla este viejo besugo, prefiero tenerlo en mis manos.

—¿Viejo besugo? —Silver se quitó su tricornio para tratar de golpearle —. ¡Insolente, brabucón, niñato!

—No se refiere a un tesoro común, sino a una metáfora —una nueva voz se impuso a las demás—. Palabras en lugar de monedas, diamantes, fe, coronas de oro, pasión, rubíes, voluntad, que sueltos no conforman gran cosa, pero juntos tienen el poder de sacudir la Tierra de la Realidad.

La niebla había regurgitado a un hombre alto, rubio, de mirada inquisitiva, con una M bordada en su uniforme negro de bombero. Durante un breve periodo de tiempo, el Gato de Cheshire, el señor Tumnus, Long John Silver, Peter y sus niños, guardaron silencio. Casey trató de dilucidar si era debido a la afirmación del nuevo personaje o al temor que este despertaba.

—No me gusta la Tierra de la Realidad… —lloriqueó uno de los niños perdidos.

—Guy… Basta —titubeó el fauno.

—¡Montag sí que sabe de lo que hablo, pardiez! —se regocijó Silver.

Dios…Guy Montag, ¡el protagonista de Fahrenheit 451! ¡El bombero que quemaba libros antes de rebelarse y protegerlos!

Se aproximó hacia Casey y la escrutó con ojos acusadores. Ella no se movió ni un ápice.

—*Hum*, interesante —murmuró.

—¿Está loca? —carcajeó el gato.

—Si lo estuviera, podría sernos más útil —Montag se ajustó la gorra con aire marcial y esbozó una sonrisa que hizo temblar a la joven—, pero mucho me temo que el señor Silver, ebrio o no, dice la verdad.

—¿A qué te refieres? —tanteó Tumnus.

—Es evidente —acusó con su dedo índice a Casey—. Antes nos amaba, ahora nos teme o, peor aún, nos desprecia. Cree haber perdido lo que en su mundo llaman «la chispa», la imaginación, el motor que la impulsaba a seguir creando, y vive dominada por el miedo, al igual que muchos otros cascarones vacíos. El miedo y la realidad matan. Lo he visto en los hombres

y mujeres que destruían los libros como si fueran basura digna de arder. Tal es su brutalidad. Quizá…—torció los labios en un gesto despectivo— seas una grandiosa oficinista, puede que llegues a política o banquera. Felicidades.

Me están juzgando, ¡la fantasía juzga si merezco conservarla o renunciar a ella!

—Da miedo —Peter desvió una mirada afligida a Casey, como pidiéndole explicaciones. El resplandor de Campanilla se fue apagando poco a poco.

—¡Insensatos! —un sonido metálico de armadura oxidada se aproximó hasta cobrar forma corpórea—. Todavía hay esperanza. La realidad puede recordarnos cada una de nuestras debilidades, ¡sí!, mostrarnos su faz más amarga, tentarnos para caer en su negrura… —el anciano caballero inclinó la cabeza ante Casey y sus palabras siguieron brotando con estremecida emoción—. Yo, Alonso Quijano, he sufrido sus envites, mas no he desfallecido. Dadle una oportunidad. El dolor de esta muchacha la ha hecho olvidar, balancearse sin remedio en un mundo donde los que permanecen cuerdos son reyes, y los creadores son reducidos a bufones. Cabalgamos con la justicia, los molinos y la incredulidad en contra, pero ella luchará, y a fe mía que vencerá. ¡Y aunque deba deshacer los entuertos de la realidad, no estará sola, pues nosotros seremos su valentía y su lanza!

Casey lloraba sin darse cuenta de que lloraba. Durante unos instantes todos se la quedaron mirando, como si se debatieran qué hacer. Entonces, una risa conocida invadió la niebla y la tornó dorada. Su dueño caminó hacia Casey y los allí presentes se apartaron a su paso con una devoción reverencial. El chico acarició su mejilla y sonrió.

—Robbie…

—¿Estás preparada ya para ser un portal, Casey?

61

Los escritores somos seres heridos.
Por eso creamos otra realidad.
PAUL AUSTER

El despertar fue brusco.

Solo que no estaba despierta. El Páramo del farol había dado paso a una habitación de hospital ocupada por un cuerpo tendido en una cama. El número de tubos y máquinas conectadas a él, hicieron pensar a Casey en la creación de Frankenstein. Casi sintió los truenos, casi vio al científico enfebrecido accionar una palanca. Al otro lado, escuchó murmullos de enfermeras, pasos apresurados y el inconfundible repiqueteo de las ruedas de las camillas.

Cuando se acercó para ver el rostro de la persona cuya vida se silueteaba en un monitor cardíaco, notó todo el peso de la verdad cayendo sobre ella como el relámpago que resucitó al monstruo de Mary Shelley. De alguna manera, ya lo había intuido, su subconsciente estaba seguro, y aun así… El impacto de descubrirse a si misma fue demoledor.

Se quedó muy quieta durante lo que le parecieron horas, contemplándose con la asombrosa serenidad que le confería entender que se hallaba entre dos planos de la existencia. Le habían colocado una sonda, un respirador de oxígeno, una vía para mantenerla hidratada, cables en sus dedos y en su pecho para controlar sus latidos…

Cerró los ojos, gritó, volvió a abrirlos, gritó de nuevo. Su otra yo permanecía inalterable. El electrocardiógrafo solo registró un leve aumento de pulsaciones antes de continuar sus trazados uniformes y constantes. Por un momento, le pareció bien. Quizá fuese mejor así. Sin dolor, dejándose ir poco a poco. Tan fácil… tan atrayente como la más deliciosa melodía. Sí, era un portal, Robbie estaba en lo cierto: un portal definitivo hacia la nada. Tal vez lo hubiera sido desde el principio. O desde junio, qué más daba.

Un médico entró y tras comprobar algo en su portafolio con el logotipo del Hospital Temple de Filadelfia, examinó la bolsa de suero y el monitor. Acto seguido extrajo una pequeña linterna del bolsillo de su bata y con las manos enguantadas, entreabrió los párpados de la Casey física. La Casey incorpórea se inclinó para ver lo mismo que él: una nula respuesta de la pupila. La respuesta motora corrió igual suerte. El hombre, de unos cincuenta y tantos años y pelo canoso, suspiró tras la mascarilla que cubría su nariz y boca, y movió la cabeza antes de tomarle la tensión arterial de manera manual. Apuntó los nuevos datos y salió.

Estuvo tentada de seguirle, pero pensándolo mejor, no tenía ningún interés. Desconocía cuándo su cuerpo se abandonaría a la oscuridad o qué debía hacer para acelerar ese proceso y aunque se sintió despreciable por pensar así, no se arrepintió.

El sol se asomaba por la ventana. Su luz, tan limpia y serena, bañaba la pared central de la habitación. Lo primero que cambió fueron las sombras. La bolsa de suero, la cama, los cables… sus sombras cimbrearon antes de unirse en una sola. Con la pared como lienzo, fueron transformándose, como una linterna mágica: flores bajo los dedos del viento, un bosque, unas esfinges de las que colgaban ofrendas, tres jueces sentados en tres tronos, una cabeza rizada de serpientes, una anciana a punto de cerrar unas enormes tijeras…

Entonces, todo se distorsionó.

Solo duró unos segundos, pero bastó para que percibiera el cambio.

—Señora… —una voz masculina—, hemos hecho todo cuanto podíamos, y debe comprender que la situación es insostenible…

—¿Todo? ¿Está seguro? —Kate, su madre. Lo supo de inmediato, así como supo que se encontraban en la sala de espera, más allá del pasillo—. ¿Quiere que crea que mi hija ha…? Oh, Dios…—se quebró en sollozos.

El diálogo la alcanzó con claridad, como si el centro de su ser hubiera sido conectado a la radio del mundo y estuviera sintonizando el canal adecuado.

—Hace seis días, su estado era visiblemente más positivo, nuestros especialistas no logran entender su empeoramiento.

—¿En qué se basan? —la Doctora Walker habló en tono neutro, profesional.

—Ya no hay reacción ocular, reflejo motor o plantar, también ha dejado de murmurar. Lo que nos preocupa y desconcierta a partes iguales, son las causas.

—¿Cuáles? —gritó su madre—. ¿Qué ha provocado que esté así?

—Tranquilízate, Kate, por favor, no vas a ayudar a Casey poniéndote…

—¡Ah! ¿Ahora no la ayudo, Marianne? ¿Y antes, cuando debía fingir que todo iba bien y actuar como si nada, es eso?

—Mire —carraspeó el hombre—, de eso se trata: no existen signos que nos desvelen una causa manifiesta.

—Pero tiene que haberla, forzosamente —atajó Walker, un poco más alterada.

—Se lo repetiré las veces que precisen: no hay obstrucción de la vía aérea, depresión respiratoria, ni hemorragias internas, arritmia, hipovolemia, hiperglucemia, epilepsia, hipertensión endocraneal, tampoco hemos hallado drogas o alcohol en sangre. Le hemos realizado una resonancia, un TAC cerebral, placas… Y nada. Insisto: nada que haya sido decisivo en el estado de coma de su hija. Respira con normalidad, su actividad neurológica es innegable… Y aun así, se mantiene en el nivel tres de Glasglow, el más severo. No habíamos visto un caso así en años, ¿comprende?

—Pero… —el crujir metálico de una silla, un gemido ahogado entre lágrimas.

—Habrá algo que puedan intentar —pidió Walker.

—Me temo que por ahora, no.

—Si piensa que no les demandaré por dejar que mi hija…

—Hágalo, si quiere. Casey Moore no desea vivir —un nuevo sollozo acompañó a esas palabras—, lo siento, lo siento mucho, pero es la única explicación plausible. Ya me han puesto al corriente de su… situación, y tal vez los motivos vengan derivados de lo que ocurrió. Depende de si resiste, en ese caso, podríamos actuar, o se deja vencer. La elección es suya.

Sobrevino un silencio frío, blanco, fustigante. Los pensamientos posteriores a la conversación la invadieron por entero.

(no Casey, no)

Esos eran los pensamientos de Marianne, sin duda.

(lucha lucha lucha)

Y los de su madre, en un contrapunto de tristeza.

(una mala praxis, no había contado con esto joder)

(es mi culpa yo asumo la culpa, ¡pero por favor despierta, vive!)

(me equivoque, lo sé, debí saberlo hace tres meses, me equivoqué con el tratamiento y…)

(juro que deseaba responderte, Casey, juro que no deseaba otra cosa que

romper a llorar, no separarme de tu lado y abrazarte muy muy fuerte, pero no recordabas nada y Walker dijo que todo debía desarrollarse por sí solo, que debías recobrarte poco a poco sin presiones ni información externa, Walker lo dijo y ahora está aquí, por Dios santo, está aquí sentada sin decir nada)

Los pensamientos de su madre se quebraban, desgarraban el aire.

(perdóname, hija)

Los de la psicóloga luchaban entre sí, frenéticos.

(me reuní hasta con sus profesores, con sus amigos, hice todo lo que pude, maldita sea)

(fui una cobarde… no supe cómo hacerlo, no lo supe, Casey, hija, te quiero, y él también te quería)

Casey había entrecerrado los ojos. Asimilando. Comprendiendo. El electrocardiógrafo no se alteró, su doble física ni siquiera movió los párpados. Cuando se giró para contemplar a la figura de capa negra que le sonreía a contraluz, sonrió a su vez, con estremecido reconocimiento.

—Un río te lo quitó todo —Hades dio un paso hacia ella. Lento, majestuoso—. Te mostré el inframundo, escuchaste los designios del adivino ciego, acataste las pruebas de los jueces —sus ojos destilaban un brillo como de estrellas al atardecer—. Al fin, un río te ha devuelto el vacío que te desgarraba. Casey —su voz, de viento y tormenta, se abrió a ella como una canción de medianoche—, ¿recuerdas ahora?

Casey tembló. El cuerpo en la cama, desplegó los labios para volver a cerrarlos. Gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Amor… Buscando… Verdad… Muerte… —se abalanzó a sus brazos —. Sí, James, lo recuerdo todo.

62

Yo soy la novela. Yo soy mis historias.
FRANZ KAFKA

Recuerdo que viniste a las siete. Yo estaba en mi habitación, mirándome por enésima vez en el espejo. Quería deslumbrarte, quería que aquella tarde fuera especial, quería… te quería, y nada me parecía suficiente para demostrártelo.

Cuando sonó el timbre le dije a mi madre que abriera ella. Me guiñó un ojo con complicidad y me susurró que estaba preciosa.

—Buenas tardes, señora Wend —tu voz transmitía confianza, nunca fuiste tan tímido como yo. Y, además, la llamaste con su apellido de soltera y eso sumó puntos porque mamá soltó una risita antes de responder:

—James, hoy hace dos años que sales con Casey… Puede que sea hora de dejar los formalismos…

—Precisamente porque es hoy, me apetecía darle a nuestra cita un toque más elegante desde el principio, Kate.

Ambos rieron y… Dios mío, todavía puedo sentir esa oleada de felicidad inundarme hasta cortarme la respiración.

Sé que debería ser capaz de describir tus ojos en el momento en que me viste aparecer, pero sigo pensando que tal vez no sea tan buena escritora… porque incluso ahora me es imposible. Yo también estaba como en un sortilegio, y es que tu luz lo invadía todo. Mi madre puso los ojos en blanco, divertida, y nos dejó a solas.

No pronunciaste una sola palabra, James, no en ese instante. Mostraste tu mano derecha, que habías ocultado a tu espalda, y me tendiste un lirio. Por primera vez en mucho tiempo, te noté cohibido. Ese azoramiento, ese titubeo de niño, me enamoró todavía más. Ya sabes, como en esas películas cursis donde los protagonistas tropiezan, el fondo se transforma en destellos, y la acción transcurre a cámara lenta.

—Un lirio amarillo… —me ruboricé mientras deshacías mi recogido y lo prendías a mi pelo suelto.

—Es tu flor favorita —de repente, torciste una sonrisa—. Otras chicas se obsesionan con las rosas, en cambio tú… Tú eres una diosa, y tienes gustos más peculiares —quise protestar, en broma, por supuesto, pero pusiste un dedo cerca de mis labios y volviste a contemplarme con aquella mirada de adoración—. Perséfone.

—¿Eh?

—Con este vestido rojo, tu piel de nieve y la flor… —te acercaste hasta rodear mi cintura con tus brazos—. Mi Perséfone.

—Entonces, Hades, llévame a tus dominios…

—Hum —ronroneaste—, ¿el dios de los muertos?

—Te pega mucho —rocé tu nariz con la mía, jugando a buscar un beso que pretendía guardar para más tarde—, y no solo porque siempre vas de negro…

—Discrepo, oh, mi diosa: hoy llevo letras rojas en la camiseta.

Y era cierto, creías que no me había fijado, pero no quedó un centímetro de ti que no hubiera absorbido en mi memoria. Incluso me fijé en que te habías acordado de ponerte el colgante con forma de ojo de cerradura que te regalé. «I'm broken, you can fix me», eso decía la camiseta, James, ya ves, no lo he olvidado.

—Con ese cambio, dejarán de llamarte «actor-gótico» en el insti —te juro que tu perfume me volvía loca. Nunca me decías qué marca era, por mucho que te lo preguntara.

—Muy graciosa.

—¿Es canela? —pregunté.

—Oh, no, allá vamos otra vez —reíste y registré ese sonido como el más hermoso de la tierra.

—Venga, ¡dímelo! —simulé olfatearte—. Miel, eso seguro, pero no distingo los demás… ¿Clavo? ¿Vainilla?

—Ni el mejor perfumista podría adivinarlo —me besaste en la frente—. Ups, ¡las siete y media! ¡Llegamos tarde!

—¿A dónde?

—Es un secreto, por algo soy Hades, ¿no?

Subimos a tu moto. Te habías sacado el carnet hacía unos meses y tu padre te la regaló por tu cumpleaños. Un modelo rojo, de segunda mano, pero increíblemente rápida. Nos pusimos el casco a tiempo de escuchar a mi madre gritar desde la puerta:

—¡Cuídala bien, James! ¡Divertíos!

Tú hiciste un saludo militar con la mano y arrancaste. Adoraba abrazarte la espalda, sentir tus omoplatos, tu calidez, el ritmo profundo de tu respiración… Contigo no bastaban los cinco sentidos. Todo en ti se multiplicaba, se amplificaba. Y llegaba hasta mí con la fuerza de un tornado. Bendito tornado.

Tras aparcar, me tapaste los ojos y no consentiste que los abriera hasta que percibí el característico olor a palomitas. Frente a nosotros, el cine de la Calle Sur. Siempre te gustó ese local, uno de los pocos cines que proyectaban clásicos y se mantenía en pie mientras las multisalas de los centros comerciales ganaban la batalla. Era muy pequeño, con ese escaparate añejo lleno de cámaras antiguas y claquetas. Solté un grito de alegría al ver el cartel que anunciaba la película que veríamos.

—*¡Dentro del laberinto!* —tiré de la manga de tu camiseta, como una cría pequeña, y rompiste a reír—. ¡Pensé que lo habías olvidado!

Pero no lo hiciste. Nunca olvidabas nada, ni siquiera los más mínimos detalles. ¿Cuánto tiempo hacía que te había confesado que era mi película preferida de la infancia? ¿Seis, siete meses? ¿Un año?

—Claro que no, Casey —sacaste dos entradas del bolsillo de tus vaqueros y me las enseñaste con una amplia sonrisa de triunfo—. Solo la proyectan hoy, las tengo desde hace semanas.

—Te comería a besos.

—Si quieres, nos saltamos la peli y…

—¡Tonto! —te arrastré hacia el interior—. Además, David Bowie también se merece un poco de atención…

—¿Bowie, o sus mallas? Vale, vale, esa mirada me ha fulminado, pero que sepas que yo hubiera hecho su papel mucho mejor, y esas mallas me sentarían de maravilla.

Muchos dicen que *Dentro del laberinto* es solo para niños, pero tú me diste la razón enseguida: en realidad cuenta la historia de una chica que deja su infancia atrás para enfrentarse a la madurez. Tampoco te burlaste cuando te comenté que de haber sido yo, me hubiera quedado con el rey de los goblins en lugar de regresar a casa. Supongo que era difícil comprender a un bicho raro, claro que tú también lo eras. Al igual que nuestros colgantes de llave y cerradura, ambos encajábamos a la perfección.

En la pantalla, Bowie hacia girar las esferas de cristal entre sus dedos. Me susurraste que, en realidad, un malabarista se situaba detrás del actor para lograr aquella ilusión.

—No me importa, prefiero la ficción —contesté a media voz intentando que no me escuchase la niña sentada a mi lado—, es… precioso…

Las bolas flotaban, gravitaban como pompas de jabón y rodeaban a la protagonista hasta hechizarla. Posaste tu mano en mi muslo y el hechizo me arrastró a mí también.

—Quizá deberíamos probar nuestro propio truco de manos…

La niña nos miró, enfadada, y tuvimos que contener la risa. Entrelazaste tus dedos con los míos y me besaste los nudillos. No volviste a hablar en toda la película, pero tampoco soltaste mi mano.

Al salir, casi había anochecido. Creo que fue entonces cuando me fijé en ellas.

—Están por todas partes —recuerdo que dije, atónita.

Cientos de polillas se arremolinaban en las farolas recién encendidas. Giraban, revoloteaban conformando un mosaico de alas negras.

—En las noticias han anunciado que ha venido una plaga desde el sur —te encogiste de hombros instándome a regresar a la moto y, sin embargo, noté en tu mirada que aquellos insectos te gustaban tan poco como a mí—. Parece *Los pájaros* de Hithcock, ¿eh? Bueno, mejor veámoslas como mariposas, al menos esta noche.

Y esa noche duró eternamente.

63

Cuando estoy lista para comenzar a escribir un libro,
empiezo por el final.
MARCIA DAVENPORT

Filadelfia se iluminó tras nuestra estela. Un relámpago estalló silencioso en el horizonte y respondiendo a su llamamiento, lancé un grito de júbilo. Tú aceleraste y ambos nos impulsamos hasta que la ciudad entera fue solo un espejismo hecho de rascacielos.

Me encantaba Spruce Harbor Park. ¿A quién no? Un rincón de los muelles que bien podría hacerle sombra al País de Nunca Jamás. Chicos y chicas bailaban en la placita con forma de media herradura, se tumbaban en las hamacas hawaianas o disfrutaban de una copa mientras se hacían fotos de espaldas al río. A ti no te entusiasmaba mucho beber, pero sí aquel ambiente, donde cada farola, cada árbol y terraza se hallaban a rebosar de luces de colores. Estaban suspendidas por doquier y su brillo se atenuaba e intensificaba creando un arcoíris vivo.

—Si te paras a pensarlo —explicaste, súbitamente melancólico—, parecen lágrimas.

—De felicidad, espero —añadí al tiempo que una de ellas, justo sobre nuestras cabezas, cambiaba del verde al azul, acentuando tu mirada de lobo.

En ese momento una canción se apagó en los altavoces y dio paso a otra.

—Lionheart… Tu preferida —posaste las manos en mi espalda, James, iniciando un baile y… fue entonces cuando formulé un deseo. A las estrellas, a las luces de colores, a las musas que me guiaban, a quien quisiera escucharme. Deseé poder sentir el tacto de tus manos para siempre. Un sabor puede hacernos rememorar la niñez, una música, hablarnos directamente al corazón, una novela, remover nuestro interior.

Pero tus manos… tus manos me hacían sentir segura, amada, deseada. Cada vez que me tocabas, el aire se tornaba mágico, cargado de una electricidad tan poderosa que hubiera podido iluminar Filadelfia hasta la eternidad. Y puede que tuvieras razón, porque cuando nos besábamos, cuando simplemente rozabas tu meñique con el mío, ambos nos convertíamos en dioses.

Apoyé mi mejilla en tu pecho, justo donde comenzaba tu hombro. Como en sueños, vi tu tatuaje cerca del cuello: una brújula cuya aguja apuntaba a la D de Destino, y tras cerrar los ojos, comencé a cantar.

—Tienes una voz tan dulce… —susurraste sin dejar de bailar—. ¿Seguro que no has pensado estudiar arte dramático?

Sonreí, e intuí que tú también habías dibujado una sonrisa.

—Quiero ser escritora, no actriz, como tú…

—¿No te gustaría una pequeña improvisación?

Reí muy bajito. Solías utilizar esa palabra para pulsar mi punto débil, James, pero no piqué aquella vez.

—Me gusta recordarlo —tu abrazo se hizo más firme. Casi me derrito allí mismo.

—Y a mí.

—Tú estabas buscando inspiración para un cuento.

—Sobre el amor imposible.

—Y fuiste al salón de actos aunque estaba vacío…

—Porque estábais ensayando Romeo y Julieta.

—Sí.

—Al apuesto Romeo, no se le ocurrió nada mejor que ensayar solo…

—Romeo podría haber esperado a Conor, su Mercucio, pero aquella mañana quería saber quién había pasado el casting para componer el resto del elenco.

—Y pensó que aquella chica solitaria y rarita, era su Julieta.

—Rarita, no. Única. Así que Romeo no vio inconveniente en darle un beso… para ensayarlo, por supuesto.

—Y la falsa Julieta, en lugar de darte un buen bofetón, se quedó ahí, como idiotizada.

Nos reímos al son del estribillo.

—Cuando la chica única en el mundo me preguntó por qué lo había hecho…

—Tú respondiste: «¡un buen actor siempre improvisa!».

—Casey —tu tono se tornó más serio. Solo un poquito—, si eres

escritora… cuéntame cómo sigue nuestra historia, porque nos graduaremos al año que viene y…

—*Shhh*, es una historia sencilla con un desenlace bonito: Romeo y Julieta terminarán sus estudios y se mudarán a Nueva York. Él podrá entrar en su soñada Academia privada de Arte Dramático y ella, en la Universidad Cornell.

—Escribirás *best-sellers* que luego se convertirán en películas y necesitarás a un gran actor principal cuya cara esté en todas las marquesinas del país…

—Presumido.

—Ah, con que esas tenemos… Entonces, será mejor que ahora vaya al concierto de Demi Lovato yo solo.

—Ni Hades tendría tanto poder.

—Seguro que sabría improvisar…

No podía adivinar que aquel beso sería el último, James.

Bromeaste mucho aquella noche sobre Hades y Perséfone, y desde luego te seguí la corriente porque la verdad es que me gustaba la comparación. Pero no fue un dios de los muertos el que me besó. Porque, y cuánto me arrepiento de no habértelo dicho nunca, tu sola presencia era vida para mí. Vida en tus ojos, en los que me reflejaba como una niña equilibrista; vida en tu sonrisa, viajera errante en tus hoyuelos; vida en esa pequeña arruga que se formaba en tu ceja izquierda cuando fruncías el ceño; vida en tu voz, himno que acompañaba al tambor de mis latidos; vida en tus labios cuando ardían entre los míos; vida en ti que despertaba en mí todo cuanto anhelaba sentir.

Supongo que fuiste tú quien, sin pretenderlo, me hizo dudar… ¿Alguna vez sería capaz de expresar por escrito toda esa vida aunada en un beso? No existían palabras, versos o metáforas que poseyeran tal intensidad. Los autores que tanto había idolatrado estaban equivocados. Wilde, Austen, Shakespeare, Bukowski… Pobres locos. Intentar encarcelar al amor en millones de letras es imposible.

Un trueno nos sobresaltó. Saboreando el final de aquel instante, mordiste con suavidad mi labio inferior para soltarlo poco a poco. Recógelo, recuerdo que pensé, recoge a este huérfano entre tus labios otra vez. Inclinaste tu frente contra la mía y ambos nos dejamos mecer por el viento. Cuando sobrevino la tormenta, me acariciaste la mejilla y tu mirada, me habló de mil locuras, besos y hermosos vértigos. Me habló de maravillosas páginas en blanco sin miedo de ser completadas, de brazos en

los que cobijarme, de fantasías de la infancia que por fin eran reales... Porque incluso un dios de la muerte puede inspirar vida, ¿lo sabías?

Mi grito de sorpresa deshizo finalmente el momento. Y es que las polillas, azuzadas por la lluvia, estaban volando enloquecidas. Los demás también salieron corriendo a refugiarse bajo los toldos de las terrazas. Algunos chillaban asustados por los insectos, que habían dejado de girar en torno a las luces para precipitarse sobre todos nosotros. Hacían aspavientos, fotos con flash para ahuyentarlos, les tiraban sus refrescos… Ni el viento, que había adquirido la fuerza y la frialdad propia de las tormentas, podía disuadirlos.

—Nunca me gustó el final de la peli de Hitchcock —murmuraste justo en mitad de un potente trueno—, ¿nos vamos ya a Waterfront para ver el concierto?

Salimos de Spruce Harbor Park con una sensación ominosa en el pecho. Tú también la sentiste, ¿verdad? Se mantuvo al subirnos a la moto, se pegó a nuestra piel al arrancar y nos siguió por la carretera paralela a los muelles. Igual que aquellas mariposas negras. Las noté primero en mi cintura, descendían por mis muslos y se retrepaban en mis ingles para emprender el camino hacia mi vientre. Un nuevo trueno acompañó a mi alarido.

—¿Qué ocurre?

Intenté aferrarme a ti y tirar de mi vestido al mismo tiempo para librarme de ellas.

—¡Casey!

—¡Las tengo dentro, James! —me puse histérica. Dos de ellas aletearon aturdidas en mi sujetador—. ¡Debajo del vestido!

—¡Tranquila, voy a parar…!

Pero no llegaste a hacerlo. La moto había comenzado a zigzaguear y… La vi, o creo que la vi… O puede que solo fuera producto del pánico… Esa señora con cabellos ensortijados como serpientes que cruzaba por donde no debía…

Recuerdo que viraste el manillar bruscamente. Recuerdo el impacto contra las vallas protectoras. Recuerdo el trueno que acompañó al relámpago justo antes de caer. Recuerdo pensar como en trance, en lo fría que estaba el agua del Delaware en pleno verano. Luché contra la corriente que insistía en arrastrarme a las profundidades. Me pesaban los brazos, el movimiento de mis pies no era suficiente para darme impulso y mis pulmones amenazaron con colapsar. No sé cómo llegué a la superficie.

Ahora desearía no haberlo hecho. Quizá tuve la oportunidad de quedarme allí, una sirena fantasmal entre las aguas negras…

Cogí todo el oxígeno que pude y me lancé en tu busca. Nadé, me sumergí, salí de nuevo, volví a la oscuridad. Pero no había rastro de ti, ni de la moto… Maldita sea, no estabas, ¡NO ESTABAS! Me sentí incapaz de respirar, de centrar mi mente y mi vista. Con cada zambullida, el terror y la angustia se trenzaban con la tormenta.

Grité tu nombre. Lo grité hasta perder la voz. Tal vez sí me convertí en la sirena del cuento. Solo que no fui yo quien ofreció su último aliento a la muerte.

Ni siquiera me percaté del sonido de la ambulancia o de las luces azuladas que se reflejaban en el río. Tampoco de la sangre que manaba de la herida en mi costado, ni del policía que me sacó de allí. Me acuerdo de vomitar, de pronunciarte una y otra vez, como una plegaria, de la manta térmica que me pusieron sobre los hombros y del lirio amarillo asaeteado por la lluvia en plena carretera.

Cuando uno de los sanitarios me preguntó qué tal me encontraba, solo pude repetir:

—Le he matado, es mi culpa, le he matado…

64

No hay nada mejor que imaginar otros mundos para
olvidar lo doloroso que es el mundo en que vivimos.
UMBERTO ECO

Dennis dejó el libro sobre la mesa de su despacho y suspiró profundamente por la nariz antes de hacer la llamada. Necesitaban saberlo. Todos deberían saber eso que él acaba de descubrir por puro azar. O tal vez había sido el destino el que hizo que Casey olvidara su libro allí, la última vez que se vieron. Como si deseara que lo encontrara y lo leyera.
Cuando Kate, Vera y Conor llegaron, observaron a Reed, que les hizo un gesto para que se sentaran. Sujetaba el libro entre sus manos y la madre de Casey hubiera jurado que los dedos del profesor temblaban.
—Díganos qué ocurre —la voz de Kate se quebró unos instantes antes de aunar todo su valor para continuar—. Tiene… tiene que ser algo grave si nos ha hecho venir hasta el instituto… Y yo… mi lugar ahora es… —respiró hondo.
—Lo sé, lo sé muy bien, pero les he llamado porque si todavía no conocen la existencia de este libro —se lo mostró—, es importantísimo que sepan quién es su dueña y la historia que cuenta en él.
—Perdón, ¿cómo dice? —Kate se inclinó hacia delante—. ¿Un libro? No creo que sea el momento de…
—Yo la he visto con ese libro más de una vez —cortó Vera, visiblemente nerviosa—. La verdad es que, no sé, pensé que era uno nuevo, Casey siempre está leyendo —se enjugó una lágrima—, ya la conocéis, adora leer.
—Sí —confirmó Conor—, y ese siempre lo llevaba encima.
Dennis esbozó un gesto apesadumbrado.
—Escuchadme solo un segundo, por favor. Casey *no* leía este libro, Casey lo *escribía*.
—¿Es un… —Vera mordisqueaba sin cesar la comisura de sus labios— diario?
—Si fuera un diario —terció Conor y se irguió en su asiento—, podríamos

saber lo que pensaba antes de…
—Usted ya lo ha leído —Kate lo afirmó con emoción contenida—. Lo veo en sus ojos. Y también veo que sabe la verdad. ¿Qué escribió mi hija, señor Reed? P-por favor…
Dennis acarició el libro sin título.
Y se lo contó. Les narró a todos la inquietante historia de Hades y Perséfone, leyendóles pasajes sueltos para ilustrar mejor sus argumentos. Al terminar la explicación, Vera sollozaba en silencio, Conor no despegaba la vista del suelo y Kate no paraba de murmurar «Dios mío, qué hemos hecho…».
Dennis Reed se cruzó de brazos.
—Cuando la doctora Walker nos informó a algunos de nosotros sobre lo que debíamos hacer para que Casey se recuperase… —inspiró hondo—. No contábamos con lo difícil que sería.
—Yo no sabía nada de todo eso —murmuró Conor—, y me porté con ella como un… como un monstruo.
—Estaba paralizada —Kate verbalizó sus pensamientos—. Veía cómo mi hija se marchitaba día a día y todos nos distanciábamos, pero aun así… —sorbió sus lágrimas—, yo tenía esperanza. Y ahora entiendo que… El esfuerzo que hice para que su vida siguiera adelante, ha sido en vano. Y ese libro… Ese libro es…
—La forma de somatizarlo de Casey —Dennis se quitó las gafas y se frotó la cara antes de proseguir—. Kate, usted representa a la madre de Perséfone. Ella nota su ausencia, describe su soledad como un tormento y huye de casa para curarse de ese vacío.
Kate se le quedó mirando con los ojos muy abiertos: los ojos, pensó Reed, de una madre indefensa y asustada que solo quiere salvar a su hija. La mujer enterró el rostro entre las manos y comenzó a temblar.
—También está Psique, su amiga procedente de la aldea, su única conexión con el mundo…
—Tenía un miedo horrible de cagarla, ¿vale? —Vera se levantó de un salto y prorrumpió en llanto—. Kate me lo dijo, nos reunimos con la doctora Walker y ella nos explicó que… —comenzó a hipar—. Joder, si ya lo sabéis, dijo que debíamos seguirle el juego a Casey porque su amnesia podía ser peligrosa y… y… que si hacíamos que no pasaba nada, Casey lo recordaría todo sin que le causase más daño —se restregó los ojos y el rimel se corrió por sus mejillas—. No puedo… me conocéis, soy incapaz de contener la lengua y… ¡me entró el pánico! Cuando me uní a ese grupo de chicas… fui una gilipollas, ni siquiera las conocía. Metí la pata hasta el fondo. Pero… fueron mi excusa, la mentira sobre la que esconderme para no hacer frente a esta pesadilla… Porque estaba aterrorizada. Lo último que hubiera querido es esto, simplemente escogí la salida fácil, la huída.
—Esto es una locura —Conor se pasó las manos por el pelo.

Dennis Reed frunció los labios. Se sentía extrañamente nervioso. La tristeza que bullía en su interior, fruto de la lectura del libro de Casey, había dado paso a una profunda sensación de irrealidad.
—También hay sitio para mí en su espejo de letras, no crean que no me he dado cuenta… Los Tres Jueces son una extensión de nuestras conversaciones en mi despacho —se ajustó las gafas y rehuyendo las miradas, centró sus ojos en el techo—. De hecho, las pruebas a las que someten a Perséfone conforman una metáfora de las tareas que yo le impuse.
—Tampoco tenía ni idea de eso —comentó Conor, vacilante—. ¿Qué tareas?
Reed aferró el libro con fuerza.
—El pasaje del Tártaro se corresponde con una visita nocturna al Zoo que organicé para ella. Quería… Dios, solo quería liberarla del infierno que seguramente estaba viviendo y, sin pretenderlo, la lancé a otro. Porque el Tártaro refleja su propio infierno, sus temores, sus inseguridades. Incluso la niña, Story, es el doble de su inocencia perdida. ¿En qué pensabas Dennis Reed, loco estúpido? —su voz era casi inaudible—. ¿Creías que podías jugar a ser Pigmalión? ¿Que la despertarías gracias a la literatura, a lo que se siente al escribir? Menudo idiota…
—Entonces —Conor notaba un nudo afianzado a su garganta—, el poder de Perséfone, las flores…
—El primer día de clase dije que crear también equivalía a sufrir y que… la creación es propia de los dioses, como Perséfone y su primavera —dibujó una mueca de dolor—. Su poder de dar vida a las flores también se refería a las palabras. Se sentía agradecida de poseer ese don, pero al mismo tiempo le causaba angustia porque estaba… totalmente bloqueada.
—El inframundo está basado en sus propios sentimientos —dijo Kate con voz estrangulada mientras se abrazaba el cuerpo—. Todo el libro lo está…
—Sí —Dennis se reclinó, sus ojos azules parecían haberse tornado oscuros y polvorientos—. También los símbolos que aparecen por todas partes: las mariposas negras, los truenos…
—¿Y si cometimos un terrible error? —sollozó Kate—. Un error al no decirle a Casey la verdad —tembló, descompuesta—. Ella tenía que recordar poco a poco, sin presión, sin ansiedad, solo… —tartamudeó antes de repetir— poco a poco.
Un mutismo de hielo se engarzó entre ellos.
Conor tragó saliva para sorber su tristeza antes de musitar:
—Le dije cosas repugnantes… —se quebró—, la empujé, puse a todo el instituto en su contra porque la consideraba culpable de la muerte de James… Y aquella tarde… Habíamos quedado en la biblioteca y me oyó hablar por el móvil… Me oyó decir que ojalá se ahogara en el Delaware… —tragó saliva—. La vi salir corriendo, pero es muy rápida… para cuando la

alcancé, estaba cayendo una buena tormenta. Ella se había refugiado en el monumento de Love Park… Yo… yo iba a seguir con mi venganza personal, pero entonces… Se puso a bailar. Sola. Bajo la lluvia. Me quedé allí, mirándola pasmado. Brillaba bajo los relámpagos y… —se humedeció los labios—, se movía como si realmente bailara con alguien. Creí volverme loco al distinguir una sombra que iba y venía bajo las farolas, junto a ella. Desde aquella tarde, entendí que era Casey la que necesitaba ayuda porque… sufría tanto como yo, como todos nosotros.
—Tome —Dennis le entregó el libro a Kate—, es el corazón de su hija lo que contienen estas páginas.
Asintiendo con la cabeza, Kate se levantó y tras tomar el libro de manos de Reed, salió del despacho para dirigirse directamente al hospital.
La habitación donde yacía Casey irradiaba luz, y la joven le pareció una niña hechizada que aguardase con paciencia un gesto de amor que la redimiese.
—Tienes historias navegando en tus venas desde que naciste, mi vida… estrellas en tus ojos, sueños en el corazón —puso el libro entre sus manos inertes y le besó la frente—. Siento no haber podido despertarte, hija mía —una de sus lágrimas se deslizó hasta las mejillas de la joven—, pero no sucumbas al abismo. Te quiero más que a nadie en este mundo. Perdóname, mi pequeña, por favor. Vuelve, Casey, vuelve…

65

No creamos un mundo de fantasía para escapar
de la realidad. Lo creamos para poder quedarnos.
LYNDA BARRY

Casey abandonó los brazos de Hades para acercarse hasta su madre.

Una sonrisa de ternura, un beso de despedida.

—Gracias, mamá. No ha sido culpa tuya, ahora lo entiendo todo… Tranquila. Tienes que ser fuerte, mamá, prométemelo porque yo también te quiero muchísimo.

Kate sintió un leve soplo frío en la mejilla. Cerró los ojos unos segundos. Al abrirlos, sus labios temblaron. Asintió, como si comprendiera, y salió de la habitación conteniendo los sollozos.

—Eso ha sonado a un «adiós» — James, todavía Hades a ojos de Casey, ladeó la cabeza.

—Lo es.

—Estaba convencido de que tu paso por el inframundo no había sido en vano.

—Todavía no me he ido de allí, no del todo.

Él desplegó su capa y algunos de sus jirones se desprendieron para volatilizarse en el aire. Las tiras de su pecho ya no mostraban palabras inconexas, solo letras desvaídas.

—Es curioso. Tu yo en la ficción era mucho más fuerte.

—Eso suele ocurrir.

—No, a ti no, Casey —sus ojos, estigmas de cuanto habían contemplado, se clavaron en ella—. Adoras la fantasía, pero también deseas unirte a ella. ¿Por qué creaste a Perséfone, entonces? Sois la misma persona, solo que tú te estás rindiendo.

—Te olvidas de algo: Perséfone *quería* rendirse. Su lucha, su superación —Casey extendió los brazos— eran su forma de alcanzarte y, para

conseguirlo, debía morir.

Hades cerró los puños. Invocado por este gesto, un manto de aguas cambiantes cubrió su cuerpo. La corriente turbia, desgranada de sombras, de siluetas fantasmales, se arremolinó para corroer su coraza, su túnica, lo que quedaba de su capa. Al mismo tiempo, la habitación se astilló en millones de fragmentos que salieron despedidos hacia una oscuridad latiente. La cama, el gotero suspendido, las paredes explosionaron como últimos supervivientes de la realidad. Casey comprendió que el hospital había sido un cascarón ilusorio, el vivero de un espejismo.

Más allá, reinaba la noche, soberana de dedos negros y silencios que engendraban ecos. Millones de hilos la cruzaban, y Casey se mantuvo muy quieta para no tocar ninguno.

—Los Hilos del Destino… —murmuró, entre fascinada y desconcertada.

Un sonido funesto rasgaba el aire de forma constante.

Ziiiip…Ziiiip…

Varios hilos blancos cayeron a sus pies. Una fuerza invisible los estaba cortando a una velocidad demencial. Casey se encogió involuntariamente al comprobar que se tornaban verduzcos, se contraían y pudrían hasta descomponerse.

Ziiiip…Ziiiip…

—¿Qué ocurre…?

La tenebrosa luminosidad de aquel cosmos insondable, regurgitó voces heredadas de otro mundo:

—Lo siento, hermanas —*Ziiiip…Ziiiip…*—, tenemos que ser rápidas, la muerte azota a los vivos, el equilibrio se tambalea, pero es nuestro deber.

—Tantas vidas sesgadas —suspiró la Moira más anciana—, tantas almas que yacerán en la nada…

Los hilos trenzados con recuerdos seguían desprendiéndose a su alrededor. Casey quiso gritar, pero, aunque abrió la boca, no pudo hacerlo.

Ziiiip…Ziiiip…

Las tijeras intangibles marcaban a la vida elegida y la arrancaban de la tierra. Frente a Casey, Hades había completado su metamorfosis. El caudal del agua que lo envolvía, le había devuelto su antigua apariencia. La camiseta de letras rojas permanecía empapada y hendida por doquier. Aun así, Casey pudo distinguir con increíble claridad lo que una vez leyó, eternidades atrás: «I'm broken, you can fix me». James caminó descalzo hasta que sus rostros quedaron separados por un puñado de centímetros.

—Te lo dije, Casey —inspiraba profundamente, jadeando, el cabello

húmedo adherido a su frente, la brújula tatuada en su cuello girando sin cesar—, la muerte no tiene nada de poético, ni de romántico…

—Tampoco la vida. No sin ti.

Una carcajada hiriente flotó en torno suyo.

—Ya te lo advertí, oh, poderoso señor del inframundo —aquella voz… —. Regresarías a mí, y ella también.

—Thánatos —siseó James entre dientes—, no te atrevas a entrometerte.

—Estoy entrometido hasta el cuello, me temo. Ah, los mortales… Una vida tan breve y caen como flores en un día de tormenta. Pero, tú, querida Perséfone, lo sabes mejor que yo. Vamos, da el salto, haz lo que deseas, abandónate ante mí… Te aseguro que, incluso arrebatando una vida cada minuto que pasa, siempre tendré tiempo para cercenar la tuya si me lo pides con educación.

Casey parpadeó, obnubilada.

—Escúchame —James apoyó las palmas de sus manos en su rostro y la obligó a mirarle a los ojos—. Veo los recovecos de tu mente, leo lo que ocultas en tus latidos. Crees que conoces el dolor, que cargar con la culpa es una liberación del castigo que te has impuesto, pero por favor, si me amaste alguna vez —le suplicó— sabrás que no existe ninguna culpa, que nuestro destino no está aguardándonos, todo lo contrario, se forja con lo inesperado, con los besos que nos dimos, con cada caricia que sentimos… ¡Mírame! —su voz ganó contundencia al verla en aquel estado de trance—. Te he mostrado el Averno, a los que moran en él, ¡no es tu lugar, Casey! Bajo un disfraz de belleza y magia se consumen las sombras, ¡tú lo viste! No permitiré que seas una de ellos —sus manos descendieron con delicadeza hasta alcanzar el cuello de la joven—. Ni siquiera siendo Perséfone serías feliz… Solo morirías en una ilusión infinita…

—Pero moriría contigo —por primera vez, ella pareció reaccionar—. ¿Qué me espera al otro lado? Prefiero vagar en el inframundo a tu lado que vivir ahí fuera, desterrada de todos, atemorizada de mí misma y de los recuerdos que se grabaron a fuego aquella noche.

—Eres como una niña que insiste e insiste —él sacudió la cabeza—, no importa si Robbie asegura que hay un portal en tu interior, o una inventora de historias… ¿No reconociste a Story? ¿No te gustaría recuperar esa inocencia, y renacer? ¿Cómo puedes sentirte feliz escogiendo entre dos mundos? ¿Entre la vida y la muerte?

Casey retrocedió un paso.

—Robbie… ¿Cómo sabes…?

—No es cuestión de una elección entre nuestro amor o el vacío —James obvió su pregunta y cogió su mano entre las suyas—. La vida encierra infinidad de misterios, Casey, despertarás y descubrirás que consiste en mucho más de lo que imaginas, como las historias que escribes.

—Conor dijo que las mejores novelas no terminan bien.

James sonrió. Su perfil se recortaba contra la luz de los hilos. Parecía un ángel. Un ángel caído tratando de alcanzar la redención. En el pecho de Casey aleteó una inmensa ternura.

—Conor… nunca se atrevió a decírmelo, pero yo lo sabía. Aun así no le comenté nada. Y ahora jamás podré hacerlo. ¿Lo ves? Somos aquello que sentimos, que hacemos, que no ocultamos como una mancha de la que avergonzarnos. Todo lo demás se pierde.

—¿Acaso no entiendes que es inútil? —aulló Thánatos con regocijo.

Casey se estremeció ante sus carcajadas.

—El hilo psíquico de Perséfone ya estaba roto —la voz de Thánatos resonaba por todas partes y en ninguna— Solo hace falta romper su cuerpo… Puedo encargarme de ello cuando gustes, majestad.

James sintió el temblor en las manos de ella.

—Tiene razón —musitó la joven—. Yo tampoco sobreviví esa noche, James. De alguna forma, morí en el río, por eso me negué a recordar. Puede que mi amnesia no solo me protegiera de mi propia memoria, sino de la verdad. Ya estoy muerta, y te pido tan poco… te pido que me dejes quedarme. Ser Perséfone en la muerte es mejor que ser Casey en vida.

—¡No! —gritó él, desesperado—. ¡No consentiré que cruces este último río! ¿Quieres saber cómo es la muerte? ¿Realmente la deseas tanto? ¡Una vez que atravieses ese umbral no habrá esperanza… solo un maldito sueño negro!

—Me niego a despertar de ese sueño, a despertar de ti. ¡Esta es mi historia, y la terminaré sin importar las consecuencias!

Sin previo avisó, James la abrazó con fuerza. Casey ni siquiera se resistió, abandonándose al contacto de aquellas manos que tanto amaba.

—Viviré contigo, a través de ti…

—James, por favor…

—Te besaré con el viento, tocaré tu alma cada anochecer, latiré en las canciones que nos gustaban, respiraré en tus futuras sonrisas, sentiré cada palabra que escribas, Casey…

—No… no puedo… —Dios, cuánto le costaba hablar, cuánto ardía la angustia en su pecho, cuánto hubiera dado por permanecer así, en sus

brazos, para siempre—. No me hagas esto… —se rompía, se perdía en el aliento de aquel a quien amaba.

—…porque tú eres mi camino, Casey, la llave que abre mi candado.

—La realidad pesa tanto…si regreso, me aplastará…

De pronto, los hilos rotos se recompusieron de nuevo. James y Casey entornaron la vista, sobrecogidos por su luz cegadora.

66

Recuerdo cuando tus ojos dijeron amor a gritos.
CHARLES BUKOWSKI

El sonido de las tijeras invisibles enmudeció. La risa de Thánatos fue engullida hasta desaparecer. Al cabo de un instante, todos los hilos de la vida se fusionaron para después precipitarse hacia ellos. Innumerables estrellas luminosas se agruparon y comenzaron a girar entre los espacios que conformaban sus cuerpos. Acto seguido se esparcieron por la noche para conformar una bóveda de puntitos titilantes que vibraron hasta siluetear una figura.

Casey, que había permanecido en brazos de James, se acercó al chico nacido de aquellas estrellas y sonrió. En su interior una extraña calidez aumentaba por momentos.

—Ya sé quién eres.

—Entonces —contestó Robbie con dulzura—, es hora de que recuerdes quién eres tú.

Los destellos se unieron en una colosal supernova que se desgranó en una miríada de imágenes.

James tomó de la mano a Casey, pero ella no podía apartar la vista de aquel maravilloso fenómeno. Cada uno de aquellos cuadros vivos la reflejaba, desde su niñez, hasta el presente. El mosaico de toda una vida. Sin embargo… no eran momentos capturados en el tiempo. No exactamente.

Casey se fijó en las iridiscencias de su izquierda: en aquella celdilla su yo de cuatro años aparecía jugando con la escoba de su madre. Se había pintado la cara de verde y trenzado su pelo. Cantaba a pleno pulmón, con una gran sonrisa. Y de pronto, ya no estaba en el salón de su casa. Veía pasar el camino de baldosas amarillas a muchos metros por debajo de sus pies. La escoba la transportaba haciendo que su vestidito flamease. La niña

sentía el viento contra el rostro, el aire perfumado de hechizos, la exaltación de saberse una brujita poderosa.

—Elphaba… —murmuró Casey y apretó la mano de James—. Me convertí en la bruja de *Wicked y de El mago de Oz*…

—No, Casey —corrigió Robbie—, eras Elphaba. Lo eras de verdad.

Arriba, justo encima de sus cabezas, una Casey de once años le entregaba su peluche favorito a un monstruo colosal, hecho de pedazos humanos. La criatura de Frankestein acarició su carita para agradecerle el regalo.

—Mis padres se estaban separando —Casey rompió a llorar —, yo… leía su historia y… le quise regalar mi último peluche… y él… lo aceptó.

—La fantasía es generosa —las estrellas que componían las celdillas iluminaron la sonrisa de Robbie—, y también comprometida, fiel, altruista. En ese momento necesitabas ofrecerle a este personaje lo que quedaba de tu inocencia. El monstruo guardó esa inocencia como el mayor de los tesoros para volver a mostrártela como Story…

Más allá, una Casey de seis años, esgrimía un cucharón sopero al tiempo que exhortaba a su grupo de amigos para lanzarse al abordaje en la fuente de un parque infantil. Solo que no se trataba de un cucharón, sino de una espada cuya empuñadura tenía forma de sirena. Y los niños que la rodeaban, obedecían sus órdenes de capitana como fieros piratas. La fuente en realidad era una gruta repleta de trampas que albergaba miles de secretos en su interior.

—La fantasía nos salva de la realidad, de la vida y de la muerte —los ojos de Robbie centelleaban—. ¿De verdad quieres, capitana, tirarlo todo por la borda? ¿Quieres que la pérdida de James sea en vano? ¿Quieres que la luz con la que bañas a los que te rodean, desaparezca?

Una nueva celdilla brilló cerca de donde estaban. En su corazón estrellado, Casey y James bailaban entre nubes rosadas.

—Casey… —Robbie secó sus lágrimas con la yema del pulgar—. Yo soy la Fantasía. Te he acompañado durante toda tu vida… Te he visto crecer, te he dado la mano cada vez que flaqueabas, he estado a tu lado cuando tu mundo se tambaleaba. Yo encarno todo cuanto sueñas. Y con cada risa, con cada sueño, tu imaginación despertaba, brillaba con la intensidad que solo la fe y el amor son capaces de dar. Sé que duele, todo ahí fuera duele, pero eso significa que estás viva, ¡y también enamorada! Enamorada de un mundo que no existe, pero que es igual de hermoso… Esa otra Casey que remonta el vuelo, que canta junto a la luna, que juega con un monstruo

ávido de ternura o se siente arder con besos que tal vez nunca llegará a probar… seguirá siempre ahí, incluso cuando ya no estés. Prometo que seguiré junto a ti, lucharé contigo, inventora de historias, me aseguraré de que tu magia no se apague y el portal quede abierto para que otros descubran que no están solos, porque la Fantasía rompe las barreras del tiempo y el olvido, lo sabes bien.

James la abrazó por detrás y apoyó su mentón en su hombro.

—Te amaré hasta que nos reencontremos. Te amaré cuando tu corazón tiemble, cuando sientas la terrible oscuridad del pasado, cuando el peso del miedo intente borrar tu voz —él también lloraba—. Mi amor seguirá siendo amor incluso en la muerte. No llores, Casey, la vida te espera. ¡Escribe, ríe, ama, vive! Toma —prendió su colgante con forma de ojo de cerradura en su cuello—, guárdalo, siente su calor, sus latidos, porque serán los míos.

Casey se giró para contestar, pero él la colmó de besos. Recorrió sus lágrimas con los labios, selló sus sollozos con caricias, respiró por última vez el aroma de su piel. La besó. La besó. La besó.

—¿Estás preparada? —las celdillas relumbraban en el cuerpo de Robbie como preciosos hologramas lactescentes.

—James… prométeme… —balbuceó Casey, besándole aún—, por favor… prométeme que…

Él sostuvo su nuca entre sus manos hasta hacer descansar su mejilla en su pecho.

«I'm broken, you can fix me».

—Elijas el río de la vida que elijas, estaré contigo, improvisando hasta el final.

67

Al escribir uno recuerda que está vivo
y que eso es un privilegio.
RAY BRADBURY

Conor se hallaba sentado cerca de Casey. Había movido la única silla de la habitación junto a la cama para así poder cogerle la mano. Al principio la notó fría, el tacto de una diosa ultraterrena. Afuera ya había anochecido y la luz de la lamparilla sobre la cabeza de la joven engendraba todo tipo de sombras en su rostro.

Conor se mantenía en silencio. En parte porque no quería verbalizar lo que sentía, en parte porque le angustiaba no hacerlo. La había juzgado y condenado desde aquel fatídico día, y sin embargo su resentimiento ganó la partida. Verla en clase, en la cafetería del instituto o deambulando por los pasillos con aquel libro siempre en las manos, y su cara, espejo de su negrura interior, bastaban para que Conor se sintiera miserablemente aliviado. James nunca regresaría y era culpa de ella.

No fue hasta verla bailar al compás de los truenos cuando comprendió que algo iba mal, muy mal. Casey se consumía, se aniquilaba a sí misma y ni siquiera era consciente. Nadie lo era, en realidad. Pero, aunque decidió ayudarla, aunque le ofreció su amistad, una tregua y una vía de salida, no llegó a tiempo. Ahora entendía lo que significaba la culpa y no estaba preparado para cargar con aquel peso tan horrible.

—Perdóname —susurró con voz ronca, hasta repetirlo como un mantra —, perdóname, perdóname…

Percibió un ligero movimiento bajo la palma de su mano.

Calló de golpe.

Los dedos de Casey temblaron unos instantes para después volver a caer inertes. Conor le retiró un mechón de cabello de la frente. Los párpados de la joven se abrieron poco a poco y Conor pensó con la velocidad que otorga

la sorpresa, que la diosa había elegido regresar del reino de los muertos. Cuando sus miradas se encontraron, él se ruborizó, desconcertado. Ni siquiera se le ocurrió llamar a una enfermera. Se prendió en sus ojos y cayó en la bondad de su sonrisa.

—Casey…

Ella deslizó su mano fuera de la suya y la posó sobre el regazo. No dejó de sonreír al abrirla y mostrar que no estaba vacía. Conor no se preguntó cómo era posible. El puño cerrado de Casey había permanecido bajo su mano durante más de una hora... y aun así, algo en su subconsciente, algo en el aire que respiraban, en las palabras que no pronunciaban, le decía que tenía todas las respuestas ante sí. Porque ahí, sobre la palma de Casey, brillaba un objeto que ambos conocían muy bien.

—El colgante… —las pupilas de Conor se redujeron a puntas de alfiler —. ¡El colgante con forma de candado de James!

Casey desvió la vista hacia la pequeña joya y asintió despacio, como si le diera permiso para tocarla.

Al rozar el ojo de cerradura con los dedos, Conor lo percibió al instante: el colgante vibraba con una calidez rítmica.

—Son… latidos… —murmuró, riendo y llorando a la vez.

Casey volvió a cerrar los ojos, complacida, y Conor supo que se quedaría, que Perséfone había decidido volver al mundo de los vivos.

La joven no perdió su sonrisa al contestar una sola frase.

—El amor seguirá siendo amor incluso en la muerte.

68

La mano que escribió una página,
construyó una ciudad.
HERBERT M. MCLUHAN

El sol crepuscular caía sobre Love Park. Casey lo visualizó como un lienzo en el que un cálido pincel impregnaba todo con una tonalidad onírica.

Estaba de buen humor. Si era sincera, hacía tiempo, mucho tiempo, que no se sentía tan bien. Tal vez fuera debido a la carta de aceptación que la Universidad Cornell de Nueva York le había hecho llegar días atrás. Se sentó en el suelo y cruzó las piernas, como aquella primera vez hacía ya casi un año, en que visitó el parque disfrazada de miedos.

Inspiró hondo. El puestecito de algodón de azúcar desprendía un aroma delicioso. No le extrañó que Campanilla revoloteara entre los dulces para darles tímidos bocados. El hada sonrió satisfecha antes de perderse entre los árboles cercanos. Casey rio muy bajito. Era maravilloso no poner límites a la imaginación, dejarla expandirse a sus anchas para que la realidad fuera más… bonita si cabe.

Puede que su nueva felicidad estribara también en la novela que se publicaría en breve. Dennis Reed tenía razón: escribir para una misma era primordial, pero saber que vería su nombre completo, Casey Moore, encabezando la portada de *Perséfone a través del espejo* en todas las librerías del país, la colmaba de un orgullo maravilloso. El vértigo de compartir su historia, su corazón y sus emociones con otros, añadía un toque de expectación al futuro. Claro que había aprendido a vivir sin preocuparse por el devenir de los acontecimientos. Era lo mejor. Incluso Peter Pan, jugando con un grupo de niños allá en la plaza, sabía que disfrutar del presente suponía la mayor aventura.

Además, no estaría sola en la Gran Manzana. La Academia privada de Arte Dramático, la Escuela de Artes Cinematográficas y Cornell compartían

residencias para el alumnado, así que Casey, Conor y Vera, con quien había recuperado su buena amistad, estaban deseando mudarse juntos y llenar las paredes de su habitación con pósters de películas, *flyers* teatrales y relatos improvisados.

La suave brisa tatuó su piel de besos. Casey cerró los ojos y permitió que el dios oculto en el viento rozara sus labios. Cuando volvió a abrirlos, se enjugó una lágrima y fijó su vista en el monumento dedicado al amor. Sobre las letras rojas que conformaban la palabra LOVE, Jareth, el rey de los *goblins*, hacía girar varias esferas de cristal entre sus habilidosas manos. De vez en cuando dejaba escapar una de ellas para que gravitase sobre el parque y se mezclara con las pompas de jabón que creaba aquella niña, cerca de la fuente.

Ladeó la cabeza con un suspiro. Una noche de tormenta, meses o siglos atrás, una joven desposeída de recuerdos había concedido un baile a la Fantasía. Hechizados por la luz de los relámpagos, ebrios del perfume de mil poemas… habían fusionado dos mundos a través del portal que existía en ella misma.

Esa noche… había nacido un lenguaje secreto, conocido tan solo por unos pocos, capaz de hacer retroceder al vacío y a la muerte. Esa noche…

Se hallaba tan ensimismada que tardó en percatarse de una presencia a su lado.

Robbie, de pie, le sonreía con aquellos ojos de mar en calma y brillo cómplice. Tendió una mano ante Casey y cuando esta le ofreció la suya, se inclinó para besar su palma.

—¿Bailamos de nuevo, inventora de historias?

EPÍLOGO

—Es la hora. ¿Estás preparada?

Hades señala el umbral que separa el inframundo de la tierra de los vivos. Me ha abrazado sin soltarme durante todo el tiempo que Caronte, el barquero de las almas, ha tardado en atravesar el Averno. Y sigue sin separarse de mí del todo. Sus manos protectoras acarician mi piel sabiendo que no volverán a tocarla. Sonrío. Como siempre, el dios de los muertos se equivoca.

—En realidad, puede que nunca esté preparada, pero quiero intentarlo —sus ojos de luna me cubren de anhelo. Repaso sus labios con la yema de los dedos antes de añadir—. Nunca pensaste que en tu reino nacería vida, ¿a que no?

Su risa es musical. Inocente. Y sé que a partir de ahora sonará así en cada uno de mis sueños.

—La vida está ahí fuera —musita.

—No, la vida está aquí —poso la palma de mi mano en su pecho y después en el mío, justo en el lugar donde bailan nuestros corazones—. Por eso ha despertado la primavera.

—Y seguirá floreciendo mientras crezca en ti el deseo de crear, de vivir…

—De amar.

Cuando me besa, nuevas flores nacen al otro lado del portal. El sol las reviste de colores y el aire les arranca hermosos poemas que solo nosotros escuchamos.

—Volveré a verte, ¿lo sabes, verdad? Cuando la tristeza me venza, o cuando grite de alegría, cuando no pueda soportar los recuerdos o cuando cree muchos nuevos… Te necesitaré. Siempre. Y vendré a ti.

—Ya no habrá más noches de invierno en el inframundo, Perséfone —la luz de su sonrisa nos acoge un último instante.

Mis palabras se despliegan en un eco fantasmal mientras cruzo hacia la vida.

—Ya no habrá más soledad en la primavera, Hades, porque tú estarás en ella.

¡Escucha la Playlist oficial de Casey y Perséfone aquí!

AGRADECIMIENTOS

Siempre digo que los escritores damos vida a un libro, pero eres tú, lector, quien le da alma. Así que mil gracias, de corazón. Ya habrás descubierto que este no es el mito griego de Hades y Perséfone tal y como puedes conocerlo: cuando comencé a escribir esta historia, estábamos en cuarentena y supe que la realidad necesitaba a la fantasía más que nunca. Casey soy yo. Y tú. Somos todos, porque gracias a la imaginación, a la maravillosa fuga que nos proporciona la ficción, podemos remontar el vuelo y seguir adelante cuando nuestro mundo se tambalea.

Gracias a ti, papá. Te agradeceré cada libro que escriba. Cumpliré la promesa que te hice: nunca dejaré de crear nuevas historias. Mi amor por los libros, el arte, la cultura, el cine, la música… todo te lo debo a ti. Al igual que Hades, sé que me sonríes desde el otro lado, y eso me da fuerzas.

Gracias, mamá. Porque cuando a mí me falta el aliento, me prestas tu energía, cuando la tristeza me invade, haces que me levante, cuando, al igual que Casey, dudo de mí misma, un abrazo tuyo me devuelve la fe.

Gracias al gran equipo de DNX: Maite Ciruela, Sara Mendoza y Sara Moreno, por vuestro cariño, apoyo, confianza y entusiasmo. Sois geniales.

Gracias a mis queridos Mamen Díez y Marce Lozano, vuestra valentía es inspiradora, cada una de vuestras sonrisas vale por un millón.

Gracias, Sara Fernández, por tu amistad, por esas fantásticas tardes de cine, por tu apoyo incondicional… ¡y nuestras charlas sobre Disney!

Gracias, Laura Bautista, por prestar tu portentosa voz a una de las canciones clave en esta novela. Llegarás muy lejos, créeme.

Gracias a todos los blogs, instagrammers y lectores (sin vosotros, nada tendría sentido), muy especialmente a Marta y Laura de El rincón de Marlau, cuya pasión es contagiosa; a Laura de Fantasyliterature; a Encarna Samitier, directora del Diario 20 minutos.

También a Pablo G. Molina, presidente del Círculo Español de Filadelfia, y a Cornerstore, por su inestimable ayuda.

Oh, y gracias a ti, James McAvoy, mi actor favorito, por «prestarme»

para este libro el nombre de los personajes que has interpretado a lo largo de tu carrera. Una de tus películas me salvó de la realidad, Robbie estaría orgulloso.

Gracias a todas las librerías por recomendar mis libros, por resistir al pie del cañón, por ser verdaderos portales hacia la fantasía.

Lector, lectora… Quiero hacer un pacto contigo: no desveles el final de esta novela, dejemos que otros lectores disfruten con la sorpresa, y por favor, sigue leyendo, sigue creando mundos, creyendo en la magia que reside en ti.

© 2021, Sandra Andrés Belenguer
© 2021, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4ª, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño de cubierta: Chari Nogales
Corrección: Sara Mendoza

Conversión a libro digital: El Taller del Llibre, S. L.

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-18354-71-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.